

El Ángel de el Árbol



Luis Felipe Cáceres Vizcarra

Lectulandia

Cuando los mundos de distintas dimensiones se entrelazan y los conflictos de las diversas razas se mezclan, el valor humano es puesto a prueba, el corazón tentado, el alma sacudida y la determinación para seguir avanzando se transforma en el mayor misterio por conquistar.

La Antigua guerra ha despertado...

Lectulandia

Luis Felipe Cáceres Vizcarra

El ángel del árbol

El ángel del árbol-1

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2017

Luis Felipe Cáceres Vizcarra, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mirando el frío pasar, con una sonrisa envolví mi cuerpo, para al fin comprender... Que se puede empezar, pero sin ayuda jamás se podría terminar. Por lo que nuestras obras, son más ajenas que nuestras, quedando lo iniciado inconcluso al llegar el orgullo, abriéndose el desorden en la fascinación y permitiendo al olvido tapar el origen de una primera intención, por asumir un logro inexistente al obviar el impulso de su realización.

Ese impulso en mi caso, fue y seguirá siendo mi madre a quien con todo mi agradecimiento le atribuyo esta obra, la cual disfruté escribiendo y espero que lo disfruten ustedes también.

El Dilema no es hacer o no hacer, sino la existencia de compasión en el hacer y el no hacer.



Prólogo

En un mundo donde las virtudes de las personas se han ido reemplazando o confundiendo por los vicios y razonamientos inherentes al hábito, nace la disyuntiva de cómo deberíamos actuar en otras circunstancias ajenas a nuestra propia realidad, y tal vez al ser transportados a un escenario distinto al que nuestros ojos pueden ver, podamos descubrir esas cualidades que son propias de nuestra naturaleza, al mismo tiempo que desempolvamos y creamos la incógnita apagada que desde un inicio o en algún momento todos nos hemos hecho. ¿Para qué existir?, pregunta que se auto responde cuando empezamos a observar dentro de nosotros sin distracción del exterior.

La obra que están por leer es ficticia, aunque para otros ojos puede ser real, el mensaje que se esconde detrás del velo de la fantasía son las circunstancias que se nos presentan en el día a día y a las cuales muchas veces dejamos de mirar.

Calor en el frío



Sentí el calor en el frío... tan agradable, tan reconfortante, tan único, esbocé una sonrisa y dejé soltar un suspiro que ya luchaba en mi pecho, pero pronto ese sentimiento empezó a escaparse entre mis dedos, cual niebla escurridiza, empuñé sobresaltado con la falsa esperanza de retener el sentimiento, mas mi sobresalto me mostró lo efímero de un sueño placentero.

Desperté agitado, con el corazón excitado, empecé a sentir el aroma enmohecido, debe haber llovido pensé, empujé las mantas que me protegían del frío y me senté taciturno con la barbilla apoyada en los brazos, traté de recordar esa extraña felicidad que me abordaba, era ya la tercera vez que sentía tal calor. Asocié los últimos eventos e inconscientemente volví a pensar en ella y en lo absurdo de cómo nos conocimos, pues cayó del cielo y lo digo literalmente.

Había pasado una semana de ese extraño encuentro en el que iba adormecido con mis pensamientos, agobiados por el que hacer o imaginándome como el superhéroe que luchaba y destruía a cuantos enemigos se presentaran, en eso escuché un grito lejano.

—¡Cuidado! —miré en todas las direcciones, mas rozándome los cabellos pasó un macetero el cual se hizo mil pedazos al llegar al suelo, luego de un rápido vistazo observé que la planta «voladora» era un bonsai y uno considerablemente antiguo pues su grosor era desproporcional en relación a su tamaño, decidí recogerlo y al levantarlo ligeramente del suelo noté que algo se tapaba entre la tierra y las ramas pequeñas y gordas del árbol enano, me apresuré a intentar satisfacer mi curiosidad, empujé el «árbol» y esparcí con cuidado la tierra, a medida que arañaba iba descubriendo un tesoro que embriagaba mis ojos y cuando tuve la imagen limpia me quedé enamorado del ángel que cayó con su árbol, cerré los ojos e interioricé la imagen en mi memoria, en ese preciso momento sonaba la puerta chirriante que se encontraba al lado mío, a la vez que una voz dulce soltaba un lamento:

—¿Está usted bien? —Pregunto con cierto titubeo.

—Algo preocupado de que sigan lloviendo macetas —sonreí—, pues este es el camino que siempre he de tomar.

—No sabe cómo lo lamento, me encontraba limpiando la habitación de mi hija cuando le di un golpe a la maceta y esta salió disparada.

Vi sinceridad en sus ojos y eso me bastó.

—No se preocupe fue un accidente sin víctimas —le dije. Por alguna razón la imagen de la foto que había recogido se vino a mi mente y un deseo incontrollable por conocer al ángel del árbol se apoderó de mí ser y sin pensarlo más mi lengua reaccionó—. ¿Me invitaría usted un vaso de agua?

—Claro, por favor pase... tome asiento, no sabe cómo lo lamento... —Ella seguía disculpándose, mas mi atención se regocijaba en un sueño, estaba en la casa del ángel del árbol, que buena suerte recuerdo que mencioné mientras echaba un vistazo veloz en búsqueda de otra fotografía, mas no encontré rastros de mi ángel, solo vi a gente común en actividades felices...

—¿Desea alguna hierbita para acompañar su agua?

—No se preocupe, así está bien. —Saqué la fotografía de mi bolsillo—, esto estaba en la maceta, ¿es su hija? —Pregunté.

—Nunca he visto a esa señorita, me parece extraño que la haya encontrado en la maceta.

Miré los rasgos de la señora y pude apreciar algunos que podrían emparentarlas, tal vez no como madre e hija pero sí de algún modo lejano, puse cara de complacido, le di las gracias y me retiré. Fantasías de un lobo solitario, murmuré mientras recordaba la última película que vi, continué mi camino con el paso más ágil pues llevaba retraso por todo lo sucedido, el hecho de que fuera el inicio de clases no hacía tan indispensable el apuro. Llegué al Instituto, aún era temprano, me senté como ya era costumbre mía en el último asiento, vi entrar a mis nuevos compañeros y compañeras hasta que entró el profesor, un poco incómodo de la monotonía balbuceé: «será un ciclo común, nada extraordinario pasará». El profesor empezó con su presentación, de pronto un presentimiento muy fuerte se apoderó de mi ser, acto seguido la puerta se abrió lentamente y vi entrar al ángel del árbol, mi cuerpo se estremeció, mi corazón palpitó con más fuerza y sin duda alguna cambié mi color de un blanco natural a un rojo poderoso, era como si el tiempo se hubiera paralizado y si no fuera así, era lo mismo, pues mi atención estaba en ella y en nada más, sacudió su cabellera mientras buscaba un lugar que tomar. Yo estaba anonadado tratando de comprender la extraña suerte que nos ponía en el mismo espacio, de pronto su mirada se posó en mí con el peso de dos legiones en un solo ser, aun así mantuve la mirada fija sin titubeos, nunca me gustó perder en los duelos de miradas, me sonrió y se acercó al lugar desocupado que era el asiento de al lado.

—Hola Kai, te reconocí apenas te vi —me dijo.

¿Kai?, ese es mi nombre de pila y solo lo usan algunos pocos amigos míos.

¿Cómo ella puede saber quién soy, si es la primera vez que nos vemos? Tal vez una broma..., le seguiré la corriente, pensé.

—Hola, cuánto tiempo.

—¿No me reconoces verdad?

Dejé de inhalar a la vez que la vergüenza se apoderaba de mí, siempre he despreciado a las personas que olvidan tu nombre, pero que olviden también tu forma, era aún peor.

—Eres el ángel del árbol —que idiotez estoy diciendo, no pude contener la sangre que fluía hacia mi cabeza para luego posarse en mi rostro y convertirme en una linterna, sentí que me encogía.

—Ya lo recordarás... —Se rio con fuerza, mas su risa no llamó la atención de los demás. Durante las dos horas siguientes no pude dejar de contemplarla e intentar recordarla, pero sin éxito, pues en mi memoria no aparecía el lugar en el que nos habíamos conocido.

La clase terminó repentinamente, ella se levantó y se acercó para despedirse de mí, colocó una mano en mi cuello, con el pulgar rozó mi oreja y luego estampó un beso en mi mejilla muy cerca de mi ojo izquierdo, sentí el calor del fuego casi quemante, casi hiriente pero placentero, luego susurró en mis oídos: «Krim Aslama Sajem Durel Evicton» y así como apareció, desapareció.

Fuego ahogado



Aún sigo pensando que la felicidad suele ser pasajera y que en la vida puede durar lo que dura un sueño, aún trato de entender lo que sucedió, aún trato de ver lo que pasó, aún trato de sentir lo que sentí, pero estamos predispuestos a las pasiones que otros siembran en nosotros. Mi ángel del árbol, ¿qué es de ti?, ¿por qué no te he vuelto a ver?, ha pasado una semana, pero en mi pensamiento hay una avalancha alrededor tuyo y no sé a dónde irá a parar.

Me encontré pensativo en mi pupitre, pensativo en romper la rutina, en escapar del bullicio, en respirar algo nuevo, de pronto escuché hablar a César, él es un gran amigo mío de la infancia, siempre fue bastante retraído y le encantaba andar como militar, tal vez para llamar la atención de su padre el cual siempre lo ignoraba, una vez me dijo: «él no es mi padre», y yo le creo, pues no se parecen en nada. Cuando éramos más pequeños y las clases del jardín de niños terminaban, nos quedábamos esperando a que nuestros padres nos recogieran, siempre me iba primero, solo una vez me quedé hasta el final y me di cuenta que a él nadie lo recogía, solo esperaba por vergüenza de infante a que todos se fueran y luego empezaba su camino. Alguna vez le pregunté, ¿por qué nadie te recoge? Ser un niño puede crear las preguntas más inocentes con cierta mordacidad y carentes de sutileza, pero no pareció afectarle, mas su respuesta aún retumba en mis oídos: «Mi padre prioriza recoger a mis otros hermanos, para él ya soy un adulto», su voz aguda llamaba al llanto, pero su corazón evitaba que este llegara.

—César, ¿qué es lo último que mencionaste? —pregunté.

—¿Te refieres a pasar un día en el campo o a Claudita que está como se quiere?

Estallaron en risa los amigos, mientras de reojo observaban a Clau quién hacía de oídos sordos, pero no podía evitar el rubor que iba escalando, ella es la contradicción perfecta de las que no quieren ser molestadas, pero a la vez les agrada serlo...

—Entre risas respondí. —¡Lo del día de campo!

—Pues vamos, será un día genial.

Hicimos un ademán con la cabeza, confirmando y quedó sobreentendido que sería así.

—Ya se hace de noche —mencioné—, entonces nos vemos mañana. —Alisté mis cosas, hice un gesto con la mano y me alejé.

Las calles parecían olvidadas y una espesa niebla empezaba a posarse en ellas, de pronto la noche tomó vida junto con los sonidos de hojas viejas que ya caracterizaban el pueblo de Velton, mi hogar, el viento empezaba a congelar y al mismo tiempo a despertar ese sentimiento de soledad cada vez más fuerte y extraño, como una pequeña llama que va quemando desde lo más profundo mientras lucha por expandirse, pero sin espacio para lograrlo, fuego ahogado lo describiría mejor. Y entre ese vaivén de emociones, sentí un ligero soplido en la nuca que me estremeció hasta la última de las vértebras, hice un giro veloz con la intención de atrapar al culpable lo antes posible, mas quedé en el desconcierto del vacío y en el silencio de una calle desértica donde solo se podía observar lo largo e inmenso de la jungla de cemento, crucé los brazos para evitar que escape el calor y en ese momento escuché mi nombre con una voz ya conocida y muy dulce:

—Kai, nos vemos mañana...

—¿Ángel? ¡No es su nombre! ¿Cómo debo llamarla? —por más que busqué no la pude hallar, fue como si el viento hubiese llevado el mensaje o tal vez mi ilusión convertida en locura, que sé yo.

Ese día no pude dormir, la falsa esperanza de ver otra vez a mi ángel del árbol hacía mella en mi corazón; daba vueltas en mi cama imaginando ese encuentro fortuito e inventando palabras y situaciones diversas, hasta que finalmente luego de un parpadeo la noche se esfumó y el día se fue aclarando. Por alguna extraña razón olía a flores, azucenas tal vez o agapanto, era dulce y me embriagaba, mi cuerpo se sentía más ligero y la luz se iba haciendo excesiva, brillaba demasiado, tanto que me empañaba. Extendí la mano, tratando de bloquear la luminosidad, entonces me acerqué a la ventana, que era el lugar del que provenía, retiré la cortina y una voz gruesa y maligna me empujó: ¡Kraden Sarnal! Mi corazón se volcó, mi cuerpo se endureció como una piedra y luego ya sin aire de un sopetón desperté. Sudoroso, con la adrenalina subida a mil, sentía los latidos en todo el cuerpo sin poder controlar el desbarajuste por el susto que me dio, respiré profundamente y exhalé repetidamente pensando, otro sueño es solo eso...

Luego del sobresalto regresaron a mí otra vez las inquietudes, fantasías de un soñador que dibuja la felicidad sin conocerla, luché con mis cabellos durante unos minutos y me rendí a la terquedad de dejarlos alborotados, luego decidí usar el jabón líquido de fragancias especiales que tanto atesoraba mi hermana, creé mucha espuma y lavé mi rostro, aún con la visión nublada y con los ojos entreabiertos fui a buscar una toalla la cual encontré en la habitación contigua. De regreso en el pasaje que separa la habitación con el baño, me sentí observado, retiré la toalla de mi rostro,

pero la sensación no desapareció, son rezagos de mi pesadilla murmuré, me di los últimos arreglos, cogí unas monedas, un par de billetes, mi navaja suiza, mi cámara, predispose mi estado de ánimo y salí.

Era un día hermoso, el sol brillaba con todas sus fuerzas, el cielo estaba despejado, salvo por la soberbia nube que trataba de imponerse desde el este, pero no tenía la fuerza aún para lograrlo; los residuos de lluvia de la noche anterior, parecían cristales armoniosamente colocados, dando un atractivo mayor a los jardines de las casas vecinas. Los pajarillos se turnaban el baño en una pequeña poza formada por el aguacero y más adelante en el camino, un par de viejas empezaban el parloteo, mientras por una de las ventanas alguien sacudía sus mantas. Por la pista pasaba como un rayo el repartidor de periódicos y lanzaba un par de estos cerca a las chismosas a la vez que soltaba una carcajada y aceleraba aún más para escapar del «insulto feroz» que se desprendía de los labios sagaces y mordaces de las añejas señoras.

Luego de caminar unas cuabras me encontré cerca al parque de los tramposos, lo llamamos así porque un par de veces fueron encontrados infraganti algunos vecinos, «célebrenmente casados», con algunas niñas bandidas de los alrededores; también había un par de chicos jugando trompo y de vez en vez se escuchaba una jerga muy usada «mocla», «mocla», que es una especie de castigo al trompo del perdedor, en el que se lanza el trompo vencedor de punta para que deje una marca en la del vencido, a la hendidura generada se le llama mocla. Me entretuve un poco con ese afán destructivo hasta que escuché un silbido familiar, lo seguí con el oído y en el otro extremo estaba César agitando las manos, llevaba dos mochilas, una gorra roja de beisbolista, pantaloncillos cortos, lentes extravagantes y una pequeña olla. Aceleró el paso mientras escupía un chicle y exclamó:

—Sabía que no traerías nada, así que traje la revista que tanto nos gusta —se ruborizó a la vez que buscaba sus fantasías en el bolsillo de la mochila más pequeña.

Me reí de su astucia mientras recordaba algunas travesuras de nuestra infancia.

—César, ahora sí puedes explicarme, ¿a qué va todo esto?

—Ah, ¿te diste cuenta?, tú sabes que me gusta Clau y tú sabes...

—Lo interrumpí entre risas —entonces me usas de excusa.

—Tú la conoces mejor y sé que así sí vendría, vamos Kai, ayúdame esta vez, mira que traje tu almuerzo.

—Ya me imaginaba algo así, estrechamos las manos e intercambiamos una mueca de cómplices.

En ese momento la bocina de un carro llamó nuestra atención, era Clau y su hermosa sonrisa que penetraba con facilidad hasta el corazón más duro, a mi lado César brilló como nunca lo había hecho y descubrí que realmente iba en serio.

Clau siempre había sido mi «taxista personal», como de cariño solía decirle, siempre que coincidíamos con el final de una clase ella de muy buena gana me daba un aventón como coloquialmente se dice, dos años de aventones y algunos cursos en

común hizo que nuestra amistad se hiciera fuerte, y ahora César se aprovechaba de esa amistad. ¿En qué momento me volví un chaperón?, me sentí un poco incómodo, pero luego de intercambiar un par de palabras con Clau volví a ser el mismo.

Después de muchos chistes, risas y comentarios sin sentido, nos compenetramos bien y llegamos a un bosque de árboles inmensos en el cual se escuchaba a la naturaleza cantar usando de coro a los pajarillos y de orquesta al viento.

Respiré profundamente para calmar la esperanza de ver a mi ángel. «Que iluso esperar tanto aun sabiendo la respuesta» me dije mientras sacábamos del carro de Clau un conservador de alimentos de proporciones medianas y una carpa mía que de antemano se la había encargado y penetramos en el bosque en búsqueda de nuestro «paraíso». El cual lo hallamos cerca de un arroyo.

—¡Aquí es! —gritó César—, este lugar es perfecto —cruzó delante mío y me guiñó un ojo como buscando mi aprobación.

Imaginé que era perfecto para su «malévolo» plan.

—Lo es —respondí, a la vez que hacía un gesto afirmativo, César lo entendió bien y por un momento creí que Clau también lo entendía, pues nos miramos los tres con cierta malicia, malicia del pícaro antes de pecar, y en medio de la complicidad de las miradas rompí el hielo—: Bueno, yo me encargo de buscar leña y cualquier cosa para quemar —miré a César y susurré como ventrílocuo: «*Tu chance*», me reí y dejé ese ambiente plagado de hormonas a punto de explotar, en mi interior balbuceé: Ojalá encuentren la valentía para hacer verdad sus deseos.

Me entretuve en medio del bosque, entre la recolección de ramas secas y uno que otro bicho.

—¡Me encantan las hormigas! —Grité, mas el grito lo escuché solo yo mientras continuaba fascinado contemplándolas, cogí una ramita y las incité a caminar en ella, mientras lo hacía la curiosidad de saber cómo les estaba yendo a mis queridos amigos ruborizó mi rostro, recogí el montón de varas secas y en ese momento el viento trajo a mí la melodiosa voz tan esperada:

—Ese color te sienta bien... ¿pensabas en mí? —Lo dijo con un tono coqueto a la vez que evitaba soltar por completo la risa.

—Lo que pienso ahora es en lo imposible de verte aquí. ¿Me estás persiguiendo? —Lo pregunté en modo travieso, no podía dejar de sonreír.

—Más que eso, te acoso —rio con fuerza mientras bajaba del árbol en el que se encontraba descansando.

Su respuesta me estremeció, pero la dulce idea me elevó a las nubes y casi sin un pie en la tierra me sentí víctima de la idiotez del amor.

—Te va a parecer una locura, pero tenía el presentimiento de verte hoy —le dije.

—¿Presentimiento Kai?, que raro, pensé que le había dicho al viento que te vería hoy —sonrió mientras se hacía en el pelo una cola, luego me miró fijamente y me dijo: «tengamos una cita».

Fue tan repentino que retuve mi corazón antes de que este saliera disparado, traté

de disimular, pero sin duda no pude ocultar la emoción, fingí serenidad y le respondí: «¿Por qué no?, déjame recoger un par de cosas del campamento y luego nos perderemos en el bosque los dos».

Dio un pequeño salto hacia mí, cogió mi mano, hizo un medio guiño y me susurró:

—Apúrate Kai.

Di vuelta, no solo para apresurar el paso sino también para ocultar el éxtasis que me inundaba, di un par de pasos largos y luego me eché a correr, su imagen plasmada en mi mente recuperaba mi aliento y daba fuerzas a mis piernas para evitar el descanso y de esa forma, llegar lo más pronto posible a mi objetivo.

Vestía con un conjunto verde el cual hacía juego con sus ojos y una cadenita muy fina colgaba de su cuello a la vez que sostenía un pequeño rubí, llevaba un par de pulseras artesanales de un color rojo oscuro, en mi pensamiento asumí que le agradaba ese color. Pronto llegué al campamento, a pesar de haberme alejado mucho y corrido el regreso, no sentía el cansancio.

Di un vistazo rápido mas no ubiqué a César ni a Clau, un pensamiento morboso me empañó, decidí dejar solo una nota tratando de «explicarles», el porqué de mi partida tan repentina, intuitivamente sabía que no se molestarían y tal vez César después me lo agradecería. Cogí una pequeña mochila, la llené con víveres, dos botellas personales de agua y partí en busca de mi ángel.

La encontré minutos después mirando fijamente un arroyo que a su paso iba arrastrando hojas secas por sus orillas, el agua era muy cristalina y se podía ver el reflejo de los grandes señores del bosque. Tenía la mirada un poco perdida, tal vez sumida en sus pensamientos, el viento sopló ayudando a caer un pequeño mechón, el cual resbaló con mucha gracia sobre su rostro; me quedé observándola por un rato y luego me acerqué, mas no notó mi presencia hasta que estuve muy cerca, entonces giró lentamente en su mismo lugar y se quedó observándome; pude ver cierta luz y también un poco de oscuridad en su mirar, pero poco a poco el candor regresó a ella; sujetó su larga cabellera para evitar que el viento siguiera jugando con ella, balbuceó un instante hasta que el sonido finalmente salió de sus labios, «te esperaba».

Me estrechó una mano y la tomé con delicadeza, tiré hacia mí ayudándola a ponerse de pie y ella pícaramente usó el impulso para robarme un beso, el cual supo como agua en el desierto. Decidí que no era un beso robado, sino uno que yo había regalado y descubrí que el paraíso no es el lugar, sino la compañía y lo corroboré con mi ángel de árbol.

Esa tarde reímos sin cesar y luego bailamos a la luz de la luna, descansamos de la abrasadora felicidad para acurrucarnos del frío y volver a embriagarnos de nuestra compañía. La noche avanzaba y el sentimiento ardía, sin embargo en algún momento de la oscuridad pude ver esa mirada perdida que llamó mi atención más temprano en la orilla del río, tomé un bocado de valor y le pregunté:

—Mi ángel, ¿qué te perturba?, ¿es acaso el frío o algún endemoniado

pensamiento? —bromeé.

Mas causé un efecto contrario con mi broma, pues sentí como un escalofrío recorrió su delgado cuerpo y agitó su respiración, luego me miró intrigada y me preguntó:

—¿Conoces la historia del bosque de cerezo? —Me pareció un modo astuto de cambiar de tema y de escapar de la broma mal hecha, no insistí y decidí seguir el cauce del nuevo tema.

—No la conozco, pero imagino que me la contarás...

Se acurrucó a mi lado y empezó:

«En todos los tiempos y en todas las eras, la interminable y brutal batalla entre ángeles y demonios está y estará lejos de encontrar un final, una de esas cruentas batallas sucedió en este bosque cuando dos fieros y etéreos príncipes estaban luchando desde antes que el sol diera luz.

Estos adversarios decidieron tener un último enfrentamiento, pero solo los dos. El combate tuvo muchos escenarios, pero terminó en este lugar, ambos tenían una admiración sin igual el uno por el otro, la admiración trajo consigo respeto y el respeto honor; aun así ya era tiempo de terminar su cruzada, habían recorrido juntos el camino de la conciencia el cual se inicia en los sueños, lucharon durante eras y se conocieron así mismos tras cada blandir.

Sin descanso, sin aliento, ya agobiados y deseosos de encontrar un fin, lanzaron una última estocada que perforó sus corazones, su sangre combinada dio vida y marcó el designio del sueño en otra dimensión, mientras en este mundo sus cuerpos unidos e inertes se entrelazaron formando un árbol de cerezo para sellar su creación.

La leyenda cuenta que la flor del cerezo inicia el camino, el tronco es el sendero y el sueño su presagio, muchos han visto el camino, pero el sendero es distinto para cada uno y para recorrerlo solo la voluntad como arma que en medio de la tentación está».

En lo más profundo de mi ser sentí que lo narrado era una verdad y no una simple historia, pero la lógica te lleva a pensar que fue alguien más quien la inventó, ya había escuchado antes historias sobre el árbol de cerezo, muchas de estas hacían referencia a la realización de deseos, da igual, me gustan las historias aunque ahora pienso que me gustan más las historias narradas por mi ángel o tal vez solo escuchar su voz...

Estábamos sentados uno junto al otro, a nuestro alrededor los árboles grandes y viejos zurraban sus hojas al mismo ritmo que el viento soplaba, el riachuelo sonaba de vez en vez como un alma en constante cambio de humor y la voz de mi ángel como una brisa refrescante relajaba mi corazón, mentalmente me repetí: «Me estoy enamorando de esta mujer». Solté un suspiro casi silencioso mientras trataba de despegar la mirada, ella continuó con su relato, mas ya no lo recuerdo, ya que en ese momento soñaba con el paraíso y ese paraíso era estar con ella.

—Kai, ¿te gustaría ver el árbol de cerezo?

—Desde aquí podemos ver varios —fue la respuesta de un distraído, pestañeé con fuerza para obligarme a volver a la realidad.

Sonrió.

—Me refiero al de la leyenda —tomó mi mano y me dio un pequeño tirón, mi cuerpo se levantó por inercia y me dispuse a seguirla y sin darme cuenta susurré: «*estoy perdiendo la razón*». Ella giró hacia el camino que debíamos seguir y mientras lo hacía pude ver en su rostro algo de placer, tal vez sí me escuchó.

Sonreí.

Caminamos un largo trecho hasta que el alba se hizo presente, la oscuridad ya cedía ante la pasión del amanecer el cual tocaba las puertas.

—Deberíamos regresar —le dije...

—Ten paciencia Kai, ya casi llegamos, verás que vale la pena —respondió con gran encanto.

Empezamos a subir una pendiente rocosa, conocía ese lugar, alguna vez de niño me aventuré por aquellos lugares junto con mis camaradas de aventuras, solíamos jugar a las escondidas, nos contábamos historias procurando que sean de terror, a César también le fascinaba, aunque sus historias «terroríficas» encendían carcajadas, solía molestarse por ello y la pasábamos muy bien entre gritos, cantos, y aventuras...; que curioso, recuerdo claramente que éramos tres: yo, César y... ¿por qué no puedo recordarlo?, ni siquiera viene a mí una imagen suya. ¿Será que mi memoria me está fallando o estoy confundiendo la realidad con algún sueño?, no lo creo, recuerdo su risa y el tono de su voz, también recuerdo haber casado insectos con él y siempre estaba presente en todos nuestros juegos, pero ¿quién era?

—Kai, ¿estás bien? Te veo un poco pálido, ¿quieres que regresemos?

—No, es solo el cansancio, cuando llegemos seguro me recupero. —Apreté con un poco más de fuerza su mano como para transmitirle mi convicción, ella respondió con un apretón similar; y lo entendí como un continuemos.

Faltaba ya poco para llegar a lo más alto e increíblemente parecía el tiempo paralizado, pues el crepúsculo y su color naranja aún se podía apreciar tras la pendiente que íbamos subiendo, luego el aire se tornó más ligero y con ello nuestro andar. Nuevamente el vacío de mis recuerdos me atrapó y traté de buscar en lo más profundo de mi memoria el rostro perdido, mas solo pude ver sombras y algunas siluetas, me empecé a preocupar y en ese momento mi ángel tiró de mí:

—Kai, hemos llegado —había una gran roca tapando el horizonte, nos dispusimos a rodearla, eran las once de la mañana según mi reloj, pero el alba continuaba ahí. Entre risas, bromeé al respecto:

—El sol se olvidó que tiene que salir —reí.

Ella me miró un poco irónica; «tal vez», me respondió. Exhalé el cansancio y lentamente alcé la mirada... Cómo me lo iba a esperar, simplemente jamás olvidaré lo que vi a continuación...

Era como si de pronto el bosque se hubiera acabado, desde donde estaba pude

apreciar una explanada interminable y semiondeada y en el lugar que parecía ser lo más profundo y el centro, un árbol de proporciones inimaginables se erguía, haciendo ver a los demás cerezos como simples arbustos, la tierra era más oscura y expelía un olor a humedad, muy similar al que se percibe luego de una pequeña lluvia, había una densa neblina que evitaba apreciar con mayor detalle los alrededores y la base del árbol. Llegué a concluir que esa era la razón por la que el horizonte no tuviera fin, yo estaba anonadado, con la visión empañada; de pronto una voz con la fuerza de un estruendo estalló desde el mismo corazón del árbol alejando por unos segundos la espesa neblina y dejando ver el terror que se ocultaba en su simiente. Pude apreciar que delante del gran árbol había un mar de gente que trataban de organizarse en fila india y esta fila desembocaba en la cara contraria del gran cerezo y solo por un segundo creí ver la silueta de algo que se encontraba de espalda; pero que era enorme, mi raciocinio no lograba entenderlo y al no entender quedé paralizado ante lo inconcebible, hasta que nuevamente el estruendo se hizo sentir y logré escuchar algo parecido a «Boragh Ardamis Neral», acompañado con gritos de terror y desconsuelo, tan fuertes que a pesar de la distancia llegaban y estremecían mi razón.

—¿Qué es esto? —¡Exclamé!

—Kai baja la voz algo no está bien —inmediatamente sacó un manto que se asemejaba al color de la tierra, lo lanzó como una red y este nos envolvió a los dos, además el manto hizo parecer que éramos un solo ser. Luego mi ángel susurró: «debemos regresar», pero cuando nos dispusimos a hacerlo, una explosión retumbó los cimientos y sentí que la tierra se desmoronaba a mis pies, envolví a mi ángel con los brazos y rodamos por la hondonada. La caída se hizo interminable y solo podía pensar en que debía protegerla, mas cuando todo había acabado me di cuenta que ella me había protegido, nos miramos desconcertados y soltamos una carcajada para mitigar el susto, aun así pudimos ver en nuestros rostros las marcas de la preocupación e implícitamente sabíamos que estábamos en problemas. Nos tomamos fuerte de la mano y en la misma posición en la que nos encontrábamos empezamos a observar a nuestro alrededor, la tierra era más arenosa a diferencia de antes y el olor era añejo; cuando levantamos la mirada pudimos apreciar con mayor claridad a la multitud, ese grupo enorme de personas gritaban y se lamentaban, se veía la fatiga en su pesado caminar, levantaban sus huesudas manos en son de súplica y trataban de consolarse los unos a los otros, era un cuadro impresionante, de pronto empezó a silbar el viento con mucha fuerza; era un sonido extraño como el que se genera al absorber por la boca, pero en gran escala.

La multitud se cubría los oídos y empezaba a elevar plegarias mezcladas con frustración...

—Kai cúbrete los oídos —me gritó mi ángel mientras envolvía el rostro en sus rodillas, por simple reflejo hice lo mismo y en ese preciso momento una voz osca y ronca retumbó como un relámpago.

—¡Boragh! ¡Ardamis! ¡Neral!

Me protegí como pude, pero el dolor que sentí en ese momento fue indescriptible, parecía como si hubiera estallado una granada frente a mí. Mis oídos no dejaban de zumbar, pero poco a poco todo iba aclarándose, levanté la mirada en medio del desconcierto para apreciar al culpable, mas mi cuerpo estaba tan desbalanceado que no me permitía fijar al objetivo, tomé un respiro y en ese momento alguien pasó muy rápido por mi lado gritando desesperadamente, no le presté mucha atención hasta que noté que muchos también lo hacían, volteé para examinar al tumulto y el impacto de esa primera mirada terminó por arrebatar-me las fuerzas que me mantenían..., no pude evitar retroceder, me encontré espantado mientras observaba como el gentío ardía en vida y luchaba por apagar el fuego sin éxito, no terminaba de entenderlo cuando de pronto algo se movió en el tronco del gran cerezo creando un chillido muy similar al de un barco en alta mar y desde la cara contraria en la que yo me encontraba una silueta empezó a girar lentamente, en ese momento mi ángel se abalanzó contra mí y nos envolvió con el manto, su rostro estaba pálido y habían unas lágrimas que resbalaban en sus mejillas, era evidente que se encontraba en *shock*, no paraba de gritar:

—¡No mires Kai! ¡No mires! —Y luego agregó—: Boragh ardamis neral significa: «*¡Que ardan los que miran!*». —Tomó mis manos y clavó su mirada con la mía, empezamos a temblar y nuestros ojos se llenaron de lágrimas que no encontraban un destino, en el fondo de mi corazón sabía que podría ser la última vez que estaría con ella y esa idea me causaba más terror que la misma muerte; la capa empezó a brillar con un color naranja a la vez que gritos desgarradores se iban apagando hasta volverse solo suspiros.

Lentamente el silencio se apoderó de ese lugar, lo único que se escuchaba era nuestra respiración que competía con el viento.

—¿Ya terminó? —preguntó mi ángel mientras se enjugaba los ojos.

—No lo sé —respondí. Tomé una de las puntas de la capa y me dispuse a observar. Estaba nevando cenizas, pero tanto yo como mi ángel sabíamos qué era eso en verdad, tragué en seco un poco de saliva, cuando algo nos alarmó.

—¿Kai sientes eso? —preguntó mi ángel con cierto nerviosismo.

—Sí, es como si algo se estuviera moviendo bajo tierra —balbuceé. Creí que ya todo había ocurrido, mas parece ser solo el inicio, pensé con temor, apoyé una oreja contra el suelo, aguanté la respiración para agudizar mis sentidos y pude sentir la tierra cediendo lentamente, luego miré alrededor y crucé algunas miradas nerviosas con los pocos sobrevivientes que iban saliendo de las cenizas, el nerviosismo y la angustia empezaban a apoderarse de nosotros, de pronto la tierra empezó a perder solidez convirtiéndose en un arenal y empezó a formarse una especie de embudo; corrimos raudamente hasta que dimos un paso en falso que nos unió, junto a los demás, al torbellino de arena. Luego de «nadar» desesperadamente, ya con los brazos entumecidos por el esfuerzo y con la esperanza desvanecida, me abalancé con un último esfuerzo y abracé a mi ángel que ya también se había dado por vencida, le

grité lo feliz que era por haberla conocido y en ese momento ella reaccionó y me abrazó fuertemente y me dijo: «que siempre había sido muy feliz a mi lado». Nos entrelazamos para evitar que la fuerza de la arena nos separase y en mi interior supe que era el fin...

Es curioso, pero cuando estamos al borde de la muerte, nuestra mente hace un recorrido de todas nuestras vivencias y va plasmando los rostros que participaron de ellas, extrañas e indiferentes a la situación que se vivió, estas caras se mantienen serias y se van enumerando hasta el último rostro que se vio, en mi caso el de mi ángel; luego desde el inicio hasta el fin pasan frente nuestro mostrando una expresión; ya sea una sonrisa, simple indiferencia, alguna mueca, odio, aversión o simplemente manteniendo su expresión inicial. Así fui contemplando los rostros de mi vida hasta que al final el rostro de mi ángel se mostró como la de un cazador que ve a su presa o con el goce que se obtiene por la caza, me sorprendió de sobremanera, puesto que de todos los rostros que observé ninguno mostró esa peculiaridad, su mirada me hacía sentir indefenso, luego el rostro se me deformó y un sonido retumbante empezó a hacer eco en mi cabeza. Fui cerrando los ojos en el sueño y abriéndolos en la realidad.

Cuando desperté me encontraba en el barro, tenía la mitad del cuerpo atrapado en el fango, estaba adolorido y lleno de heridas. Mi cabeza se apoyaba sobre una roca cubierta de franela, eso pensé a solo tacto, el lodo cubría mi rostro y no me dejaba ver con claridad, así que traté de entender mi entorno tan solo palpando, trataba de encontrar donde limpiar mis manos para luego poder limpiar mi rostro, mas no encontré nada para conseguirlo, luego de un esfuerzo logré entreabrir mi ojo izquierdo y di un vistazo rápido, estaba semioscuro, aunque el alba tenía su luz propia, la tierra era negra y pegajosa, me erguí un poco para tener un mejor panorama, parecía un bosque distinto, parpadeé y nuevamente quedé en la oscuridad, me apoyé en la piedra envuelta con franela mientras trataba de limpiar mis ojos, lo cual conseguí a los pocos minutos, luego me dispuse a abrirlos, cuando el tacto ya más familiarizado por el despertar me hizo notar que no era una roca lo que estaba tocando y que no existía tal franela, abrí el ojo recién limpiado, retiré la tierra de la extraña almohada y me di cuenta que se trataba de uno de los sobrevivientes del Ardamis que no logró salir a tiempo, tal vez por mi culpa pensé, mientras una idea nefasta se iba apoderando de mí... ¿Dónde está mi ángel? Traté de levantarme, pero mis piernas estaban aprisionadas en el fango, empecé a esparcir la tierra de mi alrededor para poder liberarme, era abrumador, más un pensamiento evitaba que me rindiera «debo encontrar a mi ángel», mis ojos me ardían por culpa del barro, pero no debía parar, cuando al fin logré retirar el fango hasta la altura de mis muslos me percaté que había alguien fuertemente aferrado a mí, la simple posibilidad de que se tratase de mi ángel me estremeció a tal punto que mi estómago se revolvió, empecé a cavar con más fuerza y lentamente pude liberar una de mis piernas, pero seguía esforzándome en liberar al fantasma que alimentaba mis miedos; luego de mucho

esfuerzo logré sacar el cuerpo inerte de una mujer de mediana edad, sentí alivio por un instante, pero casi inmediatamente algo se rompió en mi corazón, se formó un nudo en mi garganta y no pude evitar llorar, ya era demasiado, hacía frío, estaba cansado y rodeado de muertos, pero eso podía sobrellevarlo, lo que me estaba matando era no encontrar a mi ángel del árbol.

Pasé horas retirando los cuerpos inertes del fangal y poco a poco mi mente se fue aclarando y pude percibir otras alternativas que venían acompañadas de nuevas incógnitas y preguntas: ¿Soy el único sobreviviente? Si alguien más logró salir, ¿dónde está? ¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? ¿Estará viva mi ángel? ¿A dónde fue? Y así lenta y totalmente me fui sumiendo en mis pensamientos que luchaban por encontrar una lógica, una causa, una razón a un simple por qué, que aclarase la tortura en mi mente, mas mi cabeza se llenó de dudas y preguntas sin respuesta. De pronto un gruñido se escuchó en el bosque y una sombra apareció entre los arbustos.

—¿Quién anda ahí? —Grité.

—¿Con tantos interrogantes en tu cabeza se te ocurre hacer una pregunta más? ¡Es que acaso no quieres dejar dormir a nadie! —Me increpó una voz gruesa y enojada.

No entendí lo que me quiso decir, así que empecé a formular una pregunta más, cuando de pronto algo grande saltó desde el bosque y cayó muy cerca de mí retumbando los cimientos; me quedé congelado por la impresión..., nunca había visto una criatura tan grande, solo su cabeza parecía tener mi tamaño, se inclinó lentamente, fijó sus enormes ojos naranjas en mí y empezó a reír frenéticamente, luego se calló de forma abrupta y dijo:

—Es la primera vez que la comida despierta a Fandal.

Apenas escuché eso recorrió por mi cuerpo un escalofrío y por simple inercia di un brinco, cogí un poco de barro y se lo lancé al rostro, luego empecé a correr con todas mis fuerzas, cuando escuché detrás de mí un gruñido, volteé para averiguar nuestras distancias y lo encontré ya casi encima mío, lanzó un manotazo el cual empujó mi pierna izquierda hacia mi pierna derecha, estas se entrelazaron y caí estrepitosamente al fango.

—Nada escapa de Fandal —gritó mientras festejaba la buena cacería, en eso empuñó y se dispuso a golpearme con fuerza a la vez que esbozaba una sonrisa de placer...

—Espera... —grité—, mira a tu alrededor... «la comida está ahí» —por alguna razón hizo una pausa, escuchó mis palabras y se detuvo, empezó a olfatear en todas las direcciones, luego me cargó y caminó hacia los montículos de cuerpos que yo había sacado buscando a mi ángel.

Me miró haciendo un gesto de complacencia y empezó a reír escandalosamente otra vez: «¡La comida preparó la cena para Fandal! ¡Fandal no te comerá hoy! ¡Fandal está alegre!».

Me soltó y se abalanzó al gran plato de cadáveres, aproveché la oportunidad y

corrí desbocado hacia el bosque.

El día había transcurrido raudamente y el hambre se hacía sentir, sabía que tenía que encontrar un lugar seguro. El cual lo encontré en lo alto de un árbol, aunque nada podría ser un buen resguardo en este maldito lugar pensé, era la primera vez que veía un bosque con árboles tan altos, algunos tan delgados que parecía que se quebrarían por el viento y otros absurdamente gruesos; el árbol que escogí para protegerme era uno mediano, no fue fácil escalarlo, felizmente sus ramas eran firmes y duras, así que intentaría pasar la noche ahí, también vi desde lo alto el brillo de un riachuelo y decidí empezar mi búsqueda de comida en ese lugar. Sigilosamente no solo en mi andar, sino también en mi pensamiento me acerqué al riachuelo y complací a mi sed, aproveché y me lavé un poco, solté un suspiro de alivio y me eché un momento para descansar.

—Gracias por espantar a los peces. —Una voz muy dulce y con cierta risilla me alertó.

Me senté y guiándome de la voz llegué a observar una imagen femenina que aparecía y desaparecía en el mismo lugar, su presencia expelía paz y tranquilidad, hasta me atrevería a decir que había cierta música con ella, me inspiró confianza y decidí presentarme:

—Me llamo Kailem Istramus, ¿quién eres?

—Te he estado observando Kailem, en tan poco tiempo has logrado evadir a la muerte tres veces, eso no se ve a menudo, aunque claro dos de esas veces Bórea estuvo a tu lado...

—¿Bórea? ¿Te refieres a la chica que estaba conmigo? ¿Es ese su nombre? —Esbozó una sonrisa.

—No voy a ironizar —dijo—, pero ¿en serio Kailem?, noto que tu corazón se desborda por ella y... ¿recién te enteras de su nombre? —Empezó a reír mientras se concentraba de nuevo en la pesca, luego agregó—: ¿Qué es Bórea para ti?

—Ella es mi ángel del árbol —respondí—, es alguien muy especial para mí.

—También es la razón por la que estás aquí —susurró—. Kailem, todos nos ponemos una venda a los ojos para imaginar un horizonte perfecto, pero llega un momento en el que tenemos que ver lo que en realidad es.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que no existen coincidencias y no es la mala suerte lo que te trajo aquí.

—Mencionaste que Bórea me salvó dos veces, la primera fue en el Ardamis, ¿también ella me salvó de la tumba de fango?

—Yo no sé si ella te salvó o tú te salvaste al sujetarte tan fuerte. —Sonrió con dulzura, al mismo tiempo empezaba a moverse el hilo artesanal que tenía en el agua, entonces dio un pequeño tirón y sacó un pez, el cual fue colocado junto con los demás. Puso una expresión que la iluminó aún más.

—¿Entonces ella logró salir? —Pregunté con cierta impaciencia, la respuesta era

obvia, pero necesitaba escucharla.

—Fueron los únicos que salieron de la tumba. —Abrió grande sus ojos, totalmente fascinada y agregó—: ¡Nunca un caído sobrevivió a la tumba de fango! —Soltó un ¡oh! muy sensual, mientras sacaba otro pez del agua.

Un gran peso empezaba a disiparse en mi pecho, mi ángel estaba viva.

—¿Entonces dónde está? —susurré.

—Se fue con los Escalius y antes que preguntes —empezó a jugar con su cabello —, son abominaciones de este mundo, soldados del reino. A propósito soy Krimdalini O'da Anamutsa, puedes llamarme O'da, contestaré tus preguntas después, ya va a anochecer, si sobrevives a la noche búscame en este mismo lugar. —Dio un par de saltos ágiles, giró hacia mí y agregó: «El truco es ser uno con el bosque, si piensas mucho te encontrarán, espero verte mañana Kailem».

Traté de seguirla, pero la perdí muy fácilmente, tenía muchas cosas por preguntar, supongo que será mañana, me dije. Vi cerca de donde ella estuvo un par de peces, ver comida siempre me emociona, empecé a segregar saliva como un animal hambriento, realmente ya no había diferencia, y aunque no pude atraparlos encontré unas algas las cuales envolví tomando dos ramas secas, además armé una fogata. Gracias a la suerte, aún conservaba el encendedor de César, fue fácil prender las hojas secas y estas prendieron a la vez las ramas y la fogata se estableció.

Tomó su tiempo hasta que estuvieron listas para ser ingeridas, no era lo más rico que había preparado, pero sin duda el sabor de la salvación llega a tener su encanto y así la noche cayó cargando al frío en sus brazos y este a su vez se hizo insoportable. Recordé un viejo truco Scout, aunque el truco era usando periódico dentro de las prendas para evitar que se escape el calor, en su remplazo usé las hojas secas que estaban en todas partes e inflado en hojas regresé al árbol que había seleccionado con anterioridad, me acomodé en una de las ramas más gruesas y el cansancio hizo lo suyo, logré descansar un poco hasta que el viento silbó y se estrelló en mis oídos dejando un mensaje algo confuso. Logré escuchar: «Kai... te necesito», el tono de voz era débil dando una impresión de desasosiego, respiré profundamente para tratar de diferenciar el sueño de la realidad, mas ante la duda decidí aferrarme a la posibilidad, pero sin hacer mucho caso y agobiado por el cansancio parpadeé para cobijarme y descansar en el único lugar posible de esa pesadilla y nuevamente el viento con su singular frescura e ironía rodeó mis mejillas y me permitió imaginar y hasta sentir a mi ángel. Un brote de felicidad rodeó todo mi ser y generó una barrera de abrigo el cual mitigó al frío. Recordé algunos pasajes con ella y reviví las emociones casi indescriptibles que pude sentir, recordé unas palabras, el último fragmento de la historia que me contó empezó a hacerse recurrente en mi mente, «solo la voluntad como arma».

Volví a despertar muy temprano susurrando esas palabras, me sentía recuperado y una extraña fuerza me rodeaba tras cada latido, las esperanzas volvieron a mí, tal vez fue mi ángel me dije, sonreí a la mañana, estiré los músculos y empecé a desinflar

mis prendas hinchadas de hojas secas, me tomó unos minutos, di un salto para bajar del árbol protector, ironizando mis desgracias, pero erré al caer y terminé en el piso, «a veces las tonterías y errores menores nos causan gracia y más aún al recién despertar cuando la realidad no termina de ser comprendida». Me apoyé para levantarme y sentí que presionaba algo pegajoso, retiré la mano raudamente por simple instinto, volteé para apreciar la mucosidad y de un tirón la realidad regresó a mí como si se retirara el velo a un cadáver, era sangre, había mucha y parecía estar fresca. ¡Qué clase de broma es esta! Increpé, parecía que había habido un festín; pero ¿en qué momento sucedió?, ¿acaso era posible que hubiera dormido tan profundamente para no haber sentido nada?, ¿se puede dormir tan profundamente en el infierno? Estaba entretenido en mis pensamientos y noté que sea lo que haya sido herido aún se movía o tal vez se arrastraba. Por un momento titubeé, pero a veces la curiosidad opaca a la precaución y te da una palmada para ser complacida, caminé sigiloso siguiendo los rastros de sangre, atento a todos los sonidos a mi alrededor y por primera vez, tal vez por lo vivido o tal vez por ese lugar sentí mi entorno como nunca antes había sentido el mundo, las marcas de sangre se amplificaron e inclusive llegué a sentir su olor, todo lo que no pertenecía a la caza empezó a perder importancia e iba desapareciendo ante mí, el entorno se oscurecía y en mi mirar solo la sangre y el rastro empezaban a brillar de un color plateado; mientras todo lo demás desaparecía en la oscuridad y junto con ello mi conciencia, empecé a ver a través de los ojos míos los cuales parecían ser ajenos. Enjaulado y seducido por la adrenalina me asusté de mí, me apresuré en recuperar la compostura y el bosque volvió a tomar color.

El rastro me acercó al riachuelo donde conocí a O'da Anamutsa, ahí muy cerca el color viscoso de la sangre yacía empozada y un filamento muy fino del mismo color se escondía tras una roca abultada y adornada de moho. Algo me decía que me alejase de ese lugar, pero era como un susurro, di unos pocos pasos, atravesé el pozo coagulado, reduje mi velocidad y apoyándome sutilmente en la roca divisé.

Había una criatura pequeña de piel oscura la cual parecía respirar cada vez más lentamente, estaba envuelta con su propio cuerpo, parecía un gato desde el ángulo en el que me encontraba, una protuberancia como un cuerno se erguía en un extremo de su cabeza, no tenía una apariencia clara aún para mí, lo único de lo que estaba seguro era que moriría pronto y me preguntaba como un animal tan pequeño podría haber derramado tanta sangre, no lo vi riesgoso y decidí contemplarlo de más cerca, a medida que lo rodeaba y me acercaba iba descubriendo la magnitud de la herida, había cortes muy profundos en el pobre animal y muchos de ellos dejaban ver sus huesos, estiré la pierna y con ello traté de cambiar su posición, luego de un par de empujones logré desenvolverlo y grande fue mi sorpresa al percatarme de su apariencia casi humana. ¡No tenía idea que existieran animales así! —Exclamé, me puse en cuclillas para contemplarlo mejor, en ese instante el moribundo animal abrió los ojos y con sus últimas fuerzas y para mayor sorpresa mía susurró:

—No moriré hasta que se rompa el cuerno —y agregó—: Ayúdame si mantienes aún algo de piedad caído. —Su voz algo suave y su mirada suplicante era la más pura esencia de la desesperación, era como si la esperanza ya quebrada estuviera por desaparecer. Un poco desorientado y aún con la duda de haberlo escuchado, le pregunté:

—¿Qué eres? —No buscaba realmente saberlo, solo quería corroborar si realmente este ser hablaba...

Tomó una pequeña bocanada de aire y fue soltándola suavemente mientras respondía.

—Soy un Noluc —hizo una pausa breve—. Ayúdame —agregó y volvió a mirarme de un modo desgarrador.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—He sido maldecido y no moriré hasta que se rompa el cuerno, he muerto mil veces ya y el cuerno me vuelve a traer, ayúdame a descansar... aplaca mi sufrimiento, te lo ruego...

—No veía que pudiera hacer más por él y convenciéndome de que era lo correcto decidí romper el cuerno el cual se quebró como un palo seco, y mientras terminaba de romperlo le pregunté: «¿Cómo salgo de este infierno?».

—Me miró con gratitud y su cuerpo destrozado empezó a curarse a una velocidad irracional a la vez que empezaba a brillar de un color dorado, sus extremidades aumentaron de tamaño luego su tronco y finalmente su cabeza, recuperó su forma irreal que se asemejaba a los ángeles, luego se tornó algo transparente y empezó a flotar como si fuera un dios.

—Gracias caído... la única forma de escapar de este lugar es a través del demonio del árbol de cerezo, pero para enfrentarlo aún te falta mucho, tu voluntad debe ser fuerte e inquebrantable, solo así tal vez tengas una oportunidad. —Su imagen empezó a fragmentarse y fue desapareciendo como una ilusión, cuando ya casi se había ido y tal vez entendiendo la pregunta que quedó amarrada en mis labios, se despidió diciendo—. Empieza por sobrevivir. —Al mismo tiempo yo lograba formular—. ¿Qué debo hacer?

Quedé paralizado, fascinado y completamente extraviado, era verdad, tenía que aprender a sobrevivir, pero ¿cómo se aprende algo así?

A pesar de las dudas y de la horrible sensación de sentirme ajeno a todo lo que me rodeaba, una fuerza inexplicable que llegaba siempre como una brisa lograba hacer mis pasos más ligeros, impulsándome a continuar, no había duda, era el aliento de mi ángel o al menos empecé a creerlo así, era por ella que tenía que mantenerme en pie, tenía que encontrarla y rogaba porque estuviera bien: «Espera mi amor, espera mi ángel del árbol, aprenderé y juntos saldremos de aquí».

Recordé que O'da Anamutsa mencionó que estaría cerca al riachuelo y pensé en la posibilidad de aprender de ella, me acerqué al riachuelo y me acicalé, estaba impregnado de polvo y barro, tanto que la incomodidad ya era evidente, con un gran

alivio fui retirando la tierra de mi cuerpo y mientras lo hacía interiorizaba la palabra «sobrevivir» haciendo mención al dilema y pensando cómo hacerlo; en eso una voz amiga y conocida irrumpió la tranquilidad que acababa de posarse en el bosque.

—Ahora no solo espantas a los peces, sino también ensucias el agua, ¿qué puedo hacer para pescar en paz? —Se escuchó en tono bufonesco.

Busqué el origen de la voz y tal como pasó al inicio, solo siguiendo el sonido pude de alguna manera verla, entonces cerré con fuerza los ojos para tratar de limpiar esa neblina ficticia que me impedía notarla a plenitud, mas fue inútil, sin embargo sabía que estaba ahí. Era increíble que alguien pudiera unirse de ese modo con la naturaleza que ante los ojos de un extraño se hiciera imperceptible. Sé que su cabello era rojizo y eso me sorprendía aún más, pues cómo un color tan vivo podría dejar de ser percibido, en eso hizo un movimiento brusco y del riachuelo saltó un pez gordo que empezó a sacudirse con fuerza y parte del agua que desperdigó fue a caer en ella mostrando su perfecta figura, la cual me deslumbró como en un sueño y duró lo de tal..., su mirar sereno y todo el misterio que giraba a su alrededor la hacía totalmente deliciosa en un sentido interesante.

—¿O'da estuviste aquí todo el tiempo? —en el fondo sabía la respuesta.

—Lo suficiente... —hizo una pequeña pausa—, ¿por qué te arriesgaste?

—¿A qué te refieres?

Su voz se tornó un poco más dura.

—Liberaste a un Noluc, ese ser estaba maldito, por suerte murió junto con la maldición, ¿o habrá atravesado al otro plano? —se preguntó mientras regresaba a su placentero tono de voz habitual, luego rio de improviso—. Kailem tienes demasiada suerte, por lo general los Noluc no perdonan a nadie y aunque empezó a desaparecer velozmente aún tenía suficiente fuerza para extinguirte. —Sentí su sonrisa en la invisibilidad y agregó: «me interesas Kailem, si consigues un alma para mí yo te enseñaré a sobrevivir»...

—¡Un alma! No estoy muy seguro a que te refieres con eso, pero de donde vengo es algo intangible que da aliento y fuerza...

—Para Kailem, no necesito la descripción, pero es exactamente eso lo que te estoy pidiendo.

Reí pensando que se trataba de algún tipo de broma elaborada, pero el silencio hizo énfasis en lo real de ese pedido absurdo.

—Realmente necesito aprender a sobrevivir, pero aunque matase a alguien, ¿cómo podría traerle algo así?, tampoco pienso cometer semejante crimen —reliqué.

—¡Matar Kailem! —se burló un poco—, busca a Fandal, el guardián de los pantanos, él es el único ser en este bosque que puede separar el alma del cuerpo, al hacerlo los guarda en pequeños sacos que están cubiertos con su saliva, roba uno de esos sacos para mí.

—No me pidas algo así O'da —mi corazón se aceleró, el cuerpo reaccionó ante el recuerdo y por más que intenté controlar mis emociones estas se desbordaban como

agua aprisionada en un vaso.

—Eso es lo que más me interesa de ti Kailem, iremos juntos, te enseñaré algunas cosas y verás que no es tan difícil. Lo primero que debes aprender es a mantener la calma, ven acércate a mí...

Lo dijo mientras jalaba de mí y me cobijaba en su piel desnuda para luego darme un beso en la frente, a la vez susurró unas palabras incomprensibles y lentamente fui cayendo en la felicidad del vacío.

No estoy seguro de cómo pasó el tiempo, pero tanto los días y las noches pasaron como relámpagos frente a mí, sin que pudiera apreciarlos por completo, era como estar atrapado en un pozo, sin ideas, sin fuerzas, respirando la inercia y suspirando por la vida en sí, algunos destellos me mostraban la realidad, pero eran tan cortos que no terminaba de entenderlos. Cuando la luz atrapó a la oscuridad y la oscuridad abrigó a la inconsciencia, ahí perdí la noción de la existencia y sentí mi vida desaparecer, no una sino varias veces, los latidos de mi pecho eran cada vez más débiles y mi respiración se perdía en el viento, entre algunos parpadeos la imagen de O'da aparecía como la obra más perfecta, hecha a pinceladas por la creación, pero luego este mismo cuadro impresionista mutaba con el pasar de las lunas y su belleza se incrementaba al mismo tiempo que mi fuerza se escapaba. Me siento protegido en el vacío, la mayor parte del tiempo estoy en el paraíso, y aunque sé que es falso no lo quiero dejar, ese pensamiento daba vueltas en mi inconsciencia; de pronto la realidad se presentaba como un chasquido y escuchaba a O'da cantar:

—Descansa mi siervo, descansa mi luz, haz que tu fuerza sea mi fuerza, deja que tu vida sea la mía... descansa mi luz, descansa en mí... sé para mí. —Cantaba mientras jugaba con mis cabellos emblanquecidos y en ese instante noté una extraña protuberancia ubicada en mi frente que se empezaba a erguir como un cuerno, esto hizo que mi cuerpo reaccionara bravamente.

—Sshh..., sshh..., tranquilo Kailem, sulem ishira Kailem, sulem mashtel, far ley... Dembo.

La última palabra fue como una red que atrapa el sueño y me lanzó al paraíso falso creado para mí, pero esta vez había algo distinto, podía pensar, eso se convirtió en mi último recurso, necesitaba aprovechar la oportunidad y pronto.

Los días siguieron su camino hasta que una suave brisa trajo consigo esa fuerza que necesitaba.

—¡Kai, despierta o será demasiado tarde, prometiste que me buscarías, te esperaré siempre Kai, no te rindas, usa tu voluntad, lucha!

Las palabras retumbaron en mi ser, era mi ángel, era mi fuerza. Una convulsión que nacía en mi estómago empezó a expandirse vehementemente por todo mi cuerpo y sentí la electricidad o energía recorrer cada una de mis vértebras para luego estallar en mi garganta y desbordarse a vómitos por la boca, para finalmente concentrarse en un rugido acompañado por llanto que enervaba mis fuerzas ayudándome a liberarme de la telaraña invisible, inexistente, que me mantenía en ese trance; otra oleada de

fuerza llegó con más violencia y estalló como un bramido de cólera, al mismo tiempo, mi cuerpo se retorció tratando de recuperarse, sentía mis latidos en cada una de mis células y finalmente lancé un cabezazo con todas mis fuerzas hacia una de las rocas y el cuerno se rompió explotando en pedazos. La sangre corrupta, negra y hedionda empezó a fluir hacia el exterior, respiré profundamente, toqué la herida fresca en mi cabeza y arranqué el último pedazo de la maldición, el cual se asemejaba a un alfiler, al retirarlo al fin pude separar de mi esa falsa felicidad, mis cabellos blancos empezaron a recuperar su color y mi cuerpo su forma, estaba libre, era como volver a nacer y al mismo tiempo una gota de alegría y un mar de temores cayeron sobre mí a causa de la incertidumbre.

—No hay rastros de O'da —murmuré, el batallar del cansancio con el miedo estallaron en mi interior, luego con un esfuerzo apresurado di el primer paso el cual terminó con mi cuerpo en el piso otra vez; levántate, repetía para mí mismo dándome fuerzas, tenía que alejarme de ahí, pero las piernas no me respondían, así que empecé a arrastrarme en dirección contraria al flujo natural del riachuelo y así lentamente fui recuperando la coordinación del cuerpo y aún más lentamente el equilibrio, la angustia de no encontrar resguardo empezó a hacer mella en mi estabilidad, la simple probabilidad de que O'da estuviera cerca creaba el escenario perfecto de lo que una presa esperaba de su cazador. No quería imaginar, pero tal vez el único que vivió ese mismo calvario fue un Noluc y él no sobrevivió, tomé otra gran bocanada de aire, inflando al máximo mis pulmones, y usando ese aliento me eché a correr. Por momentos no coordinaba adecuadamente y el cuerpo desbalanceado y casi moribundo entre movimientos milagrosos y torpes lograba alejarme de ese lugar; paso a paso fui entrando a las entrañas del bosque que ansioso esperaba digerir el bocado fresco que apareció.

A medida que más me adentraba iba soltando suspiros de alivio bañados en jadeos y cuando pensé que había logrado escapar con éxito, la voz seductora y suave relamió:

—Mi hermoso Kailem, nuestra historia aún no ha empezado, ven a mí, déjame acurrucarte en mi pecho, te amaré y te protegeré y «por ti viviré». Esa última parte sonó con una ironía perfecta, mi alma se revolcó de terror y brindó nuevas fuerzas al escape, lágrimas del miedo empezaron a brotar por mis ojos y se fueron mezclando con el sudor que iba menguando las fuerzas que me quedaban.

—Kailem ¡*Sulem Ishira, Sulem Mashtel!*

—¿Por qué haces esto?; ¡yo confié en ti!, ¡déjame en paz! —Gritaba mientras huía sin rumbo, inconscientemente sabía que no debía escuchar ese conjuro completo o estaría sentenciado, así que cada vez que intentaba lanzarlo tapaba mis oídos y bramaba con fuerza, de vez en vez empujones mezclados con flagelos de sus cabellos soltaban un chirrido en mi espalda incrementando la humedad en el dolor y mostrándome que ya no existía camino de regreso, que no existía escapatoria, que la salvación tomaba sus matices en la resignación y que cuanto más me esforzara, para

ella sería mejor.

El cansancio se vistió y dejó al cuerpo a disposición del depredador, mirando un destello de luz en el oriente y dejando resbalar las últimas fuerzas que me quedaban, exclamé: «Mi ángel, ya no puedo luchar más, mi cuerpo siente el dolor y mi corazón se desgarrar por no poder estar contigo otra vez. No me importa lo que pase conmigo, si existen otras vidas sin duda te encontraré». Lentamente mis pasos se hicieron pesados y caí de rodillas cerca de un árbol seco cuyas ramas yacían esparcidas.

—Es gracioso Kailem, yo soy lo que soy por este lugar, te apoyas en el árbol que en otrora fuera el rey del bosque, que irónico, derramé las últimas lágrimas de mi esencia junto a él, fue un lindo sueño el pasado, pero su peso debo cargar. Es el fin del camino Kailem, el amor siempre te seguirá y aunque huyas te alcanzará, aquí estoy. ¿No eres acaso humano?, deberías sentirte orgulloso, yo te daré mi amor y tú con el tiempo aprenderás que amor son dos en uno y ese uno soy yo, no tienes nada que temer.

Su voz nacía y desaparecía en tantos lugares a la vez que era imposible hacerse una idea de donde podría estar, me apoyé en el tronco luego de arrastrarme hacia él y traté de limpiar la neblina que perturbaba mi visión, mientras a unos pocos metros, la perfecta figura de O'da se mostraba en su plenitud por primera vez, su larga cabellera con vida propia se balanceaba al ritmo del viento y de sus instintos, mientras que haciendo danzar sus caderas avanzaba lenta y sigilosa, su mirada penetrante competía con mi corazón en la lucha de afirmación del vencedor frente al vencido y en cada paso que daba se consumía mi esperanza al verme acorralado. Solo una opción me quedaba, usé las fuerzas recogidas del breve descanso, cogí una de las ramas secas y me dispuse a enfrentar mi destino, O'da soltó una carcajada y sus ojos empezaron a tornarse como los de una serpiente...

—Una pequeña rama no me detendrá, Kailem piénsalo mejor, juntos podríamos gobernar este bosque, con mi fuerza y con tu vida lo lograremos. Sus cabellos se lanzaron y unidos arremetieron contra mí, lanzándome a unos metros de distancia, el impacto sacudió el mundo a mi alrededor y manchas oscuras empezaron a salpicar mi visión, me levanté por inercia, pero mi mente fue a parar al desmayo y ahí en la oscuridad, mi luz de esperanza me habló:

—No temas Kai, tú ya sabes lo que tienes que hacer, tu voluntad es fuerte y la voz de mi sangre corre en ti, en este mundo todo es posible, repite conmigo y mi voz retumbará por tus labios, lo demás dependerá de ti «Yum koral'ta teldora arántica» ahora despierta Kai, despierta.

Cuando abrí los ojos no había pasado más que un segundo desde que me lanzó, muy cerca se encontraba O'da con los ojos cerrados y en una meditación profunda. Me enmarcó con sus manos desde la distancia, creando un círculo y colocándome en el centro, luego empezó a pronunciar el conjuro del cual tanto había escapado, Sulem Ishira, Sulem Mashtel Farley... Dem..., al mismo tiempo y antes de que terminara su maldición cogí una rama punzante y corrí con mis fuerzas restantes hacia ella y

conjurando las palabras que mi ángel sembró en mí, me abalancé sin temor abriendo camino entre sus cabellos que habían formado un escudo, luego deslicé mis malas intenciones hacia su pecho, incrustando profundamente el «puñal seco», me miró y hasta podría jurar que sonrió, luego soltó un alarido y pronto vi mis manos manchadas en sangre lo cual traicionó brevemente mi convicción y provocó que soltase el objeto punzante, el cual cayó jugando con la vida de su vida para luego ser acompañado por ella, me apresuré a amortiguar su caída envolviéndola en mis brazos y así medio abrazados, junto al árbol vejestorio y seco que presenciaba la escena, terminamos de caer, mi espalda quedó apoyada en el árbol y la suya en mi pecho, ante los ojos del bosque éramos dos amantes, pero ante los nuestros cazador y presa que encontraban un momento de paz, levantó la mirada clavando sus ojos en los míos y luego haciendo un movimiento suave colocó una de sus manos entre mi mejilla y mi boca, la falta de fuerza deslizó su mano creando una caricia y luego suspiró reteniendo el aliento de vida, y me dijo:

—Nunca olvides esta sensación Kailem, esa es la forma de sobrevivir, me pediste que te enseñara y has aprendido bien...

—¿Por qué O'da? ¿Acaso no había otra forma? —Traté de limpiar las lágrimas cristalinas del cuerpo que se despiden, pero estas eran viscosas y se rehusaban a ser extraídas—. Lo lamento O'da. —Agregue.

Su frágil e indefenso aspecto no coincidía con la fuerza que poseía, me empecé a sentir culpable de arrebatarle a la naturaleza un ser tan perfecto y lo que quedaba de mi alma se deslizó entre mis ojos y fue a rodar en ella, me quedé contemplándola durante mucho tiempo hasta que la savia con sangre dejó de brotar y luego de fecundar el suelo, esta dio paso a nueva vida que empezaba a nacer a nuestro alrededor. Flores de pétalos blancos se erguían creando una alfombra perfecta y luego la madera vieja en la que estaba apoyado crujió y empezó a recuperar su color natural. Extasiado por la tristeza y la sorpresa contemplé la transformación de todo el bosque y sobre todo entendí por qué ese árbol era el rey, sus raíces se expandieron con gran velocidad dándole firmeza al suelo, luego una voz potente explotó en mi mente.

—¡Gracias caído!, has purificado la tierra, pero sobre todo has purificado el corazón de mi hija, los espíritus del bosque jamás olvidaremos lo que has hecho por nosotros y sabremos compensarte a su debido tiempo.

La fascinación, el cansancio y mis heridas crearon en mí una respuesta espontánea, porque tanto mi mente como mi cuerpo ya no reaccionaban como debían.

—Gran rey, como podría pedir que me compensen si yo arrebaté la vida de tu hija. —Una ráfaga cruzó por mi cabeza mostrándome los problemas que en sí esas palabras podrían traerme, pero estaba tan cansado que ya no tenía emociones que desperdigar, solo la culpa me acompañaba con su susurro.

—Caído, crees que podrías matar un árbol con una punzada —se rio descaradamente—, lo que hiciste fue limpiar la maldición que un demonio plantó

aquí, mi hija pronto estará caminando entre nosotros otra vez, ella es más fuerte de lo que te imaginas. Caído se mi invitado.

Dicho eso un rostro empezó a tallarse en el tronco rey y los marchitos árboles de los alrededores empezaron a revivir, a medida que cada uno de ellos llegaba a su máximo esplendor, unas semillas doradas en lo alto de sus copas empezaban a crecer hasta que el peso que generaban las hacía aterrizar lentamente en la seguridad del suelo, luego empezaban a germinar naciendo seres hermosos cubiertos de pétalos de distintos colores; los cuales recubrían sus perfectas facciones y así, el bosque empezó a poblarse de los hijos de los antiguos espíritus. Festejos, bailes, cantos, empezaron a dar vida al moribundo arbolado resucitado y junto a la algarabía que no se hizo esperar empezó a armarse la Gran Celebración por la Liberación, nombre que el rey declararía minutos después.

Esta fascinante raza se hacían llamar Liliums, todos llegaban a la perfección física y andaban envueltos por la seda fina que solo en las hojas se encuentra, estas hojas heredadas de sus padres rodeaban sus cuerpos creando indumentarias distintas que podrían llegar a ser la envidia de cualquier rey, así vestidos con verdes de distintas tonalidades, su porte no podía dejar de emanar esa sabiduría escrita en sus rostros, no por el tiempo, puesto que todos tenían rostros jóvenes, sino por las vivencias que habían tenido; sin duda alguna la tragedia que habían vivido habría dejado una cicatriz invisible al ojo, pero no a los sentidos. Tal vez por el cansancio o por lo profundo de mis pensamientos no noté que el rey árbol había soltado sobre mí una especie de polen translúcido que fue curando mis heridas y con ello lentamente fui recuperando la fuerza perdida, mientras paulatinamente el sonido de la música que se había tornado en silencio fue encontrando sentido acoplándose otra vez a los pasos y murmullos del baile. Cada vez fueron llegando más y más Liliums de distintos lugares, animados y deseosos de reencontrarse, unirse y celebrar otra vez.

Lentamente mi conciencia se estabilizó, permitiéndome no solo gozar de su exquisita música, sino también de las conversaciones del alrededor.

—Ábreas, ¿escuchas la alegría de todo el bosque?, hasta las pequeñas plantas inmóviles cantan. Comentaba un Lilium con voz algo temblorosa.

—Es una gran fiesta, hace tanto que estuvimos encadenados que el simple hecho de salir lo es, ¿cómo se rompió la maldición?

—Es un milagro que se haya roto, estoy seguro que el rey nos dará más detalles sobre ello. —Luego Ábreas raspó su garganta para llamar la atención de sus compañeros—. ¿Ya vieron a la criatura que descansa en el tronco del rey?, ¿no es acaso un caído?

—Que atrevimiento. —Una voz chillona desde sus espaldas llamó la atención, luego soltó un sonido expresivo y algo exaltado acompañado de una pausa... la cual se rompió—. Si es un caído. —Su fascinación encrespó sus dedos y los acercó lentamente a los bigotes formados de raíz, sus ojos no dejaban de observar al mismo tiempo que la curiosidad se dibujaba en su rostro.

—Que sorpresa general, pensé que tardaría más en llegar. —Se apresuró Ábreas en exclamar, camuflando un poco su desprecio para mantener lo político.

—¿Alguien puede decirme cómo se rompió la maldición que yo, el general Belium, no pude deshacer?

—Mi padre me comentó que ese caído usó una magia poderosa y con ello rompió la maldición, pero como ustedes ya saben el medio juicio de mi padre está atrapado en el olvido...

—Lo más probable es que el tuyo también Neris, total eres hijo de tu padre —bromeó Ábreas mientras los demás reían disimuladamente. Al ver ese efecto favorable de aprobación continuó—: Neris, ¿recuerdas por qué estábamos dormidos?

Una risa burlona, pero ya apagada se camufló en el grupo, sin embargo despertó cierto fastidio en Neris, quién levantó un poco el tono:

—Soy olvidadizo, esa es una condición que aqueja a mi familia, pero no soy un estulto eso es una condición tuya... —Neris deseó continuar, pero fue interrumpido por el general Belium, el cual exclamó:

—¡Suficiente! —En su rostro se veía la satisfacción de quien gusta de una buena discusión, pero también el fastidio por su obligación de impedirla—. Si me disculpan hay unos asuntos que me gustaría hablar con el rey —hizo una venía a cada uno y se alejó.

En ese preciso momento el rey sacudía sus grandes ramas, mientras sostenía la vista en el horizonte, acto seguido hizo una señal la cual fue comprendida a la perfección por los hijos del bosque, los cuales dejaron sus actividades y fueron a reunirse alrededor del gran monarca, quien ya esperaba impaciente.

Cuando al fin todos estuvieron reunidos cesaron los murmullos y la espera se empezó a sentir, entonces el rey rechinó la madera de su gran tronco y empezó a observar uno por uno a todos sus hijos, sus súbditos, su raza. Luego de una pausa relativamente larga, su rotunda y gruesa voz se elevó a los cielos.

—¡Hijos míos!, la inocencia de nuestra raza nos condenó por más de mil años, muchos de nosotros ya no despertarán, nuestro número se ha reducido a la mitad, nuestras fuerzas se han mermado, pero seguimos aquí. ¡Hemos vencido al tiempo! ¡Hemos vencido el odio perpetrado en nuestros corazones! y nos hemos vuelto más sabios, el destino giró sus manijas a nuestro favor y nos envió una luz de esperanza para alumbrar nuestros corazones marchitos... ¡Con su infinita ironía se ha dejado en nuestras manos el hilo de nuestro propio destino y con ello la responsabilidad de luchar por nosotros! ¡Y asegurar la supervivencia de nuestra sagrada raza ancestral, los Liliums!

Fijó su mirada en un punto, durante unos minutos los corazones ya exaltados de sus súbditos empezaban a enervar sus espíritus y gritaban a una sola voz: ¡Por los Liliums! ¡Por los Liliums! ¡Por los Liliums! Entonces la mirada penetrante del rey volvió a mandar al silencio, el cual fue apareciendo lentamente y cuando solo el viento susurró en ese espacio, el monarca continuó:

Estamos frente a una segunda oportunidad, su mirada se dirigió hacia los ancianos, para nosotros y nuestros hijos es doloroso reconocer que nuestra noble raza tenga que levantarse contra todo lo que en antaño juramos proteger; para así tener un espacio nuestro y poder llamarlo libremente nuestro hogar. Nuestra esperanza, nuestra existencia ha sido amenazada durante mucho tiempo, pero he visto su tenacidad, su bravura, los he visto luchar y sobrevivir a la maldición y lo logramos solos. ¡Hago un llamado a todos los Liliums y les digo de corazón, que si nos mantenemos juntos, prevaleceremos!

Su convicción fue tal, que logró atizar los corazones apagados de todos los que escucharon y estos lograban encender los corazones que recién llegaban. Cuando el bosque estuvo rebalsando de Liliums, el rey levantó al caído en sus ramas y con una sonrisa rugió:

Les presento al héroe poseedor de la magia de los Yabels, quien con valentía y sin temor se enfrentó a nuestro guerrero más consagrado, mi hija Krimdalini O'da Anamutsa a quien derrotó usando una de mis ramas secas, logrando incrustar con precisión quirúrgica en el punto más vulnerable de la maldición, la cual luego fue atacada con un conjuro de elevado nivel, logrando su destrucción inmediata, liberando a mi hija y con ella a todos. He aquí la profecía de nuestros ancestros: «La sangre y la savia se mezclarán».

—Caído dime tu nombre.

—Kailem Istramus —respondí por inercia, mientras sentía la transformación de pasar de un observador a ser el observado.

—La esperanza ha caído en nuestras manos y arrastró consigo la oportunidad de volver a empezar, ese es el tesoro más valioso del mundo... Gracias Kailem, elegido entre los caídos para salvarnos. —El viejo árbol hizo un ademán en señal de respeto y junto con él todos los Liliums siguieron su ejemplo.

Es increíble como las circunstancias pueden forjar un destino, en lo que a mí concierne lo que sucedió fue un acto de supervivencia, en lo que a ellos un acto puro de valentía; sin embargo, no se siente mal encontrar cobijo en el olvido y menos aún encontrar tanta aceptación a la determinación de intentar matar a alguien, ahora recién sé que ellos no están hechos de carne y hueso, esa es la única razón por la que fallé, pero errar no cubre la intención. En esta mezcla de emociones voy descubriendo que hay algo oscuro en mí, pues en ningún momento tuve remordimientos y parece que no los tendré —pensaba el caído mientras el fresco que se esconde en las alturas silbaba.

A medida que el rey me iba bajando, la intensidad del ruido empezaba a alcanzarme y abrazarme en sus tentáculos, así ya antes de llegar al piso me sentí parte de la fiesta al fin; ahí abajo me esperaban Ábreas y Neris, con la intriga no satisfecha que desbordaba en sus rostros.

—Bienvenido al suelo sagrado, Kailem Istramus. —Me recibió Ábreas con una voz afable, mezclada con algo de intriga—. Mi nombre es Ábreas, hijo de Cedrela

Odorata, el más grande y poderoso de los Cedros de este bosque —prosiguió, mientras inflaba el pecho y mostraba orgulloso su ancha contextura.

—No le hagas mucho caso Istramus, no es más que pose y aire; permíteme presentarme soy príncipe entre los Pinos y el hijo de Pinus Caribea, el sabio.

—Querrás decir el sabio olvidadizo —interrumpió Ábreas mientras soltaba una carcajada, para luego darle una palmada apaciguadora en la espalda; a pesar de sus constantes burlas y ataques se podía ver un lazo fuerte de amistad que los envolvía, además era obvio que no se habían dado cuenta que los había estado contemplando con anterioridad y en parte los había estudiado para entender a su raza, ya sea como un defecto o una cualidad siempre he observado el comportamiento. Al ver que Neris sonreía de la broma, aproveché para hacer lo mismo...

—Mucho gusto Ábreas, un placer conocerte Neris. —Les hice las venias respectivas imitando los saludos presenciados hasta entonces.

—Nunca pensé que O'da sería derrotada en combate y menos por un caído; es más, jamás pensé llegar a conocer alguno. —Su rechazo hacia los caídos era evidente, estaba enmarcado en su tono de voz a pesar de su esfuerzo por camuflarlo, Ábreas hizo una pausa y continuó—: Sin duda alguna ella debía haber estado cansada por los años; —miró disimuladamente a Neris para obtener su aprobación, sin embargo astutamente Neris descubriendo sus intenciones, agregó:

—Pues de ser así, fue una gran suerte, de lo contrario seguiríamos condenados...

—Y yo muerto —agregué, mientras intercambiábamos una mirada amistosa entre los tres—. Yo creo Ábreas, que solo jamás hubiera podido derrotarla. —En ese momento pensaba en mi ángel, pero para evitar mayores rodeos evité mencionarlo—. En algún momento O'da y yo luchamos juntos contra esa maldición. —Fue lo que agregué.

La respuesta complació a este dúo singular y ventiló la tensión de nuestras palabras, solo ahí pude preguntar: «¿Realmente O'da estará bien?».

—No es la primera vez que la han herido de gravedad, hace mil años fue la única que nos defendió, la ingenuidad de nuestra raza siempre ha sido el mayor de nuestros defectos —su tono de voz languideció y en ese momento fue interrumpido por Ábreas.

—Esa es una historia para otra ocasión, no deberíamos aburrir a nuestro invitado.

Sin embargo habían despertado cierto interés morboso en mí y esa intranquilidad es de aquellas que deben ser saciadas, así que presuroso evité que el tema se alejara y agregué:

—Al contrario Ábreas, sería un honor para mí escuchar lo que sucedió de sus labios, se los agradecería muchísimo.

—Uhhh bueno..., nuestra raza siempre ha sido pacífica, antiguamente habían dos grandes reyes, el que tú ya conoces y el Bardok, a quien también debes conocer, pues él es la entrada de todos los caídos; claro, y la familia de los Yabels quienes en ese entonces ostentaban el trono y querían expandir aún más su poder a los sagrados

bosques de Terogar. Ábreas hizo una pausa como tratando de recordar más profundamente lo que pasó, entonces Neris estalló en carcajadas:

—Y así osas decir que tengo mala memoria, déjame continuar con el relato. — Para obtener poder en los bosques de Terogar había dos opciones, la primera era que los reyes por propia voluntad decidieran ser súbditos de los Yabels, y la segunda obtener el poder mediante la guerra.

—Te imaginas la tensión de toda nuestra raza, en aquel entonces que no estaba acostumbrada a servir y mucho menos a matar, era abrumador.

—Inclusive ahora recordar esa sensación estremece mi corazón —interrumpió Ábreas.

Neris esperó con calma y luego prosiguió:

—Lo que siguió a la tensión fueron esas terribles muertes, asesinatos, nunca habíamos visto algo así. Y cuando empezamos a entrar en pánico los reyes buscaron el diálogo con la intención de atrapar la paz, pero esta suele ser escurridiza.

—¡Escurridiza Neris! Los Yabels nos hicieron creer que aceptaban la paz y al día siguiente de ello atacaron brutalmente una de nuestras aldeas, mis primos y muchos amigos muy queridos vivían ahí. Nunca el vacío se había apoderado de mí por la impotencia.

—Yo también perdí a seres muy queridos Ábreas, pero el verdadero problema Kailem, es que no sabíamos cómo defendernos y acabábamos de tomar el primer amargo bocado de la guerra.

—Lo que continuó después fueron muchas masacres... —Su voz se quebró como si un nudo en su garganta se ajustara y su mirada estampada en el vacío me dio una clara idea de lo duro de esos tiempos.

—Los que sobrevivieron a esas masacres nunca volvieron a ser los mismos. Sus almas vacías se convirtieron en un lamento de soledad y desesperanza, pero también en una opción para todos nosotros, pues ellos empezaron a luchar y sin remordimientos arrebataron la vida de nuestros enemigos... O'da pertenecía a ese grupo, y pronto se convertiría en la más fuerte de todos, esa sería su perdición.

—Yo diría que le empezó a gustar el matar.

—No digas tonterías Neris, ella es producto de nuestra debilidad, alguien tenía que hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunté. A la vez Ábreas le hacía una seña para bajar la voz.

—Por la magia prohibida —susurró Neris, mientras sus ojos se dilataban por el tema tabú mencionado.

—Pensamos que esa maldición nos liberaría de la cruenta guerra, pero estábamos equivocados, si bien es cierto que nos dio paz, haciéndonos creer en ella durante algunos años, realmente solo aumentó la furia con la que luego nos alcanzaría. Sacrificamos parte de nuestra inmortalidad en vano.

—¿Fue O'da quien usó la magia prohibida?

—Fue Bardok quien nos vendió, él insistió que usáramos la magia prohibida

como último recurso y nos convenció, estábamos desesperados Kailem, solo O'da se oponía a ello, pero no la escuchamos.

—Exactamente Neris, no la escuchamos, cuando se inició el ritual, Bardok el corrupto retiró sus manos y uno de los Yabels ensució el conjuro condenándonos a la esclavitud eterna; sin embargo, O'da se percató a tiempo y transfirió la eternidad de la esclavitud para sí misma, destruyendo su esencia por completo y encapsulándonos en el sueño del infinito. Sabemos que ha pasado mucho tiempo, pero recordamos ese momento como si hubiera sucedido ayer.

—Recuerdo a O'da bañada en su propia savia, totalmente sola, mientras la sombra de la oscuridad trepaba nuestros cuerpos inanimados.

Nos mantuvimos con los rostros acongojados, sus palabras me habían alcanzado y me sentí parte de su dolor por un momento.

—¿Qué hacen tan pensativos? —Quebró el silencio la voz potente de Belium, aquel al que llamaban general.

—General, ¿dónde habías estado? Te perdiste las lagunas mentales de Neris. — Era un modo poco sutil de sepultar el tema anterior, pero sin duda funcionó.

Belium rio con fuerza, mientras Neris torcía el rostro por el fastidio.

—Despertar después de tanto tiempo para volver a soportar sus bromas es un castigo cruel —dijo, luego abrazó a Ábreas y luego a Neris y soltando un suspiro concluyó—: Hubiera sido nefasto no haberlos encontrado —se miraron afectuosamente y Ábreas de un manotazo me unió al abrazo conjunto, la circunstancia fue removiendo la pared del tiempo dejando a las lágrimas escapar y rodar por nuestras mejillas, ellos lloraron por su libertad y el poder haberse encontrado y yo lloré por aún estar vivo.

Todos éramos almas golpeadas en distintos momentos y aún sin un consuelo, aunque sabíamos a grandes rasgos como encontrarlo. Ellos buscarían rehacer sus vidas y yo buscaría a mi ángel para tratar de recuperar parte de la mía.

Y así mientras los pensamientos iban y venían, la música se fue aplacando dejando sentir la oscuridad, el temor y el desconcierto de los días venideros... a su vez un soplo gélido se posó en nuestros rostros, endureciendo las cálidas lágrimas de nuestros ojos y delatando al invierno acechante. Lentamente la fiesta terminó, la noche cayó, pero el sueño jamás se presentó.

Una lágrima de esperanza



El invierno llegó con mucha fuerza, tiñendo de blanco el suelo herido y ocultando las costras del pasado. El gran rey creó con sus raíces un lugar cálido para mí. El tiempo que había transcurrido no logró apagar las llamas de mi corazón que seguía buscando la voz del ángel del árbol: mi ángel salvador, mi fuerza y la poseedora de mis pensamientos en los momentos de soledad. «No me olvido de ti, a veces siento tu aroma al caminar por los jardines y tu aliento resoplar para calentar el frío, la conexión que tenemos es más grande que el tiempo y más profundo que el vacío y a pesar que no sé dónde estás, siento que puedo abrazarte con mis sentimientos. Aunque ahora veo a la luz convertirse en oscuridad y a la oscuridad en luz, sé que encontraré un punto intermedio donde ambos podamos apreciarlo juntos, no te olvido mi ángel, no he dejado de buscar».

Mi mente estaba adormecida y entretenida con esos pensamientos y hasta podría decir de un modo utópico que me sentía correspondido, en ese momento de felicidad ficticia una extraña algarabía poco usual empezaba a inundar el silencio y a acentuarse muy cerca a la morada que el rey creó para mí, el alboroto captó mi atención, trasladando mis pensamientos a una densa nube que los fue envolviendo hasta ya no dejarlos ver, algunos Liliiums pasaron por mi lado como unos rayos, salpicando la prisa en su andar y sembrando la intriga en su camino.

Al fin ante el alboroto seductor me atreví a preguntar a uno de los presurosos andantes la razón de su premura, pero dominado por ella solo logró dejar un ruido incomprensible en el ambiente; sin darles mucho interés decidí caminar, ese día perfecto de invierno, rumbo al misterio forjado por la inquietud. La nieve daba un doble efecto: el primero era de disminuir la fuerza y velocidad de mis pasos y lo segundo el de crear un efecto ilusorio de estar frente al tapiz blanco más hermoso del mundo, los grandes árboles amortiguaban al viento dejando a la brisa complacida y con ello a cuantos acariciaba en su camino, sentí el cariño de la naturaleza y le

respondí sintiéndola a plenitud, el amorío camufló el tiempo acortando la distancia y burlándose de la prisa de aquellos que cayeron en sus garras. Pronto estuve cerca de una colina que me dejaba observar la novedad, mas no me permitía entenderla, así que me quedé en ella esperando que lo difuso se aclare, el frío golpeó con fuerza atesorando y adelantándose al ocaso que iba tiñendo de carmesí; no solo la nieve, sino también la silueta de esperanza en descenso que iba tomando forma en su recorrido, alegrando a los que esperaban y sorprendiendo a mi corazón congelado en la colina, sin palabras con la confusión de alegría y terror luchando en mi interior, logré soltar y escapar la sorpresa que luchaba en mis labios. ¡O'da!... realmente es ella. Estaba paralizado observando la caída del sol bañar su figura en descenso, que lentamente se aproximaba al suelo luego de recorrer el alto de su padre, estaba vestida de pétalos blancos que danzaban al mismo ritmo que sus cabellos los cuales con vida renovada acariciaban la caída y se ondulaban repletos de energía, agraciadamente movía los brazos para mantener el equilibrio creando ondas con los mismos y su belleza natural reemplazó lentamente el fin del ocaso.

A pesar de la distancia que nos separaba hubo un momento en la que ella divisó la colina donde yo estaba y sentí el calor de su mirada tan fuerte y a la vez tan suave despertando cierto escalofrío agradable y misterioso; como si dos enemigos que se respetan y tienen asuntos pendientes trataran de entender las intenciones del otro sin demostrar debilidad alguna, esa fue la impresión que tuve, pero lo cierto es que la princesa había regresado. Era difícil dejar de percibir la alegría y el alivio de los Liliiums al saber que O'da estaba entre ellos otra vez, ya ansiosos sus súbditos la aguardaban y cuando su vestido blanco formado por pétalos tocó el piso, la algarabía de los que esperaban una guía empezó, raudamente los Liliiums más destacados estrecharon su mano para tener el honor de acompañarla, mientras que el rey sacudía las hojas secas y aún colgantes de sus ramas y con voz rebosante de alegría estrechaba a su cariño dándole la bienvenida.

—Mi hija anda de nuevo entre nosotros y al fin la cadena destruida une sus eslabones haciendo brotar la fuerza inquebrantable de nuestras almas. ¡Saluden todos a Krimdalini O'da Anamutsa!

Las ¡Vivas! y ¡Hurras! Llegaron con fuerza hasta mis oídos, pero el mensaje camuflado en esas palabras se sentía más como un suspiro ahogado de esperanza, lo cual hizo que me preguntase: ¿Quién es O'da en realidad?, y llegaban a mí varias respuestas: «la princesa, la guerrera o el demonio que trató de matarme»; sin embargo, ninguna lograba definirla por completo. Hasta que en medio de la algarabía pude apreciar la esperanza sutilmente dibujada en los rostros desconcertados y temerosos del futuro, ahí supe lo que O'da representaba y lo que realmente era: «Una lágrima de esperanza». Lágrima, por cargar el sufrimiento de su raza consigo; y esperanza porque logró mantenerlos vivos usando todos los medios posibles.

El entendimiento se me iba haciendo más claro, pues en el umbral de las desgracias, las acciones que se toman repercuten no solo en uno, sino en todos y era

posible que no existiese acción buena o mala, solo necesaria. O'da debió matar a muchos para que su raza tuviera una esperanza, no justifico el medio por el cual logró salvar a los Liliums, pero lo entiendo, ya que si hubiera vivido esa misma situación y esa fuera la única respuesta que encontrase, ¿sería posible poner de lado mis principios o dejar que estos principios sentenciaran a un número mayor de víctimas?, ¿la pregunta era si era necesario matar a tantos usando la maldición? Así me encontraba en la encrucijada nacida en esa colina, divagando con mis pensamientos a la vez que disfrutaba la fiesta desde la distancia, mientras observaba al invierno tapar las huellas del camino, cuando un aroma muy especial de flores deliciosas empezaron a embriagarme, desconectándome de lo irreal y abrigándome con su calidez a pesar del frío, divina sensación que se mezcló junto a una voz en perfecta sincronía creando un afrodisiaco que me envolvía:

—*Sulem Ishira, Sulem Mashtel Kailem.*

—*Yum Koral'ta Teldora O'da.*

Giré suavemente y nuestros ojos se encontraron en el camino manteniéndose unidos como almas inquebrantables, fosilizadas en el tiempo e inamovibles por el frío. Permanecimos así durante unos minutos hasta que finalmente el silencio esculpió una pequeña sonrisa en mis labios y casi al mismo momento otra con singular belleza en los suyos. Ante la luz plateada de la luna logré entender parte del misterio que la rodeaba y me gustó.

Es interesante como dos almas que trataron de matarse por las circunstancias, se unen en el silencio y frío de la noche por ser complementarias, misterio que se siente y que no se ve.

Las cigarras empezaron a entonar la música de la oscuridad y la naturaleza la complementó con su orquesta dejando el ambiente perfecto para la verdad aún no expresada en nuestros labios por andar aplastada por las dudas e intereses de los dos.

—Gracias Kailem... y perdóname... —Lo dijo mientras alisaba y colocaba un mechón de su rojiza cabellera detrás de una oreja, pero este no duraría mucho tiempo ahí y terminaría deslizándose nuevamente dando un pequeño brinco tras su caída, entonces el viento sopló para evitarle el esfuerzo llevando al rojo rebelde a un lugar donde dejase de fastidiar.

Mantuvimos un silencio más corto que al principio y ya con la tensión esfumándose le contesté:

—Gracias O'da... y perdóname... —Una ráfaga de viento que soplaba con fuerza a lo lejos detuvo su impulso llegando a nosotros solo como una brisa, despejando el velo de nuestras heridas y mostrándolas listas para sanar.

No era necesario expresar palabras, la armonía de nuestros latidos ya lo hacía por nosotros. Se acercó con mucha gracia y se sentó muy cerca de mí y con la mirada postrada en la fiesta hecha en su honor, cayó en la profundidad de sus pensamientos y pude observar como el brillo de sus ojos se iban volviendo opacos como si fueran capturados por el futuro incierto..., luego agregó:

—Kailem, pronto los días de paz acabarán y las sonrisas que ahora desperdigamos se estrellarán con la realidad.

Capturé sus palabras y le respondí: «Aunque eso suceda, en su camino dará el efecto deseado, no tiene nada de malo sonreírle a la muerte, pues esta te puede corresponder con tiempo y si el camino se vuelve inevitable tendremos que estar preparados», me miró con gentileza mientras expulsaba el calor de su cuerpo el cual era lentamente liberado a través de sus labios, entonces agregó:

—¿Cómo preparas a los protectores de la vida para matar?

Me hubiera gustado mucho tener la respuesta a esa pregunta, pero mi experiencia se veía desnuda en mis palabras, de modo que preferí guardar silencio y me uní en la dirección de su mirar; el frío acercó nuestros cuerpos y pude sentir la calidez de su piel, un soplo del invierno agitó sus cabellos y con ello despertó la cara oculta de terror que sembró en mí y me di cuenta que había otra pregunta que no podía mencionar y para la cual tampoco tendría respuesta, ¿podría realmente confiar en ella? Mientras tanto otros pensamientos pesados llegaban a mí, ¿qué tan fuerte podría ser su voluntad para no haberse corrompido a pesar de lo que tuvo que hacer?, ¿cómo una conciencia podría estar libre de remordimientos después de haber derramado tanta sangre y propagado tanto dolor? Agobiado por mis pensamientos y cobijado por su compañía, me fui sumiendo en la encrucijada sabrosa del misterio palpitante e incierto y en el lívido del momento, la noción del tiempo se perdió dando paso al aliento fresco del amanecer que con sus primeras luces reveló las efímeras perlas de nieve que competían en brillo a la distancia, los ojos opacos de O'da iban recuperando su llamear y su vitalidad pareció despertar del letargo, a la vez que el enigma del bien y el mal regresaba a su ser, suspiró profundamente y frente a mis ojos empezó a desaparecer como si fuera una ráfaga en el cielo, cerré los ojos y pude sentirla, luego su aroma la delató y cuando la creación a su alrededor la señaló, su voz disipó las dudas que crecieron en mí estimuladas por el frío, arrancándolas de un tirón.

—¡Kailem has aprendido a verme! —exclamó con deliberada sorpresa.

—A sentirte —respondí, esbozando mi satisfacción. Se hizo visible y me miró fijamente, como si estuviera rebuscando en mi alma y a pesar de su pesado mirar tal vez fui yo quien pudo ver la suya y hasta me pareció escuchar el llanto de un violín, tan penetrante, tan triste tonada que ablandaba hasta el corazón más duro. Luego de rebuscar en mi interior, su mirada suspicaz ablandó la pregunta que resbalaba de sus labios.

—¿Cómo puedes usar la magia de los Yabels? —en su expresión claramente se distinguía la extrañeza y duda; por lo visto, eso era lo único que faltaba entender.

Respondí con la verdad, obviando algunos detalles, las palabras llegaron a mi boca:

—¿Cómo? Aún no lo sé.

Sonrió con ligereza y con cierta picardía agregó:

—Kailem, jamás pensé que los conjuros destructivos de los Yabels nos salvarían a todos.

En ese momento llegaba Belium.

—*Milady*, los preparativos están siendo realizados como los pidió. —Luego dirigiéndose a mí, hizo una reverencia al mismo tiempo que con una voz suave mencionaba mi nombre—: Kailem.

O'da recogió el vestido de flor de seda que se arrastraba y lo hizo con tanta gracia que mentalmente exclamé: «que mujer tan perfecta».

—Kailem nos vemos luego —dio un par de pasos y luego giró nuevamente hacia mí rescatando un recado casi perdido—, mi padre quería hablar contigo. —La dulzura de su voz me arrancó una sonrisa.

—Iré a verlo, después de todo vivo en él —bromeé de la ironía de la verdad, Belium soltó una carcajada y la silenció en el acto para evitar perder la formalidad, O'da rio en silencio y se despidió de mí usando una diáfana sonrisa, luego se alejó junto a Belium.

Ya en el camino antes de perderla de vista y ante el sol ardiente me pareció ver como la oscuridad cubría sus hombros y me hizo pensar que las decisiones que se tomarían afectarían a todos. Ya la tensión en cada Liliium que observaba era evidente, sin duda algo estaba sucediendo, despejé mis pensamientos y sacudí la humedad escasa dejada en mis prendas por los copos de nieve olvidados y perdidos por el invierno, respiré profundamente y me encaucé, esquivando los contratiempos, en búsqueda del rey.

¡Cómo saberlo! En la oscuridad de los pantanos la inquietud alzaba los odios antiguos, la putrefacción a la que habían sido obligados a vivir se había convertido en su realidad y ahora sintiendo el olor de la vida emergente; la incomodidad y el sadismo, de los que antes fueron llamados protectores, renacía desde lo más profundo de los charcos de Terogar levantando el rencor y la envidia hacia la raza que ya no debería existir, era momento de caos, era momento de terminar con su antiguo propósito, era momento que los Fungals, raza que compartió en antaño y cuidó de la vida junto a los Liliiums, reclamara como suyo el poder de dar vida o quitarla.

En ese entorno en el que la vida estuvo muerta y ahora se arrastra hacia la superficie, los antiguos de antaño por instinto entendían la razón de su despertar. En medio del caos y la incertidumbre, una voz con la fuerza de un relámpago retumbaba no solo en los recién despertados, sino también en los cielos, creando espesas nubes que iban bloqueando al sol evitando que la piel aún débil de los Fungals se marchitase antes de cumplir su cometido y nuevamente la voz que había bloqueado la luz ahora se dirigía al mar interminable de Fungals que no terminaban de salir:

—¡Levántense! Y sigan la voluntad del amo —vociferaba mientras lanzaba un azote con una especie de látigo forrado en espinas, el cual parecía arrancar la carne del viento doblagándolo a su voluntad—. El último rezago de los protectores del bosque acaba de escapar de la maldición y eso es intolerable ¡Insultan la magia de los Yabels y su infinito dominio! ¡Inicien el infierno! ¡Descubran las reliquias de la destrucción!

De pronto una explosión sacudió todo el bosque y Zandar que había estado concentrado en su discurso detuvo su estruendo y empezó a descender desde lo más alto, sin apartar la vista de la aparatosa explosión, luego con un movimiento rápido logró envolver el látigo de espinas a su cintura. Las gotas de agua que iban cayendo, producto de las nubes que tapaban el sol, se evaporaban al llegar a su faz de fuego,

donde sus pronunciadas cejas se encrespaban en punta, dándole un aspecto fiero mientras disminuían el fuego de su mirada que iba incendiando su camino. Su cuerpo marcado por la guerra y la destrucción aterrorizaba a los enormes Fungals que se iban retirando raudamente de su trayecto, sus manos cubiertas en fuego negro alumbraban con una luz plomiza, mientras sus huellas dejaban solo rastros de muerte por donde se posaban. Una extraña cicatriz se veía tenuemente en su pecho, semicubierto con un cuero resistente al calor que emanaba. Se acercó al lugar de la explosión mientras los Fungals miraban temerosos y desconfiados cubriéndose los ojos para evitar ser lastimados. De vez en vez el fango que ya era parte de ellos se resbalaba recorriendo sus cuerpos y quemaba cual ácido la carne de la naturaleza a sus pies, sus brazos robustos que aún no coordinaban perfectamente por la inanición en la que estuvieron sometidos raspaban el suelo y torpemente se alejaban de Zandar, mientras sus largas y podridas barbas hechas de raíces secas se cubrían por el fango que se deslizaba desde sus cabezas.

—Lord Zandar, podemos, hacemos lo que podemos. Titubeaba y titubeaba un Fungal de mediana estatura mientras retrocedía cojeando de un pie, como si estuviera a punto de escapar del mal, sin saber que no había escape de la ira de un Yabel.

Zandar lo miró de reojo y con cierto desprecio, luego pasaron un par de pensamientos que andaban de la mano con la muerte de ese Fungal, pero el cráter que la gran explosión dejó capturó su atención dejando sin importancia sus intenciones. Al acercarse más y tener visión del centro de la explosión, sonrió con malicia y sus ojos se agrandaron como si viera desnudo un tesoro sin igual, en ese momento un Fungal de mayor porte y presencia se acercaba sin temor.

—Lord Zandar, la primera reliquia ha sido rescatada con éxito y las tropas están recuperando sus fuerzas, en una semana sus ejércitos estarán listos.

—Excelente Mócdry —miró con complacencia a su temible general—, dos reliquias más y los malditos arderán, prepara a los Rúgulus, quiero saber cómo la maldición se dispó. —Hizo una pausa y continuó—: General, he aquí la clave de nuestra victoria —miró nuevamente el fondo del cráter y se sintió complacido—, dispón de los Fungals que quieras, quiero tenerlo listo lo más pronto posible —echó una última ojeada y riendo para sí mismo se alejó mientras salpicaban chispas de fuego de sus ojos.

Mócdry limpió parte del fango que aún quedaba en su rostro y dejó ver su piel cocodrillesca, oscura, dura y áspera, donde sus cejas eran una prolongación de sus escamas, sus ojos de serpiente fríos y calculadores observaban con placer a su Lord, quien se alejaba riendo, envuelto en su locura. Gruñó con fuerza y arrancó los restos de fango que aún quedaban en sus pulmones. Cojeó un poco, pues su cuerpo aún estaba adormecido y se enrumbó a la fosa de árboles secos de donde ya iban retirando a unos cuantos Rúgulus que dormían la eternidad en los troncos, ramas y raíces de los que antes fueron los señores del bosque.

Se acercó con cautela a los Rúgulus que ya habían despertado y dirigiéndose

exclusivamente a uno de ellos:

—Tengo una misión para ustedes —dejó escapar fuertemente el aliento, como si la fatiga hubiera llegado a su andar. El Rúgulu que andaba apoyado en sus rodillas y cobijado en la sombra de la invocación, levantó la mirada y sus facciones finas, pero algo marchitas se llenaron de interés.

—¡Habla pronto Mócdry! ¿Qué es lo que buscas? —Preguntó el Rúgulu con una voz gruesa; pero a la vez atrayente, luego entrelazó los dedos de las manos y apoyó la quijada en ellos esperando que Mócdry suelte su pedido.

La voz pesada y jadeante de Mócdry no se hizo esperar. «Ve con tus asesinos y averigua como se liberaron de la maldición los Liliums y... Sicar, no regreses con las manos vacías».

Se miraron con desdén, tal vez por la divergencia de razas. Entonces Sicar hizo un gesto de desprecio y giró el rostro hacia sus demás asesinos, los cuales empezaron a aparecer entre las sombras.

Mócdry se sorprendió de la efectividad de su invisibilidad, pero guardó la compostura, luego agregó:

—Zandar tiene grandes expectativas sobre ustedes y voy entendiendo el por qué —se atoró con su saliva mezclada con moho, luego raspó su garganta con un rugido, pero no pudo arrancar ni votar el terco esputo.

Sicar se relamió y mirando a sus asesinos concluyó:

—Es tiempo, hoy habrá luna sangrienta.

Sus asesinos se predispusieron a mancharse las manos una vez más, intercambiaron algunas palabras en un idioma desconocido acoplado a sus propios intereses y luego con la mística de un parpadeo desaparecieron. El bosque de Terogar se volvió inseguro de un momento a otro y esa sensación empezó a recorrer en todos sus habitantes. Pronto la oscuridad llegó, destapando los temores de los vivos, y la luz plateada de la luna dejó de ser el resguardo de la noche.

Zandar esperaba ansioso cerca al primer relicario, en donde tenía vista plena del cráter y sin apartar la mirada empezaba a pulir los detalles de su plan; cuando fue interrumpido por Mócdry, quien regresaba luego de cumplir con los mandatos y esperaba en una distancia prudente para no molestar a su Lord.

—Acércate Mócdry —el cuerpo en llamas de Zandar opacaba la luz plateada de la luna y dibujaba en la tierra, con brocha de fuego, un marco en miniatura donde se descubrían las posiciones de todos: los Fungals en el norte, los Liliums al sur y una mancha de fuego que avanzaba lentamente...

—¿Qué es esa mancha Lord Zandar?

—Los Rúgulus, Mócdry, los Rúgulus. —Era evidente el placer que le causaba, era como soltar a sus perros de caza ante la vista de un siervo, no había ciencia cierta de los destrozos que estos podrían causar y eso le fascinaba.

Los Rúgulus lentamente se acercaban a su destino, habían despertado en un mundo distinto, donde antes el verdor, la frescura y la vida reinaban, ahora a su paso

ligero solo la podredumbre, las hojas marchitas y los altos troncos secos vestidos de termitas eran el reflejo de la guerra pasada y sus consecuencias; se extrañaba la pureza del viento de aquel entonces, casi ya no quedaba rastros de animales y se veía uno que otro hueso que se hacía visible en la tierra corrupta, mientras que el sonido de los carroñeros que sobrevivieron hacían más lúgubre y pesado su andar, Sicar el primero en convertirse en un Rúgulu miraba con nostalgia el camino dejado atrás, lo que antes juró proteger era ahora solo un sueño del pasado, luego contempló sus manos y vio el reflejo de sus hermanos cuya vida aún visible se esparcía entre sus dedos. Es una ilusión, se dijo, sacudió sus pensamientos y se fijó en sus cuatro camaradas que mantenían su paso, todos cargaban el peso de la traición forzada, pero la determinación de seguir adelante los mantenía con vida.

«En el momento que el bien propio vale más que el bien común, las decisiones que se toman se vuelven egoísmo y la predisposición para cometer los actos más salvajes se hace posible».

Sicar lo sabía y en su orgullo arrastró a muchos que confiaron en él y de los cuales ya quedaban solo cuatro, los más aptos, los más crueles, los más aferrados a su voluntad, aquellos que depositaron no solo su fe, sino todo por él. Sicar volteó otra vez para contemplar a sus camaradas; la fuerza era plena en sus rostros, pero lágrimas oscuras resbalaban en sus almas y casi se podía percibir el adiós de las mismas que buscaban dejar de existir en cuerpos tan alejados e infectados, a los cuales la canción de esperanza ya no lograba alcanzar y cuya caricia de alivio habría sido remplazada por la obligación de servir.

—El camino aún es largo, descansaremos aquí..., levanten el campamento, que la luz del día nos cobije. Dicho eso buscaron los árboles más gruesos y secos de los alrededores y empezaron a unirse con ellos, como si estos no fueran tangibles, logrando penetrarlos fácilmente y así pronto su rastro se hizo uno con el bosque. A pesar de la larga jornada no pudieron descansar plácidamente y su mirar divagó en la observación, pues todo estaba muy cambiado. Sicar agudizó sus instintos y empezó a preparar la estrategia de espionaje, no estaba seguro si debían mezclarse entre los sobrevivientes o permanecer en las sombras; decidió esperar un panorama más claro antes de seguir, empezaría por buscar información en los alrededores, los métodos para obtenerlo eran variados; desde el sutil arte de la persuasión hasta la brutalidad de la tortura. Disfrutó y saboreó imaginando lo segundo y luego se sorprendió de cómo sus pensamientos habían cambiado, gozó la sensación y tal vez la persuasión ya quedaba descartada.

El viento sopló empujando las hojas y ramas secas, a la vez que iba despidiendo a la luz que parecía aferrarse, para evitar el despertar de los Rúgulus, mas su esfuerzo fue en vano y la oscuridad aprovechó el momento opacando sus últimos rayos de esperanza, tan tenues, tan diáfanas y casi espectrales como el corazón de Sicar.

Pronto la oscuridad se apoderaría del bosque de Terogar y encendería la luz de los ojos de los Rúgulus renovados. Sus fuerzas después de mil años, al fin se habían

recuperado. Sentían la energía y la magia fluir libremente en su interior, pero además había algo distinto, las sombras que torturaban el pasado ahora danzaban jubilosas el futuro.

—Nuestra última chispa de salvación se ha esfumado —balbuceó Sicar—, ahora somos solo andantes sin destino y la misión que nos han encomendado es nuestro nuevo camino, despierten sombras de la noche, ha llegado el momento de continuar... —Incrustó los dedos desde el interior del seco árbol y lo destruyó partiéndolo en dos, escenificando que eso ocurriría a todo cuanto se entrometiera en su camino, algunos siguieron su ejemplo y otros de sus seguidores tal como entraron salieron, luego sintieron el flujo de la energía oscura, su seducción tan sutil los cobijó y extasiados esperaron el abrazo tenebroso; acto seguido, ante los gritos de la oscuridad extendieron las manos y levantaron el rostro a lo alto para bailar en la inercia mientras abrazaban lentamente a la noche y la noche recíproca los ocultó.

—¡Andando mis hermanos, un festín nos espera! —gritó Sicar complacido.

Empezaron a moverse con la gracia del asesino, que no deja rastros de su existencia por donde va, y sus pasos los llevaron hasta los arrabales de la nueva colonia de los Liliams.

Palabras de un árbol, un amigo y un demonio



Ante los ojos de lo invisible, ante la paz en desvelo y con cierto encanto en mi pecho luego de hablar y ver el amanecer junto a O'da, me dirigí hacia su padre, el rey. El camino de regreso me pareció hermoso y fresco o tal vez solo el efecto temporal de las inquietudes disipadas que luego de conocer el corazón del peligro predispuso mi estado de ánimo, elevándolo a un centellar de felicidad y haciendo que la vida transcurra dejando que el camino se hiciera más bello aún, a pesar de ello en mi interior una voz conocida empezaba a ser escuchada, delicioso como un susurro en la oreja, pero cuyo mensaje hacía temblar la realidad.

—Kai, al fin la quietud de tu corazón me permite hablarte. —Su voz con un ligero temblor me sumía en el ensueño. Me detuve soltando un suspiro, pues la bendición llegaba a mis oídos dejando al corazón enloquecido.

—Mi ángel, ¿dónde estás?, ¿cómo puedo llegar a ti?... Me haces falta. —Sentí una punzada en el pecho, pues mis sentimientos eran verdaderos y encontrar una pista sobre ella empezaba a ser un tormento.

—No lo sé Kai, todo está muy oscuro y la única luz que veo a veces se da a través de tus ojos, lo siento Kai...

Sé que ella quería agregar algo más, pero su voz se fue apagando como una llama, hasta solo dejar el llanto del silencio y una que otra lágrima en mi alma que jamás se verá.

Cuando la luz de la naturaleza llegó a mis ojos me encontraba ya muy cerca de mi «hogar», por ende cerca al rey. El día estaba claro, sin embargo la inquietud alrededor del viejo árbol no era normal, los murmullos de la desgracia daban brincos de boca en boca, tanto que sentí el aliento de la guerra...

—Rey de las alturas, ¿me llamaba?, O'da me pidió que viniera a verlo. —Alcé la voz tratando de alzar su atención.

—Kailem, salvador, llegado entre los caídos, te esperaba. —La seguridad de su

voz era admirable, tanto que aplacaba las mareas de temor de los alrededores—. Me perturba Kailem, me perturba la inseguridad que nos acecha, he sentido el temblor en la tierra y no es natural, las negras nubes del norte no son naturales, una tempestad de dolor nos acecha y me temo Kailem... —Hizo una larga pausa y luego prosiguió, pero no con la voz, sino habló en mi cabeza, mentalmente, para evitar que los que estuvieran cerca escucharan el verdadero mensaje y dejó que su voz continuara en algo rutinario, mientras me decía: «No estamos preparados Kailem, puedo sentir la magia de los Yabels esparciéndose como una plaga, te pido que nos ayudes, tu magia podría hacerles frente dándonos una oportunidad y a cambio te diré dónde encontrar a Bórea... tu ángel del árbol».

—¿Cómo sabes de ella? —Me molestó que sus palabras sonaran como un chantaje, tal vez no era su intención, pero las semillas sembradas por preocupación, siempre brotan con una reacción.

—Estoy en las alturas caído y veo todo lo que ocurre en mi bosque y lo puedo volver a ver en mi memoria, pero toma tiempo y no dispongo aún de ese tiempo.

—Pero dime gran rey... ¿dónde está mi ángel del árbol?, ¿dónde está? Dímelo. —La angustia me mataba, ya que al fin aparecía una posible pista que agitaba mi corazón, pero no poder escucharla en ese momento me daba un sabor amargo, su intención de manipularme me causó aberración, tanta que quise matarlo, sin embargo mi conciencia despertó increpándome esos pensamientos. Respiré profundamente para apagar el incendio de ira en mi interior y fui entendiendo sus palabras.

—No me juzgues Kailem... yo estoy agradecido contigo por haber salvado a mi raza, pero para ayudarte necesito hacer una retrospectiva al pasado, ubicar el lugar y el momento exacto en el que entraste a estos mundos y eso me tomará tiempo del cual no dispongo ahora.

Con el corazón más sereno respondí:

—Aunque quisiera ayudarlos, cómo podría hacerlo, no soy un guerrero y me aterra el peligro, no entiendo la magia de los Yabels y menos sé cómo usarla.

—Esa magia corre y crece en tus venas, sin embargo no perteneces a esa familia, en un inicio pensé que sí, supongo que será un misterio por ahora. Lamento mucho por tratar de involucrarte, pero no veo a quien más recurrir.

Tal vez porque logré sentirme seguro en ese mundo de caos o por encontrar un lugar de descanso del miedo o por el destello de esperanza de ver otra vez a mi ángel, que accedí unirme a la locura de la guerra, sin saber que esa idea de locura, que tenía preconcebida, era simple candidez comparado a lo que se venía.

El rey sonrió fraternalmente y con su voz potente y gruesa empezó a lanzar un conjuro que levantó la tierra mezclada de madera y hojas secas, luego empezó a fusionarlas alrededor mío hasta que empezaron a tomar la forma de pétalos de un color plateado oscuro que fueron intercalándose uno encima de otro, creando un tejido en forma de escamas, desde los hombros hasta el pecho y tomando una forma lisa alrededor de la cintura, incluyendo el estómago, para luego retornar a su forma

escamosa al llegar a las piernas y pies, parecía una armadura medieval, pero fue perdiendo su dureza hasta tener la caída de una prenda de algodón.

—¡Esta es la sagrada piel de nuestros ancestros y te protegerá en los momentos de mayor peligro, úsalo caído por nuestro bien!

Ni bien terminó de decir esas palabras cuando la armadura reemplazó mis prendas acoplándose a mi estructura y una suave caída de «seda» roja cubrió mi espalda como una capa. Los Liliums del lugar dieron su aprobación, aplaudieron y festejaron el obsequio, luego el gran rey agregó a su discurso mentalmente: «La esperanza que se postra en un solo individuo es una gran arma y un peso difícil para cargar, pero la esperanza compartida es una fuerza sin igual que solo desaparecerá con el fin de sus miembros y es esa esperanza la que estoy cultivando ahora; como entenderás Kailem, tu ayuda es importante, los resultados no tanto, pues mientras la esperanza perdure en nosotros, las oportunidades aparecerán».

Sus palabras refrescaron la presión que empezaba a latir en mi pecho... «Ese es el mejor uso de la sabiduría». Pensé.

De pronto la tierra tembló suavemente a nuestros pies haciendo callar las voces y alertando el espíritu, dejando solo el quejido del viento, luego un movimiento más fuerte acompañado por un sonido ensordecedor desbalanceó a los caminantes e irrumpió al silencio opacándolo con crecientes gritos y a la tranquilidad flagelándola con la desesperación. A pesar que fue breve, los Liliums lo identificaron como algo no natural y el inicio de muchas penumbras..., el rostro del viejo árbol cambió y sus facciones se hicieron más duras, pero seguras.

—Debemos estar preparados —sopló la última letra de esa palabra y luego mirando a un Lilium que se encontraba en la lejanía le hizo una señal y este partió presuroso a las fronteras de los Fungals.

En ese momento se presentaban Belium y Ábreas quienes habían sido invocados con anterioridad.

—Su majestad. —Su voz exaltada y un poco forzada era una característica propia de Belium, quien casi se abalanzaba hasta el suelo para saludar al gran rey, mientras que Ábreas de un modo más conservador y analítico lo saludaba con mucha gracia.

—Estamos junto a ti —reverenció Ábreas.

—Estoy junto a ustedes —devolvió el saludo el viejo árbol, respondiendo y siguiendo la tradición de su raza, luego continuó—: El remezón de la tierra ha sido solo un indicio de que nuestro despertar ha llamado la atención de los Yabels y las espesas nubes negras del norte solo indican que Zandar, el Lord del caos ha regresado... Belium, recluta a todos los aptos para el combate y únete a O'da en la frontera con los Fungals y comunica a los Centinelas para que vayan invocando la defensa de A'lara.

—Así lo haré gran rey. —Se despidió y partió presuroso.

—Ábreas, Kailem, acérquense, hay un asunto muy importante que debemos tomar en cuenta, si realmente Zandar está detrás del caos del norte, él buscará el

aniquilamiento de nuestra raza, por lo que debemos evitar que reúna las reliquias antiguas de la destrucción o estaremos perdidos, si las reúnen ni siquiera la hermosa luz de A'lara nos protegerá. Es importante que las encontremos.

—Su majestad, conseguir esas reliquias es un suicidio —profirió Ábreas.

—Sé a lo que te refieres.

Ábreas continuó con su desosiego, interrumpiendo al rey y frustrando sus intenciones de explicar su estrategia.

—No hay forma mi rey de atravesar las fronteras de los Fungals; y mucho menos el de estar en el nidal de los mismos sin ser detectados. ¡Es una locura! ¿Acaso no recuerda gran rey que hay legiones de Fungals descansando sobre cada reliquia?

—No en todas —sonrió el viejo monarca—, después de usar la fusión de las tres reliquias, hace mil años, estas explotaron y se esparcieron en distintas direcciones, no pudieron volver a reunir las porque el calor y la radiación que emanaban era mortal para los que se acercaban, así que decidieron enterrarlas y construir sus cuarteles sobre ellas formando pozos por los cuales podrían observarlas y de ese modo saber cuándo podrían volver a usarlas, pero ya que la extraña radiación solo se hacía notar en presencia de la vida, empezaron a botar al pozo a nuestros hermanos y hermanas, prisioneros condenados. No quisiera imaginar la terrible muerte que les preparó el destino, cuentan que algunos sobrevivieron, pero presiento que es solo folklore de antaño; sin embargo, la tercera reliquia no cayó en el territorio de los Fungals, sino que fue a parar a las aguas vírgenes de los Oasis de Sabedrea. Debemos evitar que caiga en manos equivocadas y mucho menos de Zandar.

—El Oasis de Sabedrea, podría tardar años encontrar esa reliquia, no es un lugar pequeño.

—Lo sé Ábreas, lo sé, es por eso que te mando con Kailem, las reliquias reaccionan también a la magia de los Yabels; así que es muy posible que tu presencia caído delate su ubicación.

—Esperemos que sea así —le respondí—, prometí que ayudaría y lo haré.

—Ese es el espíritu Kailem —bromeó Ábreas luego de darme una palmadita.

—Ábreas, lo que debes saber es que solo manejo un hechizo y no sé si será de utilidad.

—No seas humilde Kailem, destruiste una maldición que ni los Centinelas naturales pudieron deshacer. No dio mucha importancia a mis palabras y empezó a estirarse como quien se preparaba para el viaje, dejando atrás las dudas y excusas, miró con firmeza al rey y realizó una suave venia.

—Que los ancestros los acompañen —nos bendijo el viejo árbol.

Ábreas guio en el preparativo y luego de armar dos mochilas bastante grandes con hierbas, frutas y algunos instrumentos bastante extraños, hicimos una parada cerca de un «corral» en el preciso momento que bromeaba con él.

—Ábreas, con estas mochilas no llegaremos a ningún lado, pesan tanto que ya estoy agotado. —Ciertamente eran pesadas y lo que quería decir es que nos tomaría

más tiempo del pensado.

—Yo también, ya estoy agotado —me respondió, y cuando volteó a verme pude ver dos espesas gotas de sudor resbalar en su rostro y su agitada respiración terminó por silenciarme. Tal vez fue mi expresión al ver ese espectáculo que causó que estallara en risas y estas a su vez desataron las mías y con las carcajadas brotando de su pecho sin parar, empezó a hacer un sonido bastante cómico: chuuk... chuk... chuk..., seguía riéndose y continuaba chuuk... chuk chuuk..., me invitó a que lo imitara y no quise faltar el respeto a esa rara costumbre, así que entre la ironía de la seriedad me uní al gracioso espectáculo, parecíamos dos dementes cuando de pronto salieron desde una de las paredes ocultas del «corral» dos enormes criaturas parecidas a una avestruz, pero de casi el triple de tamaño, sin plumas y con un pico sumamente grueso y ovalado; corrieron a toda velocidad hacia nosotros y llegaron tan rápido que no hubo tiempo para reaccionar, cuando estuvieron cerca pensé que nos iban a atropellar, pero disminuyeron el trote y quedaron frente nuestro; sus ojos parecían demoniacos pues brillaban de un color rojo sangre. Luego me percaté que eran pelos finos y tupidos lo que recubría sus cuerpos plumizos. No pude soportar la sorpresa y di un salto hacia atrás, pero luego imité la tranquilidad de mi compañero y regresé a mi posición. Nunca había visto criaturas tan asombrosas.

—¿Qué son? —susurré.

—Son demonios menores, que ni se te ocurra correr porque si lo haces te atacaran; debemos crear un vínculo con ellos, ya que el llamado era solo la primera etapa. Trata de sentir la fuerza del más opaco a través de sus ojos...

—¿Cómo hago eso?

—Solo míralo directamente, pero cuando su mirada se pose con la tuya no debes parpadear o perderás la posibilidad de dominarlo y es posible que te ataque y moriríamos los dos.

Los movimientos bruscos de cuello de esas criaturas hacía muy difícil captar su atención.

—Kailem prepárate... aquí vienen... recuerda... no parpadees...

El nerviosismo en su voz era claro. Las criaturas casi en sincronía colocaron sus enormes cabezas de costado y con uno de sus ojos demoniacos se mantuvieron quietos observándonos, entendí a qué se refería Ábreas con sentir y soportar la fuerza de su mirada; luego de un período bastante largo empecé a sentir sequedad en mis ojos y pronto el ardor fue aumentando... no estaba seguro de lograrlo, entonces Ábreas gritó: ¡Voluntad Kailem! Y eso bastó para poner más fuerza y fuimos imponiéndonos a los «demonios ave» y pronto sus enormes ojos demoniacos empezaron a temblar.

—Es el momento Kailem, repite conmigo: ¡Netharion Alaj! ¡Netharion Alaj! ¡Netharion Alaj!

Ni bien terminamos de repetir esas palabras por tercera vez y los «demonios ave» se sentaron y asumieron una posición de sumisión.

—¡Lo logramos Kailem! ¡Lo logramos! Jamás pensé que vendrían al llamado dos demonios Chuuks, son muy pocos los que han logrado domesticarlos, esto es increíble —y siguió riendo con gran fuerza—, recuerda que el Chuuk vendrá a ti solo con un llamado y descubrirás muchos beneficios... ¡Ah!, hemos cerrado con éxito un vínculo. ¡Increíble! ¡Y esta clase de vínculos son eternos! ¡No puedo creerlo! —Gritaba, reía y saltaba Ábreas de la felicidad.

—Solo sé que me duelen los ojos. —Sonreí y lo acompañé con el festejo que fue muy parecido a como los invocamos.

Luego de irritar nuestras gargantas con tanta algarabía, decidimos continuar el viaje, para ello colocamos las mochilas encima de los Chuuks, dejando un espacio para nosotros casi a la altura del lomo. Sentir su piel con las palmas de las manos reactivaba y daba más fuerza al vínculo creado de un modo indescriptible, hasta se podría decir que por un momento creí ver a través de sus ojos, luego acaricié su largo y fuerte cuello, estaba fascinado con el hermoso «demonio» o animal, tal vez simplemente Chuuk, el cómo llamarlo dejó de ser importante y cada caricia se hizo especial, luego me di cuenta que no era el único que había caído en el éxtasis, sino también Ábreas, quien no dejaba de contemplarlo y de sentirlo a través de las manos..., la sensación se me hizo conocida a un menor nivel, mi conciencia dio un sacudón y una ráfaga de conocimiento llegó a mi cabeza mientras terminaba de montarlo y de aferrarme a su lomo por completo; entonces le di un pequeño taco para que empiece la marcha, mas el Chuuk no se levantó, contemplé a Ábreas y él tenía el mismo problema.

—¡Ábreas! Estas bestias no se mueven.

—Lo sé Kailem, hay un detalle que hemos olvidado.

—¿Un detalle?, ¿y qué podría ser?

—Las bestias entienden cuando las llamamos, pero no entienden nuestros pensamientos, tenemos que enseñarles... pero no te preocupes, ¡eso se da de modo natural! El Chuuk de Ábreas empezó a alejarse, tanto que su voz se perdía en la distancia.

—¿¡De qué modo!?! —Le grité al no escuchar la última palabra, de pronto mis pensamientos se apoderaron del Chuuk y al fin entendí que el conocimiento que llegó fue transmitido desde el demonio hacia mí para poder ser entendido. Luego mi visión se dividió en dos partes y empecé a ver a través del «animal» y con solo el azote del deseo se empezó a mover en la dirección correcta. Lentamente fui cerrando mis ojos humanos y la naturaleza tal como la percibía cambió según la percepción del Chuuk; más visible, más clara y más precisa, tanto que a pesar de la oscuridad pude ver a Ábreas, quien aún luchaba para conseguir el equilibrio entre él y el Chuuk. Entendí el significado del vínculo y me acerqué a Ábreas.

—Ya no son dos, sino uno, si lo ves así podrás manejarlo.

—Lo sé, ya casi lo tengo, siempre esto fue complicado para mí, pero espera que lo logre y verás...

Tenía mucho sentido lo que decía, pues una vez entendido era muy sencillo ir de un lugar a otro, sin embargo empezaba a desear sentir su velocidad.

Me contuve esperando a Ábreas, quien al fin lograba entender la conexión con ese Chuuk.

—Creo que al fin estamos listos para partir —hizo una pequeña pausa—, deseo sentir el aire soplar con fuerza mientras lo atravesamos. —Me lanzó una mirada de desafío ante la cual sonreí con fuerza.

—Compartimos el mismo deseo, ¿te importaría guiar el camino? —Su sonrisa de cómplice relució.

—Sujétate fuerte entonces Kailem, que esta carrera será inolvidable. —Se ajustó a si mismo con algunas cuerdas y luego abrazado no solo con los brazos, sino también con los pies, volvió a gritar—: Sujétate Kailem... —Imité la extraña forma de montar, cerré los ojos mientras el corazón iba latiendo con fuerza y grité—: Prepárate Ábreas, y luego soltamos el mandato de: «*Corran como el viento Chuuks*»...

Tocar el cielo desde la tierra dejó de ser una fantasía y el coqueteo del viento invitándonos a bailar con él, suprimió el grito de espanto inicial, para sumirnos en el sueño real del volar...

Así gozando del viaje, las paradas, fogatas, comidas extrañas entre animales y plantas y de largas conversaciones, cuatro lunas pasaron, dejándonos la última el aroma del Oasis de Sabedrea.

El viaje había sido emocionante, pero ya el cansancio había clavado sus incisivos en la carne, la luna era llena y brillaba con fuerza, lo curioso era que su cara normal parecía tener ciertos cambios, se veía más cercana, más viva, tal vez solo una jugarreta de la mente...

—No te distraigas Kailem —gritó con fuerza Ábreas mientras me esperaba en lo más alto de la montaña, estaba cubierto de polvo, era de esperarse luego de la locura adrenalínica de la velocidad, su enorme sonrisa apresuraba el paso que imponía en el Chuuk y el aire ligero congelaba el sudor envuelto en barro creando la contradicción de la delicia en el fastidio.

Inhalé el delicioso aire como si recuperara el aliento y esa fuerza inundó al Chuuk que de un salto alcanzó a Ábreas, quien estaba fascinado con la vista plena del Oasis donde numerosos manantiales brillaban en armonía con la luz de la luna y la vegetación no muy elevada parecía rodear delicadamente sus contornos, dando la impresión de que cada uno de ellos estaban sujetos por las manos puras de la misma naturaleza, quien con mucha gracia había armado ese «jardín».

—Es totalmente distinto a como me lo imaginaba —balbucee.

—Entiendo a qué te refieres Kailem... —Nos quedamos en silencio un momento, mientras la belleza del lugar nos daba una cátedra de lo que es natural.

—Se me hace imposible creer que esté corrupto por esa reliquia, mas parece un lugar virginal.

—Esperemos que así sea, pero siento una fuerza extraña que nos observa desde que estamos aquí.

—Tal vez el viaje te ha afectado Ábreas —me reí—, sin embargo, sí hay algo que me ha llamado la atención... —Ábreas giró hacia mí y prestó atención a mis palabras —, ¿has notado que no hay animales de ningún tipo cerca? —Un soplo helado avivó las llamas de la atención en Ábreas.

—Tenemos una misión importante que cumplir, pero a partir de ahora tal vez deberíamos continuar a pie.

—Me agrada esa idea. —Respondí mientras bajamos de los Chuuks y descargamos solo lo necesario; volví a apreciar la hermosa vista y sentí que la intriga se ocultaba en mi pecho.

—¿Por qué no te pones invisible y hechas un vistazo primero? —Le pregunté a Ábreas un poco con la intención de irrumpir el silencio. Ábreas soltó una carcajada.

—Solo los nobles de nuestra raza tienen esa conexión con la creación que les permite desaparecer, yo soy un centinela, mi dominio va más enfocado al manejo y entendimiento de la magia de los ancestros. —Continuó riendo y su risa fue calmando las inquietudes de nuestros pasos en descenso.

—No es tan descabellado pensar que si dominas y entiendes la magia podrías volverte invisible...

—No se te escapa nada... pero tienes razón hay una forma de lograrlo, pero no es confiable —hizo una pausa—, nunca aprendí a hacerlo bien. Pude ver cierto rubor que trató de esconder con un paso más rápido, luego se puso un poco a la defensiva...

—Kailem, estoy teniendo otra vez la sensación de que estamos siendo observados.

Me concentré para intentar sentir esa sensación, mas el lugar con vegetación poco alta, el aire fresco y de belleza sin igual le restaba importancia y en cuanto a mi parecer, me sentía seguro.

—Tal vez sea el viaje —dijo Ábreas.

—Este es un buen lugar, descansemos un poco, será mejor estar más lúcidos para empezar la búsqueda —agregué.

—Creo que tienes razón, no nos caería mal tapar las estrellas.

—¡Supongo que eso significa dormir un poco!

Ábreas sonrió.

—Es una frase que solíamos usar con mis hermanos... —Soltó un suspiro de cansancio envuelto en el recuerdo. No presté mucha atención a su lenguaje corporal, pues también el cansancio había lanzado su red y el peso era mayor sobre mis hombros.

—¿Y dónde están? —Le pregunté.

El silencio prolongado me hizo creer que no me había escuchado y si lo había hecho, tal vez le incomodaba, así que preferí dejar de insistir en el tema, cuando un nuevo suspiro por parte de mi compañero alejó el silencio.

—Éramos cinco hermanos... mis dos hermanos mayores dieron su vida para que yo y mi hermano menor tuviéramos una oportunidad. El peso de sus palabras no las dejaba fluir libremente y pude notar como algunas sílabas se congelaban en su garganta.

—Es una historia larga Kailem y no quiero arruinar tu descanso. Era un modo elegante de decir que quería contarlo y a la vez que no.

—Al contrario Ábreas, me gustaría saber que pasó.

—Hmm, en mi familia siempre han brotado importantes Centinelas y a veces cumplir esa expectativa puede convertirse en una maldición y aún más cuando tus hermanos mayores y menores son reconocidos por todos, mi falta de talento en el manejo de la magia natural siempre ponía en apuros el buen nombre familiar, fallé en todas las ocasiones la prueba para convertirme en un miembro de los Centinelas.

—Jamás hubiera imaginado que tuvieras tantos problemas con la magia —me reí un poco de la ironía, pues estaba convencido que era alguien muy diestro por la confianza que el rey dejaba caer en él.

—Sé que es gracioso, pero créeme aún tengo problemas con el uso de la magia. —Se rio con fuerza—. Llegó un momento en el que mi falta de talento se prestó para la burla de los demás. En el fondo me molestaba, pero procuraba no prestarles atención, sin embargo esos hechos desataron la ira de mis hermanos mayores y su deseo por ayudarme complicó aún más mi existencia...

—Te volvieron un desadaptado. —Me burlé un poco de su desgracia, tratando de animarlo a la vez.

—Se podría decir que sí, me convertí en un poseedor de la magia nada confiable. En aquel entonces las tensiones de los alrededores se hacían sentir y la presión de la guerra se notaba en las palabras de todos. Bardok había hecho un llamado a los Centinelas, guerreros y demás capaces de planear la defensiva; solo el pueblo, los niños y ancianos no fueron convocados y me di cuenta que no era considerado ni entre los mencionados; eso me causó una herida muy grande en el orgullo, pero aprendí a comprender y ante la inminente crisis mis hermanos me encomendaron el cuidado del menor, el cual también estaba ya empezando a despertar la fuerza natural en sus venas.

—Mencionaste que eran cinco, ¿qué pasó con el cuarto?

—También fue llamado como centinela. —Ábreas se acercó un poco más a la fogata que habíamos prendido, se acomodó hasta encontrar la posición más plácida y continuó—: Como ya te dije, era la ruptura de toda la tradición familiar y sí, estaba pensando dejar la obsesión de ser un guerrero de ese calibre y encontrar cualquier otro oficio.

Esperé pacientemente que continuara su historia, mas al ver que el tiempo se prolongaba decidí preguntarle:

—¿Y qué más pasó?

Ábreas suspiró fuertemente y pude ver su entrecejo arrugarse.

—Bardok nos traicionó, llevó a todos a una trampa y en su infinita cobardía usaron el poder de las reliquias de la destrucción cuyo estruendo llegó hasta nosotros, dejándonos inmóviles y pronto las cenizas cósmicas acompañadas por los jinetes de los Yabels empezaron a exterminar a todos los indefensos y mientras el fuego continuaba expandiéndose a través de sus alientos pestilentes, corrimos desesperadamente y en ese escape muchos de mis hermanos y hermanas fueron alcanzados por los látigos de nuestros perseguidores, los cuales arrancaron sus esperanzas junto a su último aliento. El polvo cósmico que nos inundó a todos fue el primer vestigio de la maldición ante la cual sucumbiríamos, pues tapaba el flujo natural de la magia en nuestras venas y la volvía corrupta... Corrimos y nos escondimos debajo de una cascada, nuestro grupo estaba formado de siete Kailem, siete. ¡Tú te puedes imaginar un pueblo reducido a siete sobrevivientes! ¡Te puedes imaginar el llanto de esos sobrevivientes y sus ruegos para que otros, también logran ocultarse y no fueran descubiertos!

Las imágenes del Cardamis llegaron a mí, claro que sabía y entendía esa sensación, pero guardé silencio puesto que las experiencias deben ser comprendidas antes que criticadas para poder ser superadas y aún no terminaba de comprender las mías.

—Lo imagino Ábreas —le respondí, luego de deslizar mi falta de aire ante lo vivido.

—Y puedes imaginar el peso que cayó sobre mí al ser el único que podía «luchar», en la fe que empezaban a depositar sabiendo de la incompetencia de mi poder; en ese momento hubiera preferido morir quemado, que conociendo mis limitaciones hacerme responsable de sus vidas. Para desgracia nuestra, los jinetes de los Yabels se detuvieron cerca de la cascada y como si pudieran ver el miedo, desfundaron sus armas y comenzaron a caminar en dirección nuestra, de sus bocas iban cayendo pedazos de lava que levantaban montones de vapor a su paso, mientras sus negras armaduras se volvían un rojo vivo por el contacto con el agua. Empezaron a acercarse rápidamente y mientras lo hacían, el tiempo parecía detenerse; los rostros de los que ven a la muerte a un paso son inolvidables Kailem. Me paralicé, entonces uno de los aldeanos trató de hacerles frente y de un golpe lo partieron en dos, vi claramente como esas dos partes se fundían en fuego mientras la lluvia de su savia nos salpicaba hiriéndonos con su hervor; las pequeñas manos de mi hermano me hicieron reaccionar y mi magia que había estado dormida despertó. Soy un cobarde Kailem, pues el miedo se fundió en mí y a través de él destruí a los agresores, pero las consecuencias de mi tardía reacción me costarían muy caro, la lava ya había alcanzado el corazón de Lith, mi hermano menor.

—Lamento lo de tu hermano Ábreas; —por más que busqué otras palabras para acompañar esa frase, descubrí que el esfuerzo era inútil, sin embargo lo entendía perfectamente, pues yo también soy un cobarde que busca dejar de serlo.

La noche nos tiró una manta y nos permitió descansar en su seno, pero en la

madrugada una extraña sensación me despertó, estábamos siendo observados, pero se sentía diferente. ¿Era acaso la misma sensación que mi compañero describía cuando pisamos estas tierras?

—Ábreas, despierta. —Aunque susurraba esas palabras tenía la certeza de que eran suficientes para arrastrarlo de los brazos de Morfeo y traerlo a la realidad, mas la sensación desaparecía por momentos dejando solo el silencio aturdidor que no parecía ser propio de la noche. Insistí nuevamente—: Ábreas... despierta... —Pero al no recibir respuesta tomé un pedazo de valor y me enfrenté a mis miedos.

A medida que caminaba por los alrededores montando guardia, el sueño se iba esfumando dejando la claridad en mis sentidos, el silencio de la noche me ayudaba en la concentración, sin embargo todo estaba muy calmado, no había viento ni vida alrededor que emitiera sonido, el aire puro se inhalaba con dificultad; «extraño», recuerdo que mencioné, traté de no alejarme mucho, pero empecé a sentir que mi orientación se perdía y los oídos me empezaron a zumbar; mi mente se mantenía lúcida, pero era momento de despertar a Ábreas no importaba como, era raro, a pesar de estar en otra posición tenía la impresión de ver el mismo paisaje mirara en la dirección que mirara «tal vez solo es una ilusión de la noche» balbuceé, luego busqué mis huellas en el camino y decidí seguir las para encontrar el regreso pues no podía confiar en mis sentidos, mas al hacerlo, en un punto del camino mis propias huellas se cruzaban, lo cual generó en mis entrañas la sensación del extravío total... estaba lúcido, percibía perfectamente mi entorno, mas entonces cómo podía estar perdido... Traté de tranquilizarme sentándome en el mismo lugar en el que me encontraba, pero el silencio aumentó tanto que podía escuchar mi respiración al compás de mis latidos, era como si una fuerza extraña me obligara a ver dentro de mí, entrando a un punto intermedio entre la vigilia y el sueño, lugar donde lo real deja de serlo, pero a la vez lo es.

En ese estado inusual, pequeñas risas resonaron a mi alrededor y luego se fundieron con el silencio, de algún modo podía sentir que estas eran reflejos de mis miedos... miedos que se hacían sentir como externos a mí.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren de mí? —Grité con fuerza, mas mis labios nunca se abrieron. Lentamente las risas se hacían más nítidas y la oscuridad de la meditación forzada sacudía no mi cuerpo, sino algo distinto, mi propia esencia.

Esto era totalmente diferente a lo que yo conocía, cuando al fin pude moverme me di cuenta que lo que veía no era mi cuerpo, sino la proyección del mismo en otro lugar parecido al que estaba, pero con la diferencia de que todo estaba alargado, las estrellas, las plantas, las piedras e inclusive mi voz y mi pensamiento...

—¿Dónde estoy? Pregunté para mí mismo y una risilla se dejó escapar en medio de la tergiversada oscuridad. Volteé instantáneamente hacia ese lugar y pude ver como una chispa de luz desaparecía en medio de las tinieblas al mismo tiempo que desaparecía la risueña risilla, luego para mi sorpresa alguien tocó mi hombro y causó una reacción violenta de mi parte, puesto que andaba sumido en la locura de esa

realidad, jalé con fuerza la desconocida mano que se posó en mi hombro y con un ligero impulso del cuerpo logré mandar al desconocido hacia adelante, su cuello quedó cerca y a merced de mis brazos, lo sujeté con fuerza, cuando de pronto el desconocido gritó:

—¡Que te traes Kailem! Vamos ya suéltame que no puedo respirar.

—Ábreas, me asustaste —reí con fuerza, su piel era bastante áspera y pude notar la fuerza de su interior—, estaba perdido, esta oscuridad es abrumadora —comenté.

—Interesante movimiento Kailem. ¿Estás seguro de no haber sido adiestrado como guerrero?

—Fue solo un reflejo y muchas películas de karate. —Me volví a reír.

—Interesante disciplina, luego me comentarás más sobre ello.

—No es una disciplina, yo lo llamaría más un mal hábito a punto de convertirse en vicio; dime Ábreas, ¿puedes ver en esta oscuridad?, ¿cómo me encontraste?

—Soy un Liliium Kailem, nuestros ojos ven mejor en la oscuridad. —De pronto empezó a reírse a carcajadas—. Nos vemos alargados, es más, todo está alargado.

No estaba seguro si mi compañero estaba relajado o si trataba de ocultar sus miedos a través de la risa, pero era de algún modo reconfortante tener a alguien cerca y no la frustrante compañía de la oscuridad. Empezábamos a relajarnos, tratando de comprender aquella realidad cuando nuevamente la risueña risilla irrumpió el silencio y se dejó escuchar en todas las direcciones, nos miramos con cierta incertidumbre y mirando fijamente a Ábreas le dije:

—Están jugando con nosotros.

—Es más que eso, nos están estudiando. He visto antes este tipo de obrar, si logran llevarnos a la desesperación quedaremos atrapados, mientras conservemos la calma habrá puertas de salida.

—¿Llevarnos a la desesperación? Era fácil con las palabras no caer en ello, hasta inclusive se podían ocultar las apariencias de miedo, pero eso no significaba que sucedería lo mismo en nuestro interior, podíamos mostrar el rostro más apacible, pero por dentro naufragar en una tormenta; la desesperación puede ser más obvia en la careta de la tranquilidad, yo lo sabía y estoy seguro que Ábreas también; era evidente que estábamos en problemas. El entorno alargado cumplía con su objetivo de mantenernos alertas y en el desconcierto, la oscuridad en mi caso alimentaba el temor y las risas aumentaban la incertidumbre; la comprensión y la calma que eran mi espada y mi escudo estaban enterradas en mi interior y no quedaba más que levantar la mirada para observar y copiar la valentía de mi compañero, quien podría ser esa pizca necesaria de fortaleza para mantenerme cuerdo ante la situación. Mas cuando lo observé vi mi reflejo en él; su rostro era sereno, pero su holocausto interior estaba a punto de reventar y como si se adelantaran al suceso, nuevas chispas de luz acompañadas de risas más gruesas y hoscas empezaban a estallar en nuestros oídos cada vez con más fuerza y más fuerza hasta que ya no pude soportarlo más.

—¡Basta! Que tus ruidos no nos afectan ¡Muéstrense cobardes! —Arremetí con

fuerza.

—¡Kailem!, ¡no! Eso es lo que quieren, estás entrando en desesperación, respira profundamente. —Me agarró con fuerza y mirándome fijamente me dijo—: Nada de esto es real, están jugando con nuestra mente, pero nosotros podemos jugar con ellos en este nivel también, debes entender que nada aquí es real, lo único verdadero somos nosotros y nuestros propios demonios reflejados en nuestra imaginación. —Luego me samaqueó desde un hombro como quien se aseguraba de que el mensaje había sido entendido.

—Entiendo Ábreas, gracias. —Guardé la compostura, sin embargo el rostro de mi compañero seguía causándome cierto desbarajuste, puesto que su expresión era la más viva desesperación y desconsuelo. ¿Cómo alguien que parece al borde de la insania puede mantenerse calmado?, me pregunté, y en medio de la incredulidad pregunté—: ¿Ábreas... y tú te encuentras bien?

—Solo unos minutos más.

—¿Unos minutos más? ¿Estás de broma? Terminaba de decir eso cuando de pronto la insania se apoderó de él, la sensatez desapareció por completo de su rostro, empezó a levantar los brazos lentamente y luego empezaron a comprimirse los músculos de su cuerpo, daba la impresión de que sostenía algo muy pesado; nuestro entorno se tornó denso y una neblina se extendió con rapidez en forma circular tomando como origen la posición de mi compañero. Luego ante mi desconcierto pude ver una de esas chispas, que se hacían visibles para después tentar una sugerente risa que vibraba a través de la neblina, que contradictoriamente me permitía ver mejor; al alcanzar a la escurridiza chispa esta empezó a tomar forma y aunque fue solo por un instante, pude ver una silueta femenina oculta en las tinieblas y un vestido azul desgastado que evitaba ser alcanzado por la densidad invocada por Ábreas.

—¡Hay alguien! —Grité con fuerza señalando raudamente a la misma risa que estuvo a punto de mandarme a la locura, la cual se dejó escuchar otra vez con la diferencia que agregó al fin una palabra a modo de un suspiro: «insensatos».

Agudicé el don de la vista sin obtener éxito alguno, aunque de rato en rato entre las tinieblas una silueta que resaltaba más que la misma oscuridad pasaba con rapidez.

—¿Qué quieres de nosotros? —le pregunté, mas nunca me respondió, entonces cambié de pregunta—. ¿Quién eres o qué eres? —Luego de una pausa en silencio, una brisa detuvo el avance de la neblina reveladora y al fin se dejó escuchar:

—Somos Maraam, somoss una, somoss muchass. La prolongación de la «s» por efecto propio del lugar, terminó convirtiéndose en un silbido... el cual dio más fuerza a la brisa, haciendo retroceder la tenue claridad obtenida y haciendo tambalear la posición de mi compañero, quien empezó a pronunciar unas palabras que había estado invocando en su mente y que ahora por el esfuerzo empezaban a brotar de sus labios, luego recuperando su compostura respondió:

—La noche es mi fuerza y la oscuridad mi herramienta, no caeremos en tinieblas,

revélate criatura. ¡Revélate! ¡Suss! ¡Jaaa!

Y con la fuerza de su voz unida a su voluntad, la neblina que era nuestra luz se expandió con más fuerza, pero pronto fue debilitándose por las tinieblas.

—¡Somos Maraam! ¡Somos muchasss! ¡Somosss una! ¡Somosss miedo! ¡Somosss terror! ¡Somosss...!

La voz alargada creaba un efecto tétrico que se mostraba y se hacía sentir en el corazón con una sensación abrumadora, mientras que desde mi columna innumerables escalofríos estallaban en mi cabeza, creando el deseo irresistible de escapar, pero gracias a la luz creada por Ábreas aún podía reflexionar guardando la compostura. Sin embargo, la insania y la cordura ya parecían ser lo mismo y pronto la «luz», nuestro único soporte, empezó a desaparecer y en un momento antes de que se acabara escuché una voz que logró escabullirse en medio del caos, llegando suave y casi extintamente a mis oídos «sé valiente Kai...».

La oscuridad y las tinieblas se apoderaron de nosotros y en medio de ello diversos sonidos y siluetas extrañas empezaron a alimentar el terror que ya había nacido en nuestros estómagos y que brotaba en nuestros corazones haciéndose cada vez más fuerte, sentí como las fuerzas me abandonaban, pero el susurro que llegó a mis oídos me sostenía; mi ángel, mi bello ángel de quien no sabía nada hacía ya buen tiempo, lograba alcanzarme otra vez y con ello revivía en mí el deseo inmenso de encontrarla y el deseo inmenso de volver a sentirla en mis brazos, de ver sus ojos y perderme en su luz. ¡No podía caer en ese lugar! Empecé a enfrentarme a todas las sombras y sonidos y fui descubriendo que el adversario estaba en mi interior, agregados o seres extraños usaban mis emociones para consumirme.

—Ábreas, ¿me escuchas? Lucha en tu interior, el enemigo está dentro de nosotros. ¡Sé valiente! —empecé a gritar varias veces esperando que el mensaje llegara a sus oídos, mas Ábreas nunca me respondió y la certeza de haber enviado el mensaje quedó en duda.

Crucé las piernas y empecé a observar en mi interior olvidándome por completo del exterior, luego de cierto tiempo pude ver a estas criaturas las cuales sin dudarlo atacaron, mas lejos de responderles con violencia y con mi conciencia ligeramente más lúcida, vi sus formas escuálidas y a pesar del espanto pude apreciar su cansancio, su modo de obrar y empecé a comprender que cuanto más las entendía más se debilitaban al punto de intentar escapar y esconderse entrelazando sus enjutos miembros, cuando terminé de observarlas y entenderlas, una hermosa luz cayó sobre ellas convirtiéndolas en polvo cósmico, el esplendor fue tan grande que me llenó de dicha y esperanza; sentí un fuerte remezón y me paré raudamente, todo estaba más nítido, luego busqué rápidamente a Ábreas a quien pude ver casi envuelto por esas extrañas criaturas las cuales al verme me escupieron y se aferraron más; al mismo tiempo, a mi alrededor la extraña dimensión desaparecía, sin embargo Ábreas aún estaba atrapado en ella y el desquebrajo dimensional se aceleraba, reaccioné y grité a esos seres con fuerza:

—¡Aléjense criaturas si no quieren arder!

Estas se alejaron por un instante y ahí aproveché para mandar como última esperanza el mensaje que me ayudó a liberarme. ¡Sé valiente Ábreas! ¡La pelea es interna, no te preocupes del exterior! Ni bien terminaba de gritar, cuando la ironía nos mostraba separados en dos dimensiones diferentes y aunque aún podía verlo, solo en el silencio contemplaba que se alejaba cada vez más, mientras que la dimensión en la que me encontraba terminaba de deteriorarse dejándome caer. En el transcurso de esa caída pude ver a la criatura llamada «Maraam», quien con unos hilos casi invisibles manejaba a los voraces y extraños seres que estaban trepados aún en mi compañero. Miró con mucho desprecio hacia donde estaba y hasta casi pude sentir sus intenciones, respiré profundamente y usé el conjuro que mi ángel me enseñó «Yum Koral'ta Teldora Arántica». Maraam usó dos de sus cuatro brazos para cubrirse los ojos y en ese momento escaparon algunas de esas criaturas que estaban pegadas en la cabeza de Ábreas, al retirarse estas Ábreas abrió los ojos, miró de reojo su entorno, se mostró furioso, giró con velocidad y lanzó un hechizo fantástico cuyo brillo de color verde oscuro impactó en el Maraam.

Me tambaleé y mi cuerpo saltó al recibirme de la caída, el salto vino acompañado de una gran bocanada de aire el cual terminé de exhalarlo con una tos asquenta por el aroma fétido, empecé a despertar, estaba en el mismo lugar donde me había acomodado al llegar, nuestras cosas estaban en el mismo sitio; sin embargo, no había el verdor ni la belleza que nos atrapó al inicio, en su remplazo solo se veía tierra estéril, fango seco y muchas ramas secas, no había más, era un lugar de muerte, desolado y tétrico. Terminaba de disipar el sueño pegajoso y el cansancio extraño cuando de pronto el cuerpo de Ábreas saltó como el mío y se puso de pie en un segundo, luego corrió hacia mí y usando un empujón me derribó impulsándonos un par de metros, en ese momento la criatura espantosa llamada Maraam caía del cielo causando un estallido y haciendo temblar el suelo en el que nos encontrábamos taciturnos, el polvo se levantó y nos cubrió por completo; mientras pequeñas ráfagas de amanecer se escabullían en el horizonte, luego emitió un chillido espantoso y pude sentir sus pasos pesados acercándose. Ábreas me instó a rodear al terrorífico ser y sin pensarlo demasiado corrí por los alrededores tratando de rodearla, pero el polvo levantado dificultaba mis movimientos.

El Maraam gritó y con su grito cientos de voces en desconsuelo se dejaron oír, había logrado casi mi objetivo, me encontraba un poco lejos, pero ya fuera de la espesa nube de polvo; los primeros rayos de sol desvanecían las sombras del miedo causadas por la noche, sin embargo cuando sentí la valentía latir en mi pecho y me dispuse a enfrentar a la criatura esta sacudió el polvo dejándose ver a plenitud y la sola impresión me dejó fosilizado. Era un ser enorme, tenía cuatro brazos fuertemente definidos y en cada una de sus manos espadas impresionantes cuyos mangos parecían haber sido hecho de huesos, sus cabellos parecían trenzas gruesas y sucias que se movían como látigos obedeciendo a cualquier giro de su cabeza, en sus orejas

puntiagudas innumerables joyas se mostraban deslumbrando como ninguna, mientras su rostro con rasgos femeninos hacía un contraste absoluto. En ese momento vi a Ábreas escabullirse logrando ocultarse tras unas rocas, la criatura volvió a gritar y para asombro mío su cuerpo se plagó de rostros en desamparo de diferentes especies que empezaron a quejarse, gimiendo en agonía. El sonido que llegó a mis oídos fue espeluznante.

—¡No escapan de mí, tienen unos rostros hermosos y los quiero! —gritaba oscamente.

Me acerqué en sigilo y me oculté tras un árbol seco y podrido, busqué una de las ramas y encontré una vara bastante gruesa, no había tiempo para pensar, solo sabía que si nos veía correr nos alcanzaría muy rápido y perderíamos la ventaja del lugar.

—¡Puedo oler su miedo! ¡Rashik amado mío encontraré un rostro para ti, los huelo!

Dicho eso corrió a gran velocidad hacia una de las rocas cercanas por donde Ábreas yacía escondido, golpeó con fuerza y los pedazos de la roca se esparcieron por todas partes y unos trozos afilados lo hirieron y no pudo dejar de escapar el dolor, aunque trató de ahogar el sonido tapando con una de sus manos sus labios y con la otra la herida, eso no bastó. Vi como Maraam saboreó mirando fijamente el escondite, disponiéndose a atacar, entonces tragando en seco y moviendo mi cuerpo fosilizado por la impresión, recogí una roca y la lancé con todas mis fuerzas logrando impactarla en su cintura, soltó un quejido dejando ver nuevamente los muchos rostros desamparados en su piel, luego empuñó con más fuerza y empezó a correr a gran velocidad hacia mí; mientras lo hacía el tiempo se paralizó, mis instintos me mostraban mi fin, inhalé lentamente logrando sostener la respiración, mi cuerpo estaba inmóvil, exhalé mientras daba una pestañeada y cuando enfoqué mi mirada nuevamente vi al Maraam tan cerca y con su cuerpo predispuesto a lanzar la temible estocada, volví a inhalar dejando mi mente en blanco mientras observaba la brutal espada que se acercaba a gran velocidad, exhalé girando mi cuerpo en dirección de la espada y logré esquivarla a tiempo. El impacto levantó mucho polvo y caos, inhalé otra vez y gracias a la fuerza con la que lanzó el golpe terminé en una posición privilegiada y vi claramente la parte baja de sus costillas, empuñé con más fuerza la vara y usándola como una lanza a la vez que la conjuraba para darle más fuerza, lancé el hechizo que mi ángel me enseñó: Yum Koral'ta Teldora Arántica, la vara resplandeció de color verde oscuro y logré atravesar a la criatura, la cual chilló terriblemente, pero no la detuvo, giró todo su cuerpo y la vara se rompió, aproveché ese momento y arremetí con más fuerza usando las dos armas empuñadas en el lado contrario a la herida, logré esquivar una, pero quedé totalmente desprotegido de la otra, esta se acercó vistiéndome el velo negro que presagia y susurra la muerte, pero cuando estuvo a punto de partirme en dos Ábreas apareció y usando un extraño conjuro que rodeaba sus brazos con una luz verde clara se interpuso en el camino del sablazo, el cual impactó ahí, empujando el cuerpo de mi compañero contra el mío, y

lanzándonos bastante lejos dejó nacer las heridas regadas por la caída.

Nuestros cuerpos rebotaron al contacto con el fango endurecido y no dejaron de girar; cuando recién pude recuperarme de la caída estaba boca arriba mirando el despejado cielo, el cual engañaba con picardía disfrazando a la tranquilidad, pero sin quitar el hecho de seguir siendo hermoso. La cabeza me daba vueltas, traté de incorporarme y una nube densa repentina bloqueó los rayos del sol que me empañaban, enfoqué mejor y vi al Maraam con una expresión de odio que acobardaría al más intrépido; tan cerca, cayendo sobre nosotros, mi corazón se detuvo y mi mente se bloqueó, de reojo vi a Ábreas que recién se incorporaba, sin tener idea del peligro cercano. Sentí mi aliento escabullirse de mis labios dejando salir un silbido prolongado —¡ssss... Sidaré!—, mientras en mi imaginación una energía circular luminosa que giraba de izquierda a derecha a gran velocidad fue materializándose y recubriéndose de piedras y tierra, pronto la sombra de la muerte nos alcanzó chocando sobre la misteriosa barrera de rocas que se había levantado. Maraam gritó aún más enloquecida, pero pude percibir menos fuerza en sus golpes, luego el silencio empezó.

«No existe mejor forma de quebrantar un corazón que con el silencio y la incertidumbre de estar o no acompañado».

—Nos has salvado por el momento Kailem. ¿Qué clase de magia es esta?

Me hubiera gustado responder a la pregunta, pero su desconcierto no era mayor al mío, sin embargo la fragancia que sentía en mis labios era la misma que en aquel entonces cuando besé a mi ángel, a mi hermoso ángel del árbol. ¿Era posible?, ¿era posible que mi ángel me hubiera salvado otra vez?, si lo era, ¿cómo puede ser? En ese momento de confusión una voz sutil me perturbó por completo:

—Kai estoy aquí... —Tan suave, tan real; mi sueño, mi deseo se hacía realidad, era mi ángel—. Kai, ¿dónde estás?, ¿no me gusta este lugar!

—¿Escuchas Ábreas?

—Claro que escucho, esto no puede ser...

Vi como resbalaban unas lágrimas de sus ojos, no pude dejar escapar también algunas y antes de que pudiéramos razonar, el chillido del Maraam resonó en el exterior y junto con ello el grito desconsolado de mi ángel..., dejé caer las rocas que nos protegían, no había sonido solo el de mi corazón que latía con fuerza y miedo, el más grande que jamás hubiera sentido y ahí frente a nosotros el Maraam con el rostro cubierto de sangre levantaba la mirada con cierta malicia, con delicia y nos observaba triunfante mientras atrapada en sus brazos la figura delicada y aún con vida de aquello que más importaba. Mi mundo se iba desvaneciendo a medida que la sangre brotaba de su cuerpo; corrí con todas mis fuerzas para poder liberarla, entonces el Maraam mordió violentamente su pecho dejando escapar un quejido muy débil de mi ángel y saltando con violencia escapó, cuando llegué a ella estaba tan mal herida y la sensación de que podría ser la última vez que la veía me aterrorizó; Ábreas cayó de rodillas con el alma partida, en eso cuando la pena y el miedo de perderla se

apoderaron de mí y el sufrimiento no podría ser mayor, mi ángel me miró tiernamente, extendió las manos...

—Al fin Kailem, ese es el rostro que buscaba para mi colección.

Me atrapó en sus manos y mi rostro se empezó a petrificar, y como si fuera una pieza de rompecabezas, sentí como mi cuerpo se desprendía al igual que mi vida, pero a pesar de ello un alivio cruzó en mi pecho y mientras me entregaba a los brazos de la perdición, en su última esquina la voz de Ábreas se imponía con mucha fuerza:

—¡Aún no encuentras a tu ángel! ¡Lucha caído!

—Mi visión regresó tenuemente y vi a Ábreas sujetando la cabeza del Maraam en una mano, mientras que el cuerpo yacía empalado por afiladas raíces... Mi alma regresó a mi cuerpo de golpe trayendo consigo el aire, quedé de rodillas contemplando a mi amigo y el final del día; nos miramos aún con la locura en nuestras cabezas y empezamos a reír a carcajadas no pudiendo evitar el sollozo silenciado, hasta que al fin el palpitar del sereno volvía a hacer compás en nuestros pechos, el ocaso estaba hermoso, tal vez el hecho de estar vivo lo hacía así.

—Un día tremendo para recordar.

—Tienes razón Kailem, un día tremendo.

—Y pensar que el mayor de mis miedos era perder a mi ángel. No estaba listo para algo así. Coloqué la palma de mi mano en mi frente para evitar revivir ese falso momento.

—El mío, volver a perder a mis hermanos, esta criatura realmente usó lo más guardado en nuestros corazones.

—¿Cómo supiste que era falso?

Porque en la imagen que se me mostró estaban todos mis hermanos siendo atacados, pero había un error y es algo que no te conté, lo miré fijamente concentrándome en sus palabras, yo maté... a mi cuarto hermano. La frase llegó a mis oídos con el viento helado que augura la llegada de la noche, no supe que decir y tampoco hubo más explicación sobre el hecho; y luego que la noche se posara en nuestros hombros, al fin encontré las palabras:

—El árbol de la vida está en todos nosotros, innumerables noches caen sobre él, pero es en el quehacer y obrar diario donde encuentra su alimento y aunque esté seco, si hay sabiduría volverá a brotar.

Ábreas entendió el mensaje, esbozó una sonrisa y mirando el cielo oscurecerse dijo:

—Nos espera otro largo día, descansa amigo Kailem...

Immortalidad pasajera



Mientras tanto en el bosque de Terogar, el hedor de la tragedia aguardaba tras cada sombra; el viento llevaba y disolvía los lamentos ahogados de aquellos que no volverían a ver un día más. Almas infelices atrapadas por las circunstancias, mutiladas por quien en antaño los iba a proteger, torturadas por la inconsciencia desenfrenada, por el consumo absoluto de la maldición y aunque sus almas se retorcían de dolor, sus rostros sonreían de dicha.

Sicar y los Rúgulus andaban al acecho cuando un alma desprevenida entró a las sombras lejos de la vista de los demás, tan frágil y desprotegida que los ojos de Sicar resplandecieron y como animal hambriento empezó a ensalivar; esa era la oportunidad que había estado esperando, su corazón se aceleró por la emoción, sin embargo era consciente que esa agitación podría causar algún error en su arte, así que empezó a tranquilizar sus instintos, dio una fugaz mirada hacia sus «allegados» para no perder de vista a la incauta víctima que continuaba en sus quehaceres sin saber que la rueda del destino se había detenido en su camino, los demás Rúgulus comprendieron la furtiva indicación, no era necesario ningún tipo de señal adicional, silenciosamente y ocultos en las sombras empezaron a rodear a la despistada víctima sin que esta se diera cuenta, pronto todos estaban ya en posición. Tanto entrenamiento, tantas vivencias los hacían los más preparados para entender que aunque todo marchase perfectamente, siempre cabía la posibilidad de algún imprevisto; no había posibilidad de escapar de la telaraña, esta era perfecta, todos ocultos esperaban la señal de Sicar; pero Sicar, un asesino más diestro necesitaba información y confirmar otros datos recopilados en el camino, buscó en los alrededores y pronto ubicó unas ruinas mal conservadas, pero que cumplían con los requisitos de sus intenciones, dio un par de pasos, esperó que el viento soprase en otra dirección, continuó avanzando casi al descubierto, pero aun así totalmente imperceptible para el ser dormido en sus quehaceres, se detuvo y saboreó el manjar

que la adrenalina despertaba en su interior; se concentró aún más en su objetivo, respiró profundamente mientras cogía un látigo que siempre llevaba puesto, la punta del mismo terminaba en un cristal azul cuidadosamente pulido para cortar, balanceó el látigo midiendo la distancia y recogió una pequeña roca del camino y a la vista eufórica de sus compañeros lanzó el flagelo con gran precisión, logrando envolver el cuello con magistral delicadeza de aquel que aún no lograba entender y mucho menos diferenciar la burla de su destino.

Sicar jaló con fuerza el látigo arrastrando por los suelos al incauto, continuó jalando atrayéndolo hacia sí y cuando estuvieron cerca, el despiadado Rúgulu lo sujetó con fuerza desde el mentón mientras empezaba a observarse a través de los ojos brillantes y espantados del desdichado, frotó la roca que tenía en la otra mano y se la metió a la boca con tanta fuerza que la savia estalló y mientras empezaba a desvanecerse lo arrastró hacia las ruinas y lo arrojó al centro donde sus demás secuaces esperaban.

Sicar levantó las manos sellando el lugar para evitar que el sonido escapase como también para evitar que los susurros se impregnaran al viento, pues estos podrían revelar sus intenciones si llegaban a aquellos que sabían escuchar la magia y el susurro del silencio.

El Rúgulu observaba a su presa con especial sadismo, estaba disfrutando, su corazón latía de emoción tras escuchar los quejidos incontrolables, sus ojos brillaban anonadados tras cada súplica, pero pronto recordó su misión y con una voz suave y casi comparable a la de un padre bondadoso, a la vez que limpiaba con caricias los retazos de tierra impregnados en el rostro desdichado, dijo:

—No temas, que teman aquellos que no cooperan, en ti veo sinceridad y tus labios lo confirmarán o de lo contrario serán cerrados por toda la eternidad. — Continuó acariciándolo, mientras sujetaba sus finos cabellos los cuales iban entrelazándose en sus dedos, para luego dar un tirón brutal, que desprendería a varios en su camino, después aprovechando la impresión posó sus labios en uno de sus oídos—. ¿Estoy siendo claro?

Luego lo miró con ternura, sacó una daga de proporción pequeña pero cuyo filo silbaba tras cortar el aire y haciendo unos cuantos movimientos con la misma, imitando a un director de orquesta y dando a entender que el instrumento con el que empezaría su recital era aquel ser inerte fosilizado por el miedo.

Los demás Rúgulus se fundieron en las sombras dejando al artista con su público invisible. De pronto Sicar dejó de agitar la daga y con un silbido se detuvo. Sus grandes ojos se tornaron totalmente negros y el ambiente se volvió pesado y muy denso, luego apoyó una de sus manos en el pecho de aquel que ya no encontraba una salida y cuyo corazón se sentía derrotado, entonces lentamente giró a su alrededor, sin retirar la mano, hasta que su posición terminó como un abrazo, en ese instante Sicar agregó:

—Empezaremos con algo sencillo, ¿de quién eres descendiente?

El desdichado Liliun sintió su voz atrapada en su garganta, luchó desenfrenadamente contra el llanto y la desesperación para poder responder y luego de un par de balbuceos... respondió:

—Soy Ortel, hijo de Ormus. —Su voz se cuarteó, mientras el llanto de la desesperación reprimida arrojaba gotas pesadas de sudor.

Sicar acarició la cabeza desprotegida de Ortel y luego de una pausa agregó:

—Parece que nos llevaremos muy bien, dime Ortel... Ormus, ¿aún vive?

Ortel dudó en responder esa pregunta, puesto que al fin iba entendiendo plenamente su situación y que el peso de las palabras descuidadas en sus respuestas no solo lo condenarían a él, sino también a cuantos fueren mencionados, tragó en seco y decidió ocultar la verdad, luego recuperando la compostura con la seguridad que el caso ameritaba contestó:

—Mi padre no tuvo la suerte de despertar.

—Que interesante Ortel, debes de sentir un gran vacío, una gran pena...; sin embargo, tengo la impresión de que era un maldito desgraciado.

—Mi padre no era ningún desgraciado, era un ser sabio. —Sicar entrecerró los ojos analizando a su rehén.

—Dime Ortel, ¿te parezco ingenuo?, ¿crees que no soy capaz de oler a un mentiroso? Justo cuando habías empezado a agradarme, ¿por qué Ortel?, ¿por qué es tan difícil decir la verdad? —Suspiró decepcionado mientras jugaba con la hoja de su cuchillo, la cual fue acercando lentamente hacia Ortel—. Por si no lo has notado, tú no estarías aquí si Ormus no hubiera despertado antes y no te hubiera sacado de su protección; cuando te pregunté solo quería saber que tan buenos amigos podríamos ser, pero parece que necesitas un poco de motivación. —Dicho eso incrustó el cuchillo violentamente en una de sus piernas y se apresuró a taponarle la boca y mirándolo fijamente mientras los ojos de Ortel desbordaban de dolor agregó—: ¿Sabías que el no poder expresar el dolor, lo amplifica?, pero tienes suerte de que sea piadoso, voy a retirar la mano de tu boca y espero que podamos volver a empezar. —Le hizo un guiño que expresaba «todo está bien» y empezó a retirar la mano de sus labios lentamente y cuanto más la retiraba, la melodía del sufrimiento hacía vibrar con su llanto la alegría torcida de su director... Sicar no aguantó más y cerró los ojos para sentir la «música».

—Sí. ¡Exprésate!

La daga había herido uno de sus nervios, el sufrimiento era indescriptible, Ortel se armó de valor y mediante una respiración fuerte y acelerada logró disminuir el dolor y mientras más lo controlaba más se borraba el placer de los labios de Sicar.

—Al fin están los términos claros mi querido Ortel, ya entiendes que la verdad es amistad y que la mentira mi «música», la pregunta es, ¿qué prefieres, amistad o música?

—¡Amistad! —Respondió Ortel, nunca una palabra que lleva un perfume tan hermoso, habría sido expresada con tanta repugnancia.

—Que hermosa oportunidad de cultivar lo más bello y apacible de este mundo...
—Y mirando a su víctima aún torcerse de dolor preguntó—: ¿Cómo lograron despertar? Es más, aclaro la pregunta, ¿cómo se rompió la maldición? Tómame tu tiempo para responder... la amistad es tolerancia. —Sonrió con placer mientras sacaba otra daga del mismo tipo y se ponía a jugar otra vez.

Ortel sabía que su existencia era efímera y que era muy triste despertar para volver a dormir, pero ya no se trataba de él, sino de la esperanza de un pueblo, él sabía que el peso de la maldición recayó en O'da, ella era el fin de la misma y no como los Yabels pensaban que la maldición cayó en todos, si bien era cierto que nadie se salvó del efecto del sueño eterno, muchos quedaron libres de la conversión gracias a ella. Como delatar semejante sacrificio, como vender esa ráfaga de esperanza...

«Sacrificio por los demás» esa frase que experimentó en antaño al ver a su princesa corromper su espíritu, empezó a tomar fuerza, esa fuerza lo alimentó y lo predispuso a estar listo para sonreírle a la muerte, que ya esperaba ansiosa en un rincón. Entendió que el dolor era terrible, pero que en algún momento pasaría, entendió que no había nada que temer, pues el reloj de su destino se había detenido hace mucho tiempo y que ese momento era solo un regalo amargo para despedirse de las caras de la vida. Respiró profundamente como si se tratase de la última vez, luego cerró los ojos e imaginó a su anciano padre, le dio las gracias por haberle cuidado, abrió lentamente los ojos y mirando al carroñero que daba vueltas como fiera enjaulada esperando su respuesta y con la convicción asentada en su corazón gritó:

—Púdrete Sicar, el caído te hará pedazos...

Sicar sonrió plenamente y sus ojos brillaron de emoción.

—Pensé que nos estábamos llevando mejor Ortel, pero acabas de despertar mi interés, veo que has abandonado el deseo de vivir y tal vez te lo conceda pronto, aunque me encantaría persuadirte que cambies de opinión, pero mientras decido que hacer, me gustaría que como el último favor de nuestra precoz amistad que acabas de repudiar, me digas: ¿quién es el caído?

Ortel sintió el escalofrío del remordimiento que empezaba en sus talones e iba subiendo lentamente como chispas de electricidad, su convicción se vio manchada de ira y esta sin pensarlo habló a través de él mencionando al caído, empezó a flagelarse mentalmente mientras se repetía así mismo cómo pudo mencionarlo, se mordió los labios y en ese momento Sicar se le acercó, tomó la daga incrustada en su pierna y la dobló con gran fuerza y sin soltarla volvió a preguntar con una voz tan suave que contrastaba con su salvajismo.

—Por favor háblame del caído y ve disipando tu convicción que eso solo te traerá más dolor. Se apoyó en la daga y esta rozó un nervio que paralizó a Ortel y cuyo dolor tan agudo logró oscurecer su visión, pero cuando estuvo a punto de encontrar cobija en el desmayo, Sicar con especial perspicacia logró atarlo a su consciente, evitando su escape en el sueño.

—Ni siquiera la muerte va a evitar los destrozos que tengo planeado para ti —y suavizando su voz agregó—: claro, solo si no quieres cooperar. —Limpió parte del fluido de vida que brotaba espesamente de la pierna de Ortel—, no me gusta la suciedad —gruñó—, cuanto más luches más sucio te pondrás y eso sería una lástima, ahora háblame del caído.

Ortel acababa de vivenciar el dolor físico más grande, pero lejos de quebrarse su convicción aumentó. Tal es la fuerza que el espíritu puede llegar a tener cuando se defiende una causa y así inquebrantable como el acero levantó el rostro en el cual el dolor había dibujado a grandes trazos sus acciones y ante lo incorruptible su espíritu se reflejó en su mirar y como una antorcha que ilumina las cavernas más profundas que existen en los corazones, su luz sacudió las conciencias dormidas de los Rígulus y el estremecimiento los abocó a su pasado, a su lucha, a su espíritu; no existía diferencia entre Ortel y ellos en aquel entonces, pero el tiempo junto a la no esperanza pueden llegar a quebrar la determinación del acero que en su mayor esplendor, derritiendo el corazón del guerrero más fiero.

Sicar contempló sus alrededores y a sus compañeros que en las sombras observaban; sintió sus manos sucias, las contempló durante un breve momento y una reflexión se escabulló en sus pensamientos. «En que me he convertido», pero la reflexión fue solo un susurro y pronto las tinieblas volvieron a gobernar su actuar, la oscuridad opacó la chispa de luz o tal vez él la opacó...

—Reconozco tu valor Ortel, también entiendo que estás dispuesto a sufrir y callar ya que tu espíritu se ha impuesto al dolor; es una pena, tenía pensado jugar mucho tiempo contigo pero tenías que ser tan incomprensible. —Sujetó violentamente uno de las mejillas de Ortel, con la fuerza del agarre le incrustó las uñas y sacudiéndolo brutalmente agregó—: ¡¿Cómo alivio esta sensación si tú no me complaces?! —Luego respiró profundamente a la vez que recuperaba la compostura.

—Está bien, no más placer. —Ni bien dijo eso, Ortel sintió esa sensación que te aborda cuando sabes que algo terrible se aproxima y que se escapa de tus manos, la resignación fue inmediata, su palpar aumentó a gran velocidad y empezó a retumbar en su cabeza, trató de proferir alguna palabra, pero fue en vano, sus labios se inmovilizaron, ya no le pertenecían, y en ese momento la voz de Sicar retumbó en el lugar:

—Aperire Mentis. —Las manos del carroñero estaban impuestas en Ortel y una sombra que se veía en la mayor oscuridad se apoyaba en él y a pesar de sentirse consciente, las palabras empezaron a resbalar de su boca, mas no las entendía, no las escuchaba, solo sabía que decían la verdad y por más que luchaba por mantenerse callado era imposible, pronto en su entorno tergiversado vio pasar a Sicar quien se detuvo frente a él contemplándolo, juzgándolo y pronto sentenciándolo.

Ortel sintió la calidez de su vida resbalar desde su cabeza y la sensación de alivio brotar en su corazón, el perfume del silencio se posó en sus labios y el peso del cansancio nubló su visión, mas en el silencioso camino por recorrer, la paz del justo

le estrechó la mano.

«Como el viento de primavera que deja el frescor de una existencia, así en la calma del olvido, en un rincón desconocido, el valor heroico queda salvado mientras el llanto por su partida queda en el capricho del destino».

Sicar observó pensativo la obra inerte que había creado, susurró un par de palabras que el viento arrastró y luego lanzando una mirada insatisfecha y con una gran duda en el rostro se dio vuelta y emprendió su marcha hacia la salida, tras unos pasos se cruzó con uno de sus allegados.

—Veolet no es tiempo de dudas, aún hay mucho que debemos averiguar; tú, Siomac y Brell busquen y eliminen a ese caído, la basura que cae siempre será eso, por más laureles que se le coloquen. Maten su esperanza y la derrota los cubrirá sin más —luego haciendo una pausa agregó—: Veolet empala su cuerpo en un lugar donde pueda ser apreciado..., ver el momento cuando un corazón se quiebra es divino, ver el de muchos romperse al mismo tiempo será celestial. —Soltó una carcajada algo fingida y se relamió los labios mientras su rostro se serenaba como el de un pensador. Luego una luz se encendió en sus ojos, estaba gozando de un pensamiento que llegó en forma de imágenes y mirando fijamente a Sehalión, uno de los más brutales de sus acompañantes, le susurró—: Nosotros iremos por O'da, por nuestra antigua princesa y la mejor de las presas.

Sintieron dicha brevemente hasta que un pensamiento se los arrebató y así emprendieron la marcha, mientras el espeso viento esparcía el olor a muerte de esa habitación.

Veolet notó la monstruosidad en la que se había convertido, su pecho latía, pero no de remordimiento, solo de satisfacción. Su mente contrariada por los vestigios del pasado regidos de moral, rectitud, orden y libertad; orden en todo sentido, desde el recto pensar, recto sentir y recto obrar, esa era su ley, su camino, lo que el padre de su padre le inculcó. ¿Dónde están esas enseñanzas? ¿Dónde está la antigua yo? Eran preguntas que retumbaban en su conciencia dormida. Di mi vida por este lugar, por su gente, por nuestra historia, ¿por qué tengo la terrible necesidad de ver lo que tanto amaba en el peor de los escombros?, ¿por qué ya no soporto la mera existencia de los míos?, ¿cuándo mi corazón se volvió tan frío?, ¿cuándo empecé a disfrutar... — recordando el dolor de Ortel—... cuándo? Pensamientos que añoraban reflexión, pero no eran escuchados. Nuevamente la incontrolable necesidad de destruir todo lo amado empezaba a desplazar su «remordimiento» sin notar que este era solo otra forma de encontrar placer en su propio martirio.

Al fin lograban alejarse lo suficiente, Veolet sabía que pronto el cuerpo de Ortel sería encontrado y con ello la facilidad de moverse libremente. Tenía que encontrar pronto el camino que la acercaría a la crueldad que ya su mente planeaba con especial éxtasis, quería encontrar al misterioso ser hallado entre los caídos que fue capaz de destruir la maldición, saboreaba ver su misión realizada, saboreaba el perfume de un buen enfrentamiento, disfrutaba su nuevo yo a pesar de que las lágrimas del pasado

brotaban tras cada paso en esas tierras que antes llamó hogar, giró cerca a las sombras de unos troncos viejos y le pareció escuchar unas risueñas palabras, se concentró en el sigilo indicando lo mismo a Siomac y Brell, imperceptiblemente para otros avanzaron, bordearon la inmensa roca que les impedía saciar la curiosidad. Brell palpó la tierra e inhalando profundamente les hizo una señal para cambiar de camino, sin embargo Veolet los detuvo, una sensación ya olvidada empezaba a perturbarla, se ocultó en las sombras y observó a los jóvenes Liliums que reían sin preocupación, pero en especial se concentró en uno de ellos, recuerdos felices de otra época la abordaron mediante innumerables imágenes en su mente y hasta creyó escuchar su propia risa olvidada en el tiempo, su felicidad era su maldición, su cuerpo enfureció ante tal sensación y mientras los colores alegres de la naturaleza se teñían en sangre, la calma retornaba y su conciencia confirmaba el peor de los horrores.

—Veolet, son solo niños, esto no es parte de nuestra misión...

—No sé qué es lo que me pasa Brell, es como si tuviera la necesidad incontrolable de destruir todo lo que podría recordarme a la felicidad, es un sabor amargo en mi pecho que no puedo evitar, me gusta esta sensación de desesperación en la que ahora vivo, a pesar de todas las marcas de inmundicia que mis actos clavan en mi ya extinta alma, no hay forma de volver a lo que éramos, no encuentro forma de volver a sentir con agrado la calidez de un abrazo, en su reemplazo solo esta frialdad divina que de algún modo me llena.

—Es por la maldición Veolet, nuestro modo de sentir ha cambiado, nuestro modo de pensar se ha tergiversado, ahora protegemos lo que antes despreciábamos, ahora destruimos lo que antes amábamos en su misma escala, cuanto más amor hubo ahora más odio y se cumple con todos los seres y lugares. Es por eso que no te has podido contener, en otro tiempo me hubiera parecido un crimen inefable, pero entiendo el impulso puesto que yo también lo tengo, mi pregunta es, ¿qué sientes después de haberles quitado la vida a los que antes fueron tu adoración?

Veolet sintió un golpe ante esa pregunta y apresuradamente dirigió una mirada a los Liliums que iban soltando sus últimos estertores. Trató de dar un paso adelante, pero sus piernas no reaccionaron y el encuentro entre dos sensaciones: una del pasado y la otra del presente nublaron su visión, mientras un escalofrío helado recorría por su cuerpo dejando un hormigueo constante en su vientre a la vez que sus ojos se posaban sobre un Lilium que aún se aferraba a la vida y en cuya mirada expresiva se dibuja la sorpresa, la alegría y la incógnita, del por qué sus labios habían sido silenciados, pero su expresión lo decía todo.

Veolet se paralizó, se horrorizó, corrió hacia el cuerpo que difícilmente sujetaba su alma y tomándole una mano le dijo:

—Deul, hijo mío lo siento... —Y mientras Deul exhalaba su último aliento, del alma de Veolet brotaba el llanto acompañado de lágrimas negras, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa fría. Terrible despedida para Deul.

Veolet se quedó paralizada contemplando la luz del alma volverse oscuridad, en

ese momento Brell le estrechó la mano y sujetándola delicadamente la jaló.

—Esto es lo que ahora somos, lentamente destruiremos lo poco que queda de nosotros del pasado y nos convertiremos en sombras, verdugos, nada más..., lamento tu pérdida Veolet.

Ella pensó que se refería a la vida de su hijo, mientras que en su pensamiento frases que la sorprendían cruzaban sin cesar: «No hay nada que lamentar». «Es una vida más»; sin embargo, Brell se refería a su espíritu, pues ya no reconocía a la criatura que estaba a su lado, «es ese mi destino» susurraba con nostalgia, mientras algunos recuerdos opacos de su vida anterior llegaban como simples chispas. De reojo observó al extraño Siomac que miraba en silencio y detenidamente todo el acontecimiento.

Brell jaló suavemente a Veolet para ponerla de pie. Sus manos estaban frías y se podía sentir su corazón latir a través de ellas.

—Es tiempo de partir, sin la magia de Sicar, estas vidas perdidas se escucharán y pronto se plagará de Centinelas...

—Vaya contratiempo, lamento haberlos demorado. —Mientras regresaba en sí daba un último vistazo y se despedía con una pizca de afecto fingido.

Ni bien empezaron a alejarse se escuchó un cuerno que retumbó en todo el lugar, ese sonido era conocido por ellos como un llamado a los Centinelas, sin duda alguna el cántico de los muertos acababa de ser escuchado por los guardianes del bosque.

Pronto en la tierra de los Liliums empezó a haber mucho movimiento y así cuando se siembra la muerte, en algún otro lugar brota la venganza y el círculo de odio empieza a girar sin nada que pueda detenerlo.

Las almas en susurro clamaban ser encontradas y solo una de ellas buscaba despedirse.

El antiguo guardián del bosque en medio de su gran meditación escuchó el mensaje que el viento llevaba, su ser se estremeció cuando escuchó la voz y antes que el mensaje sea entregado por intuición se fue preparando para lo peor, rogó al viento que no se abstuviera y que le permitiera escuchar claramente por última vez la voz de su orgullo, la voz de su hijo amado, la voz de Ortel.

Y el viento compadeciéndose del alma que entraría en agonía sopló con fuerza para intentar consolar su dolor y entregar el canto de despedida que se le había encomendado:

—Te bendigo padre y aún busco palabras para expresar lo mucho que te amo, debí haberte dicho esto antes, pero jamás pensé que te ocasionaría un dolor tan grande. Me enseñaste lo que es el valor y lo aprendí bien, puedes estar orgulloso de ello, me enseñaste a ser justo y lo aprendí bien, debes alegrarte de ello, me enseñaste a perdonar y lo he hecho. Ahora la prueba es tuya, no manches tus manos por mi causa y no caigas en el veneno de la venganza, no ensucies el ideal de paz que tanto hemos defendido. Te amo padre, gracias por acompañarme y guiarme con tu sabiduría.

Las lágrimas en el viejo tronco no lograron sostenerse más y arremetieron en caída, su mirada se perdió en el firmamento, al igual que sus sentidos, su rostro se mantuvo inquebrantable, mientras su pensamiento vagaba en las sombras y se mantuvo así durante un largo tiempo; las voces y ruidos de los alrededores no lo perturbaban, el viejo árbol estaba paralizado con una gran disyuntiva entre sus ideales, sus emociones, sus deseos y su razón.

Trataba de someter la ira incontrolable que iba naciendo en su interior, pero tras cada esfuerzo esta se incrementaba y el dolor convertido en locura opacaba lentamente su pensar, alimentando los ladridos del odio que como jauría salvaje empezaban a aullar.

Renegó de su inmortalidad, virtud ganada por sus experiencias en el campo y con un esfuerzo supremo renunció a esta, quebrando su tronco y deshaciendo sus raíces. Su llanto osco que viajaba por el viento pronto empezó a ser escuchado por los mortales y cuando los Liliums fueron a socorrer al desdichado siguiendo la dirección del sufrimiento, se dieron con la sorpresa de que el anciano guardián del bosque, el inmortal Ormus, ya no estaba; solo habían pedazos de su majestuosidad regados y arrastrados por el suspiro del viento, asombrados se acercaron, totalmente anonadados, sin lograr entender lo sucedido. ¿Cómo un árbol tan antiguo y poderoso podría haber sido convertido en polvareda en cuestión de minutos? Pero cuando empezaban a sentir la pérdida, vieron apoyado en uno de los gruesos pedazos del antiguo Ormus a un Lilium desconocido mirando el horizonte sin pestañear y sumido en pensamientos que doblaban su entrecejo.

Uno de los socorristas interrumpiendo el silencio se animó a preguntar:

—¿Quién eres tú? —Y la respuesta paralizó a todos...

—Soy Ormus el colérico... —Su voz llena de fuerza los impactó e inclusive algunos retrocedieron unos pasos, se sacudieron el temor, pues estaban hablando con un Lilium y al fin se animaron a preguntar sobre lo sucedido.

—Antiguo guardián, ¿qué es lo que ha pasado? —Ormus los miró de reojo y sin titubeos respondió:

—Renuncié a mi inmortalidad.

—¿Por qué?

—¡De que me sirve la inmortalidad si la razón de mi existir ya no está, ahora solo me quedan ansias de venganza y rabia! —Se levantó lentamente. Al fin la tormenta de su mente se había calmado, ya tenía claro lo que tenía que hacer, pero antes necesitaba ver a Ortel, su hijo amado. Caminó como dormido guiado solo por sus instintos, hasta que se encontró con un par de Centinelas que cuidaban el lugar, los cuales incapaces de reconocerlo le prohibieron el paso; Ormus despertó de sus pesados pensamientos y bastó con mirarlos directamente a los ojos para que estos se retiraran; sintió un helado escalofrío recorrer su columna y este aumentó a medida que se iba acercando. Cuando se encontró cerca a las víctimas, su corazón se aceleró y su respiración se agitó, luego se acercó a uno de los cuerpos tapados, ya que

reconocía la silueta a pesar de las mantas; dudó antes de descubrirlo, hasta que las fuerzas retornaron a él. Logró destaparlo encontrando en la sed de venganza su fuente de alimento. Sus ojos se empaparon en lágrimas, pero ninguna logró resbalar para tratar de consolarlo; tomó una bocanada de aire, se armó de valor y empezó a estudiar las heridas causadas por la tortura, de vez en vez se le escapaba un sollozo, pero con mucho esfuerzo y respirando profundamente lograba contenerlo. Lentamente empezó a hacerse una idea contra qué estaba tratando, las heridas eran finas y deliberadas, habían sido hechas para causar mucho dolor, sin duda alguna alguien estaba buscando información, por la forma de los cortes sabía que el arma usada no era cualquier daga sino una forjada en los lagos de magia, lugar sagrado de los Centinelas, lugar de oración; y por la fineza de los cortes tenía que ser alguien diestro en el manejo de estas armas. Sin embargo, su mayor pista a pesar de la contradicción era el trabajo impecable; quien hubiera atormentado a su hijo tenía que ser alguien acostumbrado a hacerlo, su mente se llenó de nombres, todos los Liliums pasaron por su mente, pero no podía unir los eslabones. ¿Qué clase de información podría tener su hijo, que en este momento de reciente despertar todos no supieran? Volvió a respirar profundamente y acariciando el rostro gélido, dejó atrás la antigua razón de su existir:

—No habrá paz en este viejo corazón Ortel, no habrá inspiración para el brote de un nuevo amanecer, no habrá camino en el cual tu verdugo ande y por el cual mis huellas no estén, ni existirá escondite que no pueda hallar, porque su respiración será mi meta y no me detendré hasta detener su último suspiro que será un largo estertor deslizándose en mis manos... Descansa hijo mío y espera por mí, cuando sea el momento despertaré a tu lado.

Le dio un beso en la frente y se secó la humedad del rostro, mientras su aspecto severo reflejaba la decisión del camino a seguir. Observó los otros cuerpos inertes y una peculiaridad capturó su atención, el modo como los otros habían caído era distinto, otra mano hizo el trabajo; sin embargo la esencia era la misma, era un grupo de características similares y por sus cortes podía predecir que eran de la orden de los Centinelas, pero entonces... ¿Por qué unos Liliums tan puros como los Centinelas que han jurado proteger y siempre lo han hecho, ahora van contra sus principios? Se preguntaba sin encontrar una razón. Pronto y paso a paso entró en meditación, en esa faceta en la que la intuición supera a la razón, virtud nacida en aquellos que trascendieron, don único de los ancianos del bosque, perla maravillosa de los iniciados que buscan el camino. Gracias a la misteriosa magia que nace en el silencio de las palabras, emociones y pensamientos, se va dibujando con suaves pinceles la verdad de lo ocurrido y con ello el camino a seguir, tergiversado en venganza; al fin lo observado y lo analizado se entrelazaban en hermosa armonía señalando el sendero e indicando que al caminar por él ya no habría retorno; recogió la escarcela de su hijo y se dejó guiar por el veneno creciente del odio.

Justicia añorada



Luego de la terrible batalla contra el Maraam y después de un descanso sentí que el aliento retornaba y regeneraba mis fuerzas, el agotamiento que había nublado mi mente empezaba a ser despejado y la fragancia de mi ángel que se había posado en mis labios, empezaba a desaparecer: «bella flor, ángel protector, tú que me guías en el camino, ¿qué debo hacer para estar a tu lado? Mi vida es tuya pues son tus palabras liberadas en mi boca las que me han dado la oportunidad de seguir luchando, son tus palabras las que me han salvado, eres tú que en mí estas y aún no sé cómo encontrarte. Siento tu amor llegar a través del espacio infinito y a veces dudo si el mío llega a alcanzarte... Mi ángel, tú eres mi amor, mi valor y mi inspiración, sin ti perdería el sentido y caería en la más temible oscuridad, sé mi luz, que yo seguiré buscando la forma de encontrarte».

Pronto la calidez de los primeros rayos de luz cobijó nuestros corazones y dio lucidez a nuestras mentes atormentadas, el aire había dejado de estar tan denso y al fin se sentía un poco de frescor; como si la naturaleza volviera a tomar posesión de ese inmundo lugar mal llamado Oasis, me sentía sucio, la tierra se había mezclado con la sangre de nuestros cuerpos dejando masas de barro oscuras alrededor de las heridas, las cuales aliviaba y a la vez incomodaba con un punzante picazón; no pude soportar la molestia y empecé a raspar el barro oscuro cuarteado impregnado en mi piel, sin embargo ya parecían formar parte de mí. Pestañeando por culpa de los rayos de luz que herían mis ojos, empecé a hacerme consciente del despertar, mi cuerpo estaba adolorido, pero mi alma estaba llena de vida y así como una flor perfumada logra perfumar a otra que no lo está, por simple cercanía, así también la esencia de mi alma iba transfiriendo su fuerza a mi cuerpo.

Logré sentarme luego de sacudirme las caricias del sueño y mientras luchaba por mantener los ojos abiertos, fui observando el entorno, y no fue hasta que los párpados se interpusieron en uno de esos entre abrir y cerrar de ojos que pude ver el enorme

cuerpo del Maraam, pero el miedo que antes generaba su simple presencia había desaparecido. ¿Cuántas vidas han terminado en ese ser?, me pregunté, ¿realmente el sufrimiento de sus cautivos ha sido disipado? o ¿somos culpables de la muerte de cientos? En mi interior sentía que el Maraam no alcanzaría la muerte sin antes haber sido comprendida y esta sería eterna cuando solo la luz lograra apagar su oscuridad. ¿Quién la comprenderá?, volví a preguntarme, pero esta vez mi pensamiento trascendió el silencio a través de mis palabras y estas fueron escuchadas por Ábreas quien iba despertando. La tierra y el polvo se deslizaba por su ropa mientras cicatrices de barro se cuarteaban en su piel.

—Por qué alguien debería comprender a esa criatura si es la escenificación más viva de la maldad y el terror, ¿acaso ella intentó comprender a alguna de sus víctimas?

—Lo sé Ábreas, pero por un extraño motivo aún siento que vive en algún lugar escondido en nosotros mismos y que si no comprendemos plenamente como opera, pronto nos consumirá.

—¿Te refieres a que dejó alguna semilla en nosotros?

—Me refiero a que mientras exista miedo, existirá el Maraam.

En ese momento un sonido aterrador salió de donde estaba el Maraam: «Rashik» y aunque fue breve, el sonido nos electrificó la piel. Nos miramos pensativos, mientras nuestras fuerzas brotaban instintivamente ante el susurro del peligro. Avanzamos lentamente en su dirección y tras cada paso, al acercarnos, una nube sombría en nuestro pecho se iba disipando y detrás de esa oscuridad nacía como un chispazo la valentía real y pura. Ya frente al Maraam corroboramos que estaba muerta y que en su interior algo resplandecía.

—Rashik, es el amor propio en la lengua antigua, me pregunto cómo alguien que ya no está entre los vivos pudo mencionarlo —bisbiseo Ábreas.

Nos quedamos un poco desconcertados, sin embargo mi intriga por ese extraño resplandor en su pecho me hacía olvidar por momentos la precaución; me acerqué para poder apreciar mejor esa luz y en ese momento los labios del Maraam volvieron a moverse:

—Rashik... amado mío... regrésame...

Di un salto hacia atrás y empecé a observar más concienzudamente, definitivamente no había vida en ese ser, al menos eso me indicaban mis sentidos.

—¿Ábreas qué está pasando, cómo es posible?...

Ábreas me miró y trató de buscar la respuesta en la sabiduría de su conocimiento, mas su expresión me respondía con la intriga del silencio.

—Deberíamos irnos, este lugar esta maldito, ni siquiera la muerte parece regir aquí. Retrocedió unos pasos y se dio media vuelta: «continuemos con nuestra misión, ya olvídate de esa cosa».

—Rashik... amado mío... regrésame... —Volvió a repetir el Maraam. Sentí un escalofrío profundo y por un momento me pareció también escuchar el latido de su

corazón.

—Dame tu daga Ábreas, hay algo que me inquieta en este ser.

Me lanzó la daga, no de buena gana, pero a pesar de ello no podía ocultar esa curiosidad morbosa de descubrir lo que estaba planeando, aunque se imaginaba que solo deseaba asegurarme que estuviera muerta. Se acercó con mucho cuidado a observar; mientras introducía la daga por entre una de las costillas en dirección al extraño resplandor, hubo un poco de resistencia y al observarme a mí mismo no podía creer lo que estaba haciendo, sentí la daga atravesar los músculos y cuando la punta de este llegó al brillo golpeó algo duro muy parecido al metal y una onda expansiva se liberó de la llaga empujando a Ábreas y congelando el tiempo para mí, fue como un latido de corazón ampliado al infinito..., la onda resonó en mi cabeza y en mi pecho, el viento dejó de soplar y una paz muy grande me inundó, a mi alrededor el tiempo se había detenido, vi a mi compañero suspendido en el aire a causa de la fuerza expansiva, me predispuse a ayudarlo cuando la voz de mis amores logró alcanzarme:

—Kai... te enfrentas a un gran mal, te enfrentas a una legión, al error de los antiguos, no dejes que su veneno fluya en tu sangre, porque se apoderarán de ti y no sabrás como encontrarte, buscarás y te creerás liberado, mas tus acciones, tus pensamientos al igual que tus obras dejarán de ser tuyos para volverse legión, sé consciente de ti y no caigas por amor. Mis brazos esperan por ti al igual que mi corazón, recuerda mis palabras Kai, recuérdalas...

—Mi ángel de amor, mi ángel del árbol, no me olvido de ti, hacia ti van mis actos, hacia ti va mi corazón, te amo tanto y me desgarrar no estar a tu lado, te encontraré y regresaremos juntos... recordaré tus palabras que aun no entiendo, pero sé que en el camino lo haré...

Me emocioné de manera increíble por haberla escuchado, pero pronto la soledad me estrecharía entre sus manos; respiré profundamente para entender sus palabras, pero en ese momento me distrajo el extraño resplandor en el pecho del Maraam. Al retirar la daga del cuerpo el tiempo recuperó su camino. Ábreas cayó abruptamente y me remordió no haberlo ayudado cuando me lo propuse, pero igual no tiene por qué enterarse, pensé.

La llaga abierta por la daga me dejó ver por un segundo un extraño metal y eso bastó para que mi curiosidad estallase, con la daga en la mano empecé a ampliar la herida, hasta el punto de ver el extraño objeto con mayor claridad, me conscienticé a retirarlo, aunque eso implicara agrandar la herida que ya de por si era grotesca por el flujo de la sangre y los primeros aromas de descomposición; luego de un duro batallar con la conformación torácica del Maraam pude vislumbrar el artefacto, el cual parecía con vida, ya que brillaba de momento en momento. Al sujetarlo sentí mis emociones aumentadas, las cuales me llevaron al borde de perder el control, la dejé caer inmediatamente y por un momento las fuerzas me abandonaron y me tambaleé; sentí las manos de Ábreas que me sujetaban ayudándome a recuperar el equilibrio.

En ese momento recordé un extracto de las palabras de mi ángel «no dejes que su veneno fluya en tu sangre, porque se apoderarán de ti». ¿Sería posible que ella se refiriera a las emociones? Estas me habían salvado siempre, ¿podrían ahora condenarme? Me hubiera sido imposible pensarlo si no hubiera tocado ese artefacto.

Cuando me dijo «no sabrás como encontrarte, buscaras y te creerás liberado», tal vez es a no dejarme llevar por los impulsos y aunque estos parezcan satisfactorios, en el resultado dejarían de ser míos. Oh, mi ángel, ¿es eso lo que debo comprender?, ¿es que estoy errado en mi pensamiento?

—¡Kailem reacciona! ¿Te encuentras bien? ¡Kailem!

Al despertar de mi profunda reflexión por las sacudidas y voz de Ábreas fui recuperando los sentidos, escuchaba vagamente a mi compañero. Mas luego una reflexión en forma de relámpago atravesó mi mente, instintivamente sujeté el brazo de Ábreas que se dejaba llevar por la curiosidad buscando palpar el extraño artefacto.

—¡Detente Ábreas! Hay sombras oscuras que brotan de ahí, que alimentan las emociones y pasiones, que adormecen la conciencia y te engañan con una falsa verdad; si solo rozándolo perdí la compostura a causa de mis emociones, las cuales me trataron de tragar, imagina la locura del Maraam y su terrible agonía de vivir en el rincón más oscuro, donde las caras de su propia legión gobernaban.

Jamás mintió «Era una, eran muchas».

—¿Será esta la reliquia de destrucción que el gran rey nos mandó a buscar o es otra extraña gema que se ha cruzado en nuestro camino? Parece un simple adorno, bien cualquiera podría usarlo de broche, sin embargo tus palabras tienen mucha razón, que incauto, esta cosa emana un gran poder. —Dicho eso hizo un espacio en su escarcela, estiró las manos en dirección al artefacto, levantó la mirada dirigiéndose a mí y entendí en su lenguaje corporal lo que quería decir, de modo que respiré profundamente y dirigí la palma de las manos en la misma dirección y juntos a la misma voz y con la imaginación en armonía, conjuramos:

—¡Sss... Sidaré!

—¡Tetznaltac!

Ambos conjuros se fusionaron creando una barrera de roca y oscuridad alrededor del «broche», envolviéndolo por completo y logrando aislar su poder; me di cuenta que las palabras que mi ángel pronunciaba en mi boca se convertían en enseñanzas gravadas en lo profundo de mi corazón y era pensando en ella y deseándolo que la magia sucedía, no era mi poder, solo fruto de su amor.

Ábreas recogió el artefacto y lo guardó en su escarcela.

—Ha sido un viaje extraño y tal vez ya deberíamos regresar, sea o no la reliquia buscada.

No podía estar más de acuerdo, los días habían pasado demasiado rápido y las sorpresas, aventuras y riesgos aún más, todo ello formaba ya parte del cansancio acumulado de los días. Mientras la experiencia obtenida buscaba su espacio para ser comprendida, a veces las circunstancias hacen brotar la madurez sin discriminar la

edad y esta a su vez se desprende del tiempo para enfrentar a la realidad y aunque nuestros cuerpos seguían siendo los mismos, en el fondo nuestras almas habían cambiado y sabíamos que no dejarían de cambiar puesto que el viaje solo nos había mostrado el camino, al cual no habíamos puesto ninguna huella aún. Nuestra mente y nuestro corazón dejaron de actuar por separado y misteriosamente empezaron a colaborar para subsistir.

El Maraam parecía al fin descansar, mientras su cuerpo se entregaba a la arena para volver a ser parte del Oasis de Sabedrea. El frescor del ambiente nos dio nuevas fuerzas y luego de contemplar el horizonte lejano y guardando en nuestra memoria el vasto desierto a modo de despedida, dimos media vuelta disponiéndonos a partir, la paz alcanzada en ese momento nos cobijaba, mientras el silencio abría paso al cantar del viento, el cual recorría la inmensidad. Era sorprendente como ese lugar que en otrora fuera un paraíso ahora solo rogaba por misericordia y aunque era claro que no existía una voz, la sensación era innegable.

Brotó así en mi corazón el respeto por la vida pujante, su belleza y esplendor y la frivolidad de su deceso, como no amar lo pasajero, como no amar lo que jamás volverá a ser lo mismo.

—Ábreas, me llevo el recuerdo y me queda claro que la sangre derramada, las experiencias sentidas, los latidos perdidos y todo lo observado es el tejido que nos protegerá en el camino por recorrer.

—Nos llevamos el mal que secó el Oasis, me pregunto qué tan sabio es que los antiguos guardianes velen por nosotros Kailem; también ruego que esta experiencia sea suficiente.

Caminamos brevemente hasta que al fin estábamos listos para partir, el simple deseo de imaginarse en casa era un alivio, para mi compañero, nuestros rostros iban recuperando la vivacidad, que aumentaba a medida que nos alejábamos. Cuando los bosques empezaron a verse en el horizonte mi corazón latió más rápido, empezamos a correr como escapando de la muerte y rumbo a la vida y no aguantando más y como si el anhelo hubiera sido el mismo, empezamos a gritar: ¡Chuuks! ¡Chuuks! ¡Chuuks! Continuamos corriendo rápidamente y en un parpadeo empecé a sentir los pesados pasos de los Chuuks que ya casi nos habían alcanzado, su cercanía empezaba a activar la conexión creada, tan deleitante; su respiración fuerte y profunda empezaba a hacerse mi respiración, el ritmo de los latidos buscaba un punto neutral y mi visión al igual que mis instintos se agudizaron, sus pasos se convirtieron en mis pasos. Con una coordinación magnífica logramos subir a sus lomos sin necesidad de detenernos, la velocidad con la cual empezamos el retorno fue aún mayor, era indudable que el pacto con esos demonios menores se había fortalecido, podía sentir el flujo de su fuerza recorriendo mi cuerpo.

Ábreas volteó para ver si le seguía el ritmo, al verme sonrió, me hizo una señal de desafío la cual acepté gustoso, y antes de darnos cuenta llegamos a un bar de los Olvidados, como los Liliiums llamaban a esos seres que habían perdido el interés y

que ahora solo se dedicaban a lo más banal de la vida, sin una esperanza que los moviera hacia el cambio, seres del vacío que no pertenecían a ningún lugar y cuyo único refugio eran las pasiones; antiguos inmortales sin destino moraban ahí.

—¿Qué hacemos aquí?

—Antes que mi raza durmiera a causa de la maldición, le di a un amigo que guardara una herencia de mucho valor, que mi familia siempre ha atesorado y ya es tiempo de que regrese a mí.

Bajamos cerca a unas rocas que parecían engendrar los cimientos de la tierra, mi percepción estaba errada, no nos dirigíamos al bar, nos dirigíamos al centro de esas enormes rocas, mentalmente pedimos a los Chuuks que se mantuvieran atentos y que velaran por nosotros. Al llegar al centro descubrí con gran asombro una escalera esculpida a cuyo fin no alcanzaba mi visión, quedé más que anonadado cuando comprendí que todo era parte de la misma roca y que no eran dos, sino una; al aproximarnos más una especie de guardián se materializó frente a nosotros ocupando el ancho pasaje de la entrada y con una voz muy potente exclamó:

—¿Qué buscan en casa de Elonir?

Ábreas sin vacilar dio un paso adelante. Y sin titubear respondió: Venimos por lo que es mío.

El guardián se quedó pensativo, hasta que al fin respondió: Tú pasarás... ¿El caído qué es lo que busca? Su voz era terriblemente divina y no pude proferir palabra alguna, pero Ábreas respondió por mí.

—Él busca Luz...

Entonces el guardián estiró los brazos y sujetándonos nos arrojó al interior de la caverna. Fue una caída sin fin, no tenía miedo e inclusive pensé que al llegar al piso moriría, pero cuando este estuvo cerca, mi cuerpo se balanceó cual pluma llegando al suelo con una suavidad envidiable. El centro de la escalera estaba partido dividiéndolo en dos caminos, uno que iba a la izquierda, lugar en el que me encontraba y el otro continuaba su recto sendero, Ábreas me hizo una señal concientizándome a no preocuparme y luego gritó que me vería del otro lado y sin más continuó por su camino.

Frente a mi desconcierto procuré observar detenidamente las paredes de ese lugar, en ellas estaban escritas palabras irreconocibles que fusionaban dibujos trascendentales de serpientes que buscan elevarse, otras que bajan y otras enroscadas frente a la luna, más abajo en el mismo mural un ser antropomorfo señala dos caminos uno que conduce al fuego y sufrimiento, el otro que conduce a la luz, pero ambos desembocan en las fauces del lobo.

Todos los dibujos estaban tallados en la misma piedra, observé de reojo el precipicio que separaba las escaleras y sin otra alternativa que tomar avancé por donde el guardián a su modo extraño señalaba. Luego de caminar por un pasillo oscuro vi la luz filtrarse, seguí por ahí, me topé con una gran puerta hecha de plata, monumento magnífico de tallados sin igual, en la mitad derecha yacía tallado un

gigante que levantaba la mano en son de batalla y el rostro tan ricamente esculpido reflejaba la más férrea voluntad, en la otra mitad, la izquierda, la belleza femenina levanta vencedora la espada de fuego. Los dos gigantes parecen unirse en el cerrojo de la gran puerta. También había unos tallados minúsculos, cuando me acerqué a ver, las puertas se abrieron, sin embargo pude leer:

«La victoria ama a la preparación».

Una suave brisa me ayudó a dar el primer paso en la habitación, todo estaba adornado con un estilo árabe, grandes almohadas con bordes de oro separaban a doncellas preciosas del piso, sus velos largos giraban contorneando sus figuras, al centro con prendas más conservadoras una gigante de presencia dulce movía una mano delicadamente llamándome, su gracia era tal que instintivamente me acerqué, la saludé con una venia y ella sonrió dulcemente.

—¿Qué buscas en casa de Elonir?

—No lo sé realmente...

—Veo que hay algo que estás buscando sin descanso, ¿no sabes qué es? —Me brindaba tanta confianza y su aura calmaba y agradaba. La habitación olía a flores, era un lugar maravilloso, me sentí seguro y confiado.

—Busco a mi ángel del árbol. —Respondí... sin saber cómo detallarlo más.

Cambió de expresión y se puso pensativa, su fisonomía era deliciosa y me empezó a parecer atractiva...

—¿A cuál? Iba a continuar su respuesta, pero se detuvo en seco. Frunció el ceño y de pronto desapareció su belleza y al instante un anciano espantosamente divino apareció, del cual salían relámpagos de todo su cuerpo y su mirada era tan brutalmente penetrante que caí postrado ante semejante deidad; me disculpé por haberlo confundido con una dama, me espanté y pensé que ese ser tan magnífico me iba a pulverizar... Continué pidiéndole disculpas hasta que finalmente, con su majestuosa voz e inclinándose un poco hacia mí continuó:

—Así como no eres capaz de diferenciar entre hombre y mujer, así de ciego estás. Cuándo aprenderás a dejar de ver con los sentidos y empezarás a ver con el corazón, cuánto te demorarás en entender que los sentidos engañan, mas nunca la verdadera emoción, hay de ti que buscas en la oscuridad y crees encontrar lo que no es...

Sus últimas palabras las escuché lejanas y cuando levanté ligeramente la mirada para descubrir mi suerte, me di con la sorpresa que ya estaba en la salida y el guardián tapaba la entrada.

—Mil años de espera pagarás para volver a ver a Elonir...

Aún no lograba recuperarme de la sorpresa, pero el alivio empezaba a encarnar mi cuerpo. Mientras los latidos de mi corazón encontraban la calma en el aire fresco de la naturaleza, el colosal guardián empezó a sumergirse en la piedra y estas a su vez empezaron a cerrarse. Momentos antes de que no hubiera ya entrada Ábreas apareció, también en cuclillas suplicando el perdón; no pude evitarlo y estallé en risas, pues estaba convencido que también había visto al viejo Elonir con su alma divina

femenina y que sus pensamientos lo ofendieron tal como lo hicieron los míos y que cuando Elonir mostró su alma inmortal no le quedó más opción que suplicar. Obviamente trataría de evitar contarle que me encontré en la misma situación, pero no pude evitar seguir riendo.

Ábreas se dio cuenta que ya no estaba en el interior del palacio de roca, suspiró profundamente y fingió como si nada hubiera pasado.

—Solo oraba, no le encuentro lo gracioso... ¿Acaso en tu mundo no oran?

—Hace poco también lo hacía y con gran devoción —lancé una carcajada aún nerviosa por la situación.

Ábreas entendió y atinó a decir:

—Lástima que no salí primero y se unió a la carcajada.

—Todo un espectáculo mí querido amigo.

Desatamos el nerviosismo a través de la risa hasta que la voz del guardián desde el interior de la roca y cerrada gritó:

—Mil años de espera pagarás para volver a ver a Elonir...

—Dudo mucho que viva tanto, pero si lo hago lo recordaré.

Ábreas miró su escarcela y dijo:

—Esta es la reliquia que andábamos buscando y más vale no perderla o verás que mil años son alcanzables en el olvido.

Sacudimos las experiencias y continuamos rumbo a Terogar, lugar donde ya deberían estar esperándonos. La fuerza de los Chuuks reparaba el cansancio de los días y lentamente nos fuimos acercando a nuestro destino, destino que se vería manipulado por los ojos sin vida, que escondidos y atentos en el camino aguardaban nuestra llegada, mensajeros de la muerte dispuestos a cumplir su designio.

* * *

Los días habían pasado y más férreos que nunca, con una paciencia casi de santos, esperaban escondidos en el más grande silencio: Veolet, Brell y Siomac parecían inertes, exentos de movimiento, la mirada atenta en el camino donde ni el frío ni el viento lograban arrebatarnos un pestañeo; de pronto, desde la oscuridad de sus escondites la victoria del paciente se hacía visible al ver acercarse despacio, confiada y desprevenida la presa. Un simple sonido bastó para poner en alerta a los temibles rúgulus, asesinos hijos de la maldición.

Violet sintió placer al sentir que la tarea encomendada pronto encontraría un desenlace, mientras que Brell ágilmente se ubicaba en la copa de un árbol, pues él ya tenía definida su presa, la escogió desde el momento que lo vio y sus instintos no podrían escoger otro, jamás imaginó que una sombra de su pasado llegaría tan pronto a él. Hizo una señal para dejar en claro de quien se encargaría, sus habilidades eran reconocidas por los demás, por lo que aceptaron sus deseos y así mientras los hilos del destino se enredaban; cada vez más cerca, cada vez más ansias alborotaban la paz

y aunque el tiempo de actuar se hacía eterno, una cosa era decisiva... llegaría.

* * *

El viento arrastraba el perfume de las flores cercanas y con un suave silbido nos indicaba el camino, la neblina de la mañana se iba disipando con el presagio del calor y escapaba temeroso a los rayos de la creación, y con las fuerzas recuperadas a pesar del viaje íbamos dibujando sonrisas y carcajadas; la ideología de Ábreas me asombraba «vive el momento que no habrá otra oportunidad» lo pensaba, lo vivía y no perdía ocasión de decirlo, su ideología empezaba a corregir a la mía, pues hasta ese entonces me gustaba prevenir, planear el futuro y por lo general olvidar el presente. Nunca es tarde para cambiar el pensamiento, así como tampoco es imposible cambiar el modo de ver el mundo, a las personas, a las cosas; si bien es cierto que las experiencias ayudan a liberar nuestra esencia, también podrían sepultarlas evitando la cristalización de nuestra alma. Qué difícil es rescatar lo bueno de lo malo, qué fácil es encontrar lo malo en lo bueno, pero he ahí en compensación el trabajo para forjar nuestro espíritu.

Sus palabras eran mi reflexión y a veces las mías la suya. ¿Es acaso errado pensar que una fuerza mayor obra en los labios ajenos y propios para enseñar?, pensaba mientras el astuto calor desprendía una prenda a través mío.

—No te detengas Kailem, que los brazos de Deol nos dan la bienvenida a Terogar.

Deol era una lechuza mensajera del retorno, había escuchado algunas historias respecto a ella y debí prestar más atención, pero en esos días mi mente intranquila aún no quería dejar el néctar y las emociones encontradas después de enfrentar a O'da.

Di un golpecito a mi Chuuk olvidando que era más práctico y sencillo dar la orden mental, pero igual funcionó y recuperé el ritmo que manteníamos.

Avanzamos en silencio, muy lento por el camino rocoso y atrincherado, los árboles y la maleza se habían fundido a través de los años haciendo imposible viajar a través de ellos, vagamente iba filtrándose la luz del día que luchaba fervientemente con las copas de los árboles tratando de abrirse paso; la paz puede jugar a la guerra si le da la gana. En eso, un movimiento brusco y sorpresivo desde la maleza quebrantaba la tranquilidad engañosa y a una gran velocidad una sombra arremetía contra mí y si no hubiera sido por los instintos del Chuuk, no hubiera podido esquivar la estocada. Sin embargo, la fuerza del impulso colapsó al Chuuk y fuimos a parar a las enredaderas de una planta con espinas, en medio de la caída vi otra sombra abalanzarse desde lo alto de un árbol en dirección hacia Ábreas... El poder de la sorpresa se vio aminorado gracias al poder de la atención que los pequeños demonios nos brindaron, sé que Ábreas burló el ataque y que se perdieron en el bosque...

Mis instintos se encendieron como el fuego y por unos segundos mi pensamiento

y análisis dejaron de ser una carga dejando libre a la intuición somnolienta en mí, me paré raudamente mientras mi mochila interrumpía el nuevo intento y trababa el arma punzante de mi atacante, lancé un golpe haciendo un giro de espalda en ciento ochenta grados el cual fue bloqueado con magistral maestría y aprovechando el impulso el extraño ejecutó una llave que por poco me parte el brazo, salté girando el cuerpo para impedirlo, caí al piso casi parado y una de mis manos encontró una roca, la cual cogí y elevando mi cuerpo con el arma en mis manos logré asestar el golpe, el cual impactó en forma contundente alejando al agresor y dejando a mi imaginación dar paso al pensamiento.

Finalmente podía ver al ser que me atacaba...

Cerca estaba de mi mayor indecisión sobre el qué hacer, podría correr y tratar de escapar, enfrentarlo, pero al verlo no encontraba forma y en mi imaginación siempre terminaba perdiendo, pensé rendirme, pero no encontraba reflexión bondadosa en ese ser. Sentí mi corazón latir con más fuerza y me sorprendió descubrir que aún mantenía la conexión con el Chuuk, a pesar de la distancia. Necesitaba algo de tiempo para afianzar sus instintos con los míos y lograr usar su fuerza, pues otro camino para salir de ese problema no existía.

—¿Qué buscas ser, por qué me atacas? —Grité con la esperanza de ganar algo de tiempo.

—Solo el deber encomendado, solo acallo mi hambre.

Me respondió con una tranquilidad tan grande que alarmó todos mis sentidos y ante el peligro, la adrenalina recorrió todo mi cuerpo como si fuera un estallido, mi mente se agilizó, di unos pasos hacia atrás y soltando el aire con la resignación del caso empecé a concentrarme, era inminente el peligro frente a mí. De pronto mi corazón se tranquilizó dando paso a los instintos del Chuuk, jamás creí posible que los animales tuvieran tal ferocidad, sentí el viento sin forma deslizarse en mi cuerpo, mis pasos parecían fundirse con la tierra mientras el cielo azul me inspiraba...

—¿Quién te mandó? —Le pregunté con una voz más tranquila, mientras en susurros invocaba al «ssss... Sidaré» para que rodeara de rocas mis puños piernas y brazos.

—Mi maestro, Sicar Sinderell.

Dicho eso empezó a correr hacia mí con gran velocidad, la tierra y las hojas secas se levantaron detrás de él y el sol se reflejó en su espalda, mientras que la naturaleza reconocía a su antiguo protector y tras cada paso que daba lágrimas de rocío lloraban por él...

* * *

Siomac siempre fue un idealista y jamás dudó en blandir su espada para proteger, hijo no deseado por ser de sangre mezclada; su madre fue una hermosa Liliium de linaje envidiable que vivió un amor prohibido con la extraña raza de los montañeses,

guerreros por naturaleza, nobles en el actuar, despiadados en el combate, brutales e implacables.

Las antiguas leyendas escritas por los silenciosos Ugur's, espíritus que susurran la historia en los oídos de algunos sabios, narraban como la dureza de la piel de estos montañeses lograban inclusive desviar las flechas y que su fuerza aumentaba cada vez más en el fragor de la batalla; nobles protectores de las calderas del fuego, temidos y respetados, adoradores del Dios Colmillo, feroces.

El rey Mirth su padre, pagó un precio muy alto para que el pequeño Siomac tuviera un lugar y junto a su madre lograran vivir como ermitaños alejados de todo. Ahí en su exilio involuntario aprendió de su padre el significado de la nobleza y del combate; mientras que su madre le enseñó la sabiduría de la magia y de la sutileza. Época de mucho gozo, felicidad y equilibrio hasta que la diosa fortuna les dio la espalda y el nuevo rey montañés, Baruk, descubrió el escondite de Mirth y la sombra de su legado lo obligó a actuar...

«Hay de los corazones que encuentran dicha en el poder, ya que para mantenerlo volverán negras sus almas, mientras su mente engañosa disfraza sus actos con chanel, para que el perfume confunda lo real y así evitar que las llagas podridas se hagan notar. El autoengaño es uno de los peores daños que nace con el poder...».

Ver a su familia desvanecerse como un sueño rompió su corazón y dejó nacer el odio a la injusticia, odio que luego se convertiría en símbolo de su accionar y años después ese mismo odio le daría la reputación del Justo Protector. Cuando la gran guerra inició, a pesar de los escándalos, Siomac se sintió más vivo que nunca. Fue en la batalla cuando experimentó la esencia de su padre, incontrolable lograba espantar a las hordas de enemigos llegando a ser conocido como «la mano de la justicia», aunque muchos otros lo conocían como el «gigante de guerra», asunto aún incierto, pero respaldado por aquellos que lo vieron en acción. Cómo imaginar lo que la maldición haría en él, cómo imaginarlo...

* * *

La tierra se ablandó en su camino dejando sus marcas tras cada pisada, el viento trató de huir, pero terminó siendo atravesado, la naturaleza corrupta iba envolviendo sus brazos y extendiéndose a lo largo de su arma, la cual iba transformándose en una espada de inmensas proporciones, hasta el punto que tuvo que sujetarla con ambas manos, la punta hirió la tierra y detrás de él fue dejando una gran grieta, sus ojos se tornaron fuego mientras que de un salto acompañado de un grito hosco arremetía con el arma en alto contra la presa que buscaba resguardo apoyándose en un árbol... El golpe fue descomunal, el árbol se partió en dos y empezó a arder, la tierra se quemó y las rocas a su alrededor fueron esparcidas en forma circular; inmediatamente hizo un registro de toda la zona, su presa no estaba, se puso en guardia para evitar algún ataque furtivo. Su experiencia en combate le ayudaba a predecir los movimientos de

sus adversarios, en ese momento una vara imbuida de un extraño poder verde salía a gran velocidad de la tierra en dirección a una de sus costillas, bloqueó el poderoso impacto el cual le hizo retroceder, para luego arrastrar los pies y detener el impulso, gritó con más fuerza mientras la adrenalina lo llenaba de pasión, ubicó nuevamente a la escurridiza presa que movía los labios, pero cuyas palabras inexistentes por el frenesí eran inalcanzables... Bufó con fuerza y sin perder el tiempo, lanzó un golpe muy veloz para semejante arma, el cual fue esquivado con mucho esfuerzo, después del giro realizado; Kailem pensó en encontrar una abertura para poder asestar un golpe, pero grande fue su sorpresa, el mortífero Liliun usó el impulso de su espada para girar por completo, luego soltando una de las manos del arma y haciendo puño logró acometer un golpe despiadado que lo levantó del piso y lo impulsó por el camino.

Sentí que iba a perder la cabeza por la fuerza del impacto, ¡si no hubiera tenido el Sidaré rodeando mis brazos sin duda estaría muerto! ¿Cómo voy a derrotar a este ser?, ¿cómo hago para escapar de él? Había usado la mejor de mis cartas, había logrado camuflarme con las rocas y pude haberlo acabado con el mismo conjuro con el que derroté a O'da; sin embargo, ¿cómo pudo reaccionar tan rápido!, ¿acaso no tiene alguna debilidad? Me preguntaba mientras trataba de defenderme.

Siomac vio en su mente la gran oportunidad, había estado en muchas peleas y de algún modo olfateaba el fin de sus presas, mientras su víctima luchaba contra el impulso, él corría a gran velocidad, su corazón latía con más fuerza mientras se repetía en una descontrolada euforia:

—¡Puedo verlo! ¡Es tu fin!...

Mientras algunos ven la silueta de la muerte otros la presienten y empieza la disyuntiva entre el ver y el presentir, mientras lo primero confía en los sentidos, lo segundo se asila en la fe y en los instintos; logré recuperar el equilibrio —Sss... ¡Sidaré!— logré invocar a la barrera de piedras en el preciso momento que la terrible espada estaba a punto de golpearme, vi la velocidad reducida del golpe e inclinándome hacia un costado pude esquivarla, salté en dirección contraria aprovechando la nube de polvo y encontré una abertura en su espalda, aún en control de los pedazos de la barrera logré moverla imitando mi imagen, lo cual llamó su atención y usando toda mi fuerza imbuida con mi mejor hechizo: Yum Koral'ta Tendora Arántica, logré asestar un golpe limpio en su espalda, el cual cubrió de sangre mis manos y la mitad de su cuerpo; sin embargo, en vez de rendirse se levantó con más fuerza que antes y con una gran sonrisa en los labios; me quedé congelado, no le hice nada, la herida parecía un rasguño para él, aunque se viera de otro modo.

Siomac no podía aguantar más la felicidad desbordante, sacudió su cabellera. ¡Esto es Vida! Gritó con fuerza, desenvainó su segunda espada y sin pensarlo más la arrojó hacia mí.

—Que los Ugur's jamás canten que Siomac mató a un desarmado. —Luego agregó—, dime tu nombre, así contaré tu fin mientras beba.

La espada cayó muy cerca de mí, supe de inmediato que estaba atrapado en la telaraña del destino y que un mal movimiento me condenaría, pero cierta sensación inexplicable también brotó en mí.

—Mi nombre es Kailem Istramus. ¡Que quede escrito que Siomac es justo! — Respondí. Dicho eso me acerqué al arma que había quedado incrustada en la tierra...

«Hay momentos en los que el miedo parece gobernar y nos dibuja simples pruebas como imposibles odiseas, pero habiendo aprendido a silenciarlo se ve más claramente la igualdad de posibilidades, rugir no es lo mismo que gritar, porque mientras uno te embravece para seguir adelante el otro te sentencia...».

Al colocar mis manos en el arma sentí las caricias del valor y por un instante me pareció ver en mi imaginación el rostro de mi ángel el cual empezaba a sonreír esperando por mí, la vi tan claramente que mi corazón acelerado se tranquilizó, sonreí a la imagen que iba desapareciendo y empuñando con fuerza la espada, la imbuí imitando y combinando mi poder.

—¡Teldorass... Sidaré!

Era mi voz guiada con la sabiduría de alguien más, no me explico otra razón para haberlo combinado, dicho eso el arma aumentó de tamaño y brilló con un color verde y pronto empezó a ser parte de mí, su peso desapareció y a pesar que nunca sujeté una espada sentía que podía manejarla con perfección. Rugí en dirección a Siomac, nos estudiamos durante unos minutos, en ese trance nuestra respiración fue disminuyendo hasta dejar de existir, llegado ese momento inhalamos con fuerza el Sagrado Prana y lo convertimos en un rugido, al mismo tiempo que nos abalanzábamos el uno contra el otro y mientras nos acercábamos al desenlace del combate ya iniciado por nuestra convicción, ningún pestañeo se cruzó tras la furia de las miradas, pues sabíamos que cualquier equivocación sería fatal.

Al estar a una distancia cercana algo insólito pasó, su mirada se desvió, su primer golpe fue a parar muy lejos de mí y prácticamente su cuerpo se abalanzó al filo de la espada que él mismo me entregó.

Siomac no había experimentado tal éxtasis hacía ya mucho tiempo y jamás pensó volver a gozar de esa adrenalina divina envolviendo su ser, haciéndole sentir vivo otra vez.

Mientras veía a su presa correr con tanta valentía hacia él, no pudo evitar recordar sus buenos tiempos, su experiencia le indicaba la victoria, eso era un hecho para alguien tan experimentado como él, pero ante el cercano desenlace, pudo ver como las palabras de su padre se hacían al fin entender:

«La victoria no es del mejor guerrero, sino decisión de la diosa que compensa su esfuerzo».

Una sombra amenazaba quitarle la gloria y el deleite, una sombra que siempre estuvo observando atentamente, una sombra que esperó el mejor momento para cumplir su cometido y arrebatarse su pasión...

Veolet pacientemente aguardó en espera del momento, no tenía prisa, había

superado la impaciencia tras mucho trabajo, ahora sus instintos conocían el momento más oportuno y su experiencia actuaba sin necesidad de la razón; ya que la mejor oportunidad siempre aparece, pero detenerse a pensar en ello le podría hacer perderla... ella lo sabía y confiaba en su voz interior, voz que nunca llegó, Veolet no lo sabía, pero sus crímenes taparon el susurro de su conciencia y en su lugar, la mitomanía en su mente fingía ser la voz que esperaba y le daba la orden de atacar; acostumbrada a sus instintos se lanzó como un rayo, ubicó un punto vital desprotegido y empuñó con fuerza... Era perfecto, aunque reaccionara la víctima ya estaba lo suficientemente cerca para cumplir su cometido, lo había logrado; sintió el regocijo de la victoria alzándose en cada vértebra de su ser y a unos centímetros de la daga al cuerpo, la ventisca de lo imprevisto sucedió, la ráfaga del viento filoso penetró la carne, el hueso y quebró la tierra...

En un instante la sangre oscura del pecho de Siomac salpicó mi rostro y un grito espeluznante de dolor se desató detrás mío, confundido giré rápidamente dejando la espada incrustada y vi a una Liliun revolcándose de dolor, tratando de incorporarse y alejarse mientras maldecía en alta voz: ¡Traidor, jamás debí confiar en ti, muere Siomac, muere!, ¡que las pestes caigan en ti por lo que me has hecho!

Detrás de ella una hilera muy pronunciada de sangre mezclada con savia iba marcando el camino, mientras el rancio aroma se expandía a su alrededor. Todavía desconcertado me dejé llevar por el reflejo de la luz que descubría la daga aún empuñada.

Inmediatamente entendí lo sucedido, giré hacia Siomac en el preciso momento que el peso de su cuerpo descansaba en sus rodillas, usó la espada para mantenerse en esa posición y mirando al cielo gritó:

—¡Que se sepa que Siomac aún es justo! —Luego mirando hacia mí que estaba paralizado, agregó—: Estoy vivo en el cuerpo de un muerto, pero valió la pena. Llévate mis armas, así lucharé siempre junto a un corazón igual al mío. —Empezó a reír mientras desaparecían los rasgos rojizos de su piel y el calor de su vida se apagaba dejando deslizar sus últimos susurros: «Gracias padre por librarme de la maldición, espérame»...

Siomac el justo murió con una sonrisa en los labios y fue cobijado por la naturaleza, la cual cantó su partida y estremeció a aquellos que escuchaban embalsándolos de tristeza, el llanto del bosque no se hizo esperar y esparció su sangre cual riachuelo mientras auguraba la fertilidad de la tierra en su camino.

Luego de un rato entendí la profundidad de la enseñanza que este ser con su ejemplo profesó, me acerqué a él y recogiendo las armas le prometí jamás mancharlas de injusticia, entendí su sacrificio, pues él dio su vida por la mía, luego apreté con fuerza el filo de una de las espadas y dejé resbalar mi sangre la cual se fusionó con la suya y así sellé lo prometido, hecho esto las armas retomaron su tamaño aparentando ser simples cuchillos.

Me levanté reteniendo las sensaciones de la experiencia en mi memoria, mientras

la inesperada lluvia borraba los rastros de lo sucedido.

—¿Dónde estás Ábreas? —La pregunta repentina me abordó creando un escalofrío nefasto e inexplicable que de un sacudón me ayudó a levantarme, pero la impresión pudo más arrastrándome al descanso.

Lágrimas del pasado



«Los cuervos abandonan su casa, pero jamás olvidan lo que son», pensaba Ábreas mientras el pasado revivía en su presente de un modo inesperado, la tierra se iba haciendo fango mientras se mezclaba con el recuerdo, sus labios temblaban ante lo imposible y su corazón acelerado había perdido el ritmo, pronto su visión se hizo cristalina, pero con unos cuantos parpadeos regresó al desconcierto, el nudo en su garganta lo asfixiaba y su mente luchaba desbocada contra lo que su ojos le mostraban.

La delicada lluvia rodaba en su rostro y se unía al sentimiento tibio que se abrió camino desde sus ojos, pronto la fuerza de su voz desató brevemente el nudo en su garganta.

—¿Brell?... ¿Realmente eres tú?, ¿estás vivo?... —Su voz volvió a flaquear y para evitar el tartamudeo calló.

—Hola Ábreas, es bueno verte...

—¿Cómo es posible?... Estás... aquí...

—¿Es acaso tan difícil creer lo que ves, tienes idea de cuánto tiempo esperé para que alguno de ustedes me encontrara? ¡Se olvidaron de buscarme!

—Brell tu...

—No dejé de esperar, pero cuando al fin la tumba se abría fue otro rostro el que me recibió.

—Brell tú estabas muerto, lloré por ti y por los demás y aún lo sigo haciendo... ¿Cómo es que estás vivo?

—¿Lo estoy? ¡Mírame Ábreas!, ni siquiera sé en qué me he convertido, solo tengo este dolor en mi pecho y siento que pronto va a desaparecer, es como una necesidad.

—¿Qué es lo que pasa Brell, porque tengo la sensación de que me vas a atacar?

—¿Atacar? ¡Te voy a destruir Ábreas!

—¿Qué te pasó Brell?, ni bien terminaba de hacer esa última pregunta cuando de pronto la tierra tembló y las ramas y raíces de los árboles formaron una densa prisión que fue encogiéndose a gran velocidad envolviendo rocas y maleza, formando una capa impenetrable; pronto la espesa prisión redujo el espacio atrapando a Ábreas en él.

—Nunca has sido un buen adversario, siempre fuiste una deshonra, el desprecio no podría ser mayor al ver como caían los más dignos, para que solo la escoria sobreviviera... Voy a solucionar ese error.

Ábreas estaba inmobilizado, con el rostro aún incapaz de aceptar la realidad, pero con la firme convicción de que los espejismos son pasos vacíos e inconclusos de la nube del pasado.

—Tienes razón Brell, jamás seré un centinela, nunca tuve el poder para serlo.

—¡Ni las ganas! Voy a limpiar tu absurda existencia hermano. —Una fuerte bola de energía apareció en una de las manos de Brell; la cual se iba intensificando tras cada paso. Ya estando frente a Ábreas... la desesperación junto con el alivio se fusionaron en una expresión—. Tu muerte me hará libre.

La tristeza fue enorme, pero la necesidad de descubrir al causante de la misma fue aún mayor.

—Solo dime, ¿a quién sirves?

—Al único amo, al único que puede destruirnos como también dejarnos existir, a la luz del fuego que da calor a este cuerpo helado. A aquel que me da la oportunidad de quebrar tu alma para opacar los gritos de la mía... A Lord Zandar.

Ábreas no pudo evitar que las lágrimas recorrieran silenciosamente y aunque trató que no se fueran a la fuga, fue imposible detenerlas.

Haz lo que tengas que hacer hermano, la muerte puede ser gran madre de las almas perturbadas y la mía está sangrando por no haber cumplido con sus expectativas, mi vida terminó cuando ustedes no regresaron, mi corazón se detuvo cuando me dijeron que habían caído en batalla y desde ese momento he buscado como redimirme, ni siquiera el sueño obligado de la maldición pudo acallar los voraces pensamientos que constantemente incidían en mi alma, despedazándome de a pocos. Mil años los lloré, pero también en ese tiempo aprendí un poco de mi verdadera naturaleza. Me parte el alma verte manipulado por aquel Yabel que tanto daño creó, no entiendo cómo te convertiste en la marioneta de la muerte, ahora pesan sobre ti los llantos de tu oficio, muchas vidas resbalan en tus manos; ¿crees que soy tu liberación, que mi muerte puede aquietar los gritos de tu alma?, ¿acaso no entiendes lo real?, ¡mi muerte pondrá fin a lo poco que queda de ti y no puedo permitirlo!

—Solo quiero silencio y eso ocurrirá cuando ya no estés, estoy condenado Ábreas, prefiero matar el remordimiento de mi alma que permanecer así. Lo siento hermano mío, es hora de callar. —Evocó la esfera de energía en dirección al pecho de Ábreas, y su poder fue consumiendo, quemando y rompiendo lentamente las gruesas

maderas y rocas que formaban la prisión natural, para luego fundirse con la carne—. Adiós Ábreas.

La explosión que prosiguió fue de tal magnitud que el fuego convertido en una columna tornó naranja el cielo azul, manteniéndose inalterable por cierto tiempo, luego al igual que un cerillo su fuerza fue disminuyendo hasta desaparecer.

No quedaron rastros de rocas ni de ramas ni de Ábreas, solo carbón y un extraño recuerdo.

—Así de simple muere mi alma, que decepción... hasta el final fuiste deshonra para nuestra raza. Brell cerró los ojos, con la esperanza de volver a abrirlos en la quietud, pero esta cual engaño nefasto no apareció.

—Lamento decepcionarte Brell, pero es que acaso no prestas atención.

Brell frunció el ceño mientras daba vuelta y mientras los gritos de su alma empezaban a hacerse sentir otra vez, un suspiro de alivio brotó en su pecho, pero luego se convirtió en un sabor amargo.

—La naturaleza nunca fue mi camino y aunque domino los poderes de los Centinelas, mi verdadera fuerza son las sombras: «Tredol Sacam Boilam». En ese momento la propia sombra de Brell, engrandecida por el fuego que él mismo desató, empezó a moverse sola y al despegarse del piso mientras extendía sus brazos lo envolvió de oscuridad. Pronto quedó totalmente paralizado e incapaz de proferir palabra alguna... Ábreas se acercó a su hermano, le dio un beso en la frente, luego lo abrazó y le susurró en la oreja: ya entendí tu mensaje, ya sé lo que tengo que hacer.

Sus almas al fin se encontraron en el silencio de las palabras, sus mentes se unieron y por un momento la maldición que envolvía a Brell desapareció camuflando su realidad cual sueño y retomando sus últimas vivencias, pensamientos y deseos, antes de quedar atrapado por la maldición. Sus ojos se aclararon, su alma atormentada al fin logró ser escuchada:

—Vivir durmiendo siendo gobernado por lo desconocido nos hace creer que somos únicos, inquebrantables, maravillosos, hermano no olvides que es solo una ilusión, cuando observo en mi interior me doy cuenta del engaño, de la farsa de mis propios actos y aun así trato de engañar a mi corazón justificando mi debilidad, escondiendo mi verdad. Soy débil Ábreas y camino solo en la oscuridad, siempre temiendo, avergonzándome de mis mentiras. La luz de mi alma ya casi es imperceptible, pero gracias a ti puedo verla otra vez, libérame de mi engaño Ábreas que fuerzas no me quedan, hazlo antes que condene la última chispa de verdad en mí... Mientras tú vivas nuestro nombre jamás será olvidado, recuérdanos con el orgullo con el que vivimos. —Volvió a sonreír, facultad que pensó olvidada y mirando asombrado, agregó: «¿Cuándo te volviste tan fuerte?».

—Ábreas correspondió a la sonrisa de su hermano y dejando resbalar la pena incontenible en sus ojos. —Sollozó, Soy un centinela y aunque a veces la naturaleza rechaza mi llamado, la oscuridad me da su respaldo, soy un centinela de las sombras.

—Nunca escuché algo así, supongo que empiezan nuevos tiempos, siento el

descanso más cerca, gracias... hermano.

El gélido rocío que emanaba de sus ojos se tornó cálido y Ábreas comprendió que sin luz la oscuridad está perdida y sin oscuridad la luz no existiría. —Tal vez pronto estaré a tu lado, pero aún no... aún no—. La prisión de sombras fue soltando el cuerpo de Brell y a medida que las púas oscuras se alejaban dejando el fluido de la vida caer, Ábreas recordaba y se juraba a sí mismo preservar el coraje de su linaje. El cuerpo de Brell empezó a desaparecer entre sus brazos y las cenizas que quedaron se fusionaron con sus manos y mientras el sollozo irrumpía, la naturaleza susurraba el nacimiento de un nuevo centinela, los antiguos del bosque escuchaban una nueva esperanza y aquellos que no se animaban a luchar encontraron la valentía; nuevos aires iban despertando, un impulso desconocido, pero real.

—Sin sacrificio, no hay despertar y sin despertar todo es un sueño que se repetirá en la eternidad... Viviré plenamente, lucharé como si fuera el último día y confiaré en todos los que decidieron vivir igual, en cada respiro recordaré tu espíritu, buscaré incansablemente la razón de mi existir y mantendré en alto nuestra descendencia, narrando con orgullo tus triunfos y tus derrotas, revestiré de flores los ocasos que acongojaron tu alma y con danzas reviviré el amanecer, ya puedes descansar hermano mío, que tu sangre y la mía son lo mismo y perderé la vida antes de traicionar mi palabra... Ve gozoso a la nueva vida y que de la muerte comenten los mortales.

Así despedía Ábreas al viento fresco que esparcía la voluntad de Brell en el bosque, así la naturaleza reconocía a su nuevo centinela.

Pero no hay felicidad sin tristeza y sacrificando las dos nace la reconciliación del flujo natural, serenidad. Serenidad que lleva la dicha de la felicidad y la reflexión de la tristeza.

El cielo dejaba de llorar cuando la quietud mental era bruscamente interrumpida por el momento, revisó entre sus pertenencias, la extraña reliquia aún estaba en su poder, se levantó suavemente, se le hacía difícil escoger el camino para continuar, su mente lo atormentaba, pero poco a poco las voces iban desapareciendo dejando la paz del vacío y cuando esa paz llegó a él, no tuvo que decidir qué hacer simplemente se le mostró el camino del corazón, el camino de la intuición. Acomodó la escarcela y la sujetó con más fuerza y sin dudarlo exclamó... ¡Kailem, será mejor que estés vivo!

Soplando la herida



La entrada a Délomar, al norte de Terogar, era abatida constantemente por las hordas de Fungals que no dejaban libre ni al más mínimo suspiro. Se había luchado con fiereza, pero las fuerzas de los Liliiums empezaban a titubear a pesar de los constantes refuerzos que se iban sumando. Y cuando los ánimos cayeron aún más, se logró escuchar con claridad la voluntad hecha verbo a través de los labios de O'da:

—«No estamos solos en esta lucha, no estamos abandonados y mucho menos desamparados, tal vez nuestros cuerpos busquen un respiro y ante nuestros ojos se desvanezca la esperanza, puede que el temor corrompa nuestros sentidos y el bullicio nuestro juicio, pero den un paso adelante y dejen que su espíritu brille a través de su convicción y verán como las tinieblas se esparcirán. Sean dignos y sean victoriosos, protejan lo que más quieren y ello sumará sus fuerzas, rujan que los Liliiums no perecerán por temor y nuestra inmortalidad serán los cantares de nuestra propia conquista interior. Luchen por ustedes, luchen por sus hogares, luchen por la libertad».

Los Fungals eran adversarios impresionantes, eran diestros en el combate cercano y usaban un ácido natural el cual expelían como chorros de agua a grandes distancias que corroían a todo cuanto alcanzaban. Era desmoralizadora y espantosa la muerte de aquellos que eran alcanzados por el ácido negro. El campo de batalla estaba mezclado de cuerpos desfigurados de los inocentes que solo querían vivir en paz.

O'da sabía que era importante detener la avanzada de los Fungals y a pesar de haber repelido con éxito las primeras incursiones, sabía que no era el grueso del ejército el que pronto llegaría...

Los más altos generales Liliiums responsables de proteger el norte se iban quedando sin ideas y sin recursos, por lo que se llamó a reunión para buscar una solución y replantear las estrategias.

El anciano general Rosel, apoyaba la barbilla en el puño mientras esperaba a los

demás protagonistas, al mismo tiempo daba una mirada melancólica en dirección al norte, lugar de la batalla y examinaba con desdén sus memorias, en ese momento las puertas se abrían de par en par y descendía por las escaleras O'da.

El gran salón quedó iluminado, la luz filtrada iluminó las paredes creando una atmósfera fresca y singular.

—Maravilloso escondite Rosel, cualquiera buscaría la reunión en las construcciones de mayor lujo, pero solo a ti se te ocurriría hacerlo debajo de una roca, debo admitir que por un momento pensé haber errado el camino.

El anciano general se levantó lentamente mientras sacudía sus pensamientos, esbozó una gran sonrisa y dando unos pasos para alcanzar a su invitada se acercó, dejando la distancia que el protocolo de nobleza exigía, y agregando una reverencia le dio la bienvenida.

—Princesa O'da Anamutsa... —indicándole el camino, continuó—: Hoy más que nunca debemos ser precavidos, puesto que las tierras de nuestro dominio por gracia del tiempo dejaron de ser nuestras y quién sabe, tal vez la confiabilidad de nuestros hermanos también.

—Es triste pensar de ese modo, pero tienes razón ya que el tiempo también quebranta la lealtad... siendo el mismo tiempo que también la fortalece, prefiero pensar que nuestro letargo nos hizo más fuertes y no viceversa.

—Me temo que nuestra fortaleza es tan subjetiva como la vida de uno de sus representantes, deberíamos buscar el modo de orientar nuestra fortaleza a un ideal.

—¿A qué te refieres Rosel?, acaso insinúas...

—Insinúo lo que veo, si me lo permiten lo explicaré.

O'da le hizo un gesto con la mano para que continuara, pero en ese momento el salón volvió a brillar y descendió por las escaleras el general Belium, quien no tardó en sacudirse el polvo del viaje y detrás de él y casi cubierto por la robustez de Belium, taciturno y casi invisible el general Trebuld.

—Lamento la demora —irrumpió Belium, hizo dos venias, una a Rosel y otra a O'da y buscando un lugar cercano se acomodó, a su vez Trebuld abrazó fuertemente a O'da—. Mi querida niña, el tiempo ha pasado, alegras a este corazón con tu presencia.

—El tiempo ha pasado, pero no tus enseñanzas, maestro.

Trebuld, sonreía con mucha alegría y orgullo, intercambiaron palabras y recuerdos hasta que fueron interrumpidos por la caída de vino vertido en las copas, todos se vieron algo confundidos hasta que Rosel con su añeja voz, se impuso a la de los demás:

—Dejo las copas servidas en señal de que hoy encontraremos una solución ante la temible amenaza de los Fungals y no beberemos hasta encontrarla... Espero que estén de acuerdo conmigo cuando digo que no he despertado de mi largo sueño para volver a dormir tan pronto. Empecemos poniendo en la mesa los problemas a resolver y luego votaremos por la mejor opción, rogando que la naturaleza deposite su

sabiduría en nuestros labios.

—Los Jardines de Abril son una parte de nuestro poder, debemos priorizar su defensa, las tropas que actualmente lo protegen son insuficientes y no podrán contra lo que se avecina.

—No es solo los Jardines de Abril Belium, el Bastión de Délomar ha soportado hasta ahora heroicamente, es ahí donde deberíamos centrar nuestros esfuerzos.

—Tal vez deberíamos dejar de pensar en proteger esos lugares y usarlos para guiar a nuestros enemigos a un lugar más conveniente para luchar —Trebuld sonrió, como si dedujera lo que O'da iba a decir—, continúa por favor.

—Está clara nuestra desventaja numérica y tanto los Jardines de Abril como Délomar son terrenos vastos que no ofrecen ninguna ventaja, sin embargo si usamos estos terrenos para guiarlos al Bosque de Marfil, que está en medio de todo, estaríamos protegidos por los árboles sagrados blancos que jamás titubean ante una amenaza y además podremos usar las alturas para diezmarlos..., el apretado terreno sin duda los separaría creando la ventaja a nuestro favor.

Belium frunció el ceño.

—¡Estamos hablando de tierras sagradas!, ¿acaso quieres romper nuestro vínculo con la naturaleza?

—No se trata de romper vínculos, se trata de compartir responsabilidades para subsistir... ellos también deberían comprender eso.

—¿Y quién les hará comprender? —Rosel dio un paso adelante, preocupado y pensativo, dejando escuchar sus pensamientos—, ¿cómo convencer al testarudo de Roalm? —Y mirando a Oda, agregó—: Princesa... eres la más adecuada para esa misión, yo me encargaré de organizar el engaño en Délomar... Y depositaré mi confianza en ti.

—Que la sabiduría nos guíe. Nos encargaremos del engaño en los Jardines de Abril —dijo Trebuld mirando a Belium y este a su vez asintió con un breve movimiento de cabeza—. Hay mucho que hacer, que se haga la voluntad, que suceda según la voluntad de lo que es real.

—Que así sea. —Cruzaron los brazos formando una «X», con el derecho encima del izquierdo y comulgaron con la naturaleza, al igual como sus antepasados juraron formar parte de ella.

Luego mirándose cálidamente se despidieron.

—Será mejor que acabada la batalla de Marfil nos volvamos a encontrar en este mismo lugar, para no desperdiciar las copas ahí servidas, no olviden que detesto beber solo —sonreía Rosel, mientras se despedía de los demás.

Partieron con el corazón precipitado, pues de ellos dependía la esperanza del futuro de su raza, no hay mayor ilusión que cargar toda esa responsabilidad sin sentir el pánico carcomiéndote las entrañas, no había peor enemigo que sus propias mentes dibujando el fracaso, ni mayor acoso que la duda hacia sus compañeros, pero una cosa era segura... tenían que lograr lo imposible y confiar en lograr lo prometido

aunque eso implicara sacrificios al azar para convencer al enemigo. Estaban dispuestos a teñir la seda blanca con el rojo carmesí y no necesariamente con el carmesí de sus enemigos. Belium reflexionaba en ese aspecto.

—¿Un bien mayor para lavar un daño menor... es eso aceptable?

Trebuld escuchó la pregunta, guardó silencio por un minuto y finalmente respondió:

—¿A qué llamas un daño menor? —Él sabía a qué se refería, pero era preferible evitar ese tipo de reflexiones o se haría imposible de tolerar dar la orden en el momento adecuado.

—A mandar a nuestros hermanos como sacrificio, mintiendo a su esperanza de victoria... Todos pensarán que fue una derrota, pero nosotros sabremos que fue solo una estrategia. ¿Y si los otros fallan?, ¿cómo vamos a soportarlo?

—Si los otros fallan, nos encargaremos de que no haya sido en vano, deja de imaginar lo incierto. Ese sería el peor escenario. Pero puede haber otra forma de llevarlos al Bosque de Marfil sin sacrificar a los nuestros y es nuestra obligación encontrarlo... Sé fuerte Belium, si nosotros no lo somos, ¿quién lo será? Ahora eres un pilar de nuestra raza, si tú te derrumbas todo se perderá a tu alrededor. Los tiempos de vacilar acabaron, estos son tiempos de enfrentar nuestra realidad y de hacer algo al respecto.

Belium recuperó la compostura que lo caracterizaba y empezó a emanar esa confianza inconfundible que había ganado el aprecio de tantos. Tienes razón Trebuld, no es tiempo de vacilar, no volverá a suceder algo así. Subieron a un carruaje que los esperaba y partieron a los Jardines de Abril.

Mientras tanto O'da se alejaba de Délomar en dirección al Bosque de Marfil, ya antes había visto el bosque sagrado, lugar donde la naturaleza y los primeros Liliums eran uno solo y donde su pacto de coexistir en armonía se hizo ley, jamás los Liliums sufrieron por hambre, jamás los Liliums abusaron de su benefactor, ellos jamás cometerían el error de aislarse de la naturaleza con las placas de cemento, ni injuriarían a los ancianos con sus construcciones vanidosas, ellos entendían que es dando la mejor forma de recibir y mucho tiempo así lo hicieron.

Al llegar a los límites de Délomar, O'da quedó impresionada por el eterno color de invierno, por el bosque de algodón, por la blancura de las nubes en la copa de los antiguos y el maravilloso blanco cual alfombra que cubría la tierra. El viento que lo atravesaba quedaba perfumado, embriagando a los que lo percibían, fascinaba a los que eran bienvenidos y ahuyentaba a los que no.

Ella sintió los dos olores, el perfume y el hedor entrelazados, dudó antes de continuar, pero se dio cuenta que la duda no tenía espacio en su deber, cerró los ojos y dio ese primer paso que siempre es tan pesado. Lo sagrado es sagrado, pero sin los hijos que lo consideran así solo sería un bosque blanco; manteniendo ese concepto empezó a abrirse camino. Sus pisadas dejaban huella en la gran alfombra hecha de pétalos recientes y antiguos; el tiempo no podría descomponer las lágrimas de los

eternos, así como tampoco el viento no podría esparcir sus recuerdos. Eran solo pétalos para los ojos comunes, un legado para los que entendían; la alfombra cubría sus pies bordeando sus rodillas, en ese momento la música creada por el romance del viento con las hojas de los Gigantes de Marfil se amplificaba generando melodías exquisitas y únicas, de pronto cuando retomó la mirada al frente se dio con la sorpresa de que había solo tres posibles caminos y ningún espacio para bordearlos, trató de regresar, pero ya el sendero estaba también cerrado. La música continuó en aumento y de uno de los caminos la voz de una niña se dejó escuchar:

—Yo soy el Arcano tres y nadie llega al mago, si no es por mí... —de inmediato una voz de mujer atravesó el segundo camino—. Yo soy el Arcano dos y nadie llega a la emperatriz, si no es por mí... —Y luego una gruesa voz, pero amable concluyó—: Yo soy el Arcano uno y nadie llega a la sacerdotisa, si no es por mí...

O'da buscó otros caminos, pero era en vano, ¿qué camino escoger?

—¡Necesito continuar! ¡Antiguos no es tiempo de juegos!, nuestra supervivencia está en peligro, déjenme pasar. Vengo por ayuda, déjenme pasar. —Rogó O'da y tras unos minutos en silencio uno de los antiguos decidió contestar a la súplica—: Pequeña O'da, ¿a dónde quieres ir?

—Busco a Roalm, necesito hablar con él...

—Roalm está detrás del camino esperando por ti, escoge con sabiduría O'da Anamutsa, tienes tiempo hasta el anochecer y cuando el último rayo de luz desaparezca, una respuesta tendrás o vivirás con nosotros la eternidad, mas nunca lo sabrás.

No había forma de escapar, tal vez podría abrirme paso a la fuerza, pero no conseguiría la ayuda de Roalm, ¿qué pretende ese acertijo y a qué va? Se preguntaba y se respondía tratando de encontrar respuestas, mas parecía un círculo sin salida. No existía respuesta racional.

Se sentó en posición de meditación, aún era temprano y al no encontrar respuesta en las voces de su intelecto ni en las de su mente, decidió buscarla en el silencio, tratando de escuchar el susurro de la verdad ya casi perdida en el tiempo. Había pasado mucho sin buscar la voz del silencio, pero esta nunca se fue, siempre estuvo ahí y a pesar de las manchas del alma aún pudo entender el mensaje; cuando abrió los ojos el tiempo designado estaba por concluir, así como la tenue luz estaba por desaparecer.

—Ya tengo una respuesta... y no hay nada que escoger pues los tres son el mismo camino y su lección es la voluntad, la imaginación y la palabra, pues nunca existieron tres caminos, solo tres nombres para mencionar al mismo.

Se escuchó una risa en las profundidades y el anciano que se apiadó respondió:

—Has recuperado tu imaginación O'da, al fin podrás entender a Roalm. Dicho eso los tres caminos que se mostraban se convirtieron en uno solo, mas lo que O'da sintió fue un velo que se retiraba de sus ojos y entendía que era ella la que creó el acertijo por no querer ver y menos escuchar lo simple de una respuesta en sabiduría.

—Has vuelto a comulgar con nosotros, te esperaba hace mucho tiempo, siempre escuché tus lamentos y tu dolor a causa de la maldición, pero mi voz solo alcanzaba al viento, te vi perdida y entristecí; O'da dichosa tu liberación que liberó tu sonrisa y la mía, cuando pensé que al fin me escucharías ya que la maldición se había terminado, salté de alegría, pero ya de mi voz te habías olvidado, ya ni siquiera tu padre nos escucha. Lloramos al olvido, pero jamás perdí la esperanza de volver a hablar contigo, eres una Liliun y tu sangre es la tinta del pacto que hicimos con tu raza, pacto que no hemos olvidado y estamos deseosos de honrar.

—Roalm... como pudimos olvidarlos, recién ahora recuerdo nuestras largas charlas al amanecer, tus consejos me formaron, pero estoy aquí recordando lo que una vez fue y como debería continuar, no encontraba palabras para contarte lo que sucedía, pero veo que todos están al tanto, espero que perdonen nuestra indiferencia, la maldición ha borrado recuerdos preciosos y me avergüenza haber venido con temor, ahora entiendo por qué algunos están enfadados, les pido perdón... renuevo mis votos con ustedes para protegernos y respetar la vida en armonía, mi palabra es mi ley y haré lo que esté a mi alcance para honrarlo... Roalm perdóname por olvidar nuestra amistad.

—La maldición tiene muchas formas de confundir las mentes, pero por ahora si vas a traerlos estaremos listos para ayudar, los protegeremos hasta donde podamos, pues en nosotros la maldición nos ató a la tierra y ahora limitados de movimiento, solo podemos defender. También comprendemos que dependemos de ustedes, no duden en protegerse tras nuestra sombra pues siempre fuimos una sola alma, solo con puntos de vista distintos, pero afines... ve O'da, di que el Bosque de Marfil está dispuesto a teñirse de carmín.

O'da se inclinó y llenó su pecho con la alegría que siempre había obtenido después de hablar con Roalm, el único árbol negro y el más sabio del Bosque de Marfil, pero en el interior de O'da una voz se amplificaba como la marea de alta mar, una posibilidad nefasta se apoderaba de su pecho y retumbaba en su cabeza... ¡Espero que no! Se respondió mientras acallaba las voces y soltaba dos halcones con el comunicado de que los señores de Marfil participarían, además agregaba que empezaría con los preparativos en ese mismo lugar... vio a las aves de rapiña alejarse con elegancia, colocó una mano en su pecho para calmar la fuerza de sus latidos, mientras oraba para que todo saliera bien, luego sopló al viento y este arrastró su mensaje a oídos de sus fieles guerreros, los cuales ya ansiosos, se sacudían de la inactividad de tantos años y se ponían en marcha al encuentro de su princesa.

La incertidumbre crecía como una plaga y el goce se extinguía por lo inevitable, hasta los menos diestros ataban sus temores para empuñar lo más vil de su naturaleza y se remordían por lo que tendrían que hacer, fueron creados para defender la vida, pero a veces defenderla significa sacrificarla, mas no encontrando otra solución apretaban los dientes esperando que el bofetón de todas sus creencias no se los arrancara y muchos simplemente cerraban los ojos y obedecían la decisión de los que

parecían tener la respuesta.

Caricias del viento



Luego de la muerte de Siomac me sentí avergonzado de tener la sangre de un verdadero guerrero en mis manos, sobre todo porque este no dudó en protegerme, me sentí como un cobarde que reacciona sin entender lo que realmente está sucediendo y si no lograba entender cómo comprendería la lección que me entregó con su vida y más aún cómo lograría honrarla, pues di mi palabra de jamás ensuciar lo que él tanto defendió..., la justicia.

Misión complicada, pues para empezar a ser justo es indispensable conseguir la espada flamígera, forjada en el arduo trabajo y mantener así la balanza amenazada para evitar que esta no se incline ni a las obras buenas ni a las malas y solo así en esa imparcialidad podría honrar a aquel que dio su vida sin titubear por mí... Es un camino largo, pero tengo la certeza de que encontraré la manera de cumplir mi promesa. Gracias Siomac por esta oportunidad. En ese momento encontré un rastro que podría ser de Ábreas, me alegré, divisé el camino lo más posible y llamé al Chuuk, el cual apareció raudamente. El pobre animal estaba tan herido como yo y al subirme a él me di cuenta que la conexión era aún más fuerte de lo que imaginaba ya que sus heridas eran un reflejo de las que se abrieron en mí; me compadecí pero pronto reaccioné. Se ve patético sentir lástima por mí mismo, dije entendiendo que así como se veía el pobre demonio menor, así también me veía yo. Acaricie su cuello y le agradecí por prestarme sus instintos y su fortaleza, la conexión llegó a su máximo apogeo y empecé a rastrear el camino, como si se tratara de una simple búsqueda o cual experimentado rastreador luciéndose en su ámbito. Me sorprendía que se hubiera alejado tanto, y empezaba a creer que mi gran pericia de rastreador realmente solo me estaba acercando a algún tipo de bocado succulento para el Chuuk, cuando de pronto frente a mí empecé a ver las heridas en la tierra y el destrozo de los árboles, como si un ciclón se hubiera formado y desaparecido luego de reflejar su ira; la cantidad de árboles rotos, y muchos de ellos ennegrecidos por un misterioso

elemento, las grietas en la tierra que aún parecían frescas y algunas rocas que dejaban ver el brillo de su composición interior, narraban todo lo sucedido. Empecé a andar con más cuidado y no por pesimista, sino que había aprendido a ser más cuidadoso, de pronto en un lado, algo despejado, vi a uno de los protagonistas de la decoración, no pude evitar sonreír ya que distinguí de inmediato la figura que andaba buscando, di la orden al Chuuk y me acerque con paso ligero.

Ábreas estaba de espaldas, logré ver que se limpia el polvo de las mejillas, al menos eso pensé, luego volteó tras escuchar los pasos del Chuuk y sonrió con gran aprecio.

—¿Cuántas vidas puedes tener? Maldito afortunado...

—No más que las tuyas —le respondí.

Ábreas soltó un suspiro pesado en el cual se alejaba parte de la tensión, volvió a limpiarse los ojos para asegurarse de haber eliminado todo rastro de su llanto, se levantó con esfuerzo, estaba realmente agotado, pero empezó a recuperar el ánimo mientras observaba al pobre Chuuk.

—¿Acaso no sabes cuidar a los animales? ¿Qué clase de monstruo eres? —replicó.

No pude evitar reírme con fuerza, el pobre Chuuk realmente se veía muy mal, pero su asombroso poder de recuperación era impresionante, tal vez se veía por fuera la sangre que cubría su cuerpo, sin embargo yo sentía sus heridas cada vez más pequeñas y en algunos casos casi extintas y no era solo en él, sino también en las mías, es muy difícil narrar la sensación que produce la rápida cicatrización, sin embargo es como un cosquilleo placentero o un adormecimiento por caricias intangibles.

—Le debo la vida a este animal, créeme que estaba peor.

En ese momento el viento besó nuestras mejillas y entregó el mensaje del llamado que O'da le encomendó, su voz era vino para el oído; por alguna extraña razón me recordó a mi ángel del árbol, ella solía embriagarme de esa manera. Había pasado tiempo desde la última vez que la vi, pero mi corazón seguía enloqueciendo con solo recordarla, la frustración de no saber cómo encontrarla y menos de donde comenzar me bañaba en el mar de la impotencia...

—Kailem debemos continuar, iremos a Délomar, el mensaje de O'da no es para nosotros.

—Mi querido amigo, vayamos juntos hasta donde los caminos se separan, que iré detrás del llamado, tal vez O'da sea la única que conozca cómo encontrar a mi ángel o por lo menos podrá mandarle un mensaje a través del viento. Mi corazón me lastima, tal vez solo así logre tranquilizarlo un poco.

—Así será entonces... —asintió Ábreas con complacencia.

Cabalgamos juntos durante medio día, nuestras mentes andaban ocupadas asimilando el rompecabezas de los eventos vividos y la compañía abrigada con el silencio bastó para que el pequeño viaje sea reconfortante, así pronto llegamos al

cruce de caminos, habíamos cumplido la misión, teníamos la reliquia y mientras estuviera en nuestro poder se podía sentir la esperanza, sabíamos que no era la última vez que nos veríamos y la sensación de que el viaje recién empezaba era mayor al de cualquier despido.

—Que la naturaleza esté contigo y los vientos te guíen hacia lo que tanto buscas, cuando necesites mi ayuda solo susurra en la oscuridad mi nombre y alguna sombra me traerá el recado, cuídate Kailem Istramus —y sonriendo agregó—: pero sobre todo cuida a ese pobre animal...

—Así lo haré Ábreas, ha sido un placer sobrevivir contigo. Le devolví la sonrisa mientras entrelazábamos los brazos en señal de amistad y sin más que decir partimos siguiendo nuestros caminos.

A medida que nos alejábamos la sensación de que nos volveríamos a ver muy pronto fue mayor; sin embargo, el aire de la tragedia envolvía esa sensación y me preguntaba, ¿qué habría sucedido mientras estábamos lejos?

Las corazonadas pueden ser un estruendo de lo que en realidad es y a veces pensar en lo trágico es perder el tiempo ya que no existe tragedia mayor de la que podemos imaginar, así como tampoco existen problemas, ya que estos solo viven en nuestra imperfección. No hay nada más digno que enfrentar las circunstancias sin importar los resultados, ya que si todo sale bien se gana un alivio y si sale mal pues todo pasa y todo deja una enseñanza. Había aprendido mucho de la filosofía de Ábreas y estaba agradecido, lo que no sabía era como luchar contra el deseo de encontrar a mi ángel del árbol, deseo que me arrebatara las fuerzas de momento en momento y en otros me impulsaba al abismo de mis pasiones.

Lentamente el aire se tornó gélido arrancándome de mis pensamientos y me mostró la belleza que nace en las alturas, mientras los arboles me trajeron la paz, busquemos un lugar para descansar le dije al Chuuk, se notaba que sería una de esas noches frías en donde ni siquiera el fuego podría dejar sentir su calor, busqué un lugar protegido y recolecté los maderos secos, sufrí un montón tratando de encender la fogata, pero al fin lo conseguí, me lamentaba no haber aprendido el truco con el que Ábreas encendía nuestras fogatas sin gastar esfuerzo, me reí un poco mientras me apoyaba en el Chuuk, el cual ya había conciliado el sueño y usando su calor y el de la fogata me entregué al descanso que Morfeo ponía a mi disposición. Mientras el cuerpo descansaba entré a una gran ciudad repleta de gente que corría de un lado a otro con exagerada preocupación, un mendigo se acercó a mí a gran velocidad y me chocó con el hombro, traté de llamarle la atención, pero se alejó muy de prisa, nunca había visto ojos tan oscuros, en ese momento sentí el perfume inconfundible de mi ángel, levanté la mirada y la ciudad en la que estaba había desaparecido, en su reemplazo había un terreno rocoso y muy cerca de donde estaba una cueva en forma de huevo y cuya entrada parecía dientes, era lo único sobresaliente, decidí acercarme a ese lugar... Me tomó mucho esfuerzo lograr entrar, sin duda olvidé que estaba soñando, sino me hubiera puesto a flotar o con la imaginación hubiera colocado el

ingreso frente a mí. Al entrar en la cueva me encontré con mi ángel, ella estaba vestida de blanco con muchos adornos de pétalos de rosa, al verme extendió hacia mí un pequeño tazón en el cual los pétalos rojos que la adornaban se encontraban bañados en un aceite perfumado, me lo entregó y alcanzó a decirme:

—Busca los pétalos así podrás encontrarme...

En eso un sacudón de la tierra tornó el cielo negro y empecé a caer en el infinito...

—¡Qué significa! —Grité... al mismo tiempo que despertaba.

La madera en el fuego seguía crepitando, el cielo aún estaba negro, respiré profundamente, solo un sueño, me dije mientras volvía a echarme sobre el Chuuk, las ganas de dormir habían desaparecido y mi mente empezaba a cuestionar la naturaleza del mismo. ¿Podría ser un sueño, un mensaje?, ¿podría ser posible que siempre ha habido una guía en nuestra conciencia para mostrarnos el camino correcto y que hayan sido inútiles las búsquedas del exterior?, ¿era posible acaso que el modo de encontrar a mi ángel se encuentre en mi interior?, ¿o era solo un absurdo, una jugarreta de mi imaginación? Sin embargo, luego de todo lo que había visto, pensar en que era posible encontrarla de ese modo dejaba de ser descabellado y si lo asumía como verdad, entonces el problema radicaría en entender lo que me mostró. Era claro que el lenguaje simbólico del sueño debía decir más... Dejando la posibilidad me aferré a todos los medios. Espero que estés bien mi ángel del árbol.

El amanecer fue brusco o más bien apareció cuando al fin encontraba descanso y esfumó esa posibilidad con los tenues rayos de luz que se filtraban por doquier, traté de aferrarme al rincón cálido que había logrado, pero el Chuuk se levantó de improviso y me dejó a merced del fresco día, no tuve alternativa, era tiempo de continuar; desconocía el lugar al que me dirigía, sin embargo el llamado de O'da dejaba un rastro que el viento evitaba desvanecer, de tal forma que era posible continuar sin temor a perderse. Cogí uno de los pocos bocados que ya quedaban en mi escarcela, los saboreé como si fueran el mejor manjar y no dudé en chuparme los dedos para evitar no desperdiciar ni la más pequeña migaja, es sabroso lo poco que se come cuando el hambre es monstruoso. La paz del día me llenaba de energía inclusive más que el tenue bocado, alisté mis cosas y sin prisa decidí continuar.

El camino se hizo placentero, hacía mucho que no lo pasaba tan bien, pronto el viento arrastró consigo unos pétalos blancos que llamaron mi atención, sujeté uno y me pregunté ¿de que planta podría ser?, cuando de pronto al girar por el sendero me encontré con la gran joya, el espasmo de lo impensable, la grandeza de la ostentabilidad natural, en una palabra la cuna de la vanidad... La impresión fue tal que mis labios se entreabrieron y permanecieron así hasta que el frío congeló mi lengua y me hizo reaccionar, tanta blancura y belleza cómo podría ser verdad. No solo la hermosura, sino también el aroma de ese lugar te levantaban del piso y te hacía querer bailar. Cerré los ojos con la intención de guardar la imagen en mi memoria, pero sentí que la ilusión podría desaparecer y me apresuré a abrirlas nuevamente...

Aún estaba ahí, no era una ilusión, era muy real, era el inicio de un sueño, los pétalos no se marchitaban y el piso estaba abarrotado del elegante velo que se había formado cual rompecabezas de delicias efímeras, tan perfectamente entrelazados, no había duda que las manos de la naturaleza se dieron su tiempo para lograr tal ostentación, dudé en entrar y dejar mis huellas en esa perfección, pero era inevitable.

El Chuuk se resistió a entrar, al inicio no entendí el por qué, así que busqué ver a través de sus ojos y grande fue mi sorpresa, los nacarados árboles de ensueño vistos por los ojos del Chuuk tenían rostros endemoniados de figuras horribles, poseían brazos con los cuales cubrían las imperfecciones del suelo a su alrededor y mantenían la mirada fija en mí, era espeluznante, hasta me parecía ver sus dientes furiosos, como si se trataran de bestias salvajes; y las corrientes de viento que chocaban formando remolinos, logrando que los pétalos danzaran, espectáculo magistral e irreal, no era más que el desliz de sus manos que iban en contra del viento. Me quedé paralizado ante el espeluznante escenario, ¿cómo podría atravesarlo sin ser aplastado por los brazos que no se ven? Incité al Chuuk a avanzar, pero el pequeño demonio estaba aterrado y desobedeció la orden, empezó a sacudirse y en un segundo terminó desmontado y de espaldas en el piso, me levanté algo adolorido, di un par de palmadas al Chuuk, una renegando y la segunda comprendiendo y dejándolo ir, era obvio que no podría avanzar con él, mantuve el enlace para no perder de vista a esos extraños árboles que desafiantes se imponían en las alturas. Avancé orgulloso tratando de no mostrar temor, pero al estar cerca de la alfombra de pétalos, a solo un paso para ser exacto, sentí como el ambiente se tornaba denso y la intención de herir se manifestaba, retrocedí unos pasos impresionado de notar sus intenciones sin necesidad de palabra o sonido, sus aspectos ahora eran más furibundos. Sin embargo, al alejarme seguían destilando paz.

—Estoy atrapado —me dije, debía existir algún modo..., intenté avanzar haciendo señas de respeto, pero el problema empezó al llegar al manto de flores. Nuevamente me vi obligado a alejarme. ¿Era acaso posible avanzar por ese bosque? Se iba haciendo tarde y no encontraba solución y así como el sol iba cayendo en búsqueda de su descanso, así también se iba perdiendo el rastro del mensaje de O'da. Entré en incertidumbre—. ¡Díganme como pasar horribles árboles! —grité en un momento de fastidio al no encontrar solución, no esperaba que lo comprendieran, sin embargo vi claramente el reflejo de mi indiscreción en sus espantosos rostros, entonces me apresuré a disculparme, sin obtener cambio en sus facciones, realmente se me hacía difícil entender sus gestos, me senté frente a uno de ellos que parecía ser el más pequeño y traté de explicarle por qué quería entrar, mas sí que era complicado entender su rostro, en un momento creí que se me había aceptado y me dirigí, sin embargo al llegar nuevamente a la hermosa alfombra ya dispuesto a dar el paso y quitarme la incertidumbre, un temblor en la tierra me obligó a retroceder y un azote formado de raíces golpeó la tierra cerca de donde me encontraba, me asusté y me alejé rápidamente y tropezando en el camino de piedras terminé aparatadamente en el

piso arenoso, de pronto una risa muy dulce estalló cerca de mí.

—En serio Kailem, tú nunca vas a dejar de hacerme reír. —Y continuó riendo, disfrutando del espectáculo.

—Deja de ser gracioso luego de intentarlo durante horas. Me encontraba algo molesto y había perdido la perspectiva de por qué quería atravesar el bosque, cuando me di cuenta empecé a reír junto a ella, dio un salto como el que siempre hacía para confundir su rastro, sin embargo no la perdí de vista, los ojos del Chuuk eran realmente fascinantes, lo que en otro momento hubiera sido una búsqueda en vano, ahora era posible, aunque seguía demandando algo de esfuerzo. Jamás olvidaré lo hermosa que se veía y cuando me di cuenta mi atención estaba posada en ella y ya no en el Bosque de Marfil.

Es interesante ver como las impresiones se van modificando y aún más increíble como el reflejo del alma de una mujer a través de sus ojos, puede nublar lo que antes era un sueño...

—Escuché tu llamado.

—¿Viniste por mí?

Me sonrió pícaramente, era refrescante ver su sonrisa, sin embargo me ponía en apuros, ahora se me hacía difícil romper ese coqueteo para pedirle que use el viento para encontrar a mi ángel, pero en algún momento tenía que hacerlo, que extraña sensación, hacía mucho tiempo que no encontraba contradicciones cuando se trataba de mi ángel. Finalmente me decidí a hacer el pedido, pero por alguna extraña razón sin mucho agrado.

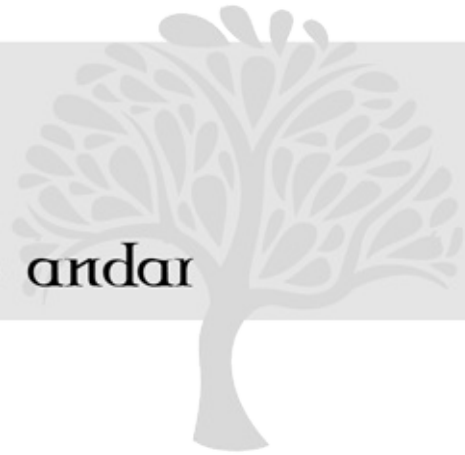
—O'da, ayúdame con el viento para que este busque y traiga ante mí una pista de mi ángel del árbol. —O'da sonrió delicadamente y un gesto en sus ojos me llevó a creer que había captado la contradicción en mi pecho.

—El viento ya la busca desde mucho antes, desde el tiempo en el que nos conocimos, mas tampoco encuentra respuesta, quería agradecerte por salvarme dándote alguna pista de ella, pero ya ves que tendré que buscar otra forma para hacerlo. Has cambiado Kailem, hay un fuego distinto que te envuelve.

—Han pasado también muchas cosas O'da —respondí mientras me acomodaba cerca a ella y sin darnos cuenta entramos en una armonía especial; mientras intercambiábamos los hechos y vivencias vividos, no nos percatamos del manto de la noche, ni de las garras del frío, aunque este último logró acercarnos más...

Es difícil entender las contradicciones que nacen por seguir al deseo, así mientras el cuerpo camina a su paso, la mente se proyecta y el corazón inventa excusas, mas una pequeña voz que raras veces es escuchada te dice que pares y es ahí cuando te congelas en la tormenta de la intención y de la reflexión, en el filo del instinto, en el coraje del ser. Y mientras esa lucha nace en el interior solo un impulso externo doblegaría la balanza hacia la pasión; mas ese impulso no llegó.

Solitario andar



Ábreas había olvidado el silencio del camino al viajar solo y este empezaba a hacerse largo. Lentamente cayó preso de sus pensamientos, los cuales inquietos mordisqueaban su pasado, su presente y planeaban su futuro de modo absurdo. Sacudía la cabeza cuando ya no había más espacio en su memoria y empezaba a armar la banal torre de ideas, para luego derrumbarlas y quedarse con las pocas que aún se mantuvieran en pie. El mundo a sus pies había cambiado, se sentía parte de la naturaleza y ya no ajeno; la naturaleza lo observaba y la oscuridad lo cobijaba, a pesar de ello el camino sería arduo, no por el tiempo que le tomaría llegar, sino por la soledad acompañada. Soledad que surge al terminar de comprender que la esperanza añeja de encontrar a los de su propia sangre, no es más que ceniza esperando el viento. Buscaba e intentaba comprender el fatal destino de su familia, pero cuanto más lo pensaba, más cerca y claro se veía su fin, se mordió los labios para sentir el dolor de los vivos, sonrió y mirando al cielo dijo:

—Ahora el honor de nuestra familia recae y se forja en mis hombros, vean y susurren en mi conciencia si me desvíó del camino, permítanme escuchar su voz para que este ciego que está en vida vea y no dude enfrentar sus miedos, ni tema al sendero de la muerte, ya que este me regocijará a su lado.

Al bajar la mirada, las tierras de Délomar se descubrían con timidez, mas el movimiento inquieto de la vida, arrebatava la mirada de cualquier viajero impregnando sus ropas con el aire nauseabundo expelido por los cobardes que anuncian la guerra.

Bajó del Chuuk ordenándole descansar y caminó sereno entre la tierra y el lodo empozado y su presencia como una antorcha de valor atizó los corazones angustiados de los que contemplaban y sentían la fuerza del centinela de las sombras y por fin después de tanto tiempo de preparativos y temores la confianza apareció en el extraño centinela de cara serena que caminaba en línea recta sin temor.

«El miedo es un arma de doble filo que se propaga a voluntad, aquellos que lo comprenden pueden enfrentarlo, pero aquellos que lo enfrentan sin comprender se auto engañan y se convierten en sus marionetas. Así los falsos que empuñan un arma matan y hieren no por voluntad, sino por miedo, no son más que miserables herramientas de ladinos y astutos...».

—Hermanos no me dejen caer en el juego del miedo, susurró para sí mismo, al ver los rostros desbaratados de su alrededor.

—Al fin una petición sensata... Pero necesitamos también de los cobardes a quienes vestiremos de valientes para poder sobrevivir.

Ábreas se detuvo y giró para ubicar el origen de tan peculiar comentario.

—Debería darte vergüenza pensar así —reprochó.

—Claro que me da, pero en el fragor de la batalla no se distinguen cobardes de valientes, ni brutos de sabios, ni buenos de malos; solo importa quien vence y quien es derrotado y los que vivan se llevarán el título de valientes, se lo merezcan o no.

Era espantoso ese modo de pensar, pero totalmente válido.

—Ahora entiendo —sonrió Ábreas, luego de fruncir el ceño—, preparémonos entonces para ser dignos de recibir la vida o la muerte, general Rosel.

—El pequeño Ábreas... cómo has cambiado, la naturaleza se inclina ante ti. Comentó Rosel ante la imponente figura.

—Y yo me inclino ante ella, ha pasado mucho tiempo Rosel.

—Sigo pensando que no es así, ya que nuestras tragedias de antaño nos persiguen, como ángeles de la muerte que pacientes esperan. Nos hemos burlado del destino durante mucho tiempo y me gustaría continuar haciéndolo, mas no encuentro solución a mi deber encomendado. Dime Ábreas tú que hablas con las sombras y te paseas en la oscuridad, ¿ves alguna luz que alumbre el camino o al menos antorcha que finja esperanza? Antes que respondas debes saber que muchas vidas se entregarán y la confianza se quebrará solo para sembrar la semilla confusa del triunfo y lograr llevar a nuestros enemigos con el falso néctar empalagador hacia el Bosque de Marfil, donde acorralados peharemos como leones o pereceremos sin un rugido. Esa es la suerte que correremos, esa es la suerte que silencio. Ayúdame a encontrar solución distinta, que el aire me abandona de solo pensar en la tormenta que mi conciencia dejará caer sobre mí, cuando las vidas depositadas en mis manos bajo el truco del engaño perezcan por una posibilidad que no garantiza la victoria.

Ábreas se quedó atónito de las palabras de Rosel, pero entendía la estrategia. En ese momento la simple manía de verificar que aún llevaba consigo la reliquia, le mostró la luz que tanto Rosel buscaba.

—Lo sé. —Ábreas hizo una sonrisa de media luna y mirando fijamente a Rosel agregó—: Solo debes untar algo más que miel para atraer a las presas y tengo el manjar perfecto para ello, soportaremos con todas nuestras fuerzas aquí y fingiremos hasta que sea el momento oportuno, ahí lanzaremos el señuelo. Se filtrará la información de que algo de gran valor está siendo retirado y que se dirige hacia el

Bosque de Marfil. Nuestro trabajo será hacerlo creíble, si eso no funciona y roguemos que no suceda, los tentaremos con sangre como ya bien has dicho.

—¿Y qué es ese manjar que los atraerá?

—¡Algo que necesitan, algo que no deben conseguir! Es el mayor temor de nuestra raza... es una de las partes de la reliquia del fin de nuestros días. Iré en la caravana, mientras esté en mi poder las sombras lo esconderán...

—Es un doble riesgo... pero ya hay luz.

Se quedaron todo el día planeando los pormenores, pero al fin había una solución. El Bastión de Délomar se empezó a preparar.

«Cuando los objetivos están claros, al fin se pueden ver las debilidades y fortalezas para conseguirlos y la fuerza se concentra en todos para el bien de todos».

«Enterrado el desconcierto queda la acción, mientras la motivación está presente».

Fuego desatado



Hasta la tranquilidad al fin muestra sus colmillos, se repetía Ormus mientras contemplaba la increíble construcción que los Fungals habían levantado en medio de la nada, los cuerpos de sus ancestros eran usados como materia de guerra, apilados como protección y advertencia, hecho que solo lo enfadó más. Las montañas cercanas habían sido desvestidas y expuestas a la erosión de la tierra, mientras que sus verdes ropajes ahora adornaban la destrucción. Cantidad de catapultas se producían y los grandes hornos volvían cenizas el madero, mientras que el acero líquido resbalaba en otra parte, grupos de guardias protegían la entrada y se intercambiaban constantemente el patrullaje haciendo imposible encontrar un patrón, espesas nubes negras se formaban y daban sombra a los cadáveres de sus primeros habitantes y dentro del fango ensangrentado algunos Fungals observaban y si no fuera por la luz reflejada en sus ojos jamás hubieran sido descubiertos.

—Criaturas asquerosas, convirtieron en una trampa pantanosa este lugar —rugió en silencio y se disponía a continuar, cuando el olfato del cazador fue tocado y la rabia silenciada sacudida, siguió el aroma que había memorizado antes de partir y vio lo que en su mente era la presa buscada, el recuerdo, la sinrazón. Su corazón se empezó a llenar de ira, aspiraba con más fuerza y sus ojos empezaban a llenarse de sangre, sangre que hervía tras cada segundo más y más...

—¡Al fin mi rabia encontrará reposo, al fin mi ira saciará parte del llanto, al fin Ortel hijo mío vengaré tu descanso!, pero no sucumbiré a las ansias... ¡Ya te encontré! Se quedó observando mientras volvía a repetir... ¡Ya te encontré!, la saliva se resbalaba de su boca mientras el jadeo se incrementaba, no había error, ese olor estaba impregnado en Ortel y se trataba de una Liliium, la causante de todos sus dolores era su propia raza, aunque eso ya no era importante pues transferiría todo su dolor a través de la venganza, ignorando la trampa de la misma.

La cólera empezó a nublar su juicio y la imprudencia seducía constantemente el

actuar, alimentando con excusas y mentiras bien formuladas sus próximos movimientos, el temblor de la desesperación y del odio incontenibles guiaron sus primeros pasos, ya no le importó ser detectado puesto que a los ojos del temible Ormus el camino acababa con su venganza, no era necesaria la sutileza para lo que iba a hacer, se levantó de su escondite y empezó a caminar pausadamente en dirección a su objetivo, el cual estaba rodeado de Fungals, estos se miraron desconcertados y hasta se burlaron del intrépido visitante quien se acercaba a su muerte, los Fungals de los pantanos cercanos a la entrada alistaron sus lanzas para interceptar al extraño, mientras Veolet comentaba:

—Al fin la guerra suelta a sus primeros locos. —Dio la orden para que se encargaran del estorbo y se adentró a la fortaleza, mientras tanto Ormus continuó acercándose, la energía oscura a su alrededor develaba sus intenciones, su cólera ya casi era visible, en eso se acercó al primer pantanal donde una lanza fue enviada a gran velocidad en dirección a su pecho, la cual pareció cumplir su objetivo; sin embargo, fue atrapada por Ormus, el cual inmutable continuaba con la mirada en la esencia de su ira. Ya nada podría ocultar su objetivo, ni las paredes, ni los hechizos, ni la piedad y mucho menos el inexistente perdón. La punta de la lanza se rompió apenas la empuñó y una ráfaga de fuego siguió el camino hasta incendiar al Fungal, quien ilusamente trató de esconderse en el fango, pero no logró escapar de las aguas hirvientes y pronto su cuerpo empezó a flotar junto a los otros que esperaban escondidos... En ese momento las burlas se detuvieron y los Fungals empezaron a emitir el mortífero ácido cultivado en sus bocas y como una ráfaga de lluvia lo dejaron caer en dirección a Ormus, el cual esquivó con un movimiento rápido una parte de la lluvia ácida y formando un escudo de fuego detuvo lo demás; sin embargo, el ácido se abrió camino hiriendo el cuerpo inmutable, la alegría de herir al agresor en un instante se convirtió en desesperación al ver que ni el dolor desviaba su atención, su rostro no tembló..., por un momento se detuvo mientras inhalaba profundamente e invocaba a los dioses del fuego, los que atentos a su llamado prestaron su fuerza, la cual cayó desde los cielos iluminando la fría noche y destrozando todo en su camino; pero toda acción con el fuego exige un sacrificio y así como los enemigos que se interponían en su camino ahora se derretían por el calor, así también uno de los brazos de Ormus ardía como tributo, pero ni así perdió a su objetivo, que ahora corría adentrándose en la fortaleza llamando a los refuerzos y a todos los que estuvieran disponibles; el alboroto se incrementó después de la segunda explosión la cual derrumbó una de las torres y hasta disolvió la piedra de sus cimientos, luego un rugido ensordecedor inyectó el miedo en los corazones corruptos, por lo tanto más susceptibles al mismo. Los cuervos mensajeros de la muerte alzaron vuelo llevando el mensaje del ataque, mas no especificaban la causa solo decían «Un Dios del Fuego desató su ira». Un tercer estruendo levantó el polvo que combinado con el humo dibujaban el rostro de la muerte en las alturas y los Fungals sintieron el aire quemante ingresar a sus pulmones, asfixiante en todo sentido, sus pieles ardían

en el infierno formado y las paredes que debían protegerlos ahora eran causa de ahogo y desesperación. Grupos enormes de Fungals dirigidos por Veolet, cubiertos de ceniza que el viento se encargaba de difuminar, se alistaban para recibir al monstruo del fuego, a la cólera incontrolable, sin entender el porqué de su rabia y aunque se sentía el odio en todo su esplendor la causa del mismo abarcaba el misterio de la muerte banal... que era su objetivo.

«La vida es valiosa, no importa la ideología que profesen, si sienten, si lloran, si ríen o sucumben al miedo o al valor, es valiosa; y aunque la confusión segada por la ira y la venganza dominan los actos por el dolor, este solo se sacia por un instante, para regresar con vehemencia a terminar el trabajo de consumirlo todo en la soledad».

Los Fungals con los ojos inyectados y segados por el humo soltaron las armas con el afán de sujetar ráfagas de aire puro, pero su esfuerzo fue vano, el aire caliente los quemaba desde adentro obligándolos a toser y a aspirar el temible veneno que los calcinaba, en su desesperación empezaban a clamar por piedad, corrían extraviadamente buscando refugio, pero el calor se acercaba más, arrinconándolos en la desesperación, pronto la asfixia los detenía y la muerte los alcanzaba usando sus propias manos y en medio de la partida una sombra capaz de apaciguar su dolor pasaba con magistral indiferencia, tan negro, tan consumido en el llanto y en su propia venganza que su presencia arrebatava el sueño de una muerte rápida, dejando la ironía del mayor suplicio a aquellos que preferían ya el suicidio a continuar con el estertor de la esperanza de sobrevivir.

En medio del sufrimiento y del rechinar de los cuerpos una voz opacada gritaba:

—Perdona nuestras vidas, te daremos lo que quieras, apiádate de nosotros... Dinos, ¿qué quieres?

Con el terror de una voz sumida en la más profunda tranquilidad, Ormus respondió:

—Quiero que sufras... Este es solo el inicio, me encargaré de que no mueras, te abrazaré con el fuego y exterminaré tu esencia antes que a ti, vivirás el infierno y lo revivirás hasta que el fuego en mi interior me abandone...

La voz se hizo más cercana y una fuerza brutal la sujetó por la escasa cabellera que le quedaba y la empezó a arrastrar, no sin antes convertir en cenizas a los Fungals que esperaban la muerte clamándola con una voz silenciada y ahogada por el fuego.

—Creías acaso que matar a mi hijo no traería el infierno para ti, creías que nada malo te pasaría, creías que nadie se enteraría... Pues ahora estás en mis manos y te enseñaré lo que en verdad es el dolor y cada vez que supliques para que me detenga será indicio para esforzarme más.

Veolet escuchaba atónita, mientras veía al fuego consumir todo a su alrededor y cuanto más se alejaba atraída por la paz de un desmayo, una fuerza de calor la envolvía despertándola de nuevo y en ese despertar las quemaduras se avivaban trayendo consigo el peor de los suplicios. Pronto fue arrojada a una esquina, libre del

infierno desatado y cuando al fin el fresco viento traía un poco de alivio permitiéndole recuperar un poco la visibilidad, vio la silueta de su agresor frente a ella invocando un extraño poder líquido que se empozaba en sus manos, para luego dejarlo caer en dirección de sus piernas, las cuales al primer contacto empezaron a derretirse causando el más temible e inimaginable dolor y ni siquiera el grito desolado que emitió, la noche pudo apaciguar...

—Lo que haré contigo no tendrá perdón y tal vez no alivie mi furia, pero por un segundo de paz valdrá la pena; convertiré tus pecados en míos y te purificaré con el fuego mientras sentencio mi alma, tú eres el primer bocado que la cólera me entrega para opacar mi dolor y cuando todas las luces que participaron en la muerte de mi hijo hayan sido extinguidas, al fin en ese momento podré despedirme dignamente de él. Ahora, tu sinceridad será compensada mientras que tu silencio cargará horas a tu deceso, ¡lo cual no será placentero! La lava que quema tus pies se expande a mi voluntad y puede brindar alivio o tormento, eso de ti depende.

—Lo primero que quiero saber es si por lo menos recuerdas el nombre de mi hijo... ¡Responde!

En medio de los llantos y el dolor Veolet buscaba fuerzas para responder.

—Cometes un error, yo no maté a tu hijo, yo no maté a nadie, por favor créeme, por favor déjame, libérame.

—Voy a repetirlo una vez más. ¡Recuerdas el nombre de mi hijo!

—No maté a nadie, libérame te lo suplico. Veolet había cometido muchos crímenes y sabía que responder a las preguntas del opresor siempre eran una mala idea y a pesar del dolor debía buscar encontrar esa pizca de bondad que existe en todos los seres, esa podría ser su única oportunidad, pero le espantaba la tranquilidad de su opresor y aunque a través de sus rasgos sabía de quien se trataba, era claro que ese ser estaba acostumbrado a atormentar. ¿Quién es este Liliium? Empezaba esa pregunta a rondar su memoria y mientras las cartas del juego empezaban a ser repartidas, Ormus levantó una mano y el fuego latente en sus pies se avivó, la noche volteó la cara al ruido y los seres que estaban cerca se espantaron del llanto, nadie ayudaría, pero todos sabrían lo sucedido y tratarían de borrarlo de su memoria, así es el miedo.

—El nombre de mi hijo ¿¡Cuál es!?

Sucumbiendo al terrible dolor, Veolet cometió el error de decirlo:

—Ortel...

Los ojos apagados de Ormus soltaron chispas. Confirmar lo que su instinto juraba, daba inicio a su venganza, ya era momento de dormir a su conciencia y dejar que nazca el engendro de maldad cultivado en su pecho y sembrado sin saberlo. Sus facciones cambiaron y se sumió en una oscura meditación. Al ver Veolet el gesto de su opresor entendió la gravedad de su error y del suplicio que le esperaba, giró el rostro buscando a la muerte y se dio con la sorpresa de que esta ignoraba su llamado, el fuego que ya recorría sus venas no solo destruía, sino también curaba y aunque

trató de arrebatarle la vida cortando su lengua, el intento fue inútil porque esta cicatrizaba en el momento que se cortaba y la poca sangre derramada era energía ardiente que derritió sus dientes con la más exquisita melodía del Réquiem del Desamparo, el cual asemeja el canto de los grillos, canto que vibró en todo su ser y la angustia de lo que le iba a pasar hizo nacer la nostalgia de su alma marchita, la cual se aprovechó de esa sensibilidad para hacerse escuchar y aventó sus actos de maldad sin escarnios ni miramientos y su tortura se hizo interna y externa.

«Compadecerse enseña a sentir el dolor ajeno y aunque es la forma más cruel de darse cuenta, es necesaria si somos tan ilusos de no entenderlo en reflexión».

—Ya entendiste... puede ser lento o rápido depende de ti... Tú estuviste presente, pero no fue tu esencia la que extinguió su vida, es otro aroma. ¿Quién fue?

—Fue Sicar Sinderell, el líder Rúgulu... —gritó en medio del desamparo.

—Rúgulu... debe ser la raza maldita que se gestó... ¿Dónde lo encuentro?

—No lo sé... no lo sé... —Las lágrimas se le escaparon de solo pensar lo que ese ser le haría por no tener la respuesta deseada.

Ormus se acercó un poco y mientras la acariciaba le dijo:

—Te creo, te creo, has sido una buena chica, te responderé una pregunta... Entiende que te estoy dando la oportunidad para que congenies conmigo, eso puede ayudarte o destruirte... Ahora pregunta lo que quieras.

En medio del llanto y el dolor la curiosidad se hizo paso y entre tartamudeos y gemidos logró preguntar:

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de tomar tantas vidas?

—No son las primeras ni las últimas y estoy tranquilo porque ya acepté sufrir lo mismo y aún más cuando llegue el momento. Sé que pagaré con creces el dolor que estoy causando. Toda acción trae consecuencias, ya abandoné mi esperanza y estoy dispuesto a abrazar la desolación que estoy construyendo, pero antes de eso haré una gran obra de terror con ustedes. Buscaré una ley superior que lave mis pecados, pero ustedes no tendrán esa oportunidad. Desde antes que tú existieras, en tiempos ya olvidados los hijos del fuego gobernamos usando el terror y cuando nuestro tiempo de reinado llegó a su fin, decidimos desaparecer y pagar nuestras culpas en medio de la quietud natural, detener las llamas vivas es de por sí un castigo atroz que asumimos. Solo buscaba seguir descansando, seguir oculto en el tiempo, fue así que nos hicimos inmortales los pocos que sobrevivimos a la invasión dirigida por los Yabels, lástima que cayeron en la trampa del poder al igual que mi raza lo hizo y cuando antes lucharon desesperadamente por libertad, ahora son incapaces de darla y en su afán han empezado a remover antiguas heridas, que se levantarán para repetir la historia... Yo soy un hijo del fuego, soy Ormus el colérico, me arrebataron la pasajera sonrisa de mi letargo. Enfrentaron y derrotaron a mi felicidad, ahora enfrentarán mi cólera. Honraré tu existencia, tu nombre no será olvidado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir... Es tiempo de que ardas...

Y así con una simple palabra, el fuego casi extinto tomó fuerza y abrazó furiosamente la noche, iluminó a los desdichados que se escondían debajo de las cenizas y al verse descubiertos también ardieron. Los pantanos se secaron y la tierra ennegreció y mientras más se alejaba, una gota de cristal resbalaba en su rostro, mientras las voces en su conciencia gritaban: Es solo la primera lágrima, aún faltan muchas, muchas más, para llorar tu partida hijo mío.

«El camino es incierto para aquellos que abrazan la venganza como forma de vida, a ellos las tormentas los rodearán, pero siempre podrán ver el claro del cielo, aunque para lograrlo, tendrán que silenciar el odio gobernante en su corazón y descubrirán extasiados que mayor proeza no hay».

Los jardines de abril



El perfume de las flores engañaba con una falsa tranquilidad y su aroma se impregnaba en todos los que estuvieran cerca de ellas, seducían y trataban de tranquilizar los corazones agitados que palpitaban descontroladamente buscando escapar del vil destino que arrebatava su libre albedrío, sujetándolo a la voluntad de los rangos y a la promesa de un futuro libre y mejor. Muchos cerraban los ojos y asumían como verdad absoluta lo que sus líderes profesaban olvidando su propio criterio y reflexión; los otros se sujetaban a sus costumbres con tal fervor que sus uñas dejaban marcas en el pilar de su dogma y olvidaron el paso del tiempo y sus cambios. En la paradoja del conocimiento contra el conocimiento no lograban ponerse de acuerdo porque consideraban absoluta su sapiencia y olvidaban el mar de ignorancia que los rodeaba.

Los Jardines de Abril empezaba a oler a miedo, a descontento y el fétido aroma lentamente iba reemplazando al de sus flores, mientras los puños se alzaban buscando que golpear y las chispas de sus ojos buscaban que quemar, inconscientemente creaban un nuevo enemigo... ellos mismos.

Las voces que buscaban el concilio rápidamente eran opacadas por los gritos furiosos del desacuerdo. En ese grotesco entorno, Belium tomaba la palabra.

—Nuestros hermanos luchan sin descanso en el Bastión de Délomar y en él la unión por alcanzar la paz crea los más increíbles sacrificios, sus lágrimas brotan sin cesar, pero sus voces no son acalladas ya que la lucha no es por el lugar, sino por una razón de justicia que se eleva al cielo cual llamarada y se funde en las nubes y en los corazones para preservar nuestra existencia, es tiempo de ser recíprocos y dejar atrás nuestras diferencias, pronto el cielo se nublará con las hordas de Fungals que marchan hacia acá, perdemos tiempo valioso... debemos ser uno...

—Seremos uno cuando se honren nuestras creencias, somos seres de paz, la sagrada naturaleza nos protegerá.

—¡Absurdo!, debemos protegernos nosotros mismos.

—¡Si lo que quieres es morir, pues muere solo! —gritaba la muchedumbre exaltada.

—Hermanos, tratemos de escuchar a Belium.

—¡Escuchar que! ¡A ese traidor que solo busca la guerra! ¡Nunca!

Lentamente el diálogo se convirtió en la casa del miedo, en donde nace la creencia que el que grita más es el más escuchado, se tapan los oídos mientras las palabras son vomitadas sin sentido, algunos eruditos vieron el fin y se alejaron y nadie lo notó; sin embargo mientras todos discutían y Belium trataba de lograr el concilio, Neris veía la oportunidad de llevar a cabo la verdadera misión, así cuando las condiciones se vuelven turbias dan paso a alternativas cuestionables que envuelven a un fin mayor.

Neris estiró su larga mano y sujetó a Belium de un brazo.

—Pierdes tu tiempo amigo. —Lo jaló hacia él, tratando de librarlo de las fauces del impropio—. Tengo una mejor idea —le dijo en susurros. Luego de observar la seriedad de las palabras que su compañero profería. Belium se dejó llevar.

—¿Qué tienes en mente? —Frunció el ceño de forma instintiva, mientras se alejaban del bullicio.

—¿Qué es lo más obvio en casos de crisis?

—No entiendo a qué va esa pregunta, ¿a dónde quieres llegar?

—Al menos inténtalo y entenderás lo que tengo planeado.

—Vamos Neris, no es tiempo de acertijos. —Dudó un poco al ver los ojos grises de Neris—. Está bien, supongo que desesperación.

—Viste no fue tan difícil, ahora, ¿a qué nos lleva la desesperación?

—Al miedo. —Arrugó el rostro, perdiendo un poco la paciencia—. Sigo sin entender.

—Deberás aprender a tener más paciencia. —Frotó sus manos saboreando la intriga causada—. Escucha Belium, el miedo nos obliga a buscar seguridad y ese deseo convierte a los lobos en ovejas, si lograras hacerles creer, cuando todo esté en caos, que hay un lugar muy seguro, entonces habremos cumplido con nuestro objetivo. Ahora pregúntame, ¿cuál es ese lugar seguro?

—El Bosque de Marfil. —Sonrió brevemente, pero luego reflexionó—. Es una apuesta muy alta y no estamos apostando algo material. —Hizo una pausa mientras sopesaba las alternativas—. No vamos a jugar con la vida de nuestros hermanos, ¿en qué estás pensando!?

—En la única opción que este escenario sugiere. Mira a tu alrededor... ¿Crees acaso que habrá tiempo suficiente para que esos soñadores se sujeten de las manos y decidan dejar de pensar en ellos, se organicen y se llenen de valor para sujetar las armas? Acaso aún no está claro para ti que no existe reconciliación, ni unión de ideales entre fanáticos. Me hiere hablar así, pero es la verdad.

—Aun así debemos buscar el concilio...

—Lo que debemos preservar es el alboroto, no existe mejor engaño que la verdad bien usada. Se agachó para recoger una piedra del piso.

—Si desde siempre los Jardines de Abril hubiera sido tan sólido como esta piedra, no sería necesaria esta estrategia, se falló desde el inicio con los cimientos. Este lugar va a caer y cuando lo haga uniré a los que sobrevivan y recién ahí se luchará. La esperanza de nuestro pueblo, de los Liliiums no está aquí, está en el Bosque de Marfil. Lanzó la piedra con el afán de deshacerse de ella.

Belium, cerró los ojos con fuerza, buscó en su sabiduría otra solución, pero no encontró más que polvo y la reafirmación de lo planteado. Luego mirando a Neris le dijo:

—Confío en tu buen juicio, siempre has sido un gran estratega, no apruebo el medio, pero sí el resultado. Reuniré a nuestros guerreros de confianza para empezar los preparativos.

—Nos vemos en el Bosque de Marfil, Belium. —Se acercó y se despidió con un abrazo cálido, luego usó la capucha de su capa para cubrirse y emprendió el camino. Lentamente la oscuridad tapó sus huellas y pronto Belium dejó de percibir a su amigo.

—Nos vemos Neris, parece que aún sigo aprendiendo de ti. A pesar de ser tan olvidadizo, cuando se trata de estrategias eres el mejor. —Pensó mientras acercaba sus dedos a la boca para luego lanzar un silbido que sería captado solo por algunos oídos entrenados.

Pronto los guerreros de la casa de Belium iban apareciendo cual sombras de la noche arrastrando sus largas capas; se reencontraron después de tanto tiempo y sus corazones se alegraron brevemente.

—Mis queridos hermanos, me gustaría festejar con ustedes en este momento, pero las circunstancias me lo impiden, tenemos un trabajo importante que debemos hacer, ya habrá tiempo después para el regocijo con vino, por ahora solo puedo decir lo feliz que me hace el verlos.

—¡Viva el general Belium y su gran corazón! Se escuchó a sola voz, luego cuando los rostros se tornaron nuevamente serios, el general continuó explicando la misión encomendada en sus manos. La estrategia no fue bien recibida, pero si comprendida y presurosos marcharon a sembrar el sendero...

«Es increíble como las palabras viajan tan rápido como el viento, por eso hay que cuidarse de ellas y para lograrlo hay que cuidar sobre todo lo que decimos».

No había pasado mucho tiempo cuando los gritos cercanos a la calle mayor alertaba y sacudía la tranquilidad de la noche, la desesperación junto con la bulla empezó a crecer como una bola de nieve y de pronto el cielo se iluminó y los gritos pararon por unos segundos hasta que el estruendo levantó la tierra de los Jardines de Abril y reemplazó el bullicio con un silbido agudo que desesperaba aún más a los que corrían ofuscadamente incapaces de oír sus propios lamentos, el cielo volvió a iluminarse otra vez y otra y otra vez.

Asediados por las estrellas, durante horas clamaron y gritaron hasta perder el aliento, mientras una voz a hurtadillas susurraba en sus conciencias: «El Bosque de Marfil». Inconscientemente grandes grupos de Liliums emprendieron la huida dejándose llevar por la sabiduría de la supervivencia, a medida que las horas pasaban y dejaban las luces atrás, la vida buscaba a la vida y se reunían en el camino.

Najhí, Silvac y Adrón se reunieron cerca al río de Dagna, fuente de vida de los Jardines de Abril, río cristalino que ahora arrastraba la peor pesadilla, pedazos de la vida hecho infierno eran llevados mientras el agua ya turbia teñía de rojo carmesí el rastro espantado de Najhí.

—Apura Najhí —gritaba sin mirar Silvac quien se encontraba próximo a la orilla contraria, su agitación y nerviosismo le hacían desear abandonar ese lugar lo más rápido posible, pero el compañerismo y la amistad cultivada frenaba sus pasos; al voltear a gritar nuevamente a sus amigos vio una alfombra de pétalos y flores que cubría magistralmente el agua teñida, se rindió ante la belleza enmascarada, hasta que el aroma combinado de las flores con la sangre, despertaron la amenaza cercana, levantó la mirada y no muy lejos a ellos pudo observar los chorros de ácido que alcanzaban consumiendo en el peor de los tormentos a las almas desdichadas de su camino. Tragó en seco y estrechó la mano para recibir a Najhí, intentó ocultar el susto, pero sus ojos lo delataron, sus manos le temblaron y sus rodillas tiritaron—. ¿Dónde está Adrón? —Miró raudamente a su alrededor sin dar con él, hasta que una voz muy osca se dejó escuchar con tanta fuerza que su piel se tensionó y arrebató los gritos silenciados del escape perfecto, el alboroto se hizo mayor y la voz osca nuevamente y con más fuerza retumbó.

—¡Que nada escape!

Najhí con un acto reflejo dirigió su mirada hacia el origen del caos y en medio de la confusión pudo ver al espantoso líder de los Fungals, el temible Mócdry, mientras un pedazo de fango resbalaba de una de sus mejillas, caída que fue seguida por los ojos atónitos de Najhí hasta verlo aterrizar en el hombro de Adrón, quien se mantenía en cuclillas sujetado fieramente del cuello, del cual emanaba un vapor espeso parecido al incienso.

—¿Adrón? —Susurró poseída del terror de una respuesta y en ese momento vio el cuerpo de su amigo desmoronarse en la oscuridad de la distancia—. ¡No! —Gritó vehementemente mientras Silvac la sujetaba de la mano y tiraba de ella tratando de alejarla...

«*Correr en llanto es dos veces escapar*».

Juntos corrieron sin detenerse, ignorando y llevando al límite al corazón que juraba estallar, las lágrimas de su rostro se secaron con ayuda del polvo y el sol del nuevo día; las aves levantaban vuelos en bandadas y espantaban la posibilidad de descanso, a través del desconcierto y en la más absoluta soledad acompañada caían víctimas del desamparo.

—No voy a dejarte Najhí, lo prometo, tratemos de descansar un poco, que el

camino aún es largo y ya no tengo aliento. —Najhí se sujetó fuerte con un abrazo y sus lágrimas empezaron a correr nuevamente.

—Adrón, mataron a Adrón. —Su cuerpo fue perdiendo fuerza y de lágrima en lágrima cayó presa del cansancio, el sueño brindó paz temporal a las emociones incendiadas. Silvac que se había mantenido fuerte abrazó a Najhí con todo su ser, no solo para protegerla, sino también para sentirse protegido, ella era ahora su fuerza en el silencio y él sería la suya al despertar.

El sol imponente se mantuvo neutral hasta que su brillo impactó en el metal de una de las armas de un Fungal y fue a parar a los ojos de Silvac, quien luego de un pestañeo regresó del sueño, arrancado por sus peores pesadillas. Sacudió suavemente a Najhí para despertarla, sin apartar la mirada de la amenaza lejana.

—Shh... shh... tranquila soy yo, tenemos que continuar. —Susurró, mientras la ayudaba a levantarse y buscaba el mejor camino por donde avanzar—. ¡Sígueme!

—¿Qué pasó? —Preguntó empezando a agitarse.

—Debemos continuar. —Le dijo suavemente, pero sus ojos brillantes describían mejor el escenario—. Estamos a mitad del camino, ¿ves el color de la tierra?

—Sí. —Respondió tratando de desatar el nudo en su garganta.

—Cuando este se vaya aclarando será señal de que estamos más cerca. Vamos...

El camino se hizo frío a pesar del ardiente sol y los pasos lentos a pesar de la prisa. Hasta la compañía de dos parecía tener ojos de más y eso no estaba errado, pues no muy lejos el astuto Mócdry y sus tropas seguían el rastro.

—Aún no existe ser que logre hacerme perder el rastro. —Se burlaba el despiadado, mientras limpiaba el fango venenoso que como sudor de su piel brotaba—. Y menos aún una presa tan descuidada —alzó la mirada dirigiéndola en la dirección correcta—. No saben huir —agregó mientras con un gesto indicaba a los demás el camino—. No hay duda, hoy los alcanzaremos, ha sido una gran victoria para mi lord, un buen paso.

Se inclinó y empezó a correr como una lagartija bendecida por el calor, los demás lo siguieron sin dudar. La convicción de su líder a través de sus vivencias guiaba su voluntad.

Un nuevo rastro invisible para cualquier cazador fue percibido por los instintos del Fungal, pero no era un rastro de la pieza que seguía, sino de otros sobrevivientes.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tantos corren en la misma dirección? Shelac, tú continúa la cacería —dijo mirando a uno de sus guerreros—, yo averiguaré que es lo que está pasando. —Hizo un movimiento brusco para librarse del fango en sus labios e incursionó en el otro sendero.

—Continuemos —gritó Shelac—. Sangre nos espera. —Miró al cielo y a pesar de la distancia y la vegetación, logró ver la silueta de los escurridizos Liliams que al fin se dibujaban en sus ojos de lagarto—. Los tenemos. —Luego agregó: «El primero en llegar es libre de escoger el festín».

Gruñeron los Fungals y se abalanzaron a gran velocidad.

—Un escalofrío recorrió cada una de las vértebras de Silvac, supo de inmediato que ahí empezaba la última carrera que definiría el ser comido por la tierra o el poder contar la travesía vivida. Sujetó fuertemente a Najhí y mientras contenía el aliento gritó: «Corre Najhí... Corre como el viento».

No muy lejos los bruscos y ágiles pasos de los Fungals de caza espantaban a las aves de los árboles que se encontraban en su camino, el viento soplaba en dirección a sus rostros llevando consigo el dulce aroma de la presa, el olor iba excitando sus corazones mientras que sus pasos los acercaban cada vez más, uno de ellos empezó a sacar las garras y saltó desde una de las rocas altas del camino en dirección al objetivo, quedó suspendido en el aire por unos segundos, muy cerca de lograr el cometido.

Silvac escuchó la caída de unas rocas minúsculas en la parte alta, al alzar la mirada vio al terrible Fungal en todo su esplendor, como si fuera un ave de rapiña. Dio un salto para esquivar el golpe y al mismo tiempo empujó a Najhí con todas sus fuerzas alejándola del peligro.

El Fungal cayó aparatosamente levantando mucho polvo, trató de incorporarse lo más rápido posible, pero uno de sus compañeros se adelantó a él y aprovechando la cortina de humo lanzó una bocanada de ácido y saltó detrás del mismo con tanta vehemencia que paralizaría inclusive al guerrero más fiero.

Najhí se percató del segundo Fungal y rogó al viento por protección, el viento escuchó su plegaria cubriendo con todas las energías que le quedaban a la joven Liliium y sopló con fuerza contra el ácido, el cual cambió de dirección y fue a parar en el rostro, cuello y pecho del avezado Fungal. Este gruñó con fuerza mientras veía su asalto fallido, se cubrió con sus dos enormes brazos al ver el rostro del desquiciado Liliium quien invocaba un extraño hechizo.

—¡Nadlehoy! —Gritó Silvac, mientras depositaba todo su corazón y parte de su vida en un pacto elemental, al mismo tiempo el árbol más cercano se sacudía dejando caer cientos de hojas que llevadas y encaminadas por la voluntad del pacto caían como pesadas navajas sobre los Fungals caídos.

Najhí sujetó a su compañero y lograron alejarse un poco más, cuando en medio del camino Shelac se interpuso.

—¡Se acabó el camino Liliiums! ¡Es tiempo de sangre!

Las rodillas les fallaban, eran presas del cansancio y la visión se tornaba nubosa, mas la voluntad por vivir ardía con mucha fuerza tanto que los sostenía aún en pie. Los demás Fungals heridos se acercaron desde atrás jadeando y contemplaron a las presas rodeadas y casi acabadas; no perdieron tiempo y empezaron a acumular el ácido en sus fauces.

Silvac abrazó con fuerza a Najhí y ella le correspondió, su espíritu se resignó, tomó una bocanada de aire y lo retuvo en su interior mientras se despedía de su madre tierra, cerró los ojos con fuerza y esperó inmóvil lo peor... De pronto un susurro por parte de su compañero llamó su atención.

—Mira la tierra, es blanca ya casi habíamos llegado, lo siento Najhí te he fallado...

—¡Acábenlos! —Gritó con furia Shelac.

El cielo se cubrió de ácido verde y su recorrido fue tan lento como la misma muerte... Ver el fin acercarse tan rápido y a la vez tan lento era comparable a perder la vida sin haberla sentido, así mientras el fin llegaba los recuerdos aún más veloces proyectaban lo más valioso y al fin se entendía: «*La vida es un paseo de muchas lecciones y dejar de sentirla en el presente, para vivirla en el pasado o proyectada al futuro es desperdiciarla miserablemente*».

Silvac al comprender el significado del existir besó a Najhí con fuerza y antes que esta reaccione la cubrió por completo con su cuerpo. El ácido levantó humo en la tierra y el sonido propio del mismo lo estremeció.

—¡Silvac!

En eso el viento volvió a silbar como lo había hecho anteriormente desviando la mayor parte del ácido y una voz potente gritó:

—Estas son tierras del Bosque de Marfil, ningún Fungal es bienvenido aquí. ¡Asog Le Mur! —Gritó, mientras rocas pequeñas se disparaban como proyectiles a su alrededor.

—¡Asog Le Mur! —Se escuchó en otras direcciones.

Los Fungals trataron de escapar, pero solo Shelac pudo lograrlo.

Un soplo de paz resbaló de los labios secos y cuarteados de Najhí y Silvac, dejando solo el perfume de un beso escurridizo que se guarecía en la seguridad de los Centinelas alrededor. Cuando la tensión iba disminuyendo Najhí sintió la herida en sus labios, se tocó suavemente y antes de poder pronunciar palabra alguna fue interrumpida.

—Están a salvo jóvenes, soy el centinela Rivel. Veo el terrible viaje en sus cuerpos, pero les aseguro que ya pueden descansar. Rio orgulloso el centinela alejándose un poco y contemplando el bosque.

—Ya no hay nada que temer —replicó.

Las miradas escurridizas de los jóvenes que habían empezado a evitarse al fin se encontraron y sin separarse más se contemplaron dejando que la adrenalina, las vivencias y el acercamiento de sus cuerpos generaran un chispazo de pasión enigmático que fue entrelazando con una cadena sus corazones.

—Me besaste. —Dijo Najhí, mientras se sonrojaba dándole color a su pálido aspecto. Sintió vergüenza por el rubor y para disimularlo se dio vuelta y se alejó unos pasos.

—Y lo haré siempre de ahora en adelante. —Respondió Silvac sin moverse de su lugar. Había querido expresar sus sentimientos desde tiempo atrás y al fin después de atravesar el infierno encontró el valor para hacerlo. Al ver la reacción de Najhí pensó «*valió la pena*» y al fin se animó a decir esa palabra tan complicada al estar frente al ser amado y tan profunda como el espacio.

—Najhí yo te... —de pronto sus intenciones de completar la sagrada palabra fueron interrumpidas por una extraña explosión que tergiversó la escena y cubrió de polvo la montaña. Mientras una voz desquiciada vibraba como el trueno.

—¡Nada escapa de Shelac! ¡Grrr!

Los Centinelas y los nuevos amantes quedaron paralizados, y en medio de la polvareda una extraña neblina envolvió a Silvac convirtiéndose repentinamente en una gruesa y oxidada cadena. Los Centinelas se sorprendieron y trataron de reaccionar, cuando una fuerza descomunal lo arrastró a las entrañas del bosque; Najhí no pudo proferir palabra, su corazón se tensionó tanto que perdió las fuerzas de continuar y cayó de rodillas lentamente sobre la blanca tierra que había prometido resguardarlos bajo su velo, sus ojos se llenaron de cristales que rehusaban caer, mientras trataba de entender por qué Silvac la abandonaba así.

Los Centinelas corrieron detrás de Silvac, pero su cuerpo era arrastrado con tanta fuerza y velocidad que apenas podían mantener el ritmo, lentamente sus gritos se iban perdiendo y solo el crujir de sus huesos indicaba el camino.

Rivel blandió la espada y logró cortar la cadena. Paulatinamente los demás Centinelas fueron llegando al lugar.

—La guerra cobra sus primeras víctimas, ya no hay nada que podamos hacer, hemos fallado. —Dijo Rivel, con tanta rabia y resignación para consigo mismo, que su cólera se sintió a pesar de la suavidad de sus palabras y luego agregó—: Mi orgullo los mató.

«El simple autoengaño de creerse capaz en todo aspecto, lleva a cometer los errores de un principiante».

El bastión de délomar



—¡Qué buscan insensatos, la victoria está escrita! —Gritaba a sus consejeros, quienes se escondían del fuego que brotaba de sus labios—. No voy a tolerar una retirada, es absurdo, son solo Fungals los que están muriendo y su muerte me ayudará a conocer mejor a mi enemigo.

—Lord Zandar, no es una retirada lo que estamos planteando, es solo para estudiar mejor la situación; creemos que nos llevan a una trampa, los ciegos Norf hablan que las blancas sábanas envolverán nuestros cuerpos. Debemos ser prudentes con las advertencias de los Norf.

—Es momento de terminar esta antigua guerra, no podemos librarnos de estos odios sino comprendemos que el camino estará lleno de sacrificios, cuanto más esperemos más fuertes se harán y con ello el ocaso que ilumina el fin del odio implicará un sacrificio mayor... Estoy al tanto que hay muchos Fungals que han caído y sé que no es ni un mínimo del total que caerán para transformar la guerra en paz. Terminemos con este debate que palabras que contradicen y otras que justifican no nos llevarán a ningún lado... La maravillosa victoria en los Jardines de Abril debería abrirles los ojos del perfecto trabajo que se está realizando; sin embargo, los Norf en su mundo de oscuridad ven cosas que nosotros no podemos, tal vez vieron la razón por la que el Bastión de Délomar se mantiene en pie y siguiendo con los cambios que se pueden hacer al ver de reojo el futuro y teniendo en cuenta las advertencias de los Norf, mandaré a mi guardia personal a hacer el trabajo.

En ese momento cierto disturbio se escuchó en la puerta de acero que dividía al gran salón, llamando la atención de los estrategas y consejeros de guerra que rodeaban a Lord Zandar.

—¿Qué es ese disturbio? —Increpó con fuerza Zandar, mientras con la mirada daba la indicación a sus guardias para que abrieran la puerta. De inmediato seis guardias corpulentos sujetaron las cadenas especialmente construidas para abrir la

pesada puerta y tirando con todas sus fuerzas de las mismas lograron abrirla y esta chirrió, del otro lado los guardias encargados sujetaban a un Fungal cubierto de terribles quemaduras al cual solo el aire del terror lograba mantenerlo vivo y entre murmullos lograba decir: Fuego, fuego, Dios del Fuego.

Zandar frunció el ceño con cierta duda que revoloteó en su corazón.

—¿Qué fue lo que dijo? ¡Tráiganlo!

Cargaron al Fungal y lo colocaron sobre la mesa. No fue necesario hacer pregunta alguna, cuando Zandar se acercó pudo ver la vivencia que se repetía constantemente en los ojos del Fungal, la cual le arrebatava el aliento extraviándolo del presente. No puede ser..., pensó Zandar, mientras oscuras memorias se apoderaban de él.

—Fuego, fuego, Dios del Fuego...

Eran las únicas palabras que brotaban del Fungal y estas a su vez confirmaban lo que más temía.

—¿Los Dioses del Fuego están regresando? —Susurró y aclarando su mente buscó recuperar la compostura—, un problema a la vez —murmuró para sí mismo—. Curen al Fungal, necesito más información y comuniquen a Drak que guíe mis tropas a la victoria en el Bastión de Délomar. Esta reunión ha terminado.

Se alejó pensando en los nuevos giros e inclinaciones que la gran balanza empezaba a mostrar, aunque bien haya sido planeado, ya empezaba a darse cuenta de que nada estaría libre de error. Las pesadillas de la antigua guerra brotan más rápido en las nuevas eras.

—Necesito la tercera parte de la reliquia, los hijos del Fuego no deben conocer su origen... —gritó con fuerza mientras se alejaba.

—Lord Zandar, Mócdry ha regresado de su expedición en los Jardines de Abril. —Interrumpió su marcha un mensajero.

—Espero que tenga buenas noticias, que se reúna conmigo cerca a las calderas.

—Sí mi Lord. —El mensajero hizo una venia y se retiró.

Zandar salió de la sala a paso acelerado, al lograr alejarse disminuyó el paso y dejó libre a la inquietud que danzaba en su interior, creando un revoloteo cruel de cuervos en su estómago. ¿Por qué después de tanto tiempo un Dios del Fuego aparecería otra vez? ¿Qué lo despertó? ¿O se trata de alguien con un poder similar? ¡Tal vez sea solo una confusión! Trataba de obviarlo de ese modo, sin embargo iba naciendo la inquietud de exterminar esa amenaza mientras buscaba como definir la contrariedad de aquella posibilidad. Su concentración aumentó y su cuerpo dejó brotar una onda de calor que sacudió todo el lugar, su mirada se posó en el horizonte mientras la guerra que se aproximaba pasaba a través de sus ojos, iba anotando las posibilidades inciertas que podrían suceder; en su mente buscó cubrirlas ampliamente con una y otra estrategia. Había estudiado durante mucho tiempo a sus enemigos, pero el comportamiento intuitivo de los Liliiums formaba una barrera en la percepción de su perfil y era esa misma razón que los hacía impredecibles. Ya todo está hecho, solo falta una verdadera victoria en el Bastión de Délomar, la cual se está demorando

más de lo esperado, ¿qué es lo que sucede allá?

—Mi lord, estoy listo para dar mi informe. —Interrumpió Mócdry, quien había estado esperando en silencio, pero Lord Zandar estaba tan sumido en sus pensamientos que no percibía su presencia o al menos fingía no hacerlo.

—Mócdry, te esperaba con impaciencia, dime lo que tus ojos han visto y lo que tus instintos te dicen.

—Vi algo interesante mi Lord, mientras perseguía a una presa... —esperó a que los ojos curiosos de su lord se posaran en él, y al conseguirlo continuó—, los que escapaban del ataque no dudaron en correr en una misma dirección, lo cual me intrigó —hizo un sonido extraño como si tratara de evitar la caída de la saliva de sus fauces—, de modo que junto con algunos guerreros seguimos a dos infelices cuyo terror nos guio perfectamente —soltó una risa nasal y opacada—, estos cobardes Liliums corrieron en dirección al bosque blanco o como en la antigüedad se nombraba... uhmm —hizo una profunda búsqueda en su memoria sin llegar al nombre.

—El Bosque de Marfil —Zandar terminó la frase—, pues cuanto mejor, los aplastaremos como a moscas, ¿qué más sabes?

—Lo único que sé es lo extraño de la tierra y la vegetación. En un inicio no lo creía, pero realmente es todo blanco, fuera de eso no es más que un simple bosque.

—Bien, luego nos ocuparemos de los sobrevivientes, mientras tanto que los arrasabosques vayan creando un camino directo hacia ellos —Zandar rio malévolamente—, les mostraremos lo que mil años pueden crear. Descubrirán que el tiempo nos hizo más fuertes a pesar de la maldición, no permitiré que ninguno sobreviva, estoy tan cerca de librarnos de este suplicio y solo cuando el otro brazo de la balanza desaparezca, la maldición terminará. Ya es tiempo de acabar con sus esperanzas, me encargaré del Bastión de Délomar... Mócdry, empieza la fase dos del plan.

Se acercó a una mesa donde había una filosa espada suspendida en el aire, la sujetó con fuerza y al batirla, el viento silbó sonando como murmullos y unas letras se dibujaron: «Et fictal», de inmediato los símbolos se impregnaron en el vacío, quemando y arrasando un pedazo de espacio frente a él, desplomándolo como una sábana y creando una puerta bidimensional en la cual se reflejaba los arrabales de Délomar.

—Sígueme Mócdry, la sangre espera. —Mócdry vio el sadismo dibujarse en los ojos de su lord, inclinó ligeramente la cabeza y lo siguió.

Juntos atravesaron el portal, la sensación de tocar el aire congelado fue pronto recompensado por el ardiente calor de Délomar. Mócdry pestañeó muchas veces tratando de adaptarse a la luz que hería sus ojos. Zandar respiró profundamente y se dejó llevar por el sonido del campo de batalla ya desatado.

Tremendas explosiones sacudían la tierra y el aire caliente de los corazones enardecidos, flagelaban la victoria de un lado a otro sin poder mantenerla quieta en un lugar.

—Han pasado los años, pero la guerra siempre será el mismo caos, mi raza restauró el orden y de los que aún quedamos depende preservarlo... —Empuñó con fuerza y se elevó por los aires—. El fin se está dibujando.

Mientras las fauces de la bestia se iba marcando. Ábreas caminaba lentamente entre los escombros de tierra y carne esparcidos en el campo de batalla. Las explosiones cercanas de las temibles catapultas y ballestas de ambos lados no opacaban las loas en su nombre; tras él las sombras de los muertos se levantaban aún con el ímpetu en alto y los Fungals se aterrorizaban a su paso. La tierra gritaba tras cada espuma de ácido que recibía y la voluntad enardecida de sentir la victoria llenaba de energía y coraje a todos los cobardes que solo buscaban cubrirse con las sábanas del espanto.

Las legiones de los Liliums gritaron al ver en alto el estandarte sujeto por su general y guiados con ese impulso se lanzaron una vez más contra el enemigo emocionalmente agotado; tras cada paso se levantaba la voz semejante a una avalancha y la vibración de los cimientos repercutía en los latidos alterados.

Cada vez más cerca al encaramiento de la muerte, la primera fila de los Liliums empezó a brillar, signo predictivo de la presencia de la magia en abundancia. Los Centinelas aguerridos y coordinados empezaron a invocar a una sola voz y repetidamente:

—¡Litraj! ¡Asulam! ¡Terena!

Hasta que de los cielos llovió aceite negro; acto seguido, los intrépidos arqueros dispararon con gran precisión flechas encendidas que surcaron el cielo sin un destino, pero al llegar a la lluvia de aceite se prendieron como los antiguos Ugur's narrarían después:

«En ese momento el mar en llamas cayó del cielo».

Pronto los gritos de dolor y espanto retorcieron el ímpetu, mientras los Liliums identificados y poseídos por el momento estoqueaban con sus filosas espadas a todo cuanto aún se moviera.

«Victoria» se escuchó, pero esta sonó más a una pregunta y las miradas perdidas y enloquecidas buscaron a alguien que confirme la incógnita. No pasó mucho hasta que las miradas se posaron en Ábreas, quien con la serenidad que lo caracterizaba observaba todo el escenario. De pronto su mirada se fosilizó en el vacío y por inercia los demás voltearon hacia esa misma dirección y grande fue la sorpresa, una legión de Fungals con armaduras pesadas descansaban y observaban impávidos todo lo ocurrido y algunos hasta sonreían. El desconcierto se apoderó de todos... hasta que la voz inconfundible del general Rosel llegó como un impulso:

—¡Fórmense!, ¡fórmense! Y prepárense a darle una segunda palmada a la muerte... ¡fórmense!

Todos se formaron raudamente, tal como habían sido entrenados, solo que en esta ocasión habían espacios vacíos de aquellos que ya no acatarían la orden nunca más, esos vacíos hirieron indiscutiblemente la fortaleza de la supuesta victoria; su hedor

supo a miedo e inclusive algunos lo pudieron tocar.

Al ver esto, Rosel buscó inspirar a sus tropas:

—Si bien es cierto que el miedo nos acompaña y retuerce nuestro corazón, entonces no nos da otra alternativa que levantarle la mano y convertirla en nuestra amante o en la fuerza que representa. Aquí empieza la batalla mis queridos hermanos y no es contra los Fungals, sino contra nosotros mismos, venzan en el interior y el exterior se arrodillará ante ustedes.

—¡Viva el general Rosel!

Gritaron recuperando la valentía, alzando los escudos y no solamente los físicos, sino también el de sus corazones.

—¿Ábreas? ¿Qué distrae tu mirada? —Preguntó Rosel usando la telepatía, don conferido a aquellos que ya habían domado sus miedos—. ¿Acaso crees que no podremos contra esa legión?

—No son ellos los que me distraen, sino aquel que en los aires observa.

—Rosel surcó los cielos con la mirada y al ubicarlo su cuerpo se estremeció... — Es Zandar, ¿puedes enfrentarlo, Ábreas?

—Puedo enfrentarlo; derrotarlo... no lo sé, retenerlo... no lo sé. Queda intentarlo... lo demás el hecho lo dirá, pero si lo voy a hacer —se acercó a Rosel y agregó—: Será mejor que ahora cuides tú de la reliquia.

Rosel vio la determinación en sus palabras y un helado viento cuyo frescor supo a despedida lo estremeció. No profirió palabra alguna, pero al recibir la reliquia su corazón dejó entender su preocupación.

—No temas Rosel. —Dijo Ábreas mientras se alejaba.

—Al fin los veo, insignificantes Liliiums, son peor que una plaga, pero ya pronto encontrarán su fin. —Gritó Zandar mientras se acercaba lentamente hacia sus tropas, quienes estaban al tanto de su llegada gracias a Mócdry que ya se encontraba entre ellos.

Su presencia se hizo sentir con la misma fuerza que el fuego profiere y al fin los Fungals de gruesa armadura se pusieron de pie y lanzaron un rugido que se asemejó al de ciertos leones hambrientos y los Gour Democs, temibles invocadores de los Yabels dieron el primer paso hacia adelante.

—¡Muestren a esos gusanos lo que es una verdadera lluvia! —Gritó Zandar.

—¡Azu'! ¡Nelaya! ¡Patriera! ¡Igñi! ¡Saber! ¡Coul A'huan! ¡Saya'i te feit! — Invocación que continuó hasta que crearon un terrible vórtice en el espacio que empezó a girar de derecha a izquierda con vehemencia, absorbiendo el aire y la luz del día, dejando un color azufre en todo el cielo, el vórtice incrementó la velocidad de los vientos y hasta algunas piedras se elevaron, luego repentinamente el viento paró, la estática se apoderó de todos y ante la incredulidad de los que observaban, empezaron a llover enormes rocas encendidas, que estallaron al contacto con la tierra, absorbiendo la sangre y el acero de los que habían caído, creando la peor de las pesadillas.

Los cuerpos destruidos se levantaron poseídos y transformados en demonios, mientras los vivos atónitos miraban las entrañas del espanto.

Muchos Liliiums cayeron con la lluvia de roca y se levantaron con la misma totalmente transformados y mientras el combate se desataba contra lo sobrenatural, el ruido ensordecedor de las armaduras pesadas que vibraban como un solo galope dificultaba la concentración de los Liliiums que peleaban por instinto más que por convicción.

—¡Hermanos! ¡Alcen los escudos! —Gritó con fuerza Rosel al ver a los Fungals de armaduras pesadas acercarse y estos sin perder el tiempo desataron los ácidos de sus labios, a la vez que con furia blandían las espadas y saltaban sin dudar sobre los Liliiums extraviados por el holocausto.

Rápidamente los Centinelas pudieron bloquear el primer embate, dando tiempo a los demás para reagruparse y recuperar la calma, aunque el descontento de alzar sus armas contra sus propios hermanos convertidos causó un estremecimiento en su valor e incrementó la lucha emocional ya empezada.

Furioso fue el estruendo del choque de los escudos al encontrarse el grueso de ambos bandos. Las espadas se rompían al chocar con la voluntad indomable del adversario, mientras los escudos zumbaban y creaban relámpagos, relámpagos que pronto eran acompañados de una tormenta roja que bañaba a ambos lados por igual, hasta que la balanza del equilibrio se sacudió en el medio del furor.

Después de eliminar a sus adversarios que estaban a su alrededor, dos miradas sedientas y predestinadas al fin se encontraron y al hacerlo chispas de fuego y oscuridad brotaron aceptando el desafío.

El viento chocó contra el cuerpo ardiente de Zandar y su frescor fue placentero por un instante, luego atraído por la oscuridad descendió por el desnivel del suelo causado por los meteoros y en el centro del cráter un extraño ser lo esperaba con gran serenidad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió el estremecimiento involuntario en el estómago al encarar a un guerrero y no poder predecir el resultado lo incomodaba, pero era la oscuridad que lo envolvía lo que llamaba y despertaba su interés. No dudó en mantener en alto su guardia, sus instintos lo gritaban, no era un ser común quien lo esperaba, de lo único que estaba seguro era que la batalla se definiría ahí y cuanto más se acercaba, más lo confirmaba.

Por otro lado Ábreas, con aparente calma observaba mientras la ansiedad devoraba sus entrañas y reflexionaba mientras su destino convulsionaba: «Como puede existir alguien que con su sola presencia infunda tanto terror, apenas puedo mantener la calma y empiezo a sentir que los cimientos que me sostienen se desmoronan, tal vez sea solo mi imaginación, pero veo la esencia de sus víctimas gritar a su alrededor, es espantoso. Sombras sean mis ojos, ayúdenme a no cometer error porque en el momento que lo haga se acabará todo».

«El perfume engañoso que se esconde en la sensación del ganar o el perder será siempre una ilusión, sino se apreció el momento».

Frente a frente, inmutables y sumidos en una concentración tan grande, dieron paso a que el bullicio y el estruendo del exterior empezaran a desaparecer para ser remplazado lentamente por los choques electromagnéticos generados por la magia, que convertidos en rayos caían a su alrededor formando dos frentes impenetrables como el de dos esferas en colisión, no visibles para ojos comunes, pero perceptibles por todos.

«Cuando la voluntad y el corazón trascienden, se vuelven perceptibles y completamente visibles en las dimensiones donde los espíritus se enfrentan».

No tardó mucho para que Ábreas entendiera que el combate que aguardaba no se definiría tan solo por la habilidad, sino que también involucraría la tenacidad de sus almas, pero aun así esta voluntad y tenacidad se tambaleaban al observar de una forma intuitiva la experiencia de su rival.

—Eres valiente, eso lo reconozco, pero también estúpido y eso te toca a ti admitirlo, ¿o es que quizás, no me conoces?

—No es necesario un nombre para conocer al ser, las lágrimas y llantos a tu alrededor te describen mejor que cualquier historia que te haya mencionado... Lord Zandar.

—De modo que mis actos ahora me preceden —rio con fuerza—, el tiempo es una ligera traicionera, pero lo que se hizo en su momento es la marca preciosa que nos define. ¿A ti qué te define ser de sombras?

—Tu pregunta engloba mi respuesta, me define la oscuridad.

En ese momento Zandar dio un paso al costado para analizar mejor a su rival, y de inmediato Ábreas emparejó el ángulo.

—Tienes buenos instintos, ¡pero eso no basta cuando te enfrentas al fuego! —De pronto el viento trajo consigo diminutas hojas secas que se convirtieron en cenizas al pasar cerca de Zandar; lentamente la temperatura empezó a elevarse aún más y el aire caliente dificultó la respiración.

—Desconozco tu rostro y no existe nada que te mencione, ¿acaso eres nuevo en este lugar o es que existe otro criadero de la escoria de tu raza? —De solo imaginarlo se rodeó de furia y el desprecio el cual se manifestó en fuego a través de sus ojos.

—Soy el resultado del odio que tu cacería interminable ha sembrado y así como yo han brotado muchos, somos hijos del odio esperando devorar al padre y si somos escoria es porque nacimos de la misma.

La tensión se elevó y abruptamente el tiempo desapareció, el silencio absoluto los aisló y solo la pesada respiración de ambos irrumpió en la quietud y esta vez fue disminuyendo hasta dejar de ser perceptible...

«El límite de la concentración es el no pensar».

La adrenalina explotó con violencia y ansiosos se lanzaron el uno contra el otro tras el reflejo de un simple desliz de roca.

En el exterior los guerreros enardecidos vieron dos enormes olas, una de fuego y otra de tinieblas, mezclarse abruptamente formando un tornado indescriptible de

relámpagos negros y rojos que empezaron a destruir todo a su alrededor. Mientras se soltaba el lamento de los infiernos y el terror de la oscuridad.

—Escogiste a un Yabel para dejar este mundo y gustoso cumpliré con tu pedido. ¡Igni-Arrus! —Clamó Zandar, mientras el aire se convertía en una pared enorme de fuego, creando una especie de cárcel en forma de cubo rodeando a Ábreas y luego empezó a comprimirla a gran velocidad. Ábreas encontró un escape en la parte superior del Igni-Arrus, de aquella trampa de lava y fuego, y se apresuró en escapar dando un salto con gran fuerza y precisión; sin embargo Zandar lo esperaba en lo más alto, con una lanza formada de lava... y atravesó a Ábreas en el corazón.

—¡Se acabó!, esperaba más de ti centinela de las sombras, pero resultaste ser un espejismo de potencial. —Lo dijo con cierto enfado y luego retiró la lanza de lava, del cuerpo inerte, con fuerza y desprecio y lo vio caer mientras este se convertía en cenizas.

Rosel sintió un frío tenebroso envolver su cuerpo, miró atrás con gran nostalgia y dejó escapar un suspiro doloroso que se compartió con todos los guerreros junto a él. Las lágrimas silenciosas rodaron en las mejillas cubiertas de sangre y barro, mientras las manos callosas y cansadas sintieron el peso aumentado de sus armas y temió no poder levantarlas para defenderse de amenaza alguna. Detrás, su querido hogar se ahogaba en llamas y los crujidos de sus cimientos eran llanto del espíritu de los caídos y la fuerza de sus guerreros ya no era más que simples aves en el cielo.

«El Bastión de Délomar ha caído, sus valientes han corrido y el manto protector de oscuridad se ha perdido, solo quedan escombros y cenizas y donde los vivos cantaban con gran alegría, ahora los muertos los reemplazan con fútil existencia, por ahí andan las cenizas del osado que levantó el puño ante Zandar, por ahí el viento lleva las cenizas de los que lucharon contra el fuego, tristes aquellos que aún tienen esperanzas, pero aún más tristes los que nunca la tuvieron. Que el valor de los caídos se apodere de nosotros y que nos libre del temor hacia el fuego, ya que, para cambiar nuestro destino, nuestras manos, nuestro cuerpo y en especial nuestro espíritu tendrán que arder. Triste es la esperanza, pero es lo que tenemos y ahora de nosotros dependerá, también tener valor».

Emprendiendo la huida, Rosel señaló el camino y ahí a lo lejos una figura cubierta con una capa de harapos, que el viento se encargaba de ondular, esperaba de espaldas mientras contemplaba el rojizo cielo que el sol dejaba atrás al esconderse de la crueldad de los vivos. Pronto Rosel estuvo cerca y preguntó:

—¿Cómo lo hiciste?

—El arte de la guerra es mitad engaño y mitad certeza —sonrió levemente y luego continuó—, la estrategia funcionó Rosel. Ahora todo se definirá en el Bosque de Marfil...

Rosel esbozó una sonrisa extraída de lo profundo de la tristeza y dijo:

—Lo hiciste bien... Ábreas.

Perfume de esperanza



«Huele a flores, si existe algún vestigio de felicidad sin duda alguna debe oler así, si es un sueño es uno del que no quisiera despertar, siento armonía en mi interior y puedo ver mi propio mundo, tal vez no con la claridad que los ojos puedan brindar, pero lo suficiente para entender que todo lo que en mi interior consiga se verá reflejado en el exterior, ¿esa es la realidad, esa es la miel que la compañía unta al brindar seguridad o es acaso solo un escape de la verdad? Sentir al mundo doblegarse es mejor que verlo, porque los ojos se restringen con la ilusión y la razón, que difícil comprender que son estas solo la base inferior y casi despreciable del potencial de cada uno, fingimos ver en la oscuridad y caminamos desorientados estando siempre la luz en nuestro lado...

Extrañas aves caminan en los sueños, se entienden y tienen un sentido, mas al despertar nublamos su significado con la antítesis de la razón y dejamos de ver lo que en medio del vaivén ha sido depositado».

Todo se tornó borroso mientras el aroma fresco del amanecer despertaba mis sentidos, pestañeé insistentemente acostumbrando mis ojos al brillo del rocío en la alfombra de pétalos nacarados, para luego fijar la mirada en la inocencia y fragilidad que el sueño regala al cuerpo en su descanso y volví por un segundo a caer dormido con los ojos abiertos al contemplar a O'da descansar a mi lado, era una oportunidad maravillosa de observarla libremente sin el desconcierto del cruce de las miradas, era increíble pensar cómo tanta fragilidad podía convertirse en tanta fortaleza, cómo un cuerpo tan fino podría tener tanta fuerza y aún más impresionante, cómo una belleza tan grande podría convertirse en un demonio; a pesar de las preguntas, de algún modo después de ir conociéndola, podía responderlas. Sin embargo la única pregunta que tal vez nunca podré responder es cómo mi mayor temor se pudo convertir en mi mayor fortaleza. Eres hermosa O'da y no lo digo por lo obvio. En ese momento el viento se sacudió y pude ver como un pétalo de rosa salió arrojado de su rostro dando

paso a otro en su interior, quedé fascinado.

—Si sigues viéndome así, pensaré que te he robado el corazón. —Me dijo mientras se separaba de los brazos de Morfeo.

No pude evitar ruborizarme, había sido descubierto y no estaba preparado, así que jugué las cartas de la improvisación.

—¿Si eso fuera verdad, me lo devolverías?

—No lo haría —sonrió pícaramente mientras se sentaba y arreglaba su cabello, se tomó su tiempo y al fin agregó—: pero sí lo intercambiaría con el mío.

Mi corazón dio un salto y quedé atrapado en la red de la ilusión y la travesura, entre la seriedad y la broma.

Estuve a punto de responder con la torpeza del que camina sin protección en el espacio, cuando ella no pudo evitarlo más y empezó a reírse burlonamente.

—Kailem tu ingenuidad es tu encanto, pero ten cuidado que se convierta en tu maldición.

Dulces palabras que me ayudaron a despertar por completo y aunque el mensaje estaba implícito, no pude evitar interesarme un poco más en ella, atiné a sonreír complacido ya que no existe mayor error que la voz del engaño en nuestra propia cabeza, estiré una mano para ayudarla a levantarse y pude sentir la suavidad de los pétalos de una rosa al sujetarla y aunque ella me dio las gracias, el agradecido en el fondo fui yo.

«Toda sensación y/o experiencia enseña, sea agradable o desagradable, pero depende de nosotros entender la enseñanza. Su comprensión se llama sabiduría».

—Kailem, la música de las esferas resuenan con fuerza esta mañana...

No entendí a qué se refería, pero imaginé que se trataba de alguna frase de su pueblo.

—¿Cuál música? —Pregunté.

—¿Aún no escuchas la melodía de la creación? —Me miró fijamente y agregó—: Descuida, pronto escucharás los tambores de guerra en su reemplazo.

Tal vez nunca llegue a escuchar la melodía de las esferas pero tengo la impresión que se trata del canto del silencio, en cuanto a los tambores de guerra..., estuve a punto de preguntar, cuando cierto bullicio empezó a incrementarse reemplazando la quietud natural por la angustia de los vivos. Miré a O'da quien serena escuchaba y no pude evitar preguntarle: «¿Qué está pasando?».

—Las mangostas de la guerra tienen hambre y han encontrado su festín aquí. —Sujetó mi mano y caminamos hacia el frenesí, pude sentir su inquietud y al ver desde las alturas a los recién llegados entendí por qué su corazón se estremecía con tanta violencia, tanta como para dejarse sentir en sus manos.

Los cuerpos heridos y manchados, el camino de las lágrimas había abierto grietas en el piso, mientras el polvo impregnado describía mejor su viaje y espacios vacíos en su andar reflejaban las pérdidas de los que debían ocuparlos. Sentí el calor de su cuerpo que empieza a sucumbir a la tristeza y sujeté con más fuerza su mano tratando

de hacer notar mi apoyo incondicional, pero al ver que aun así se derrumbaba..., le dije:

—La fuerza que ellos vean en ti ahora, será la fuerza que los mantendrá, no titubees, ya habrá tiempo O'da.

Inmediatamente recuperó la compostura, respiró profundamente y volvió en sí y su aura envolvió de seguridad su entorno.

Un centinela apareció de pronto y se inclinó ante ella...

—Princesa, espero sus órdenes...

El centinela estaba elegantemente vestido y se podían ver las púas de su piel atravesar partes de su vestimenta, sus pies eran anchos y parecían troncos viejos, portaba un arma muy peculiar, como la de un arpón, que aparte del gancho en la punta tenía un contorno temiblemente afilado, no parecía ser muy resistente e inclusive diría que era algo flexible. Tal vez ahí radica la mortalidad de esa arma, pensé mientras observaba. Pude ver además en su semblante severo, tal vez por el tiempo o tal vez por sus vivencias, la disposición en su mirada inquebrantable y dispuesta a obedecer a ojos cerrados, eso es lo que realmente llamó mi atención.

¿Será que aquellos que viven acostumbrados a la voluntad de otros y a la suerte que estos deciden que dejan de lado su propio criterio, su libertad? ¿Qué anzuelos se clavaron en su corazón para pescar su libre albedrío o es que hay una confusión entre disposición y predisposición?, donde el principal diferenciador sería el origen de la orden sea esta propia o ajena... Reflexionaba, mientras iba entendiendo la frase difusa. «El pecado del ciego es pecado del que ve».

—Por ahora ayuda a los recién llegados, dales abrigo y comida, que se refugien tras los árboles sagrados, busca a sus dirigentes y comunícales la situación, averigua lo ocurrido e informa a los demás... Aldivier manténme al tanto. —No pudo evitar esconder su preocupación y aunque viró rápidamente para ocultar el rostro, la última frase endeble y temblorosa la delató.

Aldivier dirigió su intrigada mirada hacia mí y esta se tornó más confusa, lo saludé con una venia silenciosa la cual no fue correspondida.

—Con su permiso princesa... —dijo eso y se retiró sin necesidad de dar paso alguno y si lo hizo fue porque aprovechó algunos de mis parpadeos, por lo que no me di cuenta.

Ya la inquietud empezaba a tocar mis puertas y mientras se alimentaba grotescamente del bullicio exterior, la belleza de la mañana desaparecía tras el miedo y la tristeza enmudecía, luego a lo lejos pude ver a pocos valientes que iban llegando rodeados de cobardes que buscaban embravecer con su compañía; pero ni su coraje disimulaba el polvo sangriento impregnado en la ropa y piel de los Liliums, que se asemejaban a las tristezas desperdigadas en el viento. Quedé anonadado y paralizado tras la corriente interminable de vida adolorida. Y sin poder evitarlo nuevamente pregunté:

—O'da... ¿qué es lo que ha ocurrido? —Volteé en dirección a ella para completar

la interrogante, mas no la pude encontrar, en vano miré en todas las direcciones, puesto que ya no se encontraba ahí, repetí su nombre un par de veces esperando su respuesta mientras el eco de mi propia voz se ahogaba en el alboroto. Extraviado en el qué hacer continué observando hasta que el viento hizo cosquillas en mi mejilla y supe de alguna forma que era O'da quien se despedía, no sabía a un adiós, pero sí a un hasta luego, sonreí con sorpresa mientras pedía al viento llevar mi respuesta:

—Nos veremos pronto..., sulem Ishira, O'da.

La comunicación con el viento restableció mi ánimo y elevando la mirada en ese mágico lugar viví por un momento la ironía de la paz en la guerra.

«La intuición es la comunicación que trasciende a la estructurada, por ser la base y la llave del conocimiento, en ella todo es posible ya que escapa de la dualidad de la razón».

Lentamente el camino manchado que la serpiente había dejado a su paso, empezaba a ser cubierto por los brazos invisibles de los monstruosos árboles que vi gracias al Chuuk y cuando el terreno ya casi camuflado por pétalos blancos estuvo a punto de ser perfecto, la faena se detuvo abruptamente, en ese preciso instante un último grupo se asomaba en la cima.

Los aires volvían a ser inciertos, así como las horas en el silencio, pero el peso del destino cargaba consigo sus sorpresas. Reí sin poder evitarlo, me paré y avancé al encuentro de los caminantes, se notaba el reflejo del pesado viaje en sus prendas y la fatiga ungía sus emociones, mientras les permitía ver solo el camino a sus pies. Me detuve en su trayecto...

—¡Bienvenidos! —Dije con voz alta, pero mi saludo los sorprendió y al fin cuando levantaron la mirada, claramente el desconcierto se apoderó de ellos, lo pude notar en sus rostros e inclusive algunos se pusieron en guardia, me di cuenta que debí haber saludado en singular e instintivamente llevé una mano hacia una de las espadas, sentí una breve tensión en sus filas hasta que esta fue calmada con una voz igual de alta:

—Kailem Istramus —una fuerte carcajada sonó entre el grupo mientras esta abría paso al proclamador.

—¡Ábreas! —saludé con más fuerza—. Mi buen amigo no sabes el gusto que me da volver a verte.

—Como siempre desconcentrado —dijo mientras ponía una mano en el hombro de un miembro del grupo dándoles a entender que todo estaba bien; y los nudos enredados se desataron dejando caer el alivio tan dichoso que emana después de la odisea—. También me da gusto verte...

—Así que este es el caído que nos liberó. —Interrumpió Rosel con una voz suave, mientras retiraba la capucha que cubría su rostro. Hizo una venia, saludo usual de respeto entre los Liliiums, me apresuré a corresponderle tratando de imitar la gracia y elegancia de su ejecutor. Sin embargo la falta de costumbre en ese saludo pudo causar una impresión distinta que por suerte dejaron de lado—. Soy Rosel —continuó

—, general de las Fuerzas de Délomar.

—Soy Kailem —respondí y guardé silencio; por un momento en mi mente cruzó agregar estudiante de Instituto, pero me di cuenta que no entenderían la broma, así que reí sin mostrarlo. Aprovechando la disposición de los que me rodeaban me dispuse a saciar la curiosidad que me abordaba y pregunté: ¿Qué es lo que está sucediendo?

—Rosel sonrió con complacencia —solo juntamos las piezas para tratar de dar forma a la esperanza...

«A veces las respuestas más inocentes pueden ser las más sabias». Bastó con volver a verlos para entender el sacrificio y el sentido de su respuesta, la cual dio paso a una incógnita mayor, ¿si la guerra llega hasta aquí, y recordando a todos los que durante el día habían llegado y a quienes solo la sombra de la derrota acompañaba, realmente podría haber esperanza?

Ábreas entendiendo la incógnita en mi mente, susurró mirándome fijamente: «Basta que lo crean y ahí podrá nacer el milagro».

—¿Insinúan que esto podría ser una masacre?

—¡Claro que no! Hay un plan muy grande que no se debe revelar aún —rio Rosel entre el sabor amargo y dulce sin llegar a lo agrio y borrando la sonrisa que por un momento se apoderó de su rostro—, estamos en una etapa decisiva por la que nos entregamos a ramas más fuertes. —Lo dijo mientras observaba el gran Bosque de Marfil y luego soltó una indirecta que por sí sola se expresó muy bien: «Todos los brazos que puedan levantar un arma sin temor harán la diferencia».

Viejo astuto susurré en mi interior, me arrastras a la guerra sin consultarlo.

—Esperemos que esos brazos estén dispuestos —agregué.

Rosel entrecerró los ojos después de abrirlos con rudeza por la ladina respuesta y pudo ver como Ábreas estrangulaba la carcajada que podría desatar un desatino. Exhaló entreabriendo los labios y lentamente esbozó una media sonrisa.

—Esperemos la disposición entonces. Ya deben estar esperándome... —acomodó sus prendas y con la misma elegancia del saludo se despidió.

—Ábreas... ¿dónde está la reliquia? —Pregunté al no detectar la escarcela que siempre cargaba—. Si el enemigo se entera que hay algo de tanto valor aquí, las cosas se pondrán aún peor.

—Lo sé, lo sé, pero hasta que no encontremos a alguien capaz de cuidarla o de darle un uso, la responsabilidad será nuestra.

—Entonces entrégasela al rey, después de todo esa fue la misión que nos encomendó.

—El camino hacia la arboleda ya está bloqueado, llegamos tarde, por eso debemos prevalecer acá para crear una brecha y así poder entregar nuestro encargo.

—¿Pero cómo —me sorprendí—. Un árbol tan grande pudo haber llegado a la arboleda?

—Se llama traspaso de energía, todos los seres vivos pueden lograrlo, sin

embargo requiere de una concentración iluminada, te enseñaré como hacerlo —rio recordando lo previo, pero él fue más directo—, si nos ayudas en esta batalla...

—Difícilmente mi participación hará diferencia. También es obvio que no tengo idea hacia donde ir y mientras estemos atrapados será también mi problema; sin embargo no olvides que no es mi guerra.

Camufló su alegría con la seriedad sin resultado y continuó:

—Si todo sale bien te ayudaré en tu búsqueda, no me gusta deberle favores a nadie...

Sonreí con agrado mientras estrechábamos las manos sellando lo prometido y en ese momento escuchamos al viento susurrar: «También te ayudaré Kailem», mientras de algún modo se hacía sentir en nuestras manos.

—¡Princesa O'da! —Saludó Ábreas—. Mientras aclaraba la sospecha generada tras un bum en mi corazón, y ante la posibilidad de escuchar a mi ángel del árbol.

Hacía mucho tiempo que no sentía el perfume auténtico de la amistad... me sentí agradecido y también perturbado, por el costo que podría acarrear la misma. ¿Es justificable quitar la vida de un ser por amistad? ¿Es justificable arrebatar la vida solo por no comprender? Vaya peso que has puesto en mis manos Siomac, si en verdad he de respetar mi juramento tendré que ser justo ante ambos lados, ¿pero cómo serlo mientras la guadaña de la muerte se aproxima a mi garganta? Me pregunté... ¿En qué momento o qué debo hacer para que una ley superior lave las muertes que mis manos vayan a tomar tras seguir una ley inferior? ¿Qué tendré que sacrificar para ser justo? Era imposible encontrar respuesta a esas incógnitas en tan poco tiempo; sin embargo, en algún lugar había escuchado *«la jornada es el camino que lleva a las respuestas, pues son parte de sí»*.

—Qué pasa Kailem —escuché la suave voz de O'da que se acercaba desde atrás, mientras me ayudaba a escapar de mis pensamientos—, estás pálido. —Se acercó con mucha gracia.

—No es nada —respondí con suavidad, mientras miraba a Ábreas quien también había caído preso de sus pensamientos e instintivamente pronuncié lo primero que vino a mi mente—, que la sabiduría guíe nuestra mano y la ilumine en momentos de indecisión, pues es ahí donde se esconde el error.

Ábreas sonrió, mientras rompía las cadenas del pensamiento sin proferir palabra y el viento asintió imitando a O'da. Se había hecho tarde y me senté para descansar cuando en ese momento una voz lejana paralizó mis latidos.

—Que así sea Kai... —Mi corazón retumbó con fuerza y poco después mi mente susurró: solo mi ángel me llama así.

«Es inexplicable e ilusorio hallar algo concreto y exacto en el batallar de los opuestos, que en forma de imágenes mentales busca la gracia de la verdad, usando y justificando a la razón».

«Ser justo es un idealismo psicológico que enmarca sacrificio y todo sacrificio es debidamente compensado, ya que todo lo que se debe se paga de una u otra forma».

A esa conclusión llegó Kailem al silenciar su mente tras el sueño.

«No existe problema que no tenga solución, pero para encontrarla es indispensable dejar de temer, porque en síntesis la verdad de un problema no es más que el temor disfrazado en él mismo».

La noche al fin aplacó el estruendo del temor o al menos lo silenció, pero el confort del sueño se hizo inexistente mientras las ansias hacia lo incierto eran regurgitadas de vez en vez, ningún par de ojos concilió descanso y ni siquiera los guardianes monstruosos en quienes se había depositado las esperanzas de los Liliums lograron desatar la tensión de lo inevitable.

A media noche un zumbido en la tierra puso en alerta hasta al más sereno...

—O'da... Ábreas... Kailem...

—Lo sé Rosel —contestó O'da adelantándose a una explicación.

Sacudimos la laxitud del cuerpo y en ese momento la tierra tembló de una forma extraña otra vez, el reino del silencio empezó a ser disipado y fue reemplazado con el sonido peculiar del hierro y del barro, algunas lanzas, escudos y espadas empezaron a brillar al compás de la luna, la cual poco a poco se iba tiñendo de sangre, presagiando y advirtiendo la sorpresa del destino en su afán de diversión. Eventos que serán juzgados por los actos.

Caminé evitando hacer ruido y aprovechando la fuerte conexión con el Chuuk me acerqué a los arrabales del boque con la intención de entender el peligro; detrás mío O'da dio un paso largo con el cual logró alcanzarme y Ábreas se unió al segundo y los tres quedamos perplejos, anonadados e incrédulos al observar lo que la oscuridad había traído en silencio y lo que algunos por la distancia confundían con una plaga de luciérnagas; nosotros vimos que en verdad eran ojos que acechaban y brillaban al compás de la tenue luz, miles de Fungals se iban reuniendo y miles más se unirían en poco tiempo. Pero eso no era lo que causó la perturbación en el suelo, más lejos donde solo la intuición puede ver y lugar que difícilmente llegaría a ver usando al Chuuk, enormes bestias acomodaban máquinas dotadas de cientos de sierras; y el solo hecho de colocar y armar estos mastodontes de metal generaba tal percusión en el suelo que hacía vibrar nuestros pies. No entendía la languidez hecha asombro, hasta que O'da usándome de apoyo me mostró lo que sus ojos llegaban a ver...

—Arrasarán todo el bosque, la defensa que han planeado no servirá de nada —pensé. El centinela que había llamado mi atención con anterioridad apareció frente a nosotros, confirmando lo que habíamos visto y agregó: «El arrasabosques, como lo llaman ellos, estará ensamblado al atardecer».

El silencio en medio de la tensión alborotada generaba gritos tan agudos que no había Lilium en pie que no llegara a escuchar, el cual mezclado con el cantar de los suspiros dejaba ver los pedazos de alma, convertidos en miedo, formarse tras cada exhalación.

De algún modo la respuesta sobre el qué hacer era corazonada en los tres, pero su amorío al riesgo doblegaba la intención de contarlo. Lentamente el peso de la

responsabilidad pudo más que el temor y como un susurro arrancado de las peores pesadillas, al fin nos animamos a decir:

—Tenemos que evitar que lo ensamblen... —de solo mencionarlo sentí mi piel erizarse, mientras el escalofrío se confundía con el frío.

—Atravesar los cinturones de Fungals que lo rodean no será nada fácil, no podemos arriesgarnos a fallar por lo que tomaremos distintos caminos.

—Si son descubiertos prometan que abandonarán la misión y se pondrán a salvo —agregó O'da mientras clavaba una mirada disimulada.

Ábreas cerró los ojos tratando de aplastar la duda y al fin se animó a decir:

—Kailem, tal vez deberías quedarte...

La seguridad tiene un aliento dulce que se torna amargo cuando involucra la seguridad de otros, era claro que no tenían duda respecto a mis capacidades en combate, pero esta era una misión de infiltración en la cual mi poca experiencia solo representaría un riesgo, era sensato ese punto de vista; sin embargo en mi interior sabía que podía hacerlo, era la misma sensación que me mostró como luchar, la misma que me permitía adaptarme a lo ilusorio, donde el hecho de saber de forma intuitiva se burlaba de lo jamás aprendido.

Irracional; ¡sí!, extraño inclusive para mí, pero la confianza que brotaba de mi interior me hacía creer que ya lo había hecho antes y en cuanto al conocimiento también lo sabía, como si este hubiera sido depositado y confinado en mí.

—No se preocupen, no será la primera vez.

No entiendo aún por qué habiendo escapado del peligro me fui a meter otra vez en él, tampoco entiendo cual fue esa primera vez que con tanta convicción brotó de mis labios. Lo único que sé ahora es que me acababa de meter en un lío que no me correspondía.

—Eres un ser de muchos secretos Kailem —rio con fuerza Ábreas mientras se empezaba a preparar.

—Permítanme participar —levantó la voz el centinela que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Soy Aldivier del clan de los Tunad, mi especialidad es la infiltración y el camuflaje, no teman que si hay alguien preparado para esta tarea sin duda soy yo.

Su seguridad generó un escalofrío que me sacudió repentinamente y al dar el primer paso supe de inmediato que la misión se reduciría a eliminar una faceta del temor, la cual acompañada de innumerables dudas serían los obstáculos para continuar.

—Buena suerte —dijo Ábreas mientras estiraba su larga capa y esta proyectó la sombra que cubriría sus pasos, detrás de él una suave brisa se despidió y solo atiné a decir:

—Suerte O'da...

El centinela Aldivier me dio una palmada y se adelantó, lo seguí un rato con la mirada hasta que pronto desapareció...

¿Cómo voy a infiltrarme? Todos ellos tienen el don de la invisibilidad. ¿En qué estaba pensando? Empecé a regañarme con fuerza al sentirme abandonado de la seguridad del momento, di unos pasos antes de empezar a temblar... ¡Cálmate! ¡Cálmate! Gritaba en mi interior, mientras los sonidos propios del bosque retumbaban alimentando mi temor, los silbidos de las aves sonaban como burlas y la espesa vegetación jugaba bromas al camuflar los desniveles del suelo... ¡Esto es absurdo, estoy caminando hacia mi muerte! Renegaba tratando de convencerme para volver, sin embargo una fuerza misteriosa, que ya antes había sentido, trataba de despertar en mi interior, pero esta vez no nublando mi inconsciencia, sino abogando a ella. Su llamado fue tan fuerte que detuve la marcha en medio de la nada y lentamente mi mente fue vaciando todas sus dudas hasta solo quedar el silencio y por primera vez sentí la comunión natural y en esa quietud la voz de mi ángel me alcanzó:

—Kai, déjame que te muestre como...

Su voz generó tal éxtasis en mi interior, indescriptible e inefable.

—Mi ángel, no he olvidado mi promesa y te seguiré buscando siempre —dije desde el fondo de mi corazón y en ese momento una ventisca de imágenes perfectamente interrelacionadas me mostraron parte de la vida de un temible ser, estaba confundido, por un momento pensé que eran mis recuerdos. Fue espeluznante y a la vez maravilloso revivir las experiencias, emociones y aprendizajes de una vida ajena y aunque muchas partes del difuso rompecabezas no pude entender, las pocas que sí entendí empezaron a ser parte de mí.

Lentamente el éxtasis fue desapareciendo y con cierta nostalgia de abandonarlo empecé a despertar, aunque la verdad es que no estaba dormido, muchas veces el sueño más pesado es el que llevamos después de levantarnos y el más peligroso también. Al abrir los ojos vi la realidad que me rodeaba tan distinta, tan simple y clara que no lo creí en un primer inicio, respiré hondamente mientras repasaba lo sucedido tratando de encontrarle una razón o al menos un por qué; aún trataba de sujetarme al éxtasis para poder escuchar a mi ángel, pero este se evaporaba como el agua ante el intenso sol.

La mezcla de pena y dicha formaron un sentimiento nuevo en mi pecho que zumbaba con tal fuerza que cohibía mi respiración para luego hacerla más fuerte, el escalofrío continuó unos minutos más hasta que lentamente el furor que me envolvía visualizó la misión y sin pensarlo pronuncié:

—Kala Traps —de pronto la naturaleza perdió su brillo y todo se tornó gris, me fasciné y a la vez me espanté al ver como toda una vida de colores desaparecía, sin embargo movimientos contrarios al flujo natural se teñían de un rojo carmesí avivando los instintos y una furia en la decisión desconocidos para mí, impulsaban una reacción en movimiento que con mucha destreza pude lograr, no me di cuenta al inicio de ello hasta que decidí acercarme al rojo carmesí que seducía mi nuevo espacio gris, al llegar al origen del color me llevé tremenda sorpresa, pues se trataba de una pequeña liebre que a pesar de mi cercanía y de haberla acariciado ya un par de

veces, no había salido espantada. Inclusive llegué a pensar que ese tipo de liebre eran criaturas muy confiadas, le di una palmadita en el lomo y ante mi incredulidad el animalito se tensó y empezó a observar a todos lados para luego continuar con su faena. ¿Será acaso que no ve? Me pregunté y me respondí del mismo modo—: ¡Imposible! —me reí con fuerza y el animal corrió espantado dejando la posibilidad vigente. La curiosidad me llevó a buscar otro rojo carmesí y lo encontré muy cerca de donde estaba, esta vez se trataba de una pequeña ave que descansaba en una ramita mientras ensayaba su canto, empecé a acercarme y me di cuenta que instintivamente me detenía por momentos, avanzaba y giraba a gran velocidad sin perder de vista al objetivo, no tardé mucho en estar a corta distancia y al estar frente al ave estreché y cerré la mano logrando sujetar su piquito sin que esta pudiera reaccionar a tiempo—. Realmente no me ve —susurré anonadado mientras una lluvia de ideas fútiles me acorralaban, sacudí la fantasía que a ningún lado lleva y logré rescatar la misión que había quedado aplastada por la gruesa manta de la imaginación mecánica. Me levanté con mucha seguridad y esta junto al instinto me indicaron el camino.

O'da avanzó muy rápido, a pesar de la densa vegetación, guiada por el impulso del deber y fortalecida por la responsabilidad del peso que en sus hombros cargaba; sin embargo, lo abrupto del camino no era más que un juego de niños en comparación al caos que trataba de dibujarse ante sus ojos.

Grandes hogueras eran alimentadas con los pedazos de vida arrancados de la quietud por los arrasabosques y aunque estos carecían de movilidad propia ya se podía apreciar el poder destructivo que la tecnología mal usada brindaba en el tiempo. Enormes olas de humo se levantaban y daba la sensación de que los robustos árboles se despedían al ir desvaneciéndose en el cielo, lágrimas gruesas recorrían la tierra removida mientras años convertidos en destellos iban desapareciendo de forma lenta y quejumbrosa al ser expuestos al fuego; y las cenizas, de forma cruel, recorrían el suelo que los vio nacer. Tras años de brindar paz, descanso a su alrededor, tras años de dar sombra, refugio y protección a los más indefensos que en su inicio sigilosos se acercaron a sus regazos; ahora ahí indefensos y en silencio clamaban por ayuda y auxilio y solo acudían los pequeños huéspedes que entre sus ramas hicieron un hogar, mas tristemente su esfuerzo por proteger pasó a ser desapercibido; sin embargo, ante el último estertor la compañía de las indeseables alimañas fue el mejor consuelo.

Donde antes reinaron inmensos árboles, ahora los suspiros erráticos ya no encontraban obstáculo y la tierra fértil lavada por las lluvia se iba tiñendo de azufre, levantándose así el estandarte del fuego en el que la salamandra se imponía al dragón, los pesados pasos de los Fungals retumbaban y corrompían aún más la tierra adolorida y no muy lejos los gritos de los gigantes Fangals espantaban a las aves del cielo mientras trataban de reunir las últimas piezas de los arrasabosques.

O'da se acercó sigilosa sin despegar la vista de los enormes Fungals y cuando ya estuvo lo suficientemente cerca de uno, el sol errático reflejó un artículo con tal intensidad que después de provocar un pestañeo captó su atención...., la impresión fue

tan grande que languideció, su corazón se detuvo por unos instantes y el frío sudor se combinó con las cálidas lágrimas endurecidas por el tiempo y cuyo peso no pudo ser soportado. Se tapó la boca raudamente para ahogar el sollozo que sentenciaría su existir, cerró los ojos con aversión y abrazó sus rodillas mientras gritaba con todo su ser en silencio y cuanto más lo hacía más grande la ventana por donde el odio se asomaba, su mayor debilidad esperaba y se alimentaba del momento.

«El exceso incontrolable de una emoción da nacimiento a una creación».

O'da al descubrir los restos triturados y mezclados de su gente con el bosque olvidó la razón por la que estaba ahí y gobernada por el odio que susurraba en su oído dejó de ver con claridad para abrirle los brazos a la venganza, dio unos pasos y usando el poder de sus cabellos atravesó a dos Fungals que se encontraban cerca, a quienes ni el grueso metal de sus armaduras daría oportunidad para escabullirse de la muerte, los levantó y sujetándolos por el cuello y seducida por el poder del odio separó los cuerpos de sus cabezas. La respuesta no tardó, el rugido del Fangal alertó a los demás, O'da aceleró en dirección al gigante quien presto se deshacía de las cadenas que limitaban su movimiento, volvió a gritar con fuerza mientras el esputo se mezclaba con la suave llovizna que en vano luchaba por calmar los ánimos; la bestia Fangal enterró una de sus manos y con gran fuerza al retirarla creó una ola de barro con piedras y maleza en dirección a O'da, el mismo despliegue osciló el suelo, quebrando la certeza de sus pasos y colocándola en el agudo aprieto de la ola en su camino. Al no poder esquivar el peligro por alguno de los costados y seducida por la ira se lanzó de frente y sin temor a la temible amenaza, creó con sus cabellos una especie de taladro y girando el cuerpo a gran velocidad logró atravesar el obstáculo de lodo, pero el verdadero peligro la esperaba...

Cuando vio la escena después de atravesar el fango supo que su premura la había colocado frente a la muerte y que insulsamente había caído en el final cantado del desvalido. Estuvo a punto de cerrar los ojos frente a las palmas que se precipitaban con gran violencia para desaparecer al insecto, cuando una fuerza que apareció de la nada irrumpió con un conjuro...;sss... Sidaré! Aun así la fuerza del impacto fue tal que quedaron aturcidos; el Sidaré, la enorme defensa de rocas, no se rompió.

—Ahora somos dos en medio de la jauría, al menos ilesos aún —la sorpresa no tardó en dibujarse en el rostro resignado de O'da, devolviéndole así la vitalidad y mientras la coraza de rocas iba cayendo, la tenue luz que indica el largo del camino ungía de fuerza el corazón devastado y ante la no identificación, el panorama de lo importante se dibuja con la precisión de lo infinito.

Una mirada deliciosa y una sonrisa de paz se dibujó en ambos y aunque fue tan pasajero, sería eterno en el recuerdo.

—Has vuelto a salvarme otra vez Kailem, he sido una tonta y dejé que la frustración se apoderara de mí y mi insensatez nos ha puesto en peligro a los dos...

Kailem sonrió y la sujetó con fuerza. —¿Cuál peligro O'da? Eso solo está en tu mente y mirándola fijamente agregó: «aún no hemos concluido nuestra misión».

«Las pasiones despiertan por las acciones que nos sorprenden, aunque estas sean contrarias a nuestra percepción».

Kailem aún no podía asimilar la locura de haberse abalanzado ante las aplanadoras manos del Fangal y su corazón aún se retorció por la adrenalina, sus piernas temblaban por el pánico y el entorno sentenciaba su razón, estaba conmocionado, tanto que el cuerpo no lo mostraba y aunque las palabras que salían de su boca buscaban reanimarlo, estas lograban su objetivo con mayor cabalidad en O'da, y la fuerza que ella recuperaba se sentía en sus manos y esta misma fuerza lo recuperaba a él.

«Alimentación y retroalimentación, esa es la fuerza de los que dan, porque siempre reciben».

El Fangal gritó enfurecido y muchos Fungals se presentaron ante el llamado, pronto la resolución de las almas enjauladas frente a la furia de las miradas avivaron las flamas que junto con el rugido del león se prepararon para sonreír al destino y a sus confabulaciones con la muerte.

—Aún tenemos mucho que hacer... aún estoy lejos de cumplir mi promesa y nada va a detenerme... ¡Teldorass... Sidaré! —Gritó con fuerza Kailem mientras desenvainaba las espadas del justo Siomac, estas inmediatamente empezaron a brillar y su tamaño se triplicó.

O'da por su parte invocó a la suave luz de la aurora, la cual se materializó como una fina espada en sus manos y mientras la furia de los Fungals galopaba a gran velocidad para saciarse con la sangre del enemigo; la paciencia de los que no encuentran escape aumentaba junto con su fuerza, sin deslindarse de la resignación.

O'da suavemente contemplaba a Kailem y cuando sus miradas se encontraron al fin pudo expresar:

—Lo siento Kailem, esto es por mi error... huye que yo los detendré y así podré estar en paz contigo... ¡Vete Kailem, vete!

Por un momento un pensamiento cobarde me insinuó seguir la sugerencia, pero pronto una voz retumbó en mi interior llamándome la atención, arrepentido de lo que estuve a punto de hacer, miré fijamente a la princesa de los Lilioms cuyo fuego en los ojos aterrorizó a sus enemigos y a su vez me llenó de valentía, le sonreí cálidamente y le dije:

—Mi vida dejó de ser mía, cuando quedé abandonado en este lugar y ahora la comparto contigo... no te abandonaré, no volveré a huir. Luchemos juntos, eso es lo justo.

—¡Por nuestra vida! —respondió mientras esquivaba el primer embate de un Fungal que se había adelantado para darnos el encuentro y luego con una precisión casi quirúrgica le dio una estocada que empezó en el cuello y terminó en su corazón; tan perfecta que el Fungal se desplomó de inmediato sin dejar rastro alguno de la letal herida, luego recuperó la guardia y vi la avalancha de Fungals que se acercaba con vehemencia, haciendo vibrar la tierra y creando el estruendo con su furia—. No

importa qué suceda, debemos destruir el arrasabosques... —susurré, y en ese preciso momento y por reflejo más que por arte blandí las poderosas armas de Siomac y estas chirriaron al contacto con las pesadas armaduras, dando así inicio a la batalla por la supervivencia.

Ciegos por la abrumadora e incesante caída de las espadas y hachas que buscaban nuestra carne, casi no llegamos a ver el garrote del gigante Fangal que se aproximaba inclemente desde el cielo, cuya sombra nos alertó. El impacto quebró el cuerpo de muchos Fungals que por su posición no llegaron a percibir el peligro, a su vez el metal y las rocas salieron disparados como dardos desde el lugar del estruendo hiriendo indiscriminadamente a todos los que estuvieran cerca, una lluvia de sangre continuó después, acompañada de la música del dolor que incrementa el llanto. No pude esquivar los escombros que estallaron y sentí mi cuerpo pesado y aunque el dolor no tocó mi puerta por la presencia de la adrenalina, en mi subconsciente ya podía darme una idea de lo mal que estaba, mi siguiente reacción fue buscar a O'da quien se había adelantado llamando y tratando de decir algo que no llegué a escuchar.

Su voz quitó un peso que tenía en el estómago y de inmediato; ni bien terminaba de incorporarme, descifré el mensaje que había quedado dando vueltas, presto salté hacia la izquierda e invoqué al ¡sss... Sidaré! En ese preciso momento el Fangal con su enorme garrote volvía a levantar la tierra y cubría de polvo y sangre su entorno..., sentí que la ira escalaba mi pecho, pero aún pude controlarla y recordé lo recién aprendido, entonces aprovechando la nube de polvo y controlando la respiración y mis sentidos, fui uniéndome con mi entorno... Kala Traps. En ese momento me pareció escuchar una extraña voz que usaba mi voz: «Al fin me invocas», no le di mucha importancia y el desenfreno opacado, desatado en rojo carmesí, guio los golpes con tanta rapidez y precisión, que los fungals que estorbaban el camino hacia el Fangal, quien rabioso gritaba mientras corría hacia O'da, fueron cayendo al piso sin entender lo sucedido.

Ella por su parte había logrado acercarse hacia el arrasabosques, la sangre de sus enemigos chorreaba por sus cabellos y su espada iba tiñendo de rojo oscuro las blancas prendas que usaba, logré que el viento susurrara mis intenciones... y estas fueron escuchadas por O'da.

Los Fungals empezaron a perder el coraje y dudaban en abalanzarse ante la imbatible guerrera que a pesar de sus profundas heridas seguía incontrolable; bastó esos segundos de tregua y al ver fijamente el horizonte y luego al Fangal que se aproximaba, clavó su espada en el suelo y empezó a conjurar.

—¡Sulem Ishira!, ¡Sulem Mashtel!, Farley —y el sueño hipnótico confundió al Fangal el cual ya se encontraba en el aire empuñando el garrote, sus músculos se soltaron brevemente, pero la fuerza inducida al garrote arrastró al cuerpo, en ese preciso instante, la oportunidad se dibujó y otro conjuro retumbó en el cielo—. ¡Yum! ¡Koral'ta, Teldora Arántica! —acto seguido el sonido estridente del viento paralizó la batalla y a la altura del cuello del Fangal una circunferencia verde cristalina, que ante

los ojos incrédulos y atónitos de los Fungals, separó la cabeza del gigante; sin embargo, el cuerpo continuó golpeando enloquecido y en uno de esos golpes destrozó la pieza que arrastraba y que iba a formar el arrasabosques...

En medio del caos sujeté a O'da y logramos escabullirnos. Pero no percibimos que alguien seguía nuestros pasos...

No muy lejos y beneficiado del alboroto armado, Ábreas observaba desde las sombras a los inmensos Fangals que empujaban partes de un arrasabosques, dirigidos por un extraño Fungal de color negro a quien todos se dirigían como Gour.

Este extraño Fungal observaba en silencio, su apariencia no era tan burda y su perfil denotaba una astucia inquietante; no era tan grande y mucho menos corpulento como los demás Fungals, sin embargo el aura que desprendía causaba temor, por momentos observaba todo el panorama y la presión de su mirada descubría hasta lo más oculto. De vez en vez se quedaba observando el oeste y hasta parecía que veía lo que estaba aconteciendo, no parpadeaba y no daba signo de descuidar su vigilia. Inclusive Ábreas notó que hasta los terribles Fangals temían cuando pasaban cerca de él. Los Ugur's enmudecían, la respiración se desquebrajaba y la forma para cumplir su cometido no se definía; no mientras el Gour estuviera cerca.

«Las trampas del tiempo instigan al error de la premura, opacando el valor de la paciencia mientras prenden fuego al momento».

Las horas pasaban y el Gour seguía inalterable, pues para él, el tiempo era solo un momento y los momentos fracciones pequeñas de realidad; estaba claro que su convicción gritaba «que estaría ahí hasta que su trabajo estuviera terminado» y lentamente de momento en momento, de hora tras hora; Ábreas entendía que para ver su misión terminada, el Gour debía morir.

«La observación interna define al ser, cuanto más se conoce de uno mismo más temible se es».

Ábreas empuñó el puñal, el cual sediento de sangre vibraba en su cintura, luego invocando a las sombras que pacientes se unían a la luz dio un primer paso a lo que se convertiría en una cacería, en el preciso momento en el que el choque de intenciones se cruzaron y en ese momento el Gour se levantó.

—¡Muéstrate! Sea quien seas —el grito del Gour fue una onda mental que solo la escucharon los que en las sombras se encontraban, luego invocó dos espadas—. Puede que te sientas seguro en la oscuridad, pero no lograrás escapar de la esfera de Kanzen.

Una segunda onda se expandió como una suave brisa alrededor del Gour, ondas casi imperceptibles, pero capaces de crear ese hielo frío que descansa en la nuca al ser contemplados, y ante la sorpresa... Ábreas se sintió observado y giró con premura con la intención de detectar al dueño de los ojos sagaces que lograron verlo en la oscuridad; sin embargo, solo el desconcierto se apoderó de su rostro y la incredulidad de un posible error, luego sus instintos se alertaron al máximo y con un acto desesperado conjuró el ¡Tetzaltac!, barrera de hielo nocturno, el cual se hizo

pedazos reluciendo hermosamente ante la luz del día, hasta que la sangre oscura lo fue cubriendo.

—No puedes ocultarte de los millones de ojos del Kanzen, te veo... desde todos los ángulos, no hay donde esconderse, no hay por donde correr, no hay más camino para ti...

La herida causada era profunda y el dolor indescriptible, en menos de un segundo la espada destrozó la defensa de hielo abriendo paso a la segunda y ambas armas tan elegantemente coordinadas lograron el daño deseado sin error.

Ábreas mordió con fuerza para evitar que el dolor se escapase de sus labios delatando su posición y armándose con coraje retrocedió hacia el bosque aún no injuriado... estaba desconcertado, pero ya iba entendiendo el extraño poder del Kanzen.

Nuevamente la sensación de ser observado escarapeló su cuerpo y la sonrisa forzada de la victoria se dibujó en el Gour, quien con un movimiento ágil de su arma partió a su enemigo en dos, un crujido grotesco se escuchó y ante el asombro del Gour, en medio del caos, una fluida espada se libraba de la densa oscuridad y cual sombra lograba hacer un corte inesperado en su hombro derecho, entonces se levantó y girando su otra arma con fuerza alejó las sombras de él.

—Cómo distinguirás con tus miles de ojos lo que es una ilusión o lo que es real. —Dijo Ábreas mientras volvía a fusionarse con la oscuridad.

—Hace mucho que no me enfrentaba a alguien interesante —replicó el Gour—, dime quien eres y lo recordaré.

La concentración de ambos adversarios se elevó al infinito, las sombras y el ruido que rodeaban al bosque no podían escapar de la brisa que los atravesaba y ambas fuerzas estaban a punto de explotar.

«Es increíble como la vida presiente el peligro, escapan los que pueden ante su simple aroma, mientras los demás se aferran a su destino».

Así también las aves del cielo huían sin rumbo dejando a la orquesta del viento sin canto.

Las ondas del Kanzen empezaron a vibrar más seguido contrarrestando la danza de las hojas dirigidas por el viento y creando un zumbido molesto cuyo efecto sería de espanto en un corazón débil y a su vez el bosque iba susurrando que con la oscuridad, el pavor no se haría esperar.

El ruido y la oscuridad entremezclada habían elevado el terror a tal grado que los Ugur's Sagrados, que jamás habían callado, se mantuvieron en silencio para luego narrar con asombro el combate de las sombras con el viento.

La brisa susurraba en cada esquina y destellos de metal revelaban el temple inquebrantable de las voluntades.

—¡Ríndete Gour! —Gritó Ábreas, mientras las tinieblas se apoderaban de la luz —, y te dejaré ir..., ni los millones de ojos del Kanzen te ayudarán aquí. ¡Ríndete!

El Gour rio con fuerza y con un tono despectivo y algo burlón contestó:

—Los ojos del Kanzen son ciegos; iluso, siempre lo han sido al igual que yo; estas lejos de entender mi poder, el que debería rendirse eres tú —rio con fuerza y agregó—: pero no lo permitiré. —La sádica sonrisa expresaba perfectamente sus intenciones.

«Luchar en la oscuridad rodeado de un ruido aterrador y sin una pizca de luz es luchar sin saber contra que, ni por qué; sin embargo la luz existe en la oscuridad y la oscuridad es parte de la luz, cuando se entiende eso ya no se necesitan de los ojos para ver».

Lentamente las hordas de sombras se levantaban para proteger a su amo y a su vez fueron desintegradas por los ojos del Kanzen, que cada vez discernían mejor la ilusión.

—Se te va acabando el tiempo, centinela de las sombras... —Gozaba el Gour, mientras se bañaba de la sensación prematura de la victoria.

—Hace mucho que el tiempo se acabó Gour y no exactamente para mí... Si tan solo pudieras contemplar a las sombras que claman por ti oscureciendo este lugar... Desde el momento que te vi supe que eras ciego Gour y que ocultas tu apariencia real, ya no hay ojos externos que vean, pues la oscuridad ya plagó el bosque; muéstrame lo que en verdad eres... —La necesidad de combatir con todas sus fuerzas se iba poseyendo de Ábreas ante la delicia de un contrincante perfecto.

—Me sorprendes, tal vez te estoy subestimando —el aire a su alrededor empezó a danzar con gran fuerza, mientras la piel falsa del Fungal se iba transformando y cayendo al piso, luego una deliciosa luz se desprendió de todo su ser y empezó a disipar a la oscuridad adyacente a él—. Soy hijo del Elonir del Viento y la Yabel Candría, del Loto de Fuego... Ahora que me ves entenderás...

—¡Los Elonir son neutrales! Nunca han tomado partido por ningún reino...

—¡Acaso no escuchas! Soy hijo de un Elonir y una Yabel, yo no me rijo por los principios de mi padre, ¿qué harás centinela de las sombras, qué podrás hacer frente a mi verdadero poder?

Los ojos dormidos del Kanzen empezaron a despertar y todo cuanto observaba empezaba a arder...

—Esto se acabó Ábreas, no hay escapatoria del verdadero Kanzen... ya casi mis ojos se han abierto.

Una extraña quietud se apoderó de todo el reino, los Liliums empezaban a sentir el desamparo y la naturaleza volvió a llorar, lluvia amarga que bañaba la tierra, lluvia forzada, pues las nubes no estaban. ¡Qué será de los Liliums! Clamaban los ciegos Norf, su destino yace en una decisión.

El calor había debilitado a las sombras y la languidez se apoderó del cuerpo mal herido de Ábreas, dejándolo expuesto.

El Gour levantó la mirada a los cielos y enfureció.

—¡Ese tipo de trucos no funcionan conmigo centinela! —corrió hacia el lugar contrario y atrapó a Ábreas por el cuello.

—Hoy no morirás ser, los tuyos ya se encargarán de ello, considéralo como un regalo, una prolongación de tu vida, pues pronto todos los Liliiums caerán.

El Gour lo soltó abruptamente y empezó a alejarse, mientras la apariencia de Fungal negro retornaba a él...

Fue difícil para Ábreas proferir palabra a causa de la presión ejercida en su garganta, pero al final con gran esfuerzo pudo pronunciar.

—¡Gour! ¿A qué te refieres?

El Gour detuvo su marcha.

—Hay una tregua temporal, los Yabels somos piadosos —soltó una carcajada y desapareció en el horizonte.

«Cuando la intriga se apodera de un corazón enajenado, las fuerzas para levantarse y dar un paso son tan complicadas como ver al cielo y entender su vacío».

Seguir con la mirada al Gour, mientras se alejaba y sentir el fresco de la vida naciendo en la derrota, junto a la comprensión implícita de una guerra perdida sin batalla, eran parte del tormento que las palabras del Gour habían sembrado.

—¿Tregua temporal? —Intentó levantarse, pero aún era muy pronto para hacerlo y su propio peso lo llevó al piso otra vez, ¿qué los Liliiums caerán?, ¿qué había sucedido mientras estaban luchando por destruir los arrasabosques? Eran las preguntas que buscaban respuesta, sin lograr encontrar ni descifrar el misterio encerrado en la media sonrisa del Gour.

No tardó mucho para que el silencio del bosque fuera quebrantado por los Fungals, quienes guiados por el fino olfato de los Gats, una especie de hienas que habían sido desenterrados junto con ellos, empezaran a peinar los restos que quedaron del bosque tras la capa de sombras que lo envolvió. Los Gats adultos eran usados también como monturas y daban símbolo de poder a los que lograban dominarlos, a estos poderosos jinetes se les llamaba Fungars, quienes a su vez eran expertos en la búsqueda, reconocimiento y caza.

Sin embargo los Fungars no eran los únicos que habían sido atraídos, muy cerca los ojos del asesino que se resiste a abandonar a la presa, seguía con cuidado la ilusión de terminar su búsqueda en ese lugar.

Embate del miedo



La naturaleza tiene formas muy discretas de ayudar a los que la cuidan y con una suave brisa envolvió el corazón de O'da y le susurró el peligro que el hijo de las sombras sufría y aunque la naturaleza no pronuncia palabras, las imágenes que brotan describen mejor que un verso completo.

Habíamos logrado alejarnos y el ritmo de nuestra respiración al fin encontraba el compás, sin embargo pude ver el asombro dibujarse en las finas líneas de sus ojos y antes de que pudiera proferir palabra alguna, ella me miró con desgarro y con una suavidad que connota preocupación y sorpresa me dijo:

—Es Ábreas, está en problemas —se levantó mirando al norte tratando de discernir el camino exacto. Se veía cansada, aun así su espíritu ardía, me levanté y la tomé de la mano y sin pensarlo con toda firmeza agregué:

—Tú guías, no lo hagamos esperar más.

Sonrió con la dulzura que la fe irradia al sentir que lograríamos llegar a tiempo y partimos hacia la zona del bosque donde la oscuridad se disipaba.

A través del Kala Traps, vi en rojo carmesí a las legiones de jinetes que avanzaban a paso lento, pero constante; el aire de guerra se hizo fuerte y por primera vez sentí el escalofrío de la pronta batalla.

—Son Fungars, tienen la misma conexión que experimentaste con el Chuuk, no son adversarios sencillos.

Criaturas impresionantes pensé, no me gustaría enfrentarlas.

—Debemos encontrar a Ábreas, esto se convertirá en un caos dentro de poco.

En ese momento, dos asesinos sedientos de sangre, quienes se habían unido a la búsqueda, sonreían de placer al ver a la presa herida y aunque no era lo que buscaban, sin duda alguna satisfacería su hambre.

Las sombras alertaban, pero el cuerpo no respondía y estas con él inerte esperaban, a su vez el viento soplaba tratando de aliviar las heridas, mientras el

tiempo se burlaba de la premura buscada.

—¿Qué tenemos aquí? —el asesino observó de reojo su alrededor, para evitar cualquier sorpresa—, un Liliium desamparado —luego una mueca se forzó en su rostro interrumpiendo el desprecio que brotaba de su interior—. Ummm, por tus prendas reconozco que no eres un don nadie —sus ojos empezaron a brillar con sadismo—. No lo tomes como un mal inicio a esta precaria amistad, pero te puedo asegurar que ya estás muerto; —ahogó su propia risa, sin duda alguna gozaba con el tormento psicológico y luego agregó—: «De ti depende lo rápido, doloroso o lento que será» —se dibujó una sonrisa de oreja a oreja mientras inclinaba un poco la cabeza, gesto que buscaba la candidez de la inocencia, pero al sentir ese intento fallido, abruptamente su rostro se transformó a su verdadero sentir, inyectándose de odio y rabia mientras en sus ojos se dibujaba la peor de las intenciones. No muy lejos de él, su compañero observaba impávido.

—Ustedes también son Liliiums, ¿por qué están con los Yabels? —Preguntó Ábreas sorprendido mientras el asco en sus entrañas repudiaba la impresión.

—¿Liliiums?, puede que alguna vez lo fuimos, pero yo diría que somos hijos de los pecados de antaño, que buscan saciar el hambre en su interior... Somos Rúgulus. Desconozco lo que haya acontecido aquí, pero para que los tuyos te hayan abandonado no debes ser tan diferente a nosotros; —hizo una pausa—, cómo voy a saborear esto. —Se acercó desde un costado mientras le hacía una seña a su compañero, para que flanqueando el lado contrario, luego se encorvó ligeramente como una fiera en acecho, sin perder la cautela.

Ábreas respiró lentamente y cerró los ojos, con mucha naturalidad exenta del miedo. Logrando reaccionar de forma inmediata y sin titubeos. Al mismo tiempo un grito de alerta brotó con gran fuerza y a tiempo.

—¡Sicar! ¡Cuidado atrás! —En ese preciso momento una hoz formada de sombras partía en dos al viento y se iba disipando abruptamente, como si se quejara por fallar el golpe. Impávido Sicar comprendió su error y mirando sorprendido a la presunta presa increpó—. ¿Qué fue eso? —Y luego con gran velocidad miró hacia su compañero. En el preciso momento que esquivaba tardíamente la misma sombra y esta se disipaba dejando caer gruesas gotas de lodo, savia y sangre. ¡¿Sehalión?! Intentó decir pero la sorpresa lo enmudeció.

El silencio se rompió cuando Ábreas empezó a reír.

—Que esté herido no significa que esté indefenso, aún mantenía los ojos cerrados, en el fondo sabía que ya no tenía más fuerzas para otro ataque, pero mientras sus enemigos no lo supieran el tiempo sería su aliado.

—Te aplaudo Liliium hace mucho que no me sorprenden, nunca antes he visto un poder semejante. ¿Quién eres?

—¿Recién con las formalidades?; muy bien, te complaceré, soy Ábreas guardián de las sombras.

—Será un honor matarte Ábreas, soy Sicar Sinderell el Rúgulu y el que está

frente a mí es Sehalión, un antiguo centinela.

Al ver la sangre corrupta, Ábreas entendió que eran víctimas de la maldición al igual que su hermano, nunca pensó que sus días acabarían tal como empezaron y sin una razón; y pensar que la maldición que poseyó a su hermano e intentó matarlo ahora regresaba para terminar lo empezado. Cierta nostalgia brotó en su pecho y en medio de esa paz confusa aceptó el momento para ver frente a frente a ese temor oculto que siempre espera como un caudillo.

—Aperire Mentis —fue lo último que escuchó Ábreas con sus oídos y luego la voz de su opresor resonó desde el interior de su mente: «¡ahora ya eres mío!».

Sin embargo las siluetas en la oscuridad muestran lo que no es, ni será, ni estará.

—Mi mente es también oscuridad Sicar, tú también has perdido la luz y es por eso que puedes habitar en las tinieblas de mi interior y si ves algo, jamás sabrás si es real o una simple ilusión, soy dueño y señor de mi mente, ella es mi esclava y me servirá para siempre, ¡aléjate de mí Sicar!

Era la primera vez que el «Aperire Mentis» fallaba en su extracción de información y hería más al orgullo de Sicar que cualquier otro acontecimiento que hubiera vivido. Abriendo paso a una nueva sensación que se mezclaba con lo olvidado en su vida, el hecho de no recordarlo bien lo enfurecía doblemente al sentir perdida la importancia de no saber cómo reaccionar. Y ante semejante confusión en su pecho, la vibración de lo que ya debería estar extinguido en su ser brilló levemente en su interior, creando un dolor tan terrible, dolor que él pensaba ya superado, pero la sorpresa fue gélida y la necesidad de aplacar la tortura se hizo inmediata, su sed de paz opacó el deleite de infringir martirio y con una decisión espeluznante desenvainó la daga aún manchada con la sangre de sus víctimas y sin otra intención distinta que la de acabar con el causante de su dolor, se acercó a paso firme e inquebrantable y ni siquiera el viento agitado y desesperado, que soplaba en su contra, logró hacerle parpadear.

Ábreas abrió los ojos al presentir el fin, pensó en huir, pero las fuerzas no le alcanzaban más que para presenciar la gota que cae hacia el pergamino de la vida con la intención de esparcir la tinta y con ello borrar una historia.

Sehalión sonrió en silencio, deseoso de sentir el aire de una vida arrebatada, vidas que en vida tanto protegió, que cruel maldición pensó, pero no pudo evitar disfrutar cada paso embadurnado por la desalmada intención.

Ni las hierbas, ni el barro del camino, detuvieron al ensimismado ejecutor, quien cada vez estaba más cerca de cumplir su objetivo. «*La lucha de los contrastes suele ser cruel en ambos sentidos, pero un alma que logra mantenerse en el centro de ese círculo vicioso es capaz de encontrar el camino*», el tiempo dejó de respirar mientras la humedad del rocío empapaba el puñal y la fiereza en el rostro de Sicar se distorsionó por la fuerza aplicada, la tierra se hundió y el viento se partió en dos con tanta lentitud que dio paso a un tímido silbido en su camino. La dirección del golpe aún no era precisa, pero la resignación de la víctima no eludía el resultado, tal vez esa

imagen a punto de concretarse logró despertar el don de un poder oculto o tal vez al ser oculto.

No dudé en usar el Kala Traps y con un esfuerzo que supera los límites de mi propio entendimiento, llegué a la impresión que causó mi propia reacción y logré atrapar el puño que empuñaba el puñal, no sin esquivar parte del filo, y aunque la sangre que se buscaba se derramó; esta no fue tan grave como lo que pudo ser, usé toda mi fuerza para alejar al mortal asesino, intercambiamos varios golpes de instinto hasta que finalmente se alejó de un salto y a su vez hábilmente esquivó las finas y peligrosas púas de O'da, quien lograba alcanzarme. Sehalión usó un extraño poder y levantó las rocas ayudando a Sicar a esquivar los golpes, luego cruzó los dedos y las rocas cayeron pesadamente creando una pausa en el ataque.

—No es lo tuyo rendirte Ábreas, esta no es la imagen que tengo de ti. —Le dije a mi compañero, mientras vendaba la herida en mi mano.

—No es una buena imagen; lo sé, pero ahora que el escenario ha cambiado volveré a creer en la diosa de la suerte, pues me ha sonreído, hoy has salvado mi vida Kailem Istramus.

—Te equivocas Ábreas, fue O'da quien realmente te ha salvado. Fue ella quien escuchó el llamado del viento y sin dudarlo nos guio hasta aquí.

—Kailem hay algo extraño en esos dos, hay una fuerza que vibra al mismo compás y eso es imposible en seres distintos —me dijo O'da, mientras sostenía la guardia.

Jamás olvidaré la expresión del asesino a quien llamaban Sicar, estaba extasiado, fascinado y hasta se podría decir que jadeaba en silencio por el placer, el solo hecho de contemplarlo aterrorizaba, pero lo que más temor causó es que solo observaba a O'da, con tanta intensidad que supe de inmediato que tal vez solo prolongaríamos lo inevitable y ante el coqueteo con el terror, no dudé en desenvainar... ¡Teldorass... Sidaré!

Sicar no podía ocultar la fascinación. Al fin la princesa, la presa que tanto había buscado llegaba a él.

—¡Oh, succulento destino!, salvas una vida para entregarme una mejor, bendito el aroma que ahora desprendes que pronto será hediondez hasta para los perros y cuervos. ¡Oh! Princesa como te he buscado, ver la luz en tus ojos me da tranquilidad, pero será extinguiéndola cuando consiga paz —dio un paso adelante y el cuerpo se me estremeció; y más aún, cuando vi una lágrima furtiva perderse en el vacío.

Al voltear hacia O'da, pude ver en ella la enajenada sorpresa y lentamente desaparecer la guardia que había levantado para protegerse, quedando perdida entre el pasado y el presente.

«Las imágenes y representaciones que llevamos en nuestro interior con respecto a otros, son tan vulnerables que un simple error puede modificar nuestra percepción de toda una historia».

Aunque solo vi una lágrima caer, las hojas arrebatadas de sus ramas completaban

el llanto silencioso que ante la luz de la luna no dejaba testigos...

—Rugal... —O'da suspiró ese nombre sin poder ocultar la mirada de una pasión guardada en años, luego tambaleó ante la resistencia de acercarse y nuevamente cerró los ojos, solo para confirmar que el iluso sueño era verdad.

—He cambiado mucho en todo este tiempo y aun así me doy cuenta que me has reconocido, princesa como añoré tu compañía, ni el interminable tormento hizo que me olvidara de ti, has sido mi fuerza desde que todo comenzó, ven amada mía, ven a mis brazos, dame paz... —Sicar extendió los brazos mientras hacía el llamado y luego agregó: «Conoces mis latidos, no me temas...».

—Pensé que habías muerto... —respondió O'da, con la voz atrapada en su garganta y con el suspiro de lo inconcebible hecho realidad, su mente vaciló ante el regazo desnudo del recuerdo, ante la sensación embotellada de pasión y ante el corazón que aún lleva el recuerdo de tantas palabras arrancadas de un sueño.

«El amor como el amanecer jamás se olvida, pero siempre es distinto ante la predisposición del cálido sentir, amargo en el vientre y dulce en el corazón».

—¿Qué te pasó?

—Eso no importa, déjame abrazarte una vez más. —Sicar guardó la daga, dio el primer paso que rompe las dudas y mientras escondía las intenciones con el disimulo convertido en cinismo se acercó lo suficiente.

En todo ese lapso los gritos y advertencias que profesábamos resbalaron ante el estado caótico de una realidad sosegada por la felicidad de antaño.

Al ver el peligro corrí con todas mis fuerzas sin poder llegar muy lejos, ya que Sehalión me cortaba el paso. Nuevamente insistí con la advertencia, pero el sonido de mi voz se volvía incierto y no llegaba a entregar el mensaje a pesar del esfuerzo. Dejé de escuchar mi propia voz y un silencio inexplicable se apoderó de todo el lugar, tan profundo que mis oídos empezaron a zumbiar...; lo último que llegué a escuchar fue una mezcla de voces refrenadas de Ábreas y mías, opacadas por una voz imponente que exorcizó cuanto ruido existiera y elevó el silencio a su máxima expresión, exiliándonos con el único estrépito que brotaba del corazón.

La paz que podría alcanzarse era ponzoñosa por el peligro latente de quien tan tranquilo mostraba el desasosiego, la angustia brotó como una flor en primavera y al ver como Sehalión desaparecía mientras sonreía, avivamos los latidos cuyo único sonido percibíamos.

Luego ante la gran sorpresa de mi desconcierto, la voz de Sehalión, pura en el vacío y libre del ruido nos alcanzó como una brisa insensible y estremeció la compostura del valor para encarar algo nuevo y mientras daba un paso atrás, él nos daba la bienvenida al primer brote del silencio.

Giré hacia Ábreas ante la obtusa sensación y pude ver claramente en sus facciones la intención desenfadada de transmitirme un mensaje, pero a causa de la premura no pude descifrar ni entender sus señas, desenvainé las armas y esperé lo peor.

«La intuición es un regalo maravilloso y despreciado; atrofiado en el tiempo, latente en el corazón».

El sobresalto que provoca el corazón para entender la voz del silencio junto a la intención camuflada imperceptible para los sentidos me alertó en el momento exacto cuando la espada enemiga rompía su invisibilidad, pero no supe escuchar la voz de la intuición y el segundo golpe hirió mi brazo; no pude evitar dejar caer una de mis armas ante el desconsuelo del dolor que no encontró abrigo por el silencio.

Solo pude imaginar el sonido de la lluvia al ver mi sangre acariciar el piso y sentir el estruendo de mi corazón agitado revolotear en mi pecho, nuevamente Sehalión había desaparecido y aunque mis sentidos estaban enfocados, la falta del sonido me arrinconaba a las fauces del miedo; hasta la oscuridad puede ser tolerada ya que los sonidos del bosque te acompañan, pero en el silencio estás solo y desprotegido ante los propios miedos...

Cerré los ojos con fuerza en parte resignado y en parte con la fe abocada a mis instintos, en ese momento la voz sumergida en el silencio de mi pecho clamó, no con palabras, pero si con la sensación de un lenguaje universal indiferente al sonido: «¡Reacciona, si no lo ves que tampoco te vea!».

Interpreté en ese momento el significado y lo asumí así. Y sin dudar, con la voz de la intuición grité:

—¡Kala Traps! —De pronto mientras los colores perdían su brillo, el confort aumentaba y la espada enemiga que cortaba el viento para hacerse ver se acercó con gran velocidad en dirección a mis ojos y su fino corte parecía develar los secretos del cosmos al acercarse como una centella rojiza imparable en su cauce, contuve la respiración mientras que con gran apuro interponía la dádiva que Siomac me había confiado.

El impacto de las espadas fue tan férreo que no solo retumbó en mis manos, sino en todo mi ser, pero fue el segundo impacto, el golpe escondido tras la centella, el que me doblegó lanzándome por los aires y ahí en las alturas, donde nada te protege ni te sostiene vi con aberración a la centella cambiar de rumbo hacia mí. El terror me abrazó y con un acto de desesperación pude hacerme consciente de la caída gracias a la flexibilidad que el Kala Traps me daba. En ese momento mientras caía; la centella dirigida por Sehalión lanzaba el veredicto de su juicio; pude sentir con cierto morbo que no existía condición para la derrota y que no llegaría a existir mientras la voluntad del espíritu siguiera ardiendo. Empuñé entonces con más fuerza y usando a la gravedad de aliada me dispuse a separar los miedos y a enfrentar la realidad.

El impacto que se produjo repercutió con tal violencia que el aire a nuestro alrededor desapareció por un instante dejando la asfixia al cuerpo agitado. Mientras caía violentamente y tras un parpadeo la silueta de O'da y Sicar se impregnaron en mi retina y el dolor mezclado con desesperanza me invadió al ver a la bella princesa caer de rodillas tan indefensamente que petrificó todo terror que podría estar envolviéndome y ante el arrebato de un actuar sin pensamiento, supe que mi amor

propio, el cual volcaba cuanta preocupación existiera solo en mí, no significaba nada comparado a lo que toda una raza lloraría por su princesa.

«Caretas de orgullo y vanidad por pensar en uno mismo en una batalla de muchos».

Despojé en ese instante la compasión que vertía sin cesar para mí mismo y al presenciar las gruesas manos de Sicar acercándose a O'da y a la vez la centella de luz clamando mi muerte; abracé el camino que se presentaba frente a mí y por primera vez no dudé e ignorando mi seguridad lancé con todas mis fuerzas la espada que me quedaba hacia Sicar, esta dio un par de vueltas en la dirección correcta, sentí más cerca la centella de luz ardiente y con un esfuerzo enfrenté la decisión de mi acto.

La fuerza de Sehalión no se hizo esperar y la centella empuñada en sus manos cruzó el cielo sin piedad buscando satisfacer el deseo frenético del puño del amo. Con gran destreza pude evadir el primer impacto, al mismo tiempo en el que mi espada defendía su razón de ser y pintaba los honores de justicia de su antiguo portador, porque sin duda fue su espíritu latente en la espada lo que guio su viaje brindándole la seguridad de cumplir su cometido, nuevamente se cumplía parte de la profecía que los ciegos Norf cantaban:

«Las espadas cumplirán la voluntad del amo que partió y burlarán el zarpazo de la muerte».

La espada atravesó a Sicar dejando su cuerpo suspendido entre la intención de arrebatar el último brillo de su alma y el piso, deshaciendo lentamente el *Aperire Mentis* que sometía a O'da al sueño irreal del reencuentro de un amor olvidado, pero aún presa de confusión sostuvo el cuerpo herido de quien cuyo amor casi consumió su existencia. En ese momento desprotegido y resignado abrí los brazos dando la bienvenida al fin, sin embargo y para sorpresa mía, Sehalión perdió el paso y mientras gritaba silenciosamente cayó malherido y el primer brote del silencio concluyó... aunque hubiera preferido que este se mantuviera para evitar escuchar el llanto desgarrador de O'da. «Princesa no hay nada que pueda hacer para compensar una lágrima tuya». Pero las pruebas del fuego nunca acaban en un mismo lugar porque este se expande en silencio y sin cesar.

Cuando pensábamos que todo había acabado la tierra se sacudió y vomitó un espíritu, rechazado hasta por la misma muerte, y ante la mayor de las incoherencias temblé mientras el cielo se plagaba de negras y espesas nubes que relampagueaban con cólera ante la aberración que empezaba a reír descontrolada.

Estábamos petrificados ante la escena arrebatada de una temible pesadilla, casi extraviados entre el vaivén de la fantasía y la realidad.

El suspiro amargo de un posible descanso tras la tragedia, se convertía en una burla dramática de esperanza disipada y con ello nuestras fuerzas como vapor se alejaban y antes que los cuerpos se desmoronaran ante la presión de los sucesos, Ábreas con fuerza gritó:

—¡Ya habrá tiempo de descansar, de gritar e injuriar a los cielos, de quejarnos de

nuestra suerte y nuestro destino, así como también habrá días para reflexionar y reír, pero este no es el momento y aunque todo pasa, hay que verlo con fuerza e impavidez pasar! ¡Levántense que la batalla recién empieza! —Se levantó con dificultad y temblando por la falta de fuerzas nos dio su ejemplo y con ello el valor para enfrentar lo desconocido, en ese momento vientos invertidos empezaron a soplar con vehemencia, arrastrando los cuerpos inertes de Sicar y Sehalión, ventisca que a la vez nos alejaba de los mismos. El viento nos reunió, pero también juntó a la aberración con los cuerpos y solo pudimos sostenernos agarrándonos fuertemente para mantenernos en pie ante la tormenta; y con el mayor de los asombros combinado con el peor de los miedos vimos al espíritu tragarse los cuerpos y lentamente, su risa chirriante e inexistente convertirse en algo más real, en la risa del asesino, en la del amado de O'da...

—¡Soy Sicar el Rugal!

Rugió la bestia totalmente recuperada envuelta en un poder extraño propio de los inframundos, su simple mirada nos estremeció, pero fue la fuerza del golpe en el espíritu de O'da lo que realmente congeló mi corazón y de alguna forma supe lo que iba a pasar y antes de que pudiera hacer algo la antítesis en mi pensamiento revoloteó en la gran duda de enfrentar al Rugal o retroceder y ambas posibilidades fueron debidamente justificadas por el mar de excusas de razonamientos inservibles. Hubiera continuado en ese cause de perdición si O'da no hubiera dado el primer paso...

—Kailem, enfrentaré a mi pasado y a mi presente y tal vez ya no quede futuro que narrar, toma a Ábreas y aléjense de este lugar. —Su cabello danzaba al compás del viento, su mirada era decisión; y hermosas guirnaldas de los árboles cercanos le brindaban tributo adornando su camino, una fina espada reposaba en su mano y se apoyaba en el piso y su largo vestido teñido de un rojo carmesí cubría la fuerza escondida en la delicadeza de su figura.

«Lo lamento mi ángel, tal vez mi vida termine aquí, pero si huyo ahora no tendré cara alguna para verte después, sé la musa que guíe mis pasos y acompáñame en el ocaso del sentimiento, muéstrame la luz en el camino porque solo nada soy».

—Lo lamento O'da, pero no injuriaré a Ábreas dejándote sola y no faltará al honor de compartir mi destino con el tuyo.

La sujeté suave y brevemente con la intención de que sienta la convicción en mis palabras. Y la gratitud mutua se mostró a través del calor de nuestras manos.

—Conmovedor, pero vano, me impresiona que hayan despertado mi forma original —dio un paso adelante mientras contemplaba su ser exterior, a la vez que su sola existencia corrompía la vida a su alrededor—, el placer de hacerte mía en la muerte al fin ha llegado y arrasará contigo aunque los obstáculos interfieran. Ven acepta tu destino.

O'da lo observó con gran nostalgia y entendió que no se debe vivir del pasado, porque jamás será igual al presente.

—Añoraba verte Sicar, deseaba abrazarte y anhelaba besarte. Mi amor por ti

vivirá siempre conmigo, pero ese amor siempre fue a tu esencia, a tu espíritu, el cual ya no existe en ese cuerpo. Ya no queda nada de ti Sicar, solo ese cascarón que llamas Rugal.

«Nuestro propio mundo es una mentira que cohabita con el disimulo; inertes y sumergidos en nuestro propio engaño tratamos de convencernos con objetos, para camuflar lo que nunca hemos conseguido».

«Apariencias que engañan, esto no sucedería si observáramos en vez de solo ver».

El Rugal rugió enfadado, el odio que desprendía su mirar lastimaba más que los golpes recibidos y solo la princesa de los Liliums podría recibir tal embate sin volver a titubear.

Los vientos fríos aliviaban parte del dolor desbocado en nuestros cuerpos y los suspiros de las plantas cercanas trataban de calmar a nuestras almas agitadas; en un momento, en medio de la tensión pude ver el cuadro que con nuestras acciones íbamos pintando y en medio del arte, los dos amantes buscaban ocultar su más sincero sentimiento que en medio del odio clamaba clemencia...

El Rugal levantó los brazos y pude leer en sus labios, «adiós mi ciprés», luego gritó con gran fuerza:

—¡Qué se abra el segundo brote del silencio!

Jamás pensé que hubiera algo peor que el silencio ya experimentado, pero el segundo brote cayó dibujando la locura y llevándose consigo todos nuestros sentidos; ya no existía nada, ya no se sentía nada, ya no se oía ni se veía, no existía nada, solo la insania de una mente ofuscada en la preocupación del todo.

«El tiempo es una percepción de la mente, pero la mente es subreal sin el fundamento de sus sentidos, así como son nuestras percepciones irreales sin el fundamento de nuestra mente. El tiempo no existe por ser parte de las ilusiones de un apego generado en la mente. Solo hay una conjunción de momentos...».

Ahí en el vacío del silencio encontré que el peor adversario que podría existir no se encontraba afuera, sino dentro de mí y por cómo estaba todo, tal vez habría perdido la oportunidad de enfrentarme a mí mismo para conseguir mi libertad; extraviado en mis pensamientos y preocupaciones y sin un sentido que respalde mi existencia, solo quedaba esperar el pronto silencio de la mente, el último indicador del fin, oscuridad que no tardó en llegar y se convirtió en el único silencio que aprendí a disfrutar, más aún cuando en medio de la nada sentí la calidez de mi ángel y en el fondo de mi corazón la intuición descifró su voz.

—Kai, no temas, que el camino aún es largo y espinoso, pero necesario para el despertar, pelea Kai, lucha, no te conformes con esta falsa sensación de paz, ¡levanta tu voluntad!, que el Rugal se acerca.

—Quiero pelear mi ángel, ¿pero cómo?, si el vacío lo es todo, no siento, no me oriento, estoy perdido...

—Kai, solo confía en ti y protege lo que amas... que la voz de tu corazón rompa

el silencio... no olvides que tu palabra es tu fuerza porque en ella está tu voluntad, confía Kai, confía en la fuerza que habita en ti... Lentamente su voz desapareció no sin haber dejado el fuego en mi espíritu, confié y mi cuerpo reaccionó y aunque mi percepción del mismo era abstracto, la fe en las palabras de mi ángel del árbol lo hizo real.

Reyes del bosque



Los fríos vientos del norte avistaban el presagio de todas las nostalgias y a la vez atizaban el fuego endemoniado de antiguos rencores; mientras cientos de miles de Fungals, Fungars y Fangals se movilizaban para satisfacer los deseos de Zandar, ya sea guiados por el miedo, el respeto o la admiración, encaminados a un solo fin, exterminar la «hiedra» del bosque.

Los arrasabosques estaban listos y los ánimos esperaban una sola palabra para convertir la floresta en un desierto, mientras una suave brisa se escapaba temerosa a causa de la aversión de las almas que no encontraban como saciar su hostigo.

—Me temo que nuestros amigos fracasaron en la misión y aunque nos regalaron tiempo, el fugaz destino ahora reclama el cauce de su ritmo. Rosel me temo que lo inevitable está a punto de llegar...

—Si hubiera otra forma de ganar tiempo o de terminar esta locura... —Susurró Rosel, mientras acariciaba la reliquia guardada en su regazo y miraba inquieto a Neris tratando de contarle lo que atesoraba, buscando un refuerzo al peso de la responsabilidad que en su cuerpo endeble reposaba.

—La locura terminará, pero me temo que esto es solo el inicio de la misma. Es tiempo de invocar la defensa de A'lara.

—Es tiempo —Rosel extendió una mano para sujetarse de Neris y así poder bajar de la empinada roca desde donde contemplaban el horizonte, luego tomando un cuerno que reposaba cerca sopló con sus escasas fuerzas y el llamado a los Centinelas de A'lara empezó.

Lentamente fueron llegando con sus túnicas blancas y su exuberante estatura que destacaba entre los Liliiums, pues eran gigantes y usando el poder de las dimensiones fueron apareciendo alrededor del Bosque de Marfil y con pasos casi suspendidos por la lentitud de sus movimientos se colocaron a distancias iguales, luego elevaron los brazos y en ese momento la magia empezó; la naturaleza no tardó en brillar repleta de

vida y pronto esa energía convertida en polen fue arrasada por los vientos juntándose todo en un espiral maravilloso y danzante. Una paz sin igual brotó en los Liliums, plantas, árboles y todos levantaron los rostros hacia el cielo y a una sola voz gritaron:

«Se uno con nosotros A'lara» de pronto el polen cubierto de energía se empezó a cristalizar y como si fuera un inmenso panal de abejas se entrelazó envolviendo mágicamente todo el bosque; y cuando la mayor belleza alcanzaba su límite, simplemente desapareció. A'lara había dado su bendición, la cúpula invisible los resguardaba.

«Esperanza no te conviertas en el verdugo de los días, transforma la resignación en voluntad y sostén al espíritu para evitar su caída».

Neris contempló maravillado por un instante, hasta que la realidad que acechaba sigilosa se dejó ver como un mal augurio.

Detrás de él, el general Rosel daba indicaciones al ejército conformado por Liliums, Centinelas y Jinetes Chuuks.

La ilusión del coraje disfrazada en la multitud podría engañar a cuantos ingenuos pasaran, pero lo cierto es que el temor era lo único que rugía y Rosel lo sabía.

¿Cómo podrían los pacifistas luchar cuando el paso enemigo opaca su voz, cómo respetar la vida que protegían si su supervivencia estaba en peligro y cómo pedir a simples amantes de la tierra que blandan sus espadas para injuriarla?, el dilema era grande y aunque todo indicaba que el luchar era la respuesta, entre sus añejos dedos se resbala una opción de mayor riesgo, una alternativa que podría cambiarlo todo, enrumbándolo hacia la vida o la muerte. Un peso muy grande para un viejo cuerpo y una decisión inmensa para sopesar el ideal de una vida.

No muy lejos las lanzas se levantaban estrepitosamente, los puños temblorosos y ansiosos de liberar la adrenalina contenida se acumulaban y llamaban con tesón a la furia del Yabel Zandar, el cual asqueado ya observaba a la plaga que por siglos había exterminado y que aunque borrosos eran en el firmamento, al fin podía oler su final y eso mitigaba su furia.

Rosel subió a la parte más alta del Bosque de Marfil y desde ahí con brutal asombro vio a la temible horda de Fungals acercándose, los arrasabosques por delante no dejaban nada en pie, pero eso no era lo que había congelado su alma, sino la aparición repentina de Bardok el corrupto quien ahora con su sombra imponente, gracias al crepúsculo, también les arrebatava la luz; el espantoso y antiguo rey de los Liliums empezaba su marcha y con su gran tamaño arrebatava cualquier obstáculo del camino; mientras las hojas secas del cerezo creaban un otoño eterno, la presencia del Bardok lo cambiaba todo, su presencia era gloria y caos.

El cielo se tornó carmesí y en ese momento el árbol de cerezo, el Bardok, rugió... y su rugido como una ventisca chocó con furia en la barrera de A'lara y solo el hedor de la corrupción llegó a Rosel quien estaba pasmado al borde de la resignación; las lanzas que hace poco se alzaban ahora caían al piso, tal era la influencia del temor, solo los Centinelas se mantenían firmes sin atreverse a dar la espalda al enemigo y no

vacilarían en avanzar, sus miradas no parpadeaban y sus corazones tranquilos esperaban el aura de su propia naturaleza trascendida. Protegidos con las garras del deber y con la confianza en su viejo general se mantenían firmes gracias a las vivencias de antaño.

Rosel miró con orgullo a las legiones de Centinelas que aguardaban debajo de la montaña, levantó nuevamente el rostro para sentir la calidez del viento que soplaba su espalda y al hacerlo su corazón se llenó de esperanza, pues el gran rey Liliun había llegado, el gran roble extendía sus ramas calmando a sus súbditos, mientras su espíritu enardecido viajaba a través del tiempo y el espacio para encontrarse con el espíritu de su hermano, el Bardok, en el vacío.

Las dos brizas se estrellaron en el centro, y en medio del vacío los espíritus de los antiguos reyes se encontraron.

—Hermano de la tierra, ¿por qué nos odias tanto?, ¿cuándo retirarás los colmillos de los de tu propia sangre?

—¡Colmillos! Ni siquiera estoy mordiendo, pero cuando arrebate la carne no pararé de tragar. Es tiempo de un brote puro y que mejor que mi propia prole para ello, ¿acaso aún no lo entiendes?, somos hijos de los dioses del sol; guerreros, pero no todos nacimos puros, solo fíjate en la cobardía que te rodea, nuestra verdadera naturaleza es la guerra y tú los transformaste en pusilánimes, ¡tú eres el traidor! — Gritó furioso el Bardok.

—Juntos criamos a nuestro pueblo y juntos enseñamos lo que es amar la vida y fuimos prósperos, ¿por qué Bardok nos vendiste a los Yabels?, cómo pudiste corromper la reliquia para condenarnos a todos.

—Me di cuenta de que crecimos débiles, incapaces de defendernos solos, expuestos a la voracidad de la vida, estancados en el debate y la poca acción, solo mis hijos los Centinelas eran los únicos que defendían el caos de nuestras propias entrañas, pero ellos te amaban a ti y no a su propio padre. Tú los corrompiste con tu filosofía de defender a los débiles, cuando en realidad debieron haber aprendido de nuestra naturaleza, supervivencia del más fuerte. Nos vimos obligados a usar la reliquia de nuestros antepasados, los dioses del sol, porque éramos incapaces de enfrentar la amenaza, dudamos, gritamos, huimos y eso bastó para avergonzarme y entender nuestro error... Fuimos indulgentes hermano y por eso caímos.

—Te equivocas Bardok; nunca fuimos débiles, somos más fuertes de lo que imaginas, ayudar a otros jamás será un error porque las cadenas que se forjan en la amistad mueve y moverá el mundo; sobrevivimos al odio que pusiste en la maldición y sobreviviremos a este embate, verás con tus propios ojos tu error.

—Que ciego estás rey Liliun, después de exterminarlos haré que los nuevos hijos gobiernen y su misión será tan grande como ellos mismos y no se restringirán a solo existir.

—¿Y les enseñaras a gobernar siendo tu gobernado? Despierta, tu utopía tiene muchas falacias y empieza contigo... Recapacita, tu gente te necesita.

—No lo ves ahora, pero lo entenderás después, nos veremos en la batalla; hermano, no volveré a ser indulgente.

Bardok se sacudió y su espíritu se alejó del vacío dejando al antiguo rey solo, pero él no notó la diferencia porque ya hace mucho tiempo estaba así.

Al abrir sus ojos físicos, la triste verdad de lo que se avecinaba causó un llanto amargo y silencioso en su alma, mientras el temple de su rostro se mantenía en el disimulo sereno.

«Tanto odio y solo por dejar de escuchar, corazones alejados por los extremos de lo que se cree correcto».

Luego bajando la mirada se encontró con la de Rosel, quien al fin había recuperado la calma.

—Mi gran rey la angustia que traspasa no engaña a mis ojos puesto que lo comparto con el mismo dolor, pero también una ligera alegría llegó a mis manos y ahora cumplo con mi deber al entregársela, sé que su sabiduría le dará un mejor uso. En ese momento Rosel sacó la reliquia la cual estaba envuelta en un paño carmesí con letras y bordes dorados que a simple vista y tal vez por casualidad, las letras combinadas a causa del dobladillo formaban un símbolo bien conocido por ellos: «AZI-IK'S», también pronunciado como «Azalas», viento ininterrumpido o fuerza que escrita está.

Los antiguos habían usado esa palabra para rechazar a los males y aunque lo que dejaron en sus escritos era simbología no entendible por completo, el gran rey entendía lo que realmente era, lo sabía bien, aunque recién lo recordaba... Ese era el regalo del destino...

—¿Qué significa? —preguntó Rosel al ver el impacto que había generado en el viejo roble.

—Cada vez que se usa la reliquia se pierde una palabra, sin esta se desata la maldición, pero con ella se origina un nuevo inicio en la destrucción; el Azala es la palabra perdida que viaja y se susurra de oído en oído, pero que no se logra pronunciar, acércate Rosel.

Cuando Rosel se acercó, el gran rey inclinó su voz hasta hacerla un susurro y luego de varios minutos concluyó: Ya sabes que hacer...

El antiguo general quedó desconcertado y completamente paralizado, pero a la vez con una caricia de esperanza y al fin su mente se despejó. Envolvió la reliquia y la guardó otra vez.

El gran rey sonrió, entonces Rosel con otra sonrisa y una lágrima atrapada en sus ojos le hizo una venia y continuó su camino.

No muy lejos de ahí Neris esperaba impaciente alguna noticia de O'da. La preocupación cortaba su concentración dejando en espera a los Centinelas que lo rodeaban y estudiaban sus posibilidades sin descartar sus limitaciones.

—Neris, es tiempo de decidir qué hacer. —La voz suave y calmada despertó a Neris de sus tormentosos pensamientos y preocupaciones arrastrándolo al asunto

inmediato. Miró a su alrededor, ahí esperaban con notoria expectativa los brotes de Centinelas que más habían destacado y en quienes se depositaba prácticamente toda la fe del pueblo Liliium; luego bajando la mirada y observando la maqueta hecha a escala suspiró con tristeza—. Los Fungals siempre siguen a un líder que los mueve como si fueran solo uno, esa es su fortaleza, pero ese líder también es su mayor debilidad... Los Centinelas de tipo cacería, rastreadores, asesinos y todo aquel que pueda identificar a esos líderes Fungals tendrán la mayor responsabilidad en esta guerra, los más versados en el combate andarán juntos apoyando a los regimientos Liliiums que lo necesiten, pero su misión será derrotar a sus supremos comandantes —hizo una pausa forzada—, inclusive al mismo Yabel Zandar. Los demás se mezclarán ya sea en las filas enemigas o las aliadas. Cuando llegue el momento sabrán que hacer, los Centinelas de viento protegerán a los árboles demonio y los proveerán de lo que necesiten, lo demás la misma batalla lo dirá. No duden en usar la fuerza, ni vacilen al lanzar su furia, porque las vidas que resbalan serán peldaños para proteger las nuestras, recuerden que no hay mayor honor que vivir y morir luchando, nuestra lucha en vida fue la de servir y ahora la batalla que nos clama es para proteger; por lo que puedo estar orgulloso, ya que lo difícil del camino, lo caminamos bien... Mis hermanos, esta vez lucharemos hombro con hombro, mis indicaciones brotarán del mismo corazón de la batalla, para ello apelaré al «Sarram» el antiguo poder de mi casta el cual al fin he dominado, pronto este cuerpo añejo se secará y romperá dejándome libre y juntos veremos lo que el destino nos ha preparado.

La tensión aumentó y las siluetas de una posible realidad se vieron alterados por las fantasías que la confianza enardecida expelía.

Nacarado engaño



«Belleza sin igual, hacia ti voy de corazón, mi fe es mi voluntad, mi voluntad será valor cuando extiendas tu mano y al sentirte cerca será la fuerza del amor la que me impulse a atravesar el camino oscuro y filudo como la navaja.

Musa de la imaginación e inspiración alumbra el camino de regreso a casa, sopla suavemente para persuadir a la voluntad que aguarda dar el gran paso de valor a través de las fauces de las legiones del miedo, guíame con tu amor, que no hay fuerza más grande para arrinconar al enemigo y permíteme hacer la promesa que será el inicio del coraje que se necesita para atravesar el delirio; cúbreme con tu manto de estrellas, ¡oh flor de esperanza!, porque sin ti estoy perdido en la oscuridad, sin ti caeré en las tinieblas y ahí me devorarán, sin ti no hay nada.

Álzate voluntad, despierta como el fénix y alumbra el averno de mi interior, crea el valor para rugir en el silencio y compensa al amor con tu impulso para pronto llegar al ángel del árbol. Fuerza que te extiendes sin par, protégenos en el camino al silencio».

Los fuertes vientos que aterrizaban en nuestros rostros nos ayudaron a despertar del silencio, aunque salir de ese estado fue algo muy lento, prácticamente tuvimos que ir recordando lo más básico como el respirar, el sentir, el oler, el ver, siendo lo más complicado entender lo que había pasado y aún más complicado fue sobreponerse a la exagerada altura en la que nos encontrábamos.

Ahí en la cima de las nubes volví a sentirme y lloré, no con la nostalgia que acompaña el llanto, sino con la alegría de estar vivo. Una extraña cadena hecha de hojas sostenía mi cintura, su suavidad era extraña y a la vez tan filuda que no terminaba de entender el por qué no me cortaba, un poco más arriba de donde colgaba estaba Ábreas aún en la inconsciencia.

La vista se tornaba nubosa de vez en vez y el recuerdo de la oscuridad del silencio sacudía mi ser con un escalofrío estrepitoso. Empañado por la luz y el viento, dejé

que la naturaleza de un pestañeo luchara ante la claridad y con especial esfuerzo, busqué a O'da por todos lados y cuanto más buscaba más preocupado; el simple pensamiento nefasto de la situación causaba mella en mi corazón, seguí buscando tratando de enfocar mejor, repasando lugares por donde ya había visto, mas no la encontraba, de pronto mi cuerpo al fin empezó a reaccionar al movimiento y aprovechando el impulso del viento miré arriba y en ese momento mi corazón se tranquilizó; pues estaba sujeta por la misma extraña soga de hojas filudas y aunque la vi despierta, estaba agotada por lo acontecido.

Las palabras no brotaban de mis labios así que solo me quedaba esperar para entender en que nuevo lío nos habíamos metido. Giré nuevamente y al hacerlo nuestras miradas se cruzaron, hizo un gesto que indicaba que todo estaba bien y le respondí con una sonrisa, ese simple acto fue suficiente para entender que de algún modo estábamos bien.

El silbar del viento al contacto con nosotros fue interrumpido por una voz suave y potente que venía desde mucho más arriba: «Vaya espectáculo que han dado, aún no puedo creerlo, cómo lograron enfrentarse a esa criatura tan temible, ¡deben estar muy locos!, cualquiera en su lugar hubiera escapado... Princesa sabía que tus amigos eran extraños, pero son realmente sorprendentes».

—¿Alvieri?, realmente eres tú, nos has salvado... —respondió O'da con cierta debilidad y aunque no la veía por la posición estaba seguro que las mismas lágrimas de felicidad que me habían sorprendido ahora también la sorprendían a ella.

—Me encantaría atribuirme ese hecho, pero realmente no hubiera sido posible si no fuera por el caído y ese extraño ser de luz que apareció de la nada... —hizo una pausa mientras buscaba en su memoria—, sí, Noluc, así fue como se llamó. Tienes extraños amigos caído... y un gran poder también. —Esa última frase solo la susurró como una reflexión para sí mismo.

O'da se sorprendió al escuchar ese nombre.

—Los Noluc son seres rencorosos, pero por lo visto, tampoco olvidan un favor; Kailem, ¿cuál fue tu pacto con el Noluc?

—No hubo tal pacto, solo rompí el cuerno, eso es todo..., en medio de la segunda fase del silencio me es imposible describir o mencionar lo que pasó.

—Tal vez aún no lo recuerdas, así que te lo diré: por alguna razón todos cayeron como marionetas inertes o como víctimas de un desmayo, si no hubiera habido tal alboroto jamás los hubiera ubicado, desde muy lejos vi a ese ser que expelía odio y terror, jamás he visto algo igual y hasta temí e imaginé que ya estaban perdidos, de pronto te levantaste caído... Me es difícil describir lo que pasó a continuación, pero ante la naturaleza coloco la verdad de lo que diré: La criatura retrocedió cuando te pusiste frente a él y se llenó de ira, su rugido sacudió la tierra y rayos negros del cielo azotaron al bosque, luego de ello solo temibles explosiones acontecieron, fue un espectáculo de destrucción, cuando al fin el espacio se aclaró vi a la criatura herida y al caído inconsciente; sin embargo a su lado, protegiéndolo estaba ese ser de luz..., a

pesar de la distancia sentí su mirada y por intuición supe lo que tenía que hacer. Volé con todas mis fuerzas y los envolví como pude, la bestia trató de impedirlo, pero el Noluc tal como se denominó al responder una pregunta, nos abrió el paso...

—¿Qué fue de él? —Pregunté apresurándome a la narración.

—Solo sé que él es luz y cuando estuvimos lejos, como luz solo desapareció.

—Los Noluc son seres de mucho poder, inclusive algunos los llaman Dioses de Luz, me pregunto si él era... —O'da calló repentinamente estrangulando el remordimiento.

Giré hacia ella y le confirmé lo que iba a decir:

—Sin duda alguna es el mismo...

—No importa qué o quién sea; lo importante es que me permitió salvarlos —agregó emocionado Alvieri.

Estaba exaltado y hasta fascinado con lo que el silencio nos privó recordar, lo único que resaltaba eran nuestros rostros cabizbajos y soñolientos que el manto de la derrota cubría con desprecio, manto invisible, pero muy pesado o como lo describiría mejor Ábreas al despertar:

—Las flores han sido arrancadas del camino... esas flores eran nuestra voluntad. Pero también sabemos que las raíces y las semillas esperan para volver a brotar.

Y aunque no entendía bien, sabía que habían fuerzas que iniciarían nuevamente el impulso, sorprendiendo con su llegada de forma muy sutil.

Ahí en las alturas el pequeño susurro escapado de los labios de O'da: «Prometo volver a levantarme una y otra vez mientras aún me bendigas con la vida» llegó como una revelación. El impulso para encender la voluntad es una promesa, fuerza escondida y por temor ignorada. Entonces empuñé, mientras inhalaba todo el aire que mis pulmones podrían soportar y con todo el aire acumulado grité:

—¡Prometo no rendirme mientras aún sea bendecido con la vida! Ni bien terminé de gritar cuando la fuerza que me había abandonado regresó y me sentí en plenitud.

Una gran carcajada avivó el impulso creado y sin restricción Ábreas también buscó la luz de su voluntad:

—¡Prometo luchar con todas mis fuerzas mientras este corazón vibre de vida! Reímos despejando el peso sombrío de la derrota y cuando ya solo el silbido del viento retornaba a su melodía volví a reanudar mi promesa, esta vez en silencio, para continuar mi lucha y estar con mi ángel del árbol.

Los cánticos de las aves despedían con nostalgia al gran astro y poco antes de que la noche tomara sus colores, el blanco puro del Bosque de Marfil brilló y develó a los gigantes árboles reyes, inmóviles y desafiantes en espera del juicio, de manos ajenas.

A pesar de su gran tamaño las nubes del cielo lograban atravesarlos como si no estuvieran ahí; y ojos menos entrenados no notarían su presencia. La magia de los grandes reyes siempre será la de estar y no ser vistos, mas la calidez que su sombra aborda a los cercanos, regalaba el resguardo.

Rodeando a los grandes ancianos, la jauría de las malas intenciones ladraba

amenazante e incesantemente, mientras la calma de la resignación afilaba las uñas.

«No hay adversario más temible, que el que ha sido acorralado, porque en ellos el miedo ya no los hace huir».

Desde lo alto vi el mar de Fungals y Fungars quietos y calmos..., aguas engañosas a punto de rebalsar.

A pesar de la furia y los colmillos que rugían en ambas direcciones, fue la tristeza la que gobernó la vista desde los aires; tristeza escondida en la bravura y el miedo, tristeza en la risa pagana y en palabras fútiles de apoteósicos logros, tristeza... de no poder hacer nada para ayudar.

—Ya estamos cerca; —irrumpió la voz de Alvieri, arrebatándonos de los tediosos pensamientos. Habíamos entrado a las fronteras del Bosque de Marfil y ya los árboles demonio observaban pacientes, sus miradas gélidas no terminaban de asombrarme.

En eso Alvieri nos soltó desde gran altura:

«Aquí los dejo amigos» —gritó despidiéndose, asumiendo que éramos capaces de bajar por nuestra cuenta...

Ante la sorpresa de la caída quedé mudo al tratar de sostener mis entrañas para evitar que escapen por mi boca, no me quedó más que reír de mi espantoso final. Pero en medio de la caída la princesa O'da se acordó de mí, entrelazó sus delicadas manos con las mías, me miró dulcemente y pronto empezamos a caer en una danza, como dos hojas cortejadas por el viento, suave y lento..., delicioso momento.

—Gracias Kailem... por ti vivo. Gracias Kailem... por salvarme del Rugal, jamás olvidaré lo que has hecho por mí y mi pueblo. Mi vida, es tuya.

Vi sus lágrimas, como hermosas perlas, luchar para mantenerse en sus ojos sin éxito, mi corazón se conmovió y dejé que mis lágrimas volaran con las de ella.

—Mi vida está en tus manos, no me debes más de lo que yo te debo a ti, eres parte de mi vida O'da Anamutsa...

—Y tú eres parte de la mía, Kailem Istramus...

Jamás pensé que podría encontrar tanta sinceridad y lo que dijimos, son palabras puras, sin intención.

Suavemente nuestros pies llegaron al piso y los Lilioms cantaron el regreso de su princesa y nuestras manos junto con las miradas se soltaron... se dio la vuelta para recibir a su pueblo y yo giré hacia Ábreas, quien encontraba mejor cobijo en las sombras.

«Cuando la calidez de otro ser llega a tocarte y la amistad trasciende, lo imposible se hace posible y la sensación se contagia como el aroma de una flor a otra».

—Mañana será un día rojo —dijo Ábreas con gran convicción. De reojo pude ver un ligero temblor en sus manos que aún no logro entender, tal vez fue un presagio o tal vez algo más oscuro como el placer.

—Sin duda alguna lo será —respondí con gran calma y luego agregué—: desde que llegué a este mundo, todos los días tienen ese color... No me desagrade la idea de

luchar juntos otra vez.

Ábreas sonrió.

—No habrá mayor honor, mi hermano Kailem... —En ese momento un antiguo conocido con pasos algo torpes y pesados se acercaba, cargaba unos pergaminos mientras dos Centinelas custodiaban sus pasos.

—¡Ábreas, mi buen amigo!, me da mucho gusto ver que estás bien, nos tenías muy preocupados, los ánimos se desmoronaban en tu ausencia. —Hizo una pausa algo forzada y volteó hacia mí haciendo una rápida reverencia.

—Caído.

Traté de corresponderle el saludo, haciendo la misma reverencia ya bien practicada con anterioridad, pero al iniciarla Belium ya había girado para continuar su conversación con Ábreas.

Terminé la reverencia solo para evitar dejarla inconclusa, luego me disculpé y los dejé conversando con mayor tranquilidad.

Todo era un laberinto de emociones encontradas, por un lado la alegría luchaba contra el miedo al futuro y por otro lado la algarabía se enfrentaba a la creciente sensación del último aliento. Pude sentir mientras caminaba entre ellos la calidez de los Liliums y ciertas miradas de esperanza siguiéndome la espalda. Me senté cerca de un arbusto que resultó ser una niña y ella arrancó una de las flores de su cabello y me la entregó. Jamás olvidaré esos pequeños ojos, luego me preguntó si íbamos todos a morir, después de pensarlo solo pude decirle: «que aún estábamos ahí» y señalando la flor agregué: «la cuidaré con todo mi corazón»; se alejó tranquila, pero lo cierto es que no logré responder a su pregunta.

No muy lejos, algunos Liliums bailaban con tanta hermosura que rescataban a cuantos observaban de la prisión de sus mentes; es un arte sin igual pensé. Hasta que una conversación cercana me distrajo.

Ahora es solo un baile... Susurraron algunas voces cerca de mí, cuando traté de dar encuentro con la mirada al origen de ese extraño comentario pude ver los rasgos de la tristeza de dos Liliums que se remontaban al pasado. No le di mucha importancia y dejé que la noche siguiera su paso.

Mas cuando todo aparentaba estar bien, el aliento del odio rugió en medio de la oscuridad y enormes rocas cubiertas de fuego reemplazaron a las estrellas del cielo y sin aviso cayeron con vehemencia iniciando así la guerra del Bosque de Marfil.

Pronto los gritos de los alrededores se mezclaron con el crujir del fuego y los llantos estallaron, pero el desorden fue breve y la represalia más que rápida, en un instante bolas de fuego azul fueron lanzadas hacia los Yabels, demostrando que toda causa tendría una consecuencia y cuya consecuencia no esperaría para ser cobrada; el bombardeo fue continuo. Por ambos lados el caos de la muerte empezó a teñir el velo blanco e inmaculado del Bosque de Marfil; la niña arbusto que hace poco reía, ahora solo lloraba mientras su madre la arrastraba hacia el norte, la mayoría corría al norte, pero por alguna razón inexplicable me dirigí al lado contrario, donde el camino del

fuego rugía.

Llegué donde los Centinelas, guerreros fieros que se preparaban para luchar y vi de cerca esas catapultas que arrojaban el fuego azul, parecían gusanos hechos de madera y acero, alrededor de ellos tres Centinelas con la mano derecha extendida hacia la catapulta y la izquierda apuntando al cielo oraban en una lengua mágica, mientras la fuerza de la naturaleza se proyectaba a través de ellos para luego reposar en los gusanos y cuando la energía alcanzaba su mayor potencia, era liberada pintando una hermosa centella azul en la oscuridad y un infierno en la tierra, el brillo continuo de las explosiones creaba un falso amanecer.

Gruesas rocas cubiertas de fuego amenazaron la formación y el campamento de los Liliums, que aún no estaban preparados, y ante el inminente destrozo grité para que se movieran y esquivaran lo que se avecinaba, pero su respuesta fue una mirada indiferente ya que su concentración estaba enfocada, para ellos las rocas del cielo no eran amenaza alguna ya que la sombra del rey los protegía y lo entendí al escuchar el sonido de las hojas contra el viento y más aún al ver las rocas repelidas por la mano visible e invisible del gran rey, el roble de robles, no muy lejos el sonido de los arrasabosques venía incrementándose mientras los silencios de la noche ardían tras su camino, la fauna seguía corriendo y no era extraño ver a los pobres animales espantados atravesar nuestras filas buscando un mejor lugar, en eso una voz que retumbó como el trueno y que cayó desde lo más alto del cielo nos estremeció por completo.

—¡Yo soy el Bardok! ¡Su legítimo padre! ¡Ríndanse y arrodíllense ante mí y los perdonaré!... ¡Hijos míos, únense a mí!

Su voz gruesa y alargada como rugidos vibraba con tanta fuerza que hasta las aguas quietas se sacudían, mientras los peces del mar y las aves del cielo caían entumecidas.

—Eres tú, hermano, el que debe recapacitar, respondió el gran rey Lilium con un tono parecido, pero más puro.

«Las palabras ungidas con el tono de nuestra voz, nos pueden mostrar nuestra condición».

—¡Tú has corrompido a mis hijos!

Las primeras luces asomaron con decoro alumbrando a ambos ejércitos, que a la distancia parecían fieras erizadas y agazapadas a punto de atacar.

¡Fórmense! Se escuchó, mientras el general Rosel entraba montado en un Chuuk, en un segundo todos tomaron sus posiciones y me vi rodeado de imponentes Centinelas, los ánimos se exaltaron al ver a O'da junto a Rosel también preparada para la batalla y la predisposición nació cuando los tambores de guerra retumbaron con sus clásicas melodías, incentivándonos mientras nos mezclábamos entre los árboles demonio.

Las legiones de Liliums y Centinelas estaban listos para enfrentar su destino.

Rosel levantó la mano y todo quedó en silencio, de pronto las trompetas de los

Yabel sonaron y las cientos de legiones de Fungals, Fangals y Fungars estallaron en rugidos y se precipitaron por los caminos de cenizas que las catapultas habían dejado.

Neris se encontraba cerca de Rosel, se miraron asintiendo y pronto apareció la señal que indicaba a los más diestros arqueros levantar sus arcos imbuidos de naturaleza. Cómo imaginar que la tierra temblaría, era tal su número que a pesar de la distancia los sentíamos cerca. Ver el mar de furia acercándose estremeció las entrañas de todos los que aguardaban en ansiedad la señal, pero el viejo Rosel seguía manteniendo la mano levantada, en espera. Ni el terremoto provocado a nuestros pies, ni el sonido abrumador de las armaduras en cada paso, ni los arrasabosques, ni los inmensos Fangals, parecían inmutar al viejo general, de pronto el crujir de la madera, chasqueante y casi como un bramido ensordecedor que solo el mar pudiera producir, se generó en el cielo y este se llenó de espanto cuando los dos grandes reyes colisionaron en las alturas donde ni los relámpagos podrían producir tal percusión. Flores de cerezo y hojas de roble cayeron como una lluvia mística olvidada en el tiempo, «que belleza creada en la destrucción». Acto seguido Rosel bajó la mano y la señal fue tan clara que antes que terminara de bajarla ya las flechas naturales viajaban en el cielo.

Un nuevo crujido en el cielo remeció los cimientos y en la tierra los quejidos de los Fungals, Fungars y Fangals no se hizo esperar, pero la ola continuó dejando la espuma atrás, la siguiente ronda de flechas no esperó, sin embargo fue menos efectiva que la primera, no pasó mucho para que los primeros jinetes Fungars llegaran y se estrellaran contra los Centinelas montados en los Chuuks, iniciando así el primer baño de sangre; primeras salpicaduras del mar de ira.

Y ahí atrás, ante una nueva señal, los Liliums se lanzaron al combate para dar cara a sus pesadillas, y junto a las legiones Liliums, los árboles demonio también se prepararon.

«Es difícil describir el encuentro de emociones y sensaciones cuando se empieza la marcha a lo inevitable y aún más difícil es dar el primer paso que empieza a definir el camino».

La adrenalina se apoderó de todos y la sangre quemante fluyó cuando la legión en la que estaba se movió y mientras todos rugían como leones encerrados, yo también lo hacía, pero invocando al ¡Teldorass Sidaré! La seguridad se hizo mayor cuando escuché a la oscuridad personificada que gritaba cerca:

—¡Sombras! ¡Sean mi herramienta! En ese momento avanzamos contra el enemigo acechante.

Un nuevo gran impacto en los cielos sacudió la tierra y creó una lluvia de pétalos y hojas, al mismo tiempo los enormes Fangals armados de garrotes llenos de púas creaban una grieta en la formación, los latidos del corazón de las espadas del justo se mantenían quietos, mientras su filo atravesaba a cuanto Fungal se acercaba. Un grupo de árboles demonio nos abrieron paso al interceptar a los Fangals que habían creado el caos en nuestras filas, aprovechamos el desorden para avanzar con fuerza, pero

luego tuvimos que retroceder a la posición inicial al ver la impenetrable formación de los Fungals.

Los rugidos y gritos llenaron de relámpagos el campo de batalla mientras los incesantes truenos continuaban haciendo llover flores blancas y rojas; sangre del roble, sangre del cerezo; lentamente el Bosque de Marfil se iba tiñendo de rojo y ni las partes más lejanas se salvarían.

Las hordas de Fungals arremetieron con vehemencia, sacudiendo los escudos y en medio del bullicio escuché: «Abran paso al Gour».

Nuevamente arremetieron y los escudos se rajaron; detrás de esas filas de defensa, Belium ordenó a los lanceros posicionarse, entendí la estrategia y me pareció oportuna, comuniqué a los defensores que al siguiente embiste los dejaran pasar y que siguieran tapando lo que se iba armando adentro, ni bien di el mensaje cuando nuevamente a lo lejos escuché «Abran paso al Gour».

El tercer embiste rompió los escudos naturales y los guardianes fingieron retroceder, esos Fungals habían caído en la trampa. «¡Ahora!», gritó Belium y de inmediato los lanceros cogieron sus largas lanzas y estas se tornaron en fuego, luego sin dudarlos atravesaron a sus enemigos los cuales lamentarían ese error; en medio de los lamentos del fuego un Fungal gritó: «¡Gour!» y a lo lejos donde las demás legiones enfrentaban su destino se volvió a escuchar: «Abran paso al Gour».

—¡Avancen! —Gritó Belium mientras encabezaba la orden subido en su Chuuk—. ¡Aprovechemos la oportunidad!

Corrimos con gran ahínco para aprovechar un flanco descubierto y tuvimos que saltar los cadáveres de algunos Fangals y árboles demonio que se habían entrelazado volviéndose uno en la muerte, no muy lejos de ahí un grupo de gigantes volvía leña a los demonios de Marfil con sus inmensos garrotes.

El cielo retumbó con mayor fuerza mientras la madera se rompía bruscamente y vi caer pedazos enormes de ramas, que parecían árboles enteros arrojados por los dioses, que luego aplastarían indiscriminadamente a todos los que se atrevían a estar en su camino. La tierra tembló con fuerza y el equilibrio se perdió dando la oportunidad a los que estaban sentenciados en el suelo para levantarse y volver a luchar invirtiendo en muchos casos la balanza tan sensible.

—¡Levántense y continúen! —gritó Belium, quien no dejaría pasar esa oportunidad.

Corrimos prácticamente surfeando la tierra que no dejaba de temblar por la presión ejercida por los antiguos reyes y en corto tiempo llegamos a la carnicería que se había desatado, la bravura se había convertido en terror y en algunos casos invadidos por el miedo y el espanto, casi cegados por los charcos de sangre tanto de Liliiums como de Fungals, ya algunos no distinguían aliados y azotaban con todas sus fuerzas a todo cuanto se les acercara. Por primera vez vi y entendí que muchos de los crímenes de guerra son mitad locura y la otra mitad clemencia para aplacar a la misma insania desbocada.

Mis armas se mancharon de ambas sangres, un Liliium me atacó, totalmente fuera de sí, descontrolado, y aunque rogué al tiempo con la esperanza que recuperara algo de su cordura, esta no llegó y fue la espada de otro Liliium la que lo hirió fatalmente y ante el sufrimiento que empapaba su mirar usé las mías para darle fin, antes de poder reflexionar ya estábamos en pleno embiste contra la legión de Fungals contigua.

Dimos un gran golpe y nos enardecimos, volcados en la buena fortuna los espantamos mientras diezmábamos gracias al lío del desconcierto. «Muchas vidas cayeron y más confianza adquirimos, ese fue el error».

Mientras los Fungals y Fangals corrían presas del desconcierto por causa nuestra, otros se quedaban en pie resignados y con sus últimos alientos clamaban al cielo. «Gour vénganos», era el mismo nombre que ya venía escuchando un gran tramo y nuevamente la voz respondía: «Abran paso al Gour», busqué al dueño del mensaje que se oía tan cercano y encontré el origen de la misma en un Fungal negro que llevaba dos espadas una en cada mano, también una cinta negra que casi invisible al contacto con su piel rodeaba sus ojos; mientras que a su alrededor Liliiums y Fungals caían por igual, caminó despacio entre los guerreros Liliiums quienes al ver al ciego burlonamente lo dejaron pasar, con la intención extraña que brota ante el exceso de confianza, intención comparada y orientada a la crueldad en calidad de diversión.

En silencio observé, mientras trataba de acortar la distancia que aún era grande entre los dos, de pronto solo una ráfaga de viento bastó para callar las burlas junto con las malas intenciones a su alrededor, mientras que ese mismo viento zumbaba recreando el sonido del Kanzen. Giró en dirección a mí y pude ver dibujarse una media sonrisa en sus labios a la vez que caían todos los Liliiums hechos pedazos, el pánico no se hizo esperar y los sobrevivientes corrieron hasta donde pudieron, inclusive algunos llegaron donde yo estaba perplejo y simplemente cayeron limpiamente, la fineza de los cortes que los habían alcanzado se veían profundos, pero ante su finura el cuerpo no los detectaba.

La adrenalina en mi sangre raudamente me regresó a mis cabales y al observarme pude ver las armas levantadas y supe de inmediato que el corazón de las espadas que me entregó Siomac el Justo me habían protegido.

—«¡Abran paso al Gour!» —volvió a gritar el Fungal negro y todos los Fungals alrededor huyeron.

—¡Quién eres tú que osas mantenerte en pie frente a mí! —gritó el Gour mientras continuaba acercándose—. ¿Acaso no vas a responder o deseas pasar al olvido como todos los demás?

Miré atrás con la intención de escapar y me pareció ver a la niña arbusto... y recordé la respuesta que le di cuando me preguntó si todos íbamos a morir. «Le dije que aún estábamos aquí». Lo cual implicaba estar ahí frente al Gour, pensé que le había respondido mal, pero en el fondo lo sabía, mientras haya lucha habrá esperanza.

—Soy Kailem —respondí—, aún estoy aquí.

—No eres un Liliium, no siento la presencia de un Liliium y mucho menos la de un

centinela y sin embargo sigues en pie, interesante espécimen o serás solo un afortunado.

«Huir es sencillo y pensar que no lo haces lo es aún más, pero cuando despiertas y te ves tan lejos, descubres que el valor puede ser una excusa para seguir huyendo de algo más».

—Comprobemos entonces, has detenido por un momento el camino del Gour. ¡Esfera Kanzen!

—¡Sss... Sidaré! —En un segundo la onda expansiva chocó con gran brutalidad ante la barrera de rocas y no pudiendo soportar la presión las rocas se quebraron, no sin antes lograr expulsarme por los aires. Las piedras y árboles, cadáveres de ambos bandos quedaron reducidos a polvo y fue tanta cantidad que al levantarme y ver en dirección al Gour, solo pude apreciar con espanto el desierto circular creado a sus pies. Pedazos del Sidaré resbalaban por mis brazos y piernas; cayendo tan finamente que entendí que era su misma espada la que generaba el caos y no algún extraño poder. En ese momento por primera vez me emocioné, mi cuerpo se relajó y los pensamientos abundantes se detuvieron dejando una claridad más que evidente, en medio de ese trance placentero de forma muy natural entré en el estado de invisibilidad y caza; respiré profundamente olvidándome del entorno mientras marcaba al Gour, de pronto e instintivamente me vi tan cerca de él, mientras la presión de mis músculos explotaba dirigiendo las espadas del Justo hacia el Gour, el cual reaccionó a gran velocidad bloqueando el impulso y predisponiéndose nuevamente a desatar la ira del Kanzen, pero no pudo prepararlo a causa de la agresividad del ataque que llegaba como una tormenta incesable, cuyos golpes empezaban a hacerse más pesados y rápidos.

El Gour jamás había visto tanta furia y precisión, viéndose obligado a retroceder su posición, otorgando a su leyenda un paso en falso de su eterno avanzar.

—¿Qué eres? —Gritó al ver a la desbocada criatura seguir sus pasos sin clemencia, nuevamente rompió su posición retrocediendo ante la presión y en medio de los golpes de espada que ya tocaban un concierto aterrador, su pregunta fue contestada.

—Soy Istramus. —Y ni siquiera en ese momento el Fungal negro encontró aliento.

Abrió ligeramente los ojos al dar un paso en falso y recién ahí el destello de su divinidad detuvo el encarnizado ataque. El Gour sonrió extasiado.

—Te he subestimado Istramus, no volverá a suceder, te enfrentas a un artista con la espada, eres una bestia sin estilo, pero aun así me has sorprendido.

Ambos espadachines se pusieron en guardia concentrándose el uno en el otro, olvidándose por completo de las explosiones del cielo, de las lluvias incendiadas de flores y hojas que adornaban siniestramente el horizonte y de la sangre que teñía el velo de la novia del Bosque de Marfil. Creando ellos su propio silencio inestable y a punto de ser perturbado por el mínimo error.

La quietud y paz en sus pensamientos y cuerpos los hacían imperceptibles por momentos y de vez en vez solo el latido de sus corazones, casi inexistente, delataba al guerrero tras la espada.

No tiene técnica y sin embargo no encuentro como atacar, pensaba el Gour. Mientras Kailem comprendía que cualquier error sería su tumba.

«No dejaré que mi mente sea mi enemiga, ella está aquí para servirme, soy su amo y señor y me debe obedecer como en el principio hasta el fin».

—Kai ya te estoy conociendo... —Susurró mi ángel en mi corazón, mientras la fe reposaba en la promesa que mis labios sembraron para con ella y abrigado en su calor me lancé ante mi temible enemigo.

—No superarás al Kanzen criatura. —Susurró el Gour, mientras realizaba un giro circular, que devastó la tierra en su camino y en medio del polvo las espadas chocaron y relampaguearon.

Los ojos de Istramus estaban enrojecidos por el poder del Kala Traps, mientras que el Gour disfrutaba en medio del silencio y se extasiaba ante la sorpresa de ver por primera vez el Kanzen bloqueado, sonrió complacido arremetiendo con más fuerza, olvidándose por completo de las posturas de defensa y concentrándose solo en el ataque.

Los Fungals cercanos al ver al Gour atacando inclementemente, gritaron fascinados y se lanzaron contra los Liliums que iban apareciendo. Un centinela levantó la mano señalando a los Fungals y Fungars que se unían para acabarlos de una sola estocada y armando de coraje a sus compañeros gritó: «no teman, que el Gour ha sido detenido»; de inmediato el espíritu de la guerra retornó a los Liliums y más aún cuando a lo lejos el chillido de los Chuuks junto con la bravura de sus Centinelas se escuchó como una avalancha del cielo.

«El aliento para seguir adelante no siempre nace en los labios, puede que llegue como música o como una simple mirada».

No tardó mucho y el rumor de que el Gour había sido detenido alimentó a los exhaustos, quienes levantaron su espíritu ante la voz de esperanza y los Centinelas se llenaron de inspiración y empezaron a arrasarlo todo cuanto se movía. Los Fungals sangraron y se refugiaron en los gigantes Fangals quienes seguían imbatibles; a lo lejos Zandar observó cómo sus legiones frenaban, entonces susurró: «Mócdry busca a Sicar, es tiempo de que las fauces del infierno se alimenten de nobles».

Mócdry tosió suciamente, mientras se alejaba a cumplir el encargo morboso.

El cielo en el Bosque de Marfil se había convertido en una tormenta, ennegrecida por el odio, la luz sufría para mostrar la locura desatada, mientras que el Gour e Istramus inspiraban y espantaban. Los grandes reyes en las alturas recreaban el terror de las pesadillas y la tierra no dejaba de temblar. Ni los lamentos, ni los vituperios y mucho menos el ahínco de llegar a lo más bajo causaba reflexión ante la excusa de la victoria, así crímenes de guerra empezaron a suceder en distintas partes ante los ojos incrédulos y el nulo actuar.

«A las lanzas», gritó Neris a los Centinelas y estos junto con los árboles demonio lograron repeler el salvajismo de los gigantes Fangals, dio otra señal y las catapultas que estaban escondidas bajo la tierra acumulando energía natural, dispararon sorpresivamente sobre los arrasabosques que no terminaban de crear heridas y perjuicios; las rocas imbuidas de un poder azul alumbraron el cielo putrefacto como estrellas piadosas y arrancaron el metal en gran explosión, dejando inválidas a las temibles maquinarias, lo que a su vez daba señal al viejo Rosel quien sin dudarlo ordenó que se levanten las banderas de las ballestas, las cuales habían sido rediseñadas para lanzar cadenas con dos grandes bolas de púas en sus extremos.

Sin dudarlo Rosel dio la orden, y las ballestas engendraron al sonido macabro del viaje de las cadenas, lo cual desconcertó al campo de batalla y detuvo el entusiasmo; en ese momento la orden clara y concisa de Rosel despejó dudas con un grito esperado y premeditado: «¡Al suelo!», los Liliums se echaron de inmediato, los Centinelas se lanzaron contra sus despistados compañeros agazapándose con ellos y algunos Fungals imitaron el comportamiento, de pronto el sonido desconcertante de las cadenas disparadas se intensificó, sumándose al crujido de los huesos de aquellos que estaban en su camino, espantando y conmocionando a los que estaban agachados.

El triste velo se rasgó mostrando a cientos de Fungars y Fungals, algunos erráticos árboles demonio y pocos despistados Liliums destruidos, gimiendo de dolor y espanto mientras el penoso llanto de sufrimiento de los Fungars aumentaba a cada segundo al no ser alcanzados por la muerte y gritaban desesperados, se arrastraban y lamentaban tratando ilusamente de salvar sus piernas destrozadas.

El cántico de dolor se escuchó en lo que ya era una planicie maltratada y el consuelo llegó en forma de rugido, pues Zandar estaba descontrolado, furioso gritaba sin parar; de pronto la doncella del destino jugó coquetamente y guió la mirada desbocada del iracundo al preciso momento que una joya anhelada y soñada se mostraba tras un movimiento absurdo y desmesurado de su portador, incrédulo miró su mano derecha y su corazón dejó de latir brevemente por el éxtasis provocado, caminó perplejo y aunque ya no veía la joya, la certeza se intensificaba junto con la macabra sonrisa y sin dudarlo puso palabras a su pensamiento alborotado:

—Musa... dejas brillar la tercera reliquia frente a mí y me la muestras a través de las manos de mi enemigo, musa... me das una señal divina, después de tanto tiempo al fin veo mi cruzada como parte de tu voluntad, temía el error, pero acabas de mostrarme mi designio. Como olvidar la primera vez que lo usé.

Atrapado y sin despegar su mirada del portador del tesoro, inició su entrada al campo sangriento. Sin prisa su poder fue elevándose creando una siniestra estela de luz por donde se movía. El pánico no se hizo esperar; al ver la centella aproximándose, Belium ordenó levantar el estandarte del puño, el llamado a los guerreros centinela más diestros y de antemano asignados a hacer frente al terror, un llamado de esperanza y sacrificio.

«Un impulso involuntario y consumado es un error voluntario e inconsciente».

La presencia de Zandar cambió el panorama que iba siendo esculpido con gracia e ironía y restauró los espíritus quebrados ocasionando un giro en el fragor de la batalla.

Asentándose a una distancia moderada gritó en dirección de Rosel:

—¡Vengo por lo que es mío! Interfieran y morirán.

Los Centinelas escogidos por su experiencia y poder clamaron la bendición de la naturaleza para lograr proteger a las voluntades que sus hombros cargaban y desenvainaron su coraje y sin ocultarse avanzaron hacia Zandar mientras la energía natural se impregnaba en sus cuerpos.

«Ilusos aquellos que no entienden el valor del sacrificio, cobardes por no intentar cambiar, mentirosos por desearlo y no hacerlo; porque es muriendo de a pocos como se va encendiendo la luz del cambio».

La convicción de enfrentar al mismo terror menguó y algunos de los Centinelas desistieron al ver el fuego inclemente en los ojos de Zandar cuya decisión abrumaba cualquier convicción. Sus pasos seguros y serenos, no se alteraban ni por el temblor de la tierra, ni por nada que se entrometiese, de pronto la humedad del ambiente se empezó a evaporar con gran prisa dando la ilusión de un espejismo que se acercaba y lentamente el suelo se ocultó en el espesor.

Los Centinelas rogaron a la naturaleza y el fuego de vida acudió al llamado, lo sujetaron en grupos de tres mientras la gruesa voz de uno de ellos sellaba un ultimátum.

—¡Detente Zandar! Detente y tu sangre permanecerá contigo, haz omisión y desencadenaremos esta advertencia...

—¡Ingenuos Centinelas, me amenazan con fuego! Yo soy fuego, su estultés solo me dará más poder, arrodíllense y su muerte será rápida, de lo contrario haré música con el asar de su carne y no les permitiré descanso.

Una segunda advertencia fue lanzada, advertencia con sabor a hiel y disimulo frente al terror.

—No habrá piedad para ti si sigues avanzando, estas rodeado y la naturaleza nos ha prestado su poder, no hay forma alguna de que sobrevivas.

Sin embargo la indiferencia fue mayor, el Yabel reposaba su mirada en Rosel y más exactamente en el cinturón donde se escondía su anhelado tesoro, se elevó unos metros del piso mientras que una espesa bruma creada de vapor ocultaba su forma, por un momento los latidos se paralizaron y el viento dejó de soplar. De pronto las pesadas esferas de fuego azul que los Centinelas reunieron en sus manos fueron lanzadas sin vacilación. En sus mentes quedaba la convicción que el fuego consumiría a su enemigo.

Las innumerables esferas se unieron en el camino dejando una centella, alumbrando el cielo y la tierra, paralizando a los guerreros y espantando a los vivos, el temible fuego viajó a gran velocidad en dirección a Zandar.

Su tamaño visto desde la tierra fue como la de un sol, cual cometa que espantó en

antaño y la explosión que creó solo un sueño podría explicarlo; el cielo ardió y llovió fuego en todas las direcciones, por un lado la victoria se gritó y los Liliums festejaron diezmado a sus adversarios quienes se mantenían impávidos. Belium aprovechó el desconcierto y sus legiones avanzaron férreamente. Por el otro lado Neris se posicionó de las alturas dando ventaja a sus tropas, sin embargo el ejército de Rosel no se inmutó y al igual que él permanecieron quietos a pesar de haber festejado primero, pues la falacia llegaba como ladrón en la oscuridad para robarles la ilusión y sin duda algo más y cuando el fuego empezó a disipar, la tensión se reanudó y los ánimos junto con las ventajas obtenidas empezaron a tambalearse hasta quebrarse, impulsado por el mismo fuego que creó la utopía.

—La naturaleza nunca les prestó su fuego, porque ese fuego solo lo soporta un recipiente similar. ¡Su vanidad es repugnante! —Gritó Zandar en medio del fuego, luego levantó las palmas lentamente, desde la cintura hasta la altura de los hombros con las manos semiempuñadas y en dirección al cielo. Mientras lo hacía, los Centinelas frente a él fueron separados del suelo y elevados. El terror fue efímero y a su vez eterno, pues las zarzas de fuego cobraban vida desde sus pies y continuaban el ascenso, pero no fueron los únicos, pronto cualquier Lilium y centinela que era observado quedaba prisionero del Lord del Fuego; separados del piso y elevados en los aires todos empezaron a arder.

Las falsas estrellas hechas de carne y hueso robaron el ímpetu de los guardianes de la naturaleza y llenó de un falso valor a las almas atormentadas que buscaron consuelo al abalanzarse erráticamente a sus enemigos, logrando conseguir la paz añorada en el puñal contrario, sacudiendo así sus esfuerzos y despilfarrando sus vidas.

No pude evitar ver las luces de fuego que desgarraban más de lo que brillaban y por un momento paralizamos el combate para lamentar el suceso, al menos así lo creí, ya que el Gour también dejó de atacar.

—Te complace este triste espectáculo o lo aborreces como lo hago yo.

—Para mí la guerra es la adrenalina de encontrar y enfrentar a alguien poderoso, los crímenes que se suscitan son detestables, pero secundarios.

—Cómo puedes darle más valor a un combate que a las vidas perdidas.

—Nada se pierde, las esencias vuelven a su origen para regresar a su destino otra vez, lo valioso son las experiencias porque ellas van y regresan contigo para completar su misión, pero esto tú deberías saberlo mejor, ¿acaso crees que es una coincidencia que estés aquí?

—Tal vez no sea coincidencia..., pero tu búsqueda de experiencias basada en el dolor ajeno me resulta difícil de entender y más aún si podrías obtener el mismo placer al defender.

—El Gour se rio con fuerza. —Confundes el punto de vista, podría alegar exactamente lo mismo, pues yo estoy defendiendo una causa, mientras que tú deslizas tus espadas para causar dolor. Como puedes ver es indistinto el lugar en el que estés,

en una guerra se defienden y atacan las ideas que desde nuestro punto de vista simulan ser correctas o equivocadas, mientras sigas ese dilema estarás identificado y no podrás ver lo real, es por eso que solo me enfoco en lo que me interesa, luchar con adversarios fuertes...

El llanto de las estrellas falsas fueron opacándose y a medida que lo hacían el entusiasmo por continuar con lo placentero empezaba a atizar el filo de nuestras armas y solo en ese momento empecé a entender lo que el Gour había dicho, pues la guerra a pesar de su crueldad no capturaba mi atención tanto como el paradigma de seguir luchando contra un adversario formidable.

«Descubrir la intención tras cada acto, es más valioso que camuflar el interés tras cada acto».

Lentamente la posición del combate empezaba a tomar forma, el Gour respiró lentamente dejando el aire atrapado en su interior, era evidente la concentración en su rostro, exhaló suavemente y mantuvo el ritmo sin perder la concentración; por el otro lado, Kailem colocó las espadas en forma de cruz, una posición extraña para muchos, sin embargo el Gour ya había visto antes esa postura.

—¿Eres hijo de Asrral? —Preguntó el Gour, buscando satisfacer su curiosidad.

—No sé quién es él.

No podían darse el lujo de cometer algún error, inclusive las preguntas podrían ser solo una distracción y sin poder sostener más el aire retenido, ambos danzantes de espadas volvieron a chocar con gran furia. La gracia y lo burdo resonaron con ímpetu mortal, sin ninguna muestra de supremacía sobre el estilo del otro, de vez en vez el Gour se separaba del inclemente ataque usando destellos de su divinidad y la frustración también crecía en Istramus al ver los golpes de espada bloqueados con supuesta facilidad; como adentrarse a la victoria si esta se viste de paciencia.

El Gour mantenía el semblante sereno, pero el hostigamiento empezaba a repercutir en su interior y lentamente su poder divino clamaba ser liberado, hasta que el titubeo se hizo presente y la espada del justo rasgó la piel sagrada del «rostro sereno», chispa que detonaría la furia del semidiós, inclusive ante su voluntad.

—Tu tiempo se acaba Istramus y nada puedo hacer para contener mi furia, aléjate o muere, que mi personalidad también cambia con el poder. —Rugió mientras su piel se derretía y su verdadera forma anunciaba el inicio del fin, la luz del Gour se elevó hasta el cielo y brilló con fuerza.

Istramus intentó retroceder, pero las fuerzas en su interior se mezclaron haciéndose imposible escapar.

—Lástima Istramus. —El Gour apuntó su espada y bramó—: ¡Kanzen! —En ese momento recién abrió los ojos culminando así su transformación y el Kanzen no esperó, clavando los colmillos para satisfacer su hambre y sin esperar devoró todo con luz—. Realmente eras digno, lo lamento Istramus, pero nadie toca a un semidiós y vive para contarle —su convicción era clara pues nada escapa de la luz.

El resplandor fue disminuyendo paulatinamente y ante toda probabilidad,

Istramus se levantó. Muchos cortes y heridas profundas se veían en su cuerpo, mientras que en sus ojos la más firme voluntad y rodeándolo una sombra de luz, pues nada escapa de la luz más que la misma luz. Mientras la sorpresa del Gour iba acentuándose, la extraña aparición era siendo reconocida y en medio de la intriga y pasión, Istramus reconoció al ser errante cuya maldición estuvo a punto de consumir.

—Kailem Istramus, estoy aquí para honrar mi promesa y hacer cumplir mi designio, pues un Noluc jamás olvida, un Noluc paga sus deudas y las deudas de un Noluc son retribuidas con intereses.

—Tu deuda ya estaba pagada, ahora soy yo el que te debe.

—Te equivocas caído, lo que tú hiciste por mí no solo fue salvar mi vida, sino que ataste mi existencia a la tuya al compartir mi dolor y al hacerlo abriste las puertas de la sabiduría para mostrarme como continuar el camino a la ascensión, lo cual es más valioso que cualquier vida. Mi cuerpo antiguo murió eso es innegable, pero gracias a tu pago en sangre, seré ahora tu sombra de luz y mientras existas también podré continuar.

El Noluc brilló con fuerza alrededor del caído y la sombra de luz lo cubrió, las palabras no bastaron, pero el corazón de algún modo compartido expresó mejor la gratitud con una tonada especial imperceptible para algunos, pero más que clara para otros.

—¡Cómo te atreves a intervenir en mis acciones!, que mi padre respete a los de tu clase no impedirá que tome la vida que ya he sentenciado. ¿¡Cómo te atreves Noluc a levantarte contra un semidiós!? Deberías conocer mejor tu miserable lugar, ¡sirviente!

El Gour enfureció y su ira expelió calor, causando que la lluvia de hojas empezara a arder a su alrededor y mientras los crujidos de la madera en el cielo aumentaban la tensión, el aire osco y repugnante espantaba a los curiosos que observaban; Kailem y el Noluc permanecieron imbatibles.

No muy lejos la antigua pareja se volvía a encontrar guiados por las intenciones y *affaires* del corazón.

El Rúgulu seguía a su amada y después de tanto al fin veía su pasión casi extinguida, no más incertidumbre, no más distracciones, ella lo esperaba mientras el cielo se incendiaba, ya no había forma de huir y el desafío estaba claro, pues era una invitación a su pasado, el reto estaba expuesto y la tentación de aceptarlo era cada vez mayor.

El Rugal no soportó más, su amada lo esperaba, su sangre clamaba libertad y era su deber liberarla, limpió las lágrimas de ansiedad camufladas en la fachada de la tristeza y con un solo movimiento desprendió el puñal de la vaina, dio el primer paso para subir la loma donde lo esperaban, respiró profundamente y sintió la despedida de su corazón tras un latido inolvidable, se corrompió y supo que esta vez no habrían palabras, dio un salto impresionante elevándose como un águila con el cuchillo como garra apuntando a su presa. Y estando cerca a terminar el ciclo tan deseado, quedó confundido al ver la silueta de sus labios sonreír en vez de gritar, tan cerca y a la vez

tan lejos; el fuego lo golpeó con fuerza estrellando su rostro a la podredumbre de la tierra, el Rugal se sacudió y se reincorporó a gran velocidad, mientras un grito bestial repleto en rabia clamaba venganza, un grito de fiera herida bordeaba el sadismo y a la vez clamaba por un dolor profundo, oscuro e incurable, su cólera ardía y el Rugal vio un corazón consumirse por la maldición que él había creado.

«Ante el absurdo de creerse libre de las consecuencias de los propios actos, el viento revolotea sacudiendo el universo para plantar situación semejante e invertida, donde la oportunidad de entender el dolor creado se fundamenta en los propios huesos, en ese momento el lamento busca una causa y el arrepentimiento se avoca a entender para obtener un alivio; sin embargo, todo lo que se hace igual se paga».

El Rugal se sorprendió al ver el rostro de sus víctimas dibujarse frente a él, vestidos de fuego y odio, al inicio no entendió, pero pronto todo se aclaró.

—Me cansé de buscar en la tierra, así que vine al infierno y al fin te encontré, hoy probarás el dolor y del mismo modo que buscaste satisfacer tu sed, igualmente yo saciaré la mía, pues has cogido la cólera del fuego. ¡Qué arda todo junto a mi dolor! —Gritó Ormus el colérico al ver al causante de su despertar al fin frente a él, mientras a su espalda O'da invocaba al filo de la aurora preparándose para embestir a la ilusión de su pasado.

—Lo siento Rugal, me he demorado demasiado en darme cuenta que aquel por quien mi espíritu suspiraba realmente estaba muerto y que tu semejanza con él es solo una broma cruel que busca revivir viejas heridas; casi muero ante la ilusión. —Sonrió con pena y gusto—. Al caer a esta trampa revelas tu verdad, pues mi amado jamás caería ante una tentación. Sé que buscas alivio con mi muerte, pero solo te puedo ofrecer lo mismo con tu propio descanso.

Sicar el Rugal gruñó al escuchar a O'da, pero su mirada estaba fija en Ormus, sus instintos le advertían.

—Tú eres un hijo extinto del sol, tu raza estaba olvidada, hoy arrastras tu recuerdo por venganza y osas señalar tu victoria. Mas no conoces a tu enemigo... las leyendas hablan de tu extinto imperio, pero se habla más de la crueldad de sus paredes. Olvidada en el tiempo y escondida, tu raza como una chispa desapareció y ahora me juzgas por despertar al dormido en tu interior en vez de agradecerme y unirte a mí, ingrato. —Luego mirando a O'da agregó—: hoy mi vida se unirá a la tuya y ambas se consumirán, pero yo seguiré aquí. —Levantó una mano a la altura de su mejilla y limpiando el polvo de su rostro miró a Ormus con desprecio—. Hijo del Sol, hoy conocerás a un hijo del infierno...

La cólera se dibujó en los labios del colérico, quien no aguantó más el descaro y se lanzó con todas sus fuerzas dejando una ráfaga de luz, semejante a los destellos del sol en su camino, pero el mortífero golpe fue detenido y el Rugal empezó a brillar tenebrosamente convirtiendo su entorno en un mítico espanto.

—Hijo del muerto sol, tu luz no alcanza a mi oscuridad —y riendo invocó a las almas perturbadas, regresándolas a sus cuerpos y manejándolas con su voluntad.

Como títeres les mandó a acabar con la vida de su enemigo—. ¿Qué harás hijo del sol? ¿Tu fuerza alcanzará para enfrentarme? —rio cínicamente.

Pronto las aberraciones empezaron a rodearlos, O'da saltó a lo alto de un árbol tratando de crear algún conjuro que devolviera al descanso a los cuerpos perturbados y mutilados, pero ni sus más grandes hechizos parecían alterar la voluntad de la monstruosidad frente a ellos, empezaba a sentirse perturbada ante la impotencia y en ese momento Ormus empezó a arder y todo lo que se acercaba a él pronto caía convertido en cenizas.

—Trucos sucios y baratos, ¿te jactas de ese poder? —La tierra tembló como si dos fuerzas chocaran con zafiedad. Los destellos de la guerra no permitían a la oscuridad llegar y los gritos en dolor evadían el silencio y mientras los colores de los sentimientos encontrados retrataban crímenes en lienzos intangibles, cierto aroma en la intuición advertía que lo peor se acercaba, pero nadie podía estar seguro de qué sucedería.

Ormus rugió y el sol pareció sentarse en la tierra y de un solo grito las aberraciones cayeron de nuevo al sueño arrebatado.

—Sigue mandando insectos al fuego, que tu necedad no te salvará... Hoy, Ortel hijo mío, saciarás tu venganza. —Gritó con más fuerza y la noche tembló. Los antiguos Ugur's contaron cien destellos que trastocaron el cielo en menos de un minuto y cantaron como el fuego envolvió a las partes creando cenizas de odio.

El Rugal sonrió al ver a su enemigo herido, mientras su sangre incendiaba la tierra dio un paso tratando de aprovechar el agotamiento, pero pronto tuvo que retroceder de nuevo al ver los cortes de la Aurora acercándose silenciosamente, esquivó el corte con gran elegancia y arremetió con furia invocando al «primer brote del silencio». El cual creó el zumbido innato al aislamiento de la existencia; los cortes provocados por la Aurora siguieron llegando en todas las direcciones, pero el Rugal sabía que pronto cesarían rindiéndose ante el silencio, en ese momento volteó solo para ver a la bestia de fuego totalmente recuperada envuelta en llamas de furia y su poder en incremento, parecía no ser afectado por el brote del silencio...

—No necesito oír para acabar contigo —gruñó Ormus mientras el fuego consumía su entorno, a su vez las ráfagas de viento cortante creado por el filo de la Aurora continuaban llegando por diversas direcciones, creando un fastidio incontrolable; Sicar estaba perdiendo la paciencia y más aún al no ver a O'da.

El siguiente impacto fue aún mayor, los golpes de fuego empezaban a corroer la piel del maldito, pero este parecía disfrutar del momento, su corrupción se arrastraba por los corazones desolados, atrapados y forzados a continuar luchando. Ya lejos de un ideal tanto Liliums como Fungals atacaban al temor vibrante de cualquier espejismo y el cielo no tenía piedad pues los grandes reyes creaban tormentas y relámpagos con el crujir de la madera, mientras la muerte rondaba libre en la tierra.

—Tengo que admitirlo, hijo del sol, que me desconciertas. Veamos que puedes hacer ante el «segundo brote del silencio» —volvió a reír, mientras hacía florecer el

temible poder—. ¡Ah!, al fin te veo querida, te vas haciendo torpe, lástima que ya no puedas escuchar, siempre me gustaron tus respuestas hábiles y astutas, pero estoy harto de tus constantes escapes, pronto el sol se arrodillará ante mí y cuando lo haga extinguiré tu chispa.

Su confianza desbordó y no vio a Ormus llegar a él con más fuerza y brutalidad incoherente; Sicar trató de protegerse, pero la bestia ya estaba encima y por primera vez sangró ante la cólera.

—No es posible, deberías estar perdido, ya no tienes sentidos que te guíen y aún así logras atacarme... ¡No es posible!

—¡No necesito de mis instintos para destruirte! —Nuevamente el sol en la tierra brilló con más fuerza, dejando ver la carne y sangre que la guerra estaba sembrando...

Raudamente el Rugal se incorporó logrando hacer frente a su enemigo, su rostro cambió, ya sus ojos no despreciaban y el orgullo cambió por cuidado. Las almas gritaron a su alrededor creando el réquiem del infierno y predisponiendo el ambiente a la más terrible sensación, las almas cantaban la proximidad del tercer brote del silencio, en el cual el olvido absoluto de uno mismo arrastra al vacío, donde el pensamiento ya no existe y el cuerpo no se siente, donde el alma se pierde en lo eterno y el control es inexistente. Hasta las hierbas y plantas temen por la experiencia de la muerte en vida. La presión aumentaba...

«Mientras los espíritus sosegados luchan desenfrenadamente para conseguir sus metas, olvidando los escalones e intentando subir por las paredes, impulsándose por el dolor ajeno que como una rampa es usada; en lo más lejano otros espíritus realmente avanzan por sacrificio».

Los truenos y relámpagos del cielo, los pilares de luz, el sol enfermo en la tierra, el lago de dolor cubierto por pétalos rosa y la reliquia frente a Zandar, brillaban como dulces perlas que sabían a miel, untando la locura que se asoma al fin y la tentación expuesta saboreaba en ansias, ya era tiempo de vivir el sueño tan buscado por años, era tiempo de concluir la empresa, que mejor que una lágrima por la alegría, que mejor que ese escenario de luces para guardar el recuerdo en la eternidad... «Solo un paso más y tal vez solo una vida más». Zandar sintió placer de sus pensamientos y respirando profundamente mientras señalaba a Rosel lo levantó y lo alejó de sus protectores; que inertes y confusos quedaron, para luego unirse a las estrellas vivas del cielo, mientras que en su ahogo ya se escribía el fin. Lentamente el viejo Rosel se acercaba a las garras de Zandar que impaciente gozaba, su corazón saltaba con locura, ya casi podía tocar la reliquia; fascinado ante la resistencia inútil que Rosel ofrecía donde ni sus conjuros, ni sus poderes ni lamentos llegaban a buen término.

Los viejos Liliams lloraban y se despedían. Una existencia de lucha que llegaba a su pronto final. Ahí frente a la impotencia de todos, la mano corrupta del Yabel atravesaba a Rosel y con la otra mano cogía la Sagrada Reliquia, mientras dejaba su búsqueda en forma de lágrima caer junto al cuerpo resignado e inerte del viejo, que

caía con la esperanza de los vivos.

—¡Al fin! ¡Desaparezcan raza de malditos! —dicho eso se elevó aún más y juntó las tres reliquias, las cuales reaccionaron mutuamente activando la potente arma del fin de la primera gran guerra; Zandar estaba desquiciado en felicidad, ansioso por empezar, respiró rápidamente varias veces para poder contener la emoción y cuando se hubo calmado un poco empezó a conjurar el Mantran tal como lo hizo en la primera guerra, entrando en trance. El golpe de lo que se acercaba se sintió de inmediato, aquellos que conocían la sensación cayeron rendidos, sabían que no existía forma de escapar, quién podría asumir el castigo nefasto para mantenerlos con vida, no existían almas puras que podrían soportarlo y ya ni su princesa lo lograría.

La voz del conjuro caía desde el cielo y retumbaba en todos los oídos como el réquiem final, delicioso, pero a la vez terriblemente doloroso.

El conjuro continuó y a la vez otra voz casi desapercibida se unió creando el tono oculto de la palabra perdida, entonación que ordenaba, logrando el cruce perfecto de voluntades adversas e iniciando algo nuevo, una nueva creación que se resguardaba en la armonía.

—Escuchas eso Istramus, perdieron la batalla, esa es la melodía del fin de los Liliams y de tu banal cruzada.

—Nada es en vano mientras exista voluntad y los Liliams han demostrado tenerla en exceso. Tú escuchas tonadas del fin porque lo esperas con ansias, pero me es difícil creer que un tono tan suave y delicioso cumpla semejante designio.

—Tu poca experiencia hace que tengas fe en lo que no comprendes por lo que insultas a la conciencia con tu ignorancia, pero no importa... al fin entiendo que el mejor castigo por tu insolencia será dejarte morir envuelto del desconocimiento y a ti Noluc te quitaré la luz, desprendiéndote así de tu posibilidad de ascensión, estultos mortales.

La tierra se sacudía frenéticamente detrás de la ira del Gour, quien fruncía el ceño al darse cuenta de la segunda voz que con tanta sutileza complementaba el temible conjuro, sintió que sus palabras habían sido erradas y se asustó, pues su condición para ser un Dios exigía la verdad y la imposibilidad de error en sus palabras; balbuceó tratando de encontrar el origen del canto que empezaba a poner a prueba su designio y en ese titubeo se descuidó... Y los instintos de Istramus mostraron la duda en rojo carmesí; llevando consigo la luz del Noluc se avivaron las fuerzas para lograr la reacción inmediata, cuando el Gour se dio cuenta, su enemigo ya estaba muy cerca y el brillo descontrolado de un nuevo hechizo de poder silencioso se asomó con la furia del puño que sin titubeo se estrelló en su rostro dejando impreso el símbolo de Acuria, más conocido como la marca del asesino, marca que perduraría convirtiéndose en una guía de ubicación, impidiendo escondite alguno para la presa sellada.

La indignación que la marca causó en el Gour fue tal, que el tiempo por unos segundos se congeló y tras la ira desatada trató de culminar su humillación en el

vacío inmóvil.

«La vanagloria de una existencia, es el sesgo de una vida camuflada en el perfume de la bondad exhibida, drenando la virtud de la primera acción desinhibida y creando el engaño nefasto de un correcto actuar».

El Gour cometió el error de la vanagloria, al ver su orgullo herido confió ciegamente en su poder divino y los tres segundos de ventaja que su semidivinidad le otorgaba se convirtieron en tres segundos de una guardia olvidada, sin defensa e impulsado por el ímpetu se lanzó a atacar al supuesto enemigo inmóvil, pero la marca brilló despertando al tiempo, tan silenciosamente que el Gour no lo notó. El Noluc reaccionó como la luz e Istramus lo siguió... El silencio acompañó la letal estocada y sangre divina se derramó, inmóvil el Gour observó la herida y mientras el equilibrio se perdía solo pudo observar extrañado su propia sangre que caía en el desconsuelo de la hedionda tierra; extraviado por la sorpresa atinó a susurrar:

—Está corrupta... por qué está corrupta. —El Noluc apiadándose respondió:

—Es el engaño de tu propia vanagloria, gritaste a voz en cuello tus actos y te creíste perfecto, contaminaste tus virtudes y escupiste tu divinidad. Ahora te purificaré con la muerte, despídete Gour; diciendo eso señaló con luz y las espadas brillaron, pero no se levantaron para dar el golpe final.

—Qué pasa Kailem, acábalo antes que recupere su poder. —Gritó con fuerza presionado por la ventaja escurridiza, pero no hubo reacción.

—Tú lo has dicho mi amigo, es la misma trampa... —Respondió Kailem, mientras guardaba las espadas del Justo. En ese momento el Noluc rio agradecido.

Una fuerte impresión hizo que el corazón señalara lo profundo del bosque, donde la suave voz parecía amenazada por el conjuro que iba tragando el destino de la guerra y sin dudarlo Kailem y el Noluc partieron raudos hacia ese lugar.

El alboroto se apoderó de la vida en el bosque y el miedo dibujó estragos en la imaginación desatada, los ánimos se tambalearon y el desconsuelo como fuego vivo ardió en forma de llanto en los corazones punzados de los Liliiums, quienes ya agotados y extenuados iban retrocediendo hacia el corazón del cementerio creado, empujados por todas las direcciones, el camino se fue convirtiendo en uno y las lágrimas del cielo cayeron con desmedro lavando los rostros resignados, pero la suave voz del viejo Rosel empezaba a llegar a ellos, incrédulos suspiraban porque en sus mentes estaba su muerte, pero como una suave brisa que revitaliza engendrando esperanza inentendida su suave voz empezaba a contrarrestar de algún modo el conjuro final y cuanto más se escuchaba, mayor era el entendimiento que ahí donde la batalla los juntaba sería escrito el temible destino, ahí donde los primeros pactos de sus ancestros con el bosque se estrecharon para honrar la vida; ahí mismo, se escribiría su posible fin.

No muy lejos y en lo más alto, uno de los pocos Centinelas que quedaban elevaba la voz sacudiendo la ignominia de las mentes temblorosas y soplando nuevas fuerzas despertaba a la fiera rendida con una simple misión:

—¡Hermanos Liliums protejan a Rosel! ¡La guerra aún no ha acabado!

Su voz se reconoció de inmediato y al verse acorralados se olvidaron del miedo y rugieron, paralizando brevemente a las hordas de Fungals, Fungars y Fangals que plagaban la vista y que incesantes deseaban acabar para al fin gritar la victoria.

Nuevamente la voz potente del centinela dio otra orden, invocando a todos los que aún pudieran luchar para interceptar al enemigo que se dirigía a la cueva del árbol, en donde oculto Rosel completaba con la palabra perdida el terrible conjuro que hasta ese momento había sido desapercibido; cuando en los cielos Bardok el corrupto increpó y su voz como un relámpago dio la orden de destruir la voz solapada que se elevaba desde las raíces de la tierra, pronto una carnicería formó el río de sangre que se llamó después como el sangrado de la tierra. En medio del baño de sangre los firmes Centinelas seguían al rayo de esperanza, aferrándose a la misión de defender a Rosel, su querido general, misión que ya era alimentada por el centinela de las sombras quien implacable dirigía la defensa. Los estragos de desesperación se incrementaron en los cielos cuando los grandes árboles reyes chocaron con mayor fuerza y por primera vez llovió savia cristalina, sangre de reyes y su estruendo fue como una advertencia de la proximidad del juicio.

Mientras el cielo gemía los arrabales ardían, el fuego se esparcía formando un infierno y el sudor se evaporaba a gran velocidad dejando el espíritu listo para ser moldeado por la voluntad.

Casi sin aire y con el rostro pálido O'da se aferraba a mantenerse en pie, evitando dar alguna muestra de debilidad, pero sus fuerzas se dividían y ya en su corazón sentía el llamado de los ancestros a defender la cueva del árbol, la última esperanza para su casta, mas no podía escapar del silencio creado por el Rugal. Más allá de los instintos la voz de los ancestros impulsada por Roalm, el roble negro, insistía en la prioridad de defender la cueva del árbol, su insistencia penetró al silencio, de pronto el fuego se hizo visible y tras un pestañeo sus sentidos regresaron y O'da vio a los dos titanes con las manos entrelazadas y junto al esfuerzo dibujado en sus rostros, la tierra se sacudió imitando el corazón de los guerreros, fuego y muerte se entrelazaban entre si y como gotas de ácido mataban el suelo; Ormus vio de reojo a O'da y con un grito forzado ahuyentó el aire caliente.

—¡Tu misión es otra! ¡Ya vete princesa!

O'da sintió su pecho estremecerse y a pesar que su corazón le impedía abandonar a un aliado, su misión bordada en sacrificio donde el bienestar de todos prima, giró aprovechando un momento de descuido y se alejó. El cruce de emociones de la tensión, el miedo y la esperanza gracias a la disparatada estrategia de Neris que se puso en práctica, mantenía su corazón angustiado dejando a las plegarias hacer el resto y cuando estuvo al fin cerca pudo ver a Ábreas guiando a la resistencia en medio de una cruenta batalla y supo de inmediato que el engaño a Zandar había sido un éxito, las sombras lo habían vuelto a engañar usando su fascinación de cortina. Su llegada elevó los ánimos y estos a su vez resplandecieron nuevas fuerzas a los

cuerpos agobiados.

«La esperanza es un afrodisiaco cuando no se entiende el precio para hacerla realidad».

Mientras los ánimos se elevaban, Mócdry con sus legiones se aproximaba y ya olvidando las sutilezas con un acto de premura gritó nuevas órdenes: «Arrasen a la voz que se oculta en la cueva del árbol».

La tierra tembló con las pesadas armaduras puestas a trotar y con las duras pisadas de los Fangals que se lanzaron, la cantidad de Fungals era desbordante y la continua presión iba amainando las pocas defensas; quebrados los cuerpos, la fuerza inhalada se escapaba en los suspiros, entonces desde el fondo de la cueva se escuchó un crujir que se pudo entender vagamente como un «¡Ahora!» y detrás los ancestros vivos, entre ellos Roalm y los más antiguos guardianes del Bosque de Marfil, salieron a unirse a la defensa, formando un gran círculo alrededor de la caverna.

Shelac, el guerrero Fungal, se acercó desde el oriente y arrastrando pedazos de los arrasabosques también se unió a la gran acometida final.

Los miedos se sumaron y la resistencia tambaleó. ¿Cómo detener esa máquina infernal? Sin segundos de descanso los Liliums continuaron luchando desesperadamente y la frustración brotaba nuevamente al ver acercarse al arrasabosques y a los gigantes que lo protegían, algunas tropas se adelantaron para proteger a los guardianes y a Roalm, pero era una fuerza inferior como para retener semejante avance y cuando menos lo esperaron el arrasabosques estuvo al fin cerca y sus taladros se lograron escuchar en todas las direcciones. El aire se contuvo en los rostros pálidos que presenciaban inmutables y resignados; cuando una súbita explosión devolvió el aliento a la defensa ya desolada, la luz de la explosión se mantuvo viva y pronto empezó a moverse espantando y confundiendo a los gigantes que aún empañados por el destello no lograban entender. Mócdry observó atontado al ver como su victoria se retrasaba y cayó sorprendido al reconocer a la luz que antes fue despreciada, «no puede ser... es el caído», gritó: «No teman y mátenlo, ¡no corran!». Continuó buscando recuperar el orden, mientras los Centinelas se aferraban dejando escapar un ¡hurra!, que se escuchó en las filas de los Liliums, pero el feroz ataque de los Fungals no daba tregua para más. Ahogados en el fragor de la batalla, una campanada se escuchó en el cielo avisando que el sagrado poder del conjuro estaba a punto de ser terminado, los ancestros y protectores iban cayendo y los Fungals y Fangals estaban más cerca de la cueva, más cerca de la victoria; los Liliums soportaban, pero sus vidas eran arrancadas por la pesadez creciente de sus cuerpos.

—¡Júntense! —Gritó Ábreas al ver que las defensas caían, mientras tanto iba formando un pequeño contingente alrededor de Roalm. Los pocos Liliums se dispusieron a dar su último aliento. O'da observó la entrega de sus guerreros, sintió su respiración y contempló la luz del caído que iluminaba a las tropas ante el peligro, a su lado los Centinelas se preparaban para recibir el embiste de la «bestia» mientras

las sombras se levantaban.

—Ríndanse Liliums, están rodeados, no hay escape, decidan si quieren morir rápidamente o resistan y tendrán el mayor suplicio. Amenazaba Mócdry, pero desde el cielo era interrumpido por el Bardok quien seguía siendo retenido por el gran rey.

—No hay tiempo para eso Mócdry. Máталos.

La segunda campanada retumbó y el Yabel Zandar abrió los ojos, dejando atrás su trance y al mismo tiempo sonrió eufórico, lo había conseguido, su locura fascinada ofuscó los llantos de los Liliums, pero también las advertencias de sus aliados; y sin más, con los ojos conmovidos disfrutando la tristeza del final de su travesía, levantó las palmas e invocó el sagrado poder de las Reliquias representado en tres palabras:

—«Not... ur... laf», Los Ugur's lo narrarían después como «el fin del camino» y cuando el temible rayo del fin había sido lanzado, una segunda voz completó el ciclo con la palabra perdida, la cual fue escuchada por un oído y liberada por el otro quedando extraviada nuevamente; pero no olvidada, viviendo nuevamente como la palabra perdida y transformando la maldición desatada en un nuevo inicio, un nuevo camino por recorrer. Pero para sellar ese pacto una vida tuvo que ser sacrificada, no cualquier vida, una voluntaria que se ofrecería para ser el recipiente del nuevo inicio. El mayor de los sacrificios para regalar la mayor recompensa, una oportunidad junto con la liberación del fatal destino.

El gran rey interpuso su cuerpo ante las miradas atónitas y desconcertadas, tanto que los Liliums y Fungals vieron al cielo llorar cuando el rayo chocó con el gigante monarca, convirtiendo la promesa de continuar a través de su sacrificio, en cenizas de vida. Las cuales el viento esparció y mientras las lágrimas caían otras voces se alzaban, los Fungals habían ganado y en medio de la algarabía un susurro llegó al caído: «Kailem Istramus, en tus manos dejo la ceniza que será semilla y luz para mi raza, ve hacia las tierras del viento, donde las nubes se juntan con la tierra y cuando creas que has llegado al abismo di mi nombre, pues esta es la palabra perdida».

Kailem sintió la semilla en la palma de su mano y con la otra sujetó a O'da e invocando al Kala traps, lograron burlar a las tropas enemigas; aprovechando el descuido fugaz que la emoción de la victoria puede otorgar y mientras los pasos se avivaban dejando a la nostalgia brotar, la sangre corrió en los rendidos, pues la falta de misericordia por la crueldad se bañó de gozo con el exterminio.

Llantos sosegados por el acero fueron dejados atrás y ya en la lejanía, al fin la princesa lloró. Kailem la tomó en sus brazos, la abrazó con fuerza y le mostró la esencia de su padre incrustada en la palma de su mano y, reteniendo con esfuerzo su dolor, O'da entendió su sacrificio, sonrió penosamente y mirando a Istramus dijo:

—Iré contigo, iré contigo Kailem, mi raza vive en la esencia de mi padre.

—Yo también iré con ustedes, dijo Ábreas, materializándose en la oscuridad.

Y reteniendo el suspiro que buscaba liberar el cansancio de sus labios, vieron el camino señalado por el amanecer.

«Como un rayo de luz, el peor escenario viene a ser la mejor oportunidad, donde

el dilema del hacer o no hacer se aclara con la existencia de la compasión, en el hacer y el no hacer».

Paso a paso rumbo a las tierras del viento.



LUIS FELIPE CÁCERES VIZCARRA. Vive en el Perú, disfrutando de la simplicidad de la vida, pues descubrió que si aún estuviera tratando de resolverla se la estaría perdiendo.

Autor de las novelas: *El Ángel del Árbol* y *El Ángel del Árbol en las Tierras del Viento*, obras que logran danzar entre la ficción, la reflexión y el entretenimiento.

Además del poemario *Reflejos del Alba*, que es un regalo de poesía, pensamientos y fotografía.